Lauren Weisberger



EL DIABLO REGRESA

EL DIABLO REGRESA

Lauren Weisberger

EL DIABLO REGRESA

Traducción de Carmen Romero Lorenzo

STEFANO BOOKS

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *When Life Gives You Lululemons*
Editor original: Penguin Random House
Traducción: Carmen Romero Lorenzo

1.ª edición: marzo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2018 *by* Lauren Weisberger
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Carmen Romero Lorenzo
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.booksbystefano.com

ISBN: 979-13-87899-46-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para toda mi familia, con mucho amor

PARTE UNO



1
¿Otra vez con lo del disfraz nazi?

Emily

Emily se devanó los sesos. Seguro que había algo de lo que quejarse. Era Nochevieja en Los Ángeles, una de las noches más insoportables del año en la que podría decirse que era una de las ciudades más insoportables de la historia de la humanidad. ¿Por qué no se le ocurría nada entonces?

Le dio un trago a su margarita bajo en calorías desde el diván y contempló el bello cuerpo de su marido atravesar el agua como una instalación de arte en movimiento. Cuando Miles emergió, se impulsó en la parte trasera de la bien iluminada piscina infinita, donde el agua turquesa parecía derramarse por el lateral, directa hacia la montaña. Tras él, las luces del valle parpadeaban durante kilómetros, lo que le daba a la ciudad cierto atractivo, incluso un toque sexi. La noche era el único momento en el que Los Ángeles resplandecía de verdad. Desaparecían el humo, los drogadictos y aquellos atascos que aplastaban el alma y, en su lugar, se materializaban las idílicas vistas de un cielo nocturno y unas silenciosas luces titilantes, como si Dios en persona hubiera descendido a Hollywood Hills para seleccionar el filtro de Snapchat más perfecto para su ciudad menos favorita de la Tierra.

Miles le sonrió y ella lo saludó con la mano, pero cuando el otro le hizo un gesto para que se uniera a él, Emily negó con la cabeza. Hacía un calor muy extraño para la época y, a su alrededor, la gente celebraba de esa forma tan intensa y obcecada que solo sucedía en Nochevieja después de la medianoche. *Vamos a pasárnoslo mejor que nunca; vamos a hacer y decir cosas extravagantes; adoramos nuestras vidas y a toda la gente que nos rodea.* La enorme bañera estaba llena de una docena de juerguistas, todos con bebidas en la mano, y otro grupo se sentaba en torno al perímetro, satisfecho con dejar colgar los pies mientras esperaba a que quedaran libres unos pocos centímetros. En los alrededores de la piscina, un DJ ponía a todo volumen remixes de hip-hop y, por todas partes, la gente bailaba (en el patio, en la piscina y junto a ella, mientras salían y entraban de la casa) extasiada con su lista de reproducción. En la silla a la izquierda, una chica joven que solo llevaba puesta la parte inferior del bikini se había sentado a horcajadas sobre un tipo y le masajeaba los hombros, mientras sus pechos desnudos se bamboleaban sin control. Siguió hacia abajo por la espalda hasta empezar a trabajar los glúteos de su acompañante de manera bastante agresiva. Tendría unos veintitrés años, veinticinco como mucho, y aunque su cuerpo no era perfecto ni de lejos (un estómago algo redondito y muslos demasiado voluptuosos), no le colgaban los brazos ni tenía piel fofa en el cuello. No tenía nada flácido. Solo juventud. Ninguna de las pequeñas humillaciones del cuerpo de Emily a los treinta y seis: leves estrías en las caderas; cierto asomo de piel fofa en el escote; algunos pelos oscuros descarriados en la línea del bikini que parecían brotar según su capricho, indiferentes a la infatigable rutina de cera de Emily. No es que estuviera hecha un esperpento ni nada (seguía siendo delgada y tenía la piel bronceada, quizás hasta estuviera increíblemente sexi en su elegante bañador Eres de dos piezas), pero cada año se iba volviendo más y más difícil.

Un número desconocido con el prefijo 917 brilló en la pantalla de su móvil.

—¿Emily? Soy Helene. No sé si te acuerdas, pero nos conocimos hace un par de años en la gala del Met.

Emily dirigió la vista al cielo en busca de concentración. Aunque el nombre le resultaba familiar, le estaba costando trabajo ubicarlo. El silencio llenó el aire.

—Soy la mánager de Rizzo.

Rizzo. *Interesante*. Era el nuevo Bieber: la estrella del pop más potente del momento, cuya fama se había disparado cuando, hacía un par de años, a la edad de dieciséis, se había convertido en el varón más joven en obtener el Grammy al disco del año. Helene se había mudado a Hollywood para trabajar en una agencia (ICM o Endeavor, no se acordaba), pero a Emily se le había pasado por alto la novedad de que ahora representaba a Rizzo.

—Claro. ¿Cómo estás? —preguntó Emily. Se miró el reloj. Aquella no era una llamada de cortesía.

—Disculpa que te llame tan tarde —dijo Helene—. Ya son las cuatro de la mañana en Nueva York, pero probablemente estés en Los Ángeles. Me sabe fatal interrumpirte…

—No, no pasa nada. Estoy en la mansión de la infancia de Gigi Hadid, mucho menos borracha de lo que debería. ¿Qué pasa?

Le llegó un gritito de la piscina. Dos chicas habían saltado juntas, agarradas de la mano, y estaban salpicando a Miles y a un par de sus amigos. Emily puso los ojos en blanco.

—Bueno, eh, pues… —Helene se aclaró la garganta—. Esto es confidencial, ¿sí?

—Claro. —Aquello sonaba prometedor.

—No estoy segura de haber entendido bien lo que ha pasado, pero Riz ha aparecido en el espectáculo de Seacrest en Times Square. Todo ha ido bien, no ha habido ningún problema. Después, yo había quedado con unos amigos de la universidad y Rizzo iba a una fiesta en 1 Oak. Iba sobrio, al menos cuando nos separamos. Estaba contento con su actuación.

—De acuerdo…

—Hace un segundo, un colega de la oficina de ICM en Nueva York que está ahora mismo en 1 OAK me envió una foto…

—¿Y?

—No luce bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha perdido el conocimiento? ¿Se ha cubierto

de vómito? ¿Ha besado a un chico? ¿Ha esnifado coca? ¿Le ha metido mano a una menor?

Helene suspiró y empezó a hablar, pero la ahogó una risa aguada. En la parte poco profunda de la piscina, una chica de pelo rosa intenso y un bikini de tanga se había subido encima de los hombros de Miles para una pelea de gallos improvisada.

—Perdón, ¿puedes repetirlo? Hay un poco de caos por aquí —dijo Emily mientras contemplaba aquel diminuto trozo de bañador remeterse incluso más en los cachetes desnudos de la chica, que se estaban bamboleando por la nuca de Miles.

—Al parecer, lleva un disfraz de nazi.

—*¿Qué dices?*

—Uno de esos que traen una banda con una esvástica para el brazo y una cinta para la cabeza a juego. Botas de soldado de asalto. El conjunto entero.

—Ay, madre… —susurró Emily sin pensar.

—¿Tan malo es?

—Bueno, no es una maravilla. El príncipe Harry ya montó ese numerito hace siglos…, pero tenemos que trabajar con lo que tenemos. No te voy a mentir, habría preferido los de las drogas o los chicos.

En la piscina, la chica de pelo rosa subida a los hombros de Miles se llevó los brazos a la espalda, se quitó la parte de arriba del bikini y empezó a hacerla girar sobre la cabeza como un lazo de rodeo.

—Antes que nada, ¿quién lo sabe? —preguntó Emily.

—De momento no se ha publicado nada en internet, pero es cuestión de tiempo.

—Solo para que quede claro: me has llamado para contratarme, ¿verdad? —preguntó Emily.

—Sí. Sin duda.

—Bien, entonces quiero que escribas a tu colega ahora mismo para que lleve a Rizzo al vestuario masculino y le quite el disfraz. No me importa si lleva unos calzoncillos con platanitos y brillantina; es mejor que lucir como un nazi.

—Ya le he escrito. Le ha dado a Riz su camisa y los zapatos, ha confiscado la banda y le ha dejado los pantalones, que al parecer

son rojos y brillantes. No es perfecto, pero es lo que teníamos a mano, sobre todo porque no he podido contactar directamente con Rizzo. Alguien subirá algo en cualquier momento. Estoy segura.

—Pienso lo mismo, así que escucha. Este es el plan. Te subes a un taxi hacia 1 Oak y te lo llevas a la fuerza. Trae una o dos chicas. Parecerá menos brusco. Después, te lo llevas a su apartamento. No le permitas salir. Monta guardia en la maldita puerta si hace falta. ¿Tienes sus contraseñas? En realidad, no hace falta. Quítale el móvil. Tíralo por el retrete. Necesitamos ganar tiempo sin que tuitee algo estúpido en medio de la borrachera.

—De acuerdo. Ahora mismo.

—El primer vuelo desde aquí es a las seis de la mañana. Me voy a casa a hacer las maletas y luego me dirijo al aeropuerto. La noticia saldrá a la luz mientras esté de camino, o incluso antes. No hagas ninguna declaración. Te lo repito: nada de declaraciones. No lo dejes hablar con nadie, ni siquiera con el repartidor que traiga la comida. Cuarentena de información, ¿lo entiendes? No importa lo malas que sean las fotos o lo horrorizada que quede la gente. Hazme caso, va a ser espantoso. No quiero ninguna respuesta hasta que llegue, ¿de acuerdo?

—Gracias, Emily. Te debo una por todo esto.

—*¡Ponte ya en camino!* —dijo Emily, que consiguió callarse lo que pensaba en realidad: que la tarifa por sus honorarios, el día de fiesta y el viaje iba a dejar a Helene sin aliento.

Apuró el margarita, colocó la bebida en la mesita de cristal junto al diván y se levantó mientras intentaba ignorar a la pareja a su lado, para dejar en el misterio si estaban teniendo relaciones sexuales o no.

—¿Miles? ¿Cariño? —Emily lo llamó con toda la educación que pudo.

Sin respuesta.

—Miles, ¿amor? ¿Te puedes quitar los muslos de esa cría de las orejas unos treinta segundos? Tengo que marcharme.

La complació ver cómo su marido depositaba a la chica en el agua sin cuidado y nadaba hacia ella.

—No estás enfadada, ¿verdad? Solo es una joven idiota.

Emily se arrodilló.

—Claro que no estoy enfadada. Si vas a ponerme los cuernos, mejor que sea con una tipa mucho mejor que *esa.* —Movió la cabeza en dirección a la chica, que no parecía contenta de haberse mojado el pelo—. Me han llamado de Nueva York. Es una emergencia sobre Rizzo. Debo ir a casa para preparar el bolso, y con suerte llegaré al aeropuerto para el vuelo de las seis. Te llamo en cuanto aterrice, ¿sí?

No era la primera vez que Emily tenía que marcharse de algún sitio tras una llamada. Su amiga cirujana decía que llamaban a Emily incluso en peores momentos que a ella. Sin embargo, Miles parecía estupefacto del todo.

—Es Nochevieja. ¿No hay nadie en Nueva York que pueda encargarse del tema? —Su descontento era obvio y Emily sintió una punzada, pero intentó mantener un tono despreocupado.

—Lo siento, mi amor. No puedo negarme. Quédate y diviértete. Pero no demasiado… —Añadió la última frase para que se sintiera mejor. No le preocupaba un comino que Miles hiciera una estupidez. Se agachó y le besó los labios húmedos—. Te llamo luego.

Tras aquello, se abrió camino entre la muchedumbre hacia la entrada circular, donde uno de los atractivos aparcacoches hizo señas a una limusina para que se acercara. Le sostuvo la puerta y Emily le dedicó una sonrisa antes de tenderle un billete de diez dólares.

—Dos paradas, por favor —le dijo al conductor—. La primera en Santa Mónica Boulevard, donde tendrá que esperarme. Luego, al aeropuerto. Y rápido.

Nueva York, su primer y verdadero amor, la esperaba.



2
Una vida de ensueño

Miriam

Acababa de empezar el tercer kilómetro y sentía que iba a morir asfixiada. Respiraba en jadeantes bocanadas, pero, sin importar lo profundo que tomara el aire, Miriam era incapaz de hacer que se le ralentizara el pulso. Miró la aplicación Fitbit por millonésima vez en los últimos dieciséis minutos (¿cómo es que solo habían pasado dieciséis minutos?) y le preocupó un instante que la cifra de 165 pudiera matarla. Lo que la convertiría oficialmente en la única mujer de Greenwich, o quizá de toda la Tierra, que se había caído muerta después de correr (en realidad, si era sincera, de caminar) unos tristes dos kilómetros en dieciséis minutos.

¡Pero se había puesto en marcha! ¿No era eso lo que chillaban siempre los blogueros de bienestar y los autores motivacionales? *No te martirices, ¡solo tienes que ponerte en marcha! ¡Ponte en marcha y ya has ganado la batalla! ¡Deja de esperar perfección! ¡Ponerse en marcha es suficiente!*

—Cabrones —murmuró mientras exhalaba enormes bolas de vapor en el gélido aire de enero. La motivación para una carrera a las siete de la mañana del primer día de enero no era meramente ponerse en marcha. Era un *triunfo* en pleno derecho.

—¡Buenos días! —la saludó una mujer mientras adelantaba a Miriam por la izquierda, lo que la sobresaltó tanto que casi hace que le dé un paro cardíaco a lo que le quedaba de corazón.

—¡Hola! —le gritó Miriam a la espalda de la mujer, que corría como una gacela vestida de negro: *leggings* Lululemon con elaborados agujeros de malla que se veían increíbles, aunque también debían de dar mucho frío; una campera inflada ajustada y negra que culminaba en sus inexistentes caderas; zapatillas Nike negras en los pies; y una especie de gorro de aspecto tecnológico que terminaba en una adorable borla. Sus piernas no acababan nunca y su trasero parecía tan firme que no podría sostener ni una horquilla debajo de sus glúteos, y mucho menos un cepillo entero, como había logrado Miriam una vez con el cachete izquierdo para su gran dolor.

Miriam redujo el ritmo hasta una caminata, pero antes de que pudiera recuperar algo parecido a la compostura, dos mujeres con conjuntos de deporte igualmente fabulosos corrieron hacia ella desde el lado opuesto de la calle. Un *golden retriever* tiraba feliz de la correa de la mujer que llevaba un abrigo acolchado color rosa chillón, mientras que un jadeante labrador de pelaje de chocolate jalaba de la mano de la otra, imbuida en verde militar. Toda la comitiva parecía una tarjeta navideña en movimiento y avanzaba a gran velocidad.

—Feliz año nuevo —dijo la dueña del *golden retriever* al pasar corriendo junto a Miriam.

—Lo mismo digo —murmuró, aliviada de que no se tratara de una conocida. Tampoco había conocido a muchas madres en los cinco meses que habían transcurrido desde que se habían mudado a la ciudad, justo a tiempo de que los mellizos empezaran la guardería y Benjamin el segundo curso en su nuevo colegio público. Además de saludar a unas pocas madres a la salida dos veces al día, no había tenido la oportunidad de conocer a muchas mujeres. Paul decía que sucedía lo mismo en todos los barrios ricos de las afueras: la gente permanecía encerrada en sus casonas y tenía todo lo que necesitaba en las plantas superiores o inferiores: gimnasios, salas de cine, bodegas y mesas de degustación. Las niñeras jugaban con los niños, por lo que no hacía falta quedar con los vecinos. Las asistentas

hacían la compra. Servicio, servicio y más servicio para que se encargara de todo: desde cortar el césped a echar cloro a la piscina o cambiar las bombillas.

El embriagador aroma de la madera quemada saludó a Miriam en el instante en el que puso un pie en el vestíbulo y, tras un vistazo al salón familiar, confirmó que su marido había adivinado que querría sentarse junto a la chimenea. De momento, era una de las cosas que más adoraba de la vida en las afueras: fuegos matutinos. Mañanas que podrían haber sido lúgubres se volvían acogedoras en un instante; las mejillas de sus hijos se tornaban aún más deliciosas.

—¡Mamá ha vuelto! —gritó Matthew, un niño de cinco años obsesionado con el armamento, desde el brazo del sofá, donde mantenía el equilibrio en pijama mientras blandía una espada de aspecto realista.

—¡Mami! Matthew no me deja jugar con la espada, y se suponía que la íbamos a compartir —chilló Maisie, su hermana melliza desde la mesa de la cocina, que era su lugar favorito para enfurruñarse.

—Mamá, ¿me das tu contraseña para comprar *Hellion*? —preguntó Benjamin sin alzar la vista del iPad que le había robado a Miriam.

—No —le dijo—. ¿Quién te ha dado permiso para jugar con el iPad? Nada de pantallas. Es hora de estar en familia.

—¿La huella dactilar? *¿Porfi?* ¡Jameson dice que es el juego más increíble que ha visto nunca! ¿Por qué lo puede tener él y yo no?

—Porque su madre es más buena que yo —le dijo, y logró plantarle un beso a su hijo en la coronilla antes de que se apartara retorciéndose.

Paul estaba junto a la estufa con un pijama de franela y un jersey de lana, mientras concentraba su atención en darle la vuelta a las tortitas en la plancha.

—Estoy muy impresionado —dijo—. No sé de dónde has sacado la motivación esta mañana.

Miriam no pudo evitar pensar en lo apuesto que le parecía, a pesar de todas las canas prematuras. Solo le sacaba tres años, pero cualquiera habría dicho que era una década mayor que ella.

Miriam se agarró la barriga, que le llenaba ambos puños.

—Esta es mi motivación.

Paul colocó la última tortita en un plato en el que ya se apilaban una docena y apagó la estufa. Se acercó a ella y la abrazó.

—Eres perfecta tal y como eres —le dijo de manera automática—. Venga, toma una tortita.

—Ni lo sueñes. No he sufrido veinte minutos de puro infierno para echarlo todo a perder con una tortita.

—¿Ya están, papi? ¿Ya? ¿Ya?

—¿Podemos echarles nata?

—¿Y helado?

—¡Yo no quiero las de los arándanos!

En un instante, los tres niños se habían reunido en torno a la mesa de la cocina, a punto de hiperventilar de la emoción. Miriam intentó ignorar el épico desastre que estaban causando sus hijos y centrarse en su alegría y en la amabilidad de su marido, pero era difícil cuando la harina cubría cada centímetro de la encimera, la masa salpicaba el protector contra salpicaduras y había trocitos de chocolate y arándanos por todo el suelo.

—¿Alguien quiere ensalada de fruta o yogur? —preguntó, mientras sacaba ambos del frigorífico.

—¡Yo no! —gritaron todos al unísono con la boca llena de tortitas.

Ya, yo tampoco, pensó Miriam para sí mientras se servía un poco. Se metió una cucharada en la boca y por poco no la escupe en el fregadero. Estaba claro que el yogur se había puesto malo y ni siquiera la dulzura de las fresas enmascaraba el sabor rancio. Tiró a la basura todo el contenido del cuenco y pensó en hacerse unos huevos duros. Incluso mordisqueó una de esas galletas de fibra que parecían de cartón, pero tras dos intentos fue incapaz.

—Vive un poco —se murmuró, mientras tomaba una tortita de chocolate de la pila y se la metía en la boca.

—¿Están buenas, mami? ¿La quieres probar con nata? —preguntó Benjamin, agitando el bote como si fuera un trofeo.

—Sí, por favor —dijo, mientras le acercaba el trozo que quedaba para que lo rociara de nata.

A la mierda. Iba a darle un buen ejemplo a su hija para que entendiera que la comida no era su enemiga, ¿verdad? Todo con moderación. Nada de desórdenes alimenticios en esa casa. Acababa

de meter una cápsula en la cafetera cuando oyó a Paul murmurar.

—Mierda.

—¡Papi! ¡Esa boquita! —dijo Maisie, que sonaba igualita a Miriam.

—¡Papi ha dicho una palabrota! ¡Papi ha dicho «mierda»!

—Perdón, perdón —murmuró, con la cara enterrada en el periódico que Miriam había puesto en la mesa—. Miriam, mira esto.

—Ahora voy. ¿Quieres que te sirva una taza?

—Ahora. Ven ahora.

—¿Qué pasa, papi? ¿Qué pone en el periódico?

—Mira, toma otra tortita —le dijo Paul a Maisie mientras le tendía el periódico a Miriam.

Debajo del pliegue, pero en primerísima plana, retumbaba el titular:

¡MAMÁ BORRACHA AL VOLANTE! ¡ARRESTAN A LA ESPOSA DE UN SENADOR POR CONDUCIR BAJO LA INFLUENCIA DEL ALCOHOL... CON EL COCHE LLENO DE NIÑOS!

—Mierda.

—¡Mami! ¡Has dicho «mierda»!

—¡Papi, ahora mami ha dicho una palabrota!

—Mierda, mierda, mierda —cantó Matthew.

—¿No queréis ver una peli? —preguntó Paul—. Benjamin, ¿por qué no vas al sótano y pones *Bebé jefazo* para que la veamos todos?

De nuevo, salieron en desbandada como locos hacia las escaleras y, unos segundos después, se hizo un bendito silencio.

—Esto no puede ser verdad —dijo Miriam, estudiando la foto policial de su antigua amiga. Habían coincidido en el último año de instituto del Colegio Americano en París. Karolina había ido allí para trabajar de modelo y además aprendía inglés, mientras que Miriam se había visto obligada a seguir a sus padres por trabajo—. Karolina nunca haría eso.

—Bueno, está aquí impreso. Ha fallado en un control de alcoholemia. Botellas de alcohol vacías en el asiento trasero. Se negó a aceptar el alcoholímetro. Y cinco niños en el coche, entre ellos el suyo.

—Es imposible que sea verdad —insistió Miriam, leyendo la historia

por encima—. La Karolina que conozco no haría eso.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas con ella? Quizás ha cambiado. Imagino que no será fácil estar en el centro de la atención mediática, y ahora ambos lo están.

—¡Fue el rostro de L'Oréal durante diez años! ¡La megamodelo definitiva! No creo que le moleste ser el centro de atención.

—En fin, ser la esposa de un senador de los Estados Unidos es algo completamente diferente. Sobre todo, de uno que tiene planes de presentarse a la presidencia. Es un tipo de escrutinio muy distinto.

—Supongo que sí. No lo sé. Voy a llamarla. Esto no puede ser cierto.

—Lleváis meses sin hablar. —Paul dio un sorbo al café.

—¡Eso no importa! —Miriam se percató de que casi había gritado y bajó la voz—. Nos conocemos desde que éramos adolescentes.

Paul alzó las manos en gesto de rendición.

—Mándale ánimos de mi parte, ¿vale? Iré a echarles un ojo a los monstruitos.

El número de Karolina sonó cinco veces antes de que saltara el contestador.

«¡Hola! Has llamado a Karolina. No puedo atenderte ahora mismo, pero deja un mensaje y te devolveré la llamada en cuanto pueda. Hasta luego».

—¿Lina? Soy yo, Miriam. He visto ese terrible titular y quería hablar contigo. No me lo he tragado ni por un instante, y tampoco lo hará cualquiera que te conozca. Llámame en cuanto recibas esto, ¿vale? Te quiero, cielo. Adiós.

Miriam finalizó la llamada y se quedó mirando la pantalla, como si pudiera hacer aparecer el nombre de Karolina a voluntad. Pero entonces le llegó un grito del piso inferior: un verdadero grito de dolor, no uno de «odio a mis hermanos» o de «ahora me toca a mí», y Miriam tomó aire y se levantó para investigar.

Aquel año apenas acababa de empezar y ya estaba tomando una forma terrible. Agarró una tortita fría del plato de camino al sótano: 2018 podía llevarse sus propósitos y *tirarlos* a la basura.



3
Como una vulgar criminal

Karolina

—Oye, Siri, pon *Yeah* de Usher —pidió Harry desde el asiento trasero del Suburban.

Los chicos gritaron a coro cuando Siri trinó:

—De acuerdo, reproduciendo *Yeah* de Usher. —De inmediato, el bajo tronó a través de los altavoces.

Karolina sonrió. Ni en un millón de años habría adivinado que tener el coche a rebosar de niños de doce años sería divertido. Hacían mucho ruido y eran unos revoltosos; a veces incluso apestaban, sí. Pero los amigos de Harry también eran dulces, de risa fácil, y se esforzaban en ser educados, al menos cuando ella estaba por allí. Eran buenos chicos de familias agradables y, una vez más, dio las gracias por la mudanza desde Nueva York (la ciudad de los campos de minas sociales) a Bethesda, donde todo el mundo parecía más relajado.

Qué niño más adorable, pensó Karolina por millonésima vez mientras le echaba un vistazo a Harry disimuladamente desde el retrovisor. Cada día comenzaba a parecerse más a un adolescente: se le estaban ensanchando los hombros y tenía pelitos sobre el labio, además de una pizca de granos en las mejillas. Pero con la

misma frecuencia parecía un niño pequeño, que igual se pasaba una hora jugando con Legos que mensajeando a sus amigos. Harry era extrovertido y seguro de sí mismo, como su padre, pero también tenía una faceta más suave, más sensible. Más o menos por la época en la que se habían mudado a Bethesda, Harry comenzó a hacerle más preguntas a Graham sobre su madre fallecida: dónde se habían conocido, qué le gustaba leer y cómo se sentía cuando estaba embarazada de él. Y Graham siempre evitaba responderle, y prometía que le hablaría de su madre más tarde. Luego, cuando terminara ese informe que tenía que leer. Luego, en el fin de semana, cuando estuvieran más libres. Luego, en el viaje de esquí, porque su madre había adorado esquiar. Luego, luego, luego. Karolina no estaba segura de si la causa de que Graham siempre postergara las preguntas de su hijo se trataba de la pereza o de un dolor genuino, pero sabía que Harry necesitaba respuestas. Le llevó casi tres días reunir todas las fotografías dispersas, cartas y recortes de periódicos en la casa mientras Graham estaba en el trabajo y Harry en el colegio, pero cuando le entregó al niño la caja de recuerdos de su madre, su alivio y alegría hicieron que cada instante hubiera merecido la pena. Le aseguró a Harry que su madre siempre sería su madre, que no era malo hablar de ella y recordarla, y el enorme y fortachón preadolescente de Karolina se había desmoronado en sus brazos como un preescolar al volver de su primer día fuera de casa.

—No lo van a creer —dijo Nicholas, un desgarbado jugador de *lacrosse* con una melena rubia enmarañada desde la tercera fila—. Mi padre nos ha conseguido entradas para el partido entre los Skins y los Eagles del fin de semana que viene. La primera eliminatoria. ¿Quién se apunta?

Los chicos comenzaron a abuchearlo.

—Oye, mamá, ¿crees que papá me podría llevar? —preguntó Harry.

—Mi padre dice que las entradas no han sido tan caras —dijo Nicholas.

Karolina se obligó a sonreír, aunque los chicos no podían verla en el asiento del conductor.

—Estoy segura de que le encantaría —mintió, y miró a Harry de reojo para comprobar si se había dado cuenta por su tono de voz. A pesar de que Harry era un apasionado del fútbol americano en general y de los Redskins en particular (y de que Graham, como senador en activo de los Estados Unidos, habría podido conseguir las mejores entradas del estadio), padre e hijo nunca habían ido juntos a un partido. Cada año, Graham le juraba a Karolina y a Harry que se sentarían en el palco de honor, irían a un partido importante en otro estado o invitarían a un grupo de los amigos de Harry y se sentarían todos en la línea de cincuenta yardas, y todos los años la temporada terminaba sin que los Hartwell acudieran a un solo partido. Harry solo había ido una vez, hacía dos años, cuando a Karolina le dio pena y compró las entradas en internet. Al niño le había hecho mucha ilusión y había vitoreado como un loco con todo el equipamiento puesto, pero la mujer sabía que su hijo habría preferido ir con Graham: Karolina había comprado las entradas en el sector del equipo visitante sin querer, y era incapaz de seguir quién tenía la pelota; a pesar de sus esfuerzos, siempre vitoreaba cuando no tocaba.

—¡Mamá! ¡Oye, mamá! —Harry interrumpió sus pensamientos—. Tenemos detrás unos coches de policía con las luces encendidas.

—¿Eh? —murmuró Karolina, más para sí misma. Miró por el retrovisor y vio dos coches patrulla con las luces encendidas, tan cerca del Suburban que casi los tenía encima del parachoques—. Cielos, debe de ser importante. Vale, vale, dadme un segundo —dijo en voz alta—. Voy a hacerme a un costado.

Dio las gracias de que Harry estuviera a salvo a su lado, porque se ponía nerviosa cada vez que veía un vehículo de emergencia en el vecindario. Quizás estuviera ardiendo la casa, pero siempre que tuviera a Harry sano y salvo al alcance de su vista podría gestionar cualquier cosa. Encendió el intermitente y apartó la poco cooperativa camioneta con toda la elegancia que pudo, mientras se disculpaba en silencio con los Crains, que vivían a unas cinco puertas y eran los dueños del precioso césped en el que sus neumáticos probablemente estaban haciendo un estropicio. Solo que los coches patrulla no pasaron de largo a toda velocidad cuando les dejó

espacio, como esperaba; ellos también se hicieron a un lado y se detuvieron justo detrás de su camioneta.

—Vaya, señora Hartwell, ¡le van a echar la bronca! —gritó Stefan, otro de los amigos de Harry, mientras el resto de chicos se reían. Igual que Karolina.

—No veas, ya sabéis cómo soy —dijo Karolina—. Voy a veinte por un vecindario residencial. ¡Menuda locura! —Observó por el retrovisor cómo los agentes se colocaban junto a su matrícula mientras tecleaban en una especie de iPad. *Muy bien*, pensó. Verían las matrículas del gobierno de los Estados Unidos, que había en sus tres coches, y aquella tontería se acabaría rápido.

Pero los dos agentes que se acercaron a la ventanilla no se reían.

—¿Señora? ¿Es suyo este vehículo? —inquirió la agente, mientras su compañero aguardaba tras ella y observaba la situación.

—Claro, por supuesto —contestó Karolina, extrañada de que le hubieran hecho una pregunta tan ridícula. Era ella la que estaba conduciendo, ¿o no?—. Agente, no creo que me haya excedido con la velocidad. Acabamos de salir a la carretera. ¿Lo ve? Vivimos justo ahí. Solo voy a llevar a los amigos de mi hijo…

La agente de policía miró a Karolina con dureza y dijo:

—Le ruego que me enseñe su permiso y número de matrícula.

Karolina miró a la mujer a la cara. No era una broma. Sacó el permiso de conducir de la cartera con cuidado y se sintió aliviada al encontrar el número de matrícula bien guardadito en la guantera.

—Eh, quizá se haya dado cuenta por el nombre que aparece en mi permiso, pero estoy casada con el senador Hartwell… —dijo Karolina, dedicándole su mejor sonrisa. Normalmente no le gustaba valerse de sus contactos, pero tampoco era lo normal que unos polis enfadados la hicieran detenerse en el arcén.

El otro policía arqueó las cejas.

—Señora, ¿ha bebido usted?

Karolina se percató a medias de que los chicos guardaban silencio ante esa pregunta y su mente regresó a la hora anterior, cuando había abierto a propósito una botella del escandalosamente caro cabernet de Graham, del que últimamente compraba cajas enteras. Harry y sus amigos habían estado devorando pizzas, y Karolina era

consciente de que pronto llegaría la hora de llevarlos a casa, así que solo había bebido media copa. Si acaso. Ni siquiera tenía ganas, en realidad, pero le había resultado satisfactorio abrir la botella a sabiendas de que probablemente se pondría mala antes de que Graham volviera de Nueva York. Le había pedido a Karolina que fuera a cenar con él al apartamento de un amigo en Manhattan, pero ella no quería dejar solo a Harry en Nochevieja. Le había molestado que su marido fuera sin ella, aunque tampoco la había sorprendido del todo.

Exhibió su sonrisa más resplandeciente y miró a los agentes directamente a los ojos antes de decir:

—Agentes, tengo niños en el coche. Les puedo asegurar que no he bebido. Tampoco creo que me haya excedido con la velocidad, pero supongo que es posible. En ese caso, lo lamento profundamente.

Ante la mención de los niños, el agente sacó la linterna y dio una vuelta en torno al perímetro del coche. No pareció importarle que la luz incidiera directamente en los ojos de los chicos. Karolina los vio a todos entrecerrar la vista.

—Mamá, ¿qué sucede? —preguntó Harry, que sonaba nervioso.

—Nada, cariño. Estoy segura de que es un malentendido. Vamos a dejar que cumplan con su trabajo.

Tras esto, el agente llamó a su compañera y señaló algo con la linterna. Intercambiaron una mirada. Karolina sintió cómo le daba un pequeño vuelco el corazón, aunque no tenía motivos para estar nerviosa.

—Señora Hartwell, salga del coche, por favor. Lentamente —dijo la agente.

—¿Perdone? —le espetó Karolina—. ¿Por qué tendría que salir del coche? Ni siquiera llevo un abrigo…

—¡Ahora mismo! —ladró la agente, y de inmediato quedó claro que aquello no era un control de tráfico rutinario.

Karolina salió del asiento del conductor de un salto, con tanta prisa que no se molestó en usar el estribo y, como resultado, se torció el tobillo, por lo que tuvo que aferrarse a la puerta para no caerse.

Los agentes intercambiaron otra mirada.

—Señora Hartwell, hemos presenciado su conducción temeraria,

además de encontrar botellas de alcohol vacías en el asiento trasero de su vehículo. Mantenga los brazos a los lados y camine hasta mitad de la calle, aproximadamente unos veinte metros. Nuestros agentes están apostados en la carretera, así que no vendrá ningún coche.

—Espere, ¿qué es lo que ha encontrado? ¿En mi coche? Debe de ser un error —dijo Karolina, intentando no echarse a temblar—. ¡Mi marido se pondrá furioso cuando se entere de esto!

La agente señaló la misma carretera por la que vivía Karolina, resbaladiza a causa de la lluvia, y le indicó que caminara. De inmediato y sin pensar, Karolina se colocó los brazos en torno al pecho para no congelarse con aquella blusa de seda tan ligera y comenzó a andar confiada en dirección a su casa. Si había algo que Karolina pudiera hacer mejor que casi nadie en el planeta era desfilar por una pasarela. Pero no había esperado ver las puertas y ventanas de sus vecinos abiertas, mientras aquellos rostros familiares la observaban con los ojos entrecerrados hasta expresar que habían reconocido a esa mujer a la que le estaban haciendo un control de alcoholemia como a una vulgar criminal en su bonita y tranquila calle.

¿Esa es la señora Lowell?, se preguntó Karolina, mientras observaba a una anciana curiosear detrás de una nítida cortina de lino. *No me había dado cuenta de que había venido de visita. Qué vergüenza que me esté viendo así.* Karolina se percató de que se le estaban tiñendo de rojo las mejillas a pesar del frío, y debió de pasársele el bache de la carretera, porque antes de darse cuenta, tropezó y estuvo a punto de caerse.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Karolina a los agentes, que la observaban con atención—. Llevamos años quejándonos al ayuntamiento de que hace falta arreglar la carretera.

Volvieron a intercambiar esa mirada. Sin decir una palabra más, el agente se acercó a Karolina y dijo:

—Señora, queda usted arrestada por sospechas de conducir bajo la influencia de bebidas alcohólicas. Tiene derecho a permanecer…

—Espere, ¿qué ha dicho? —gritó Karolina, antes de darse cuenta de que Harry había asomado la cabeza por la ventanilla del

Suburban y observaba toda la escena atentamente—. *¿Arrestada?*

— … silencio. Cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de…

Las palabras le sonaban, por supuesto. Había visto muchas series policiacas con Graham, además de las noches de maratón de *La ley y el orden* en sus tiempos de soltera, pero ¿quién habría dicho que decían esas cosas en la vida real? ¿Era real aquello? Parecía tan irreal: hacía un rato no era más que una madre como cualquiera que llevaba a casa a los amigos de su hijo y, de repente, la estaban escoltando al asiento trasero de un coche de policía.

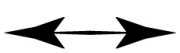
—Oiga, ¡espere! *¡Señor!* Escuche, por favor. ¡No puedo dejar a los niños solos en el coche! —gritó Karolina mientras se cerraba la puerta. Estaba sola en el asiento trasero, separada del mundo por una gruesa pantalla de un cristal que, supuso, sería antibalas.

La voz del agente salió de una especie de altavoz.

—La agente William cuidará de su hijo y sus amigos y se asegurará de que todos vuelvan a sus casas. Yo la llevaré ahora mismo a la comisaría.

Encendió el motor y, junto a este, comenzaron a sonar las sirenas. No oía a Harry, pero lo veía gritar «mamá» mientras se esforzaba al máximo por no echarse a llorar. Con la mano junto a la ventana, gesticuló como diciendo «No te preocupes, todo va a salir bien», pero Karolina sabía que no podía verla. Mientras las estridentes luces y sirenas rompían la tranquilidad de la noche, el coche patrulla dejó atrás a su hijo.

—¡Cómo se atreve! —le gritó al agente, antes de percatarse de que había una cámara con una luz cegadora en la esquina superior derecha de la ventanilla, pero el agente ni siquiera alzó la vista. Nunca se había sentido tan indefensa en toda su vida. Tan sola por completo.



No permitieron que Karolina hiciera una llamada telefónica hasta casi dos horas después de su arresto. *¿Esto es legal?*, se preguntó mientras intentaba mantener la calma. Al menos, la agente había

venido a la celda para informarla de que Harry y sus amigos estaban en casa. Los padres de los chicos habían acudido a la comisaría para buscar a sus hijos y, como Graham no respondía al móvil, Harry había sugerido que llamaran a su abuela, Elaine, que se había apresurado a llevarse a su nieto a casa. A Karolina la reconfortó saber que Harry estaba bien, pero la aterrorizaba la idea de tener que ir a buscarlo a casa de su suegra.

—Mi marido no responde —dijo Karolina al agente que estaba supervisando la llamada.

El hombre estaba despatarrado sobre el escritorio mientras rellenaba unos formularios. Se encogió de hombros y no levantó la mirada.

—Pruebe con otra persona.

—Es casi medianoche y estamos en Nochevieja —dijo Karolina—. ¿A quién se supone que tengo que llamar para que me recoja en mitad de la noche de la comisaría local?

Ante aquellas palabras, el agente sí levantó la cabeza.

—¿Recogerla? No, lo siento, señora Hartwell. Va a quedarse aquí esta noche.

—¡No puede hablar en serio! —dijo Karolina, que estaba casi segura de que el agente le estaba tomando el pelo.

—Órdenes estrictas de nuestros superiores. Quienes hayan conducido bajo la influencia del alcohol deben esperar al menos cinco horas para su puesta en libertad, cuando hayan recuperado la sobriedad. Y las puestas en libertad son entre las siete de la mañana y la medianoche. Me temo que ha tenido mala suerte.

—¿Le parece que estoy borracha? —le espetó Karolina.

El agente alzó la mirada. Apenas parecía tener edad suficiente para comprar cerveza, y el rubor que se le expandió por el cuello no ayudaba.

—Lo siento, señora. Así son las reglas.

Marcó el otro número que se sabía de memoria. Trip, que era el abogado de la familia y el mejor amigo de Graham, respondió al primer toque.

—¿Lina? ¿Desde dónde me estás llamando? —preguntó, somnoliento. Por supuesto, Trip estaba frito antes de la medianoche.

—Ya me has oído, Trip. En la celda de los borrachos de la prisión del condado de Bethesda. Perdona que te haya despertado, pero imagino que lo comprenderás. Lo he intentado con Graham, pero es imposible localizarlo. Qué sorpresa.

Trip y Graham habían sido compañeros de habitación en la facultad de Derecho de Harvard, así como también padrinos en sus respectivas bodas y de sus respectivos hijos. Karolina siempre había pensado en Trip casi como una extensión de Graham, un par adicional de ojos y oídos, un sustituto aceptable, una especie de hermano. Normalmente les unía un afecto mutuo muy agradable. Pero aquella noche ni siquiera intentó ocultar lo mucho que la molestaba hablar con él, en lugar de con Graham.

—¿Puedes sacarme de este agujero? —le susurró al teléfono—. Me han dicho que no me van a dejar salir hasta mañana, pero me niego.

—Espera. Voy a llamar a mis contactos para solucionar esto —dijo Trip con una confianza tranquilizadora.

—Date prisa, por favor.

Sin embargo, o bien no se dio prisa o no pudo hacer nada, porque Karolina no volvió a hablar con Trip hasta que apareció a las siete de la mañana para pagar su fianza. Sin Graham.

Trip interpretó correctamente la expresión de su rostro.

—Por supuesto, Graham quería venir. Fui yo quien le desaconsejó que lo hiciera.

Karolina se sentó en una de las sillas de plástico junto a Trip. Le dolía todo el cuerpo de haberse acostado en un banco en la sala de detención, que no era exactamente una celda, sino más bien como la desgastada puerta de embarque de un aeropuerto antiguo.

—No soy idiota, Trip. Entiendo perfectamente que no da buena imagen que un senador en funciones entre en una cárcel del condado para pagar la fianza de su mujer. Pero no puedes culparme por desear que lo hubiera hecho de todos modos —dijo Karolina, intentando retener las lágrimas—. ¿Me puedes contar qué es lo que está pasando?

El móvil de Trip emitió un sonido lastimero y lo silenció sin mirar la pantalla.

—Te voy a ser sincero, Linda. Esto es un lío de los gordos.

—¿Te crees que no lo sé? Soy yo la que ha pasado la noche en prisión. *En prisión*. ¿Y dónde está mi *marido*?

Trip arrugó la frente. Se aclaró la garganta.

—Lina, no es…

Karolina alzó la mano.

—Da igual. Antes quiero saber con quién está Harry. ¿Quién lo va a llevar al cole?

Volvió a aclararse la garganta. Karolina casi se sintió mal por pagar con Trip su enfado con Graham. Casi. Parecía sentirse muy desgraciado.

—Harry ha pasado la noche en casa de Elaine.

—¿Sigue allí?

—Sabes que Harry la llamó cuando te arrestaron anoche. Como es natural, unos periodistas interceptaron las transmisiones radiofónicas de la policía y descubrieron lo sucedido, por lo que había unas pocas cámaras esperando junto a tu casa cuando Elaine fue a dejar a Harry. Pasó por delante y se lo llevó a su casa. Los medios han montado un campamento en tu casa, y no quería que el chico pasara por eso. Al menos, ahora nadie sabe dónde está.

Karolina asintió. Por mucho que detestara a su suegra y la idea de que su hijo tuviera que esconderse en casa de Elaine, tenía que admitir que sonaba como la mejor opción.

—Vale. Ahora dime, ¿cómo vamos a poner fin a esta pesadilla? ¡Esto es un aprisionamiento! ¡Un arresto falso! ¡Deberíamos estar discutiendo sobre presentar cargos!

Trip tosió, miró a Karolina y tosió de nuevo.

—¿Trip? ¿Qué está sucediendo?

—Bueno es que… En fin, es complicado.

—¿Complicado? Qué palabra tan curiosa. Yo diría «confuso», quizá. Desde luego, yo estoy *confusa* de que me arrestaran por conducir bajo la influencia del alcohol cuando no había bebido. E incluso si lo hubiera hecho, que no es el caso, resulta que mi marido es un senador de los Estados Unidos con más contactos que un adolescente en Instagram, y sé *perfectamente* que, si quisiera que este asunto se esfumara, ya habría sucedido —siseó Karolina.

El altavoz emitió un anuncio incoherente, una agente pasó corriendo junto a ellos y salió por la puerta principal.

—¿Por qué no me ayudas a entenderlo, Lina? Cuéntame exactamente qué ocurrió.

No fue hasta aquel momento, tras numerosas horas de ordalía, que Karolina sintió que tal vez no fuera capaz de contener las lágrimas. Había conservado el estoicismo durante el arresto y había demostrado tener más valor del que creía cuando se percató de que nadie iba a venir a buscarla. Pero ante la acostumbrada amabilidad de Trip y su evidente preocupación (aunque quien debería estar allí sentado era su marido), tenía que concentrarse para no echarse a llorar.

—Lo siento —le dijo, y se tragó un sollozo—. Estoy abrumada.

Trip se aclaró la garganta.

—¿Saliste anoche con Harry?

—¿Salir? Claro que no. En fin, al menos que cuente ir a la tienda en torno a las cinco para abastecernos de patatas y salsas para los chicos. Había invitado a unos cuatro amigos a casa. Pedí pizza y los dejé jugando a la Xbox y haciendo lo que quiera que hagan los chicos de doce años. ¿Videollamadas con chicas? ¿Con otros chicos? No lo sé. No me siento orgullosa, pero por despecho abrí una de las botellas de mil dólares de cabernet de Graham y me serví media copita. Sabía que no iba a beber más, pero me dio mucha satisfacción guardar la botella prácticamente intacta. Le habría dado un infarto al verla y, para ser sincera, tenía ganas de disfrutar del espectáculo. Pero eso fue todo. Media copita.

—Vale, ¿y qué pasó después?

—¡Nada! Los chicos devoraron una tarta helada de Carvel en unos treinta segundos y después se subieron al Suburban en torno a las nueve y media. Antes de llegar a la casa de Billy Post, que está a menos de un kilómetro, aparecieron de la nada dos coches de policía. Con las luces y las sirenas encendidas, como si hubiera una emergencia real. Me hice a un lado para dejarlos pasar, pero se plantaron en la ventanilla.

Trip asintió, como si Karolina estuviera confirmando un guion que ya se supiera.

—¿Qué te dijeron?

—Me preguntaron si había bebido. Cuando lo negué categóricamente, me dijeron que conducía de forma errática. Lo que es ridículo, porque en realidad estaba conduciendo muy lentamente en nuestro vecindario residencial.

—Dijeron que vieron botellas vacías de champán rodando por el asiento trasero del Suburban —dijo Trip en voz baja, mirándose las manos.

—Oh, ¿eso dijeron? Bueno, pues es *imposible*. Porque ni siquiera me gusta el champán. Y a Graham tampoco. Nos da jaqueca…

Se detuvo. ¿Y si los chicos las habían traído? Karolina arrugó la nariz para valorarlo. ¿Era posible? Doce años no era una edad extraña para intentar beber alcohol a escondidas por primera vez. ¿Se estaba engañando al pensar que Harry no probaría una bebida? No, conocía a su hijo. Sabía que sería igualito al resto de los adolescentes y que experimentaría con todo tipo de cosas, pero también estaba segura de que no había llegado a ese punto aún. Incluso si ella no hubiera estado y los chicos se hubieran infiltrado en la adorada bodega de Graham, no había manera de que cinco chicos de doce años abrieran una botella de champán sin que nadie se diera cuenta, y mucho menos de que se ventilaran dos botellas. Recordó la noche anterior. Tanto Harry como sus amigos se comportaban de la manera usual: hacían ruido, sí, pero sin duda estaban *sobrios*.

—No. Eso no ha sido. No tengo ni idea de cómo acabaron allí esas botellas.

Trip le colocó la mano sobre la suya, lo que le resultó cálido y reconfortante.

—Lo siento mucho, Lina. No creo que todo esto sea fácil.

Aquel pequeño gesto de empatía fue suficiente para echarse a llorar de nuevo. Karolina estaba segura de que tenía unos manchurrones draconianos de rímel corriéndole por las mejillas, pero como había pasado la noche en la cárcel, se imaginó que habría problemas peores en su apariencia.

—Pero hay algo que no tiene ningún sentido. Me trajeron aquí directamente. No me han dado un alcoholímetro ni nada. Me han

hecho pasar la noche en esa habitación. ¿Por qué motivo? ¿Botellas vacías en el coche? ¿Cómo es eso legal?

A Trip volvió a sonarle el móvil, y la violencia con la que rechazó la llamada hizo que Karolina se sobresaltase. Se aclaró la garganta.

—La policía afirma que te negaste a usar el alcoholímetro y que también rechazaste la oferta de un análisis de sangre. Maryland es un estado con una ley de acuerdo tácito, lo que significa que solo con tener un permiso de conducir das consentimiento al análisis. Negarse a participar en un análisis químico implica conducir bajo la influencia del alcohol.

—No puede ser verdad.

—Sabes que trabajo sobre todo en el mundo corporativo, Lina. No llevo apenas litigios y, desde luego, nada delictivo. Pero he consultado con un colega antes de venir y me ha enseñado las leyes.

—No, me refiero a que no puede ser verdad lo de que me negué a usar un alcoholímetro. De hecho, sucedió todo lo contrario. Pedí uno. Incluso se lo *supliqué*. Sabía que todo este malentendido se solucionaría si tan solo…

—¿Lina? Sabes que Graham y yo contrataremos a los mejores para este caso. Mientras conservemos la calma, sé que resolveremos…

El resto de las palabras del abogado se aturullaron en su cabeza mientras las repercusiones de lo ocurrido comenzaban a reproducirse lentamente, a todo color, en su mente. Casi veía los titulares: EXSUPERMODELO CASADA CON UN SENADOR CONDUCE BORRACHA CON NIÑOS EN EL COCHE. Predijo el intenso escrutinio de los medios y la humillación de que la gente la creyera capaz de algo así. Y Harry. Sobre todo, Harry. Los chicos de doce años deberían avergonzarse de los vaqueros de sus madrastras, no del día que la arrestaron por conducir borracha cuando llevaba a un puñado de niños.

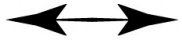
Entonces la invadió otra sensación, una que la sorprendió con su fuerza bruta: una necesidad de su marido que era tan visceral que casi la dejó sin respiración. ¿Cómo habían acabado en esa situación? En una circunstancia en la que pasaba la noche en prisión y su marido (su compañero de vida) la dejaba plantada y enviaba a un amigo a recogerla a la mañana siguiente. No, aquello no estaba

bien. Algo sucedía. Algo que escapaba de su control. Sí, llevaban un tiempo distanciados. Se había sentido más desconectada de Graham de lo habitual. Había menos intimidad. Incluso sospechaba que la estaba engañando de nuevo. Pero estaban hablando de *Graham*. El hombre que se había asegurado meticulosamente de que toda su familia gozara de seguridad financiera. La persona que le decía al menos diez veces al día lo preciosa que era. Recordaba su boda como si hubiera sido el día anterior. Los resplandecientes viñedos verdes habían sido un telón de fondo estupendo para la lluvia inesperada, que quizá le habría arruinado el día a otra pareja, pero no a ellos. Apenas la notaron, pues estaban demasiado embelesados bailando y riendo y el uno con el otro. Se había sentado en la mesa que compartían y contemplado a su apuesto y fuerte marido, que le daba a todo el mundo las gracias por celebrar con ellos. Cuando se giró hacia ella y le ofreció la mano, Karolina vio que Graham tenía lágrimas en los ojos, y el discurso del brindis fue emocionante y sincero. Y ahora estaban así.

Trip seguía hablando. Algo sobre un precedente legal. El cansancio estaba empezando a afectar a Karolina, junto a la tristeza, la humillación y la soledad, todo a la vez.

—Estoy agotada —dijo, enjuagándose de nuevo los ojos—. ¿Me puedes llevar a recoger a Harry?

—Por supuesto. Vamos a sacarte de aquí.



Condujeron en silencio a la casa de su suegra en Arlington. Trip se alejó en el momento en el que Karolina llegó al porche delantero.

—Karolina —la saludó Elaine en cuanto abrió la puerta, como si acabara de meterse en la boca algo amargo.

—Elaine. Gracias por recoger a Harry —se obligó a decir Karolina mientras colocaba el abrigo en el banco del pasillo y seguía a su suegra a la cocina, sin que la invitara a pasar.

—Alguien tenía que hacerlo. Y contactar con los padres de todos esos chicos.

—Sí, en fin, gracias de nuevo. ¿Dónde está Harry?

—Sigue dormido —dijo su suegra—. Ha sido una noche traumática para él.

Karolina ignoró a la mujer con todas sus fuerzas y, como nadie se la ofreció, se levantó para prepararse una taza de café.

—¿Quieres una? —le preguntó a Elaine, que se limitó a negarse con un gesto de la mano.

—Tienes un… tema serio entre manos, Karolina. No es asunto mío, pero si tienes problemas deberías haber buscado ayuda. ¿Conducción bajo la influencia del alcohol? ¿La esposa de un senador? ¿Del futuro presidente de los Estados Unidos? Vale que te descuides a ti misma, pero ¿es que no has pensado en la carrera de Graham?

—¿Te refieres a la seguridad de Harry? Debo de haberte escuchado mal.

Elaine volvió a hacer un gesto despectivo y emitió un cacareo.

—Sabes que no me gusta meterme en lo que solo os concierne a Graham y a ti, pero en esta ocasión las circunstancias…

—Madre, *por favor…*

La voz de Graham hizo que Karolina se sobresaltara lo suficiente como para derramarse café por la parte delantera del jersey.

—¿Graham? —lo llamó, aunque estaba justo frente a ella, con aspecto apuesto.

Karolina se quedó esperando que corriera hacia ella para abrazarla y abrió los brazos para recibirlo. Su marido no se movió. Se quedó en el umbral, mirando un punto entre su esposa y su madre, con pinta de que preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo. Todo en su aspecto era inmaculado, desde su camisa hecha a medida y los pantalones chinos planchados, al abundante pelo negro que se cortaba cada tres viernes. Calcetines de cachemira. Un afeitado profesional. Una bolsa de viaje de Hermès. Y unas leves patas de gallo en torno a aquellos ojos verdes, suficientes para concederle cierta dignidad. Era un metro ochenta y siete de perfección masculina cuidada hasta la extenuación.

—No sabía que estabas aquí —se oyó chillar Karolina, avergonzada, y volvió a cerrar los brazos—. Trip decía que estabas en un tren.

—De hecho, estaba a punto de irme —dijo, y pasó de largo junto a ella para entrar en la cocina. Su voz sonaba tan fría e impersonal como las inmaculadas puertas de un frigorífico.

—¿A dónde vas? —preguntó Karolina, sorprendida de que se mostrara distante. ¿Se había enfadado con *ella*? No se habría creído lo de que se había montado borracha en el coche con unos niños… Él sabía mejor que nadie que prácticamente era abstemia. ¿No era ella la parte ofendida en aquellos momentos? ¿No era él quien la había abandonado *toda la noche* en la cárcel por un crimen que no había cometido?

—Ven, cariño, te voy a hacer un café —le dijo Elaine a Graham, saltando de la silla con un vigor renovado.

—Elaine, ¿te importaría dejarnos a solas un momento? —preguntó Karolina.

La mujer, que parecía haber recibido una gran ofensa, se quedó mirando a Graham, que asintió para mostrar conformidad.

—Gracias, madre.

Elaine recogió su taza de café y un plátano con mucho dramatismo; en cuanto salió, Karolina por poco corrió hacia Graham.

—Oye, pero ¿qué te pasa? —preguntó. Y después, en un gran esfuerzo por mantener un tono amistoso, añadió—: No sé si te habrás enterado, pero he pasado Año Nuevo encerrada.

Se giró hacia ella de inmediato y le apartó las manos del brazo.

—¿Te parece que todo esto es una broma? ¿Te hace… gracia?

Karolina se percató de que se había quedado boquiabierta de la conmoción.

—¿Que si me hace gracia? —le escupió—. Claro que no. Cada instante ha sido espantoso. ¿Y dónde has estado? ¿Has mandado a Trip? Sabes que…

—Solo sé lo que me he oído del Departamento Policial de Bethesda, Karolina. Según el jefe Cunningham, te pararon para un análisis de sobriedad rutinario después de fallar un control de carretera.

Le dolió que la llamara por su nombre entero, Karolina, en lugar de Lina.

—Graham, ya sé lo que *te han dicho*, pero también que…

Su marido golpeó la encimera con la palma.

—¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Cómo puedes ser tan estúpida? —Se le había moteado la cara y el cuello de rojo—. ¡Con mi hijo en el coche, ni más ni menos!

—¿*Tu* hijo? —preguntó Karolina—. Imagino que te refieres a *nuestro* hijo. Puede que sea mi hijastro, pero sabes que siempre lo he tratado y he pensado en él como si fuera mío.

Graham arrojó la taza llena en el fregadero y levantó un dedo a unos pocos centímetros de su cara. Sus ojos se habían convertido en unas ranuras.

—Tienes que despertar a Harry ahora mismo y llevarlo sano y salvo a casa. ¿Te ves capaz? Obviamente en Uber, porque no vas a volver a conducir. Esas sabandijas —comenzó, e hizo un gesto hacia la bien cuidada calle de Bethesda— te encontrarán. Espero que no haga falta decir que no vas a hablar con ninguno de ellos. Ni una palabra. No hagas contacto visual. ¿Lo entiendes?

Karolina se acercó a él, con la esperanza de verlo ablandarse.

—¿Por qué te estás comportando así? Sabes que no he conducido borracha. Sabes lo mucho que valoro la privacidad. Sabes que jamás haría nada que pusiera en peligro a Harry o a los hijos de otras personas.

Karolina sonaba desesperada, suplicante, pero no pudo evitarlo. Que su marido no viniera a recogerla de la cárcel era una cosa, pero no soportaba que estuviera tan furioso con ella por un crimen que no había cometido.

Exhibía una dureza nueva en los ojos.

—Volveré a casa esta noche. Recuerda no hablar con nadie.

Y con esas palabras, se fue de la cocina.



4
Algunos de mis mejores amigos son judíos

Emily

Cuando las puertas del ascensor se abrieron directamente a un apartamento con vistas del suelo al techo de la Freedom Tower y los ríos East y Hudson, Emily intentó moldear su expresión a una de indiferencia. Había visitado algunas casas impresionantes en su época. La finca de las Kardashian en Hollywood no estaba mal. La hacienda de George y Amal en el lago Como no daba lástima. Y no se podía decir que la casa adosada de Miranda Priestly en la Quinta Avenida no fuera espectacular. Pero había algo en la magnificencia de aquel ático de cristal de doce millones y cincuenta y ocho metros que la dejó sin respiración. Puesto que no había muchos rascacielos en Tribeca, parecía flotar solo en las nubes. Había tanta luz natural que tuvo que entrecerrar los ojos, y el austero mobiliario moderno en aquel enorme espacio abierto provocaba una sensación sobrenatural.

—Muchas gracias por venir —dijo Helene mientras se peinaba el cabello hacia atrás. Desde que Emily la conocía, Helene lucía una melena afro de lo más espectacular (salvaje, enorme y fabulosa),

pero aquel día la había domado en unos prietos tirabuzones resplandecientes que le enmarcaban el rostro.

—Por supuesto —dijo Emily, y dejó la atiborrada bolsa de tela de Goyard en el banco de la entrada. Había recibido seis mensajes de pánico de su asistente, Kyle, desde que había salido del aeropuerto. Al parecer, Helene estaba sufriendo un colapso emocional—. ¿Está aquí Rizzo?

Helene asintió y se le agitaron los tirabuzones.

—Está con su entrenadora. Deberían terminar en un par de minutos. ¿Te apetece beber algo? ¿Café? ¿Alcohol? A mí, desde luego, no me vendría mal.

—¿Y si los mezclamos? No podría negarme.

Emily la siguió a una cocina barnizada de un blanco cegador, donde una mujer latina de uniforme se encontraba frente a una máquina de expresos que parecía del Starbucks.

—Clara, ¿nos podrías preparar un par de *flat white* con un toque de Baileys, porfa?

Si Clara pensó que era un poquito extraño que esas dos mujeres profesionales pidieran un café con licor a las tres de la tarde, no lo dejó entrever. La mujer preparó las bebidas con mano experta y las llevó a un sofá de cuero blanco que daba a unas vistas espectaculares.

—Bien, supongo que deberíamos empezar con lo más obvio —dijo Emily y le dio un sorbo—. ¿Por qué eligió vestirse de nazi para la fiesta de disfraces?

Helene se miró las manos como si estuviera en busca de fuerzas.

—No era una fiesta de disfraces.

—¿Lo puedes repetir?

—No sé qué decir, Emily. Es un crío. Un crío estúpido al que le sobra el dinero y el tiempo y tiene a demasiada gente como tú y como yo para salvarle el culo. No es ninguna novedad.

—No. Pero hace que todo esto sea mucho más difícil. —Emily miró la hora. No es que tuviera que irse a ninguna parte, pero había viajado en avión a la otra punta del país sin previo aviso para ayudar a ese chico, y ya era hora de que lo conociera.

Helene se dio cuenta.

—Vamos, ven conmigo. Te lo voy a presentar.

Las mujeres atravesaron un largo pasillo blanco decorado con pinturas inspiradas en el arte callejero y luego descendieron por una escalera espiral. Otro pasillo, que estaba cubierto de grafitis, llevaba a un par de puertas francesas. Dentro, vio a Rizzo con unos guantes de boxeo. Golpeaba sin parar un saco rojo que colgaba del techo. Una chica preciosa vestida tan solo con unos pantalones cortos y un sujetador deportivo fucsia saltaba en torno a él y le gritaba.

Helene llamó a la puerta. Tanto Rizzo como la chica alzaron la vista, pero no dejaron de golpear ni saltar.

—¿Riz? ¿Puedes parar un momentito? Quiero presentarte a alguien.

Emily debería haberse quedando mirando el sudoroso pecho desnudo del chico con su abdomen bien definido, pero sus ojos se fueron de inmediato a la entrenadora, cuyo sujetador deportivo tenía varios cortes por toda la banda, lo que hacía que le sobresaliera un par de centímetros de pecho desnudo por debajo de los pezones, que amenazaban con liberarse de esa escasa cobertura en cualquier momento. *Qué interesante*, pensó Emily, *eso de llevar un sujetador deportivo* (que se suponía que servía para contener y sostener los pechos) *para después cortar la mayor parte de la tela destinada a cumplir con esos propósitos.* De pronto, se sintió una antigualla.

—Vaya, menudo trabajo, Riz —dijo la chica, golpeándole el culo con la toalla. Los pechos se le subieron. Emily se percató de que no era la única que los miraba. Rizzo y Helene también estaban fascinados.

—Gracias, preciosa. Nos vemos mañana. —Rizzo le arrancó la toalla de las manos y se la colocó en torno al cuello. Los tres se quedaron mirando cómo la chica agarraba su bolsa de lona y sus guantes de boxeo antes de encaminarse hacia la puerta.

—Madre mía. —Rizzo jadeó mientras contemplaba a su entrenadora.

—Hola, Rizzo. Soy Emily Charlton. Helene me ha llamado para que ayude a gestionar la… situación de anoche. Encantada de conocerte.

Sus miradas se encontraron y, durante medio segundo, Emily se sintió a la vez la única mujer del mundo y una pedófila por que le

pareciera tan increíblemente sexi un crío de dieciocho años. Nadie tenía unos ojos como esos… ¿Era real ese tono de verde?

—Hola, gracias por venir. Es muy amable de tu parte, pero creo que Helene está exagerando un pelín.

Rizzo abrió una botella de SmartWater y se bebió el litro entero sin detenerse a respirar. Helene le dedicó una mirada a Emily que decía: «¿Por qué no te ocupas tú?».

—Estoy segura de que no tenías… malas intenciones, Rizzo, pero después de lo que sucedió en Charlottesville el año pasado, el público tiende a tomarse muy en serio el antisemitismo, que es como suele interpretarse llevar un disfraz nazi. Sin duda, tenemos que buscar una escapatoria.

El chico agitó la mano y abrió la segunda botella.

—Fue por diversión. La gente lo entiende. Mis seguidores lo entienden.

Emily tomó aire e intentó mantener una voz serena.

—Quizá. Pero algunos no lo harán. Los judíos en particular. Y cualquiera que no esté a favor del Holocausto, lo que probablemente incluya a mucha gente. Desde luego, a tus patrocinadores (Uniqlo, Lexus, SmartWater) no les va a hacer gracia. Y a Sony me imagino que tampoco. Así que he diseñado un plan para rescatarte de todas esas cosas feas. Para salir airoso al cien por cien, una segunda oportunidad. Siempre que escuches con atención y cumplas con tu papel, todo esto desaparecerá, te lo prometo.

Rizzo no parecía demasiado impresionado, pero la miró y aguardó.

—Llamaré a todos mis contactos en los medios habituales: el *Post, HuffPo, TMZ*, *Variety* y demás, y les explicaré que pensabas que la esvástica era un antiguo símbolo budista de la paz. Jugaremos con la carta de la idiotez. No es más que un papel, pero es importante interpretarlo bien: eres joven, sin experiencia y te horroriza haber ofendido a la gente. Leíste sobre el símbolo en un texto budista que estabas estudiando para una clase de meditación y conectaste con su mensaje de paz.

—¿Joven y sin experiencia?

—No es que lo seas de verdad —dijo Emily—. Es solo el papel que vas a interpretar. —Como el chico no dijo nada, continuó—. Te

pondrás a disposición de los medios para todas las entrevistas respetables, y te mostrarás arrepentido y lleno de remordimientos. Harás una donación gigantesca a la Liga Antidifamación. Harás una visita muy mediática al Museo del Holocausto en D.C., donde te reunirás con el clero judío y emitirás una declaración oficial en la que recalcarás que todo ha sido un error y un malentendido y que no representa quién eres como persona. Lo repetirás unas mil veces o todas las que hagan falta, con sinceridad genuina, hasta que la historia cambie de rumbo y, de pronto, te conviertas en un heraldo de la paz y defensor de los pueblos perseguidos en todo el mundo. Confía en mí, podemos lograrlo siempre que todos nos ciñamos al guion.

—Eso está bien pensado —dijo Helene, y asintió—. El plan de Emily suena justo como lo que necesitamos.

Rizzo resopló.

—¿De verdad? A mí me suena estúpido. ¿Se supone que tengo que presentarme al mundo como una especie de idiota?

Emily se percató de que Helene se estaba esforzando tanto como ella para no intercambiar una mirada.

—Quiero decir, me parece una mierda. Es una exageración.

—¿Tienes otra sugerencia? —preguntó Emily, con la voz más neutral a su disposición. El chico era un idiota tan absoluto como se había imaginado.

—Pues sí, *amiga*, publicaré una explicación: que estaba de fiesta en Año Nuevo y no quería molestar a nadie. En fin, no tengo nada contra los judíos. Mi agente es judío. Mi contable es judío. Mierda, *todos* mis abogados son judíos. Mis seguidores saben que no me va lo de odiar a la gente.

—Rizzo, no tengo palabras lo suficientemente contundentes para decir que la mejor respuesta no es «Algunos de mis mejores amigos son judíos» —dijo Emily—. No creo que vayas a salirte con la tuya publicando en Snapchat que lo sientes con la esperanza de que esto se olvide. No va a suceder.

—Si lo publico en Linger, estoy seguro de que se olvidará.

Emily no tenía ni idea de lo que era Linger, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—Rizzo, esto es a lo que me dedico. Affleck y la niñera. Bieber y las fotos violentas. Kevin Spacey y el chico de catorce años. Conducción bajo influencia del alcohol. Peleas borrachas con polis. Discursos políticos en los Óscar. Robos en tiendas. Infinitos videos sexuales. Puedo *ayudarte*.

—Perfecto —contestó—. Me lo pienso y luego te digo.

Y antes de que Emily fuera capaz de enmascarar su conmoción, entró en el gimnasio de un par de zancadas y cerró la puerta.

Emily miró a Helene, que se encogió de hombros.

—Él es así —le dijo—. Sabe que tienes razón.

—¿De verdad? No me ha dado esa impresión. Y esto es algo que no puede esperar. Ya he visto las fotos en las webs de cotilleos. ¿Es consciente?

—Lo sé, y coincido completamente contigo. Dame tiempo para que lo discuta con él una vez que se haya calmado, y luego te llamo. ¿Vas a estar en la ciudad?

Emily asintió, aunque no le había dedicado ni un momento a pensar a dónde iba a ir. Había venido directamente del aeropuerto JFK con la maleta, pensando que pasaría el resto del día y la noche trabajando desde el apartamento de Rizzo y que luego se iría a un hotel. Pero ¿ahora? ¿Sin un trabajo confirmado?

Helene la acompañó al vestíbulo y la doncella apareció con la maleta de Emily.

—Muchas gracias por venir con tan poca antelación. Te llamaré en menos de una hora, ¿vale?

Pero el móvil de Emily sonó antes de que el ascensor alcanzara el recibidor.

—Qué rápido.

—Lo siento mucho, Emily, pero quería decírtelo de inmediato. Rizzo desea… tomar un camino diferente.

—¿Un camino diferente? ¿Qué? ¿Tiene planes de unirse al Ku Klux Klan? Porque incluso a mí me sería difícil hacer desaparecer algo así.

Helene no se rio.

—Le he dicho que no hay nadie mejor que tú, pero él prefiere a Olivia Belle. Al parecer, lo ha llamado esta mañana y le ha gustado lo que le ha dicho. No te imaginas lo mucho que lo siento. Por

supuesto, te cubriremos el vuelo y los honorarios. Mándame una factura.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Emily, incapaz de contenerse.

—Creo que está cometiendo un error, y se lo he dicho. Pero si me hiciera caso, no estaríamos en esta situación.

—No, lo entiendo —dijo Emily, aunque fuera mentira. Masculló algo sobre que hablarían más tarde y colgó en cuanto pudo. Por suerte, los muebles del recibidor eran agradables y no había nadie por allí, porque se hundió en el sillón sin mirar.

¿Olivia Belle? Si es que ese era su nombre real. ¿Era una puta broma? *Era una cría*. En fin, tenía más de dos millones de seguidores en Instagram, en comparación con los 20.000 de Emily. Pero Instagram no solucionaba las crisis. Los seguidores no gestionaban a los megafamosos. Un tuit no era suficiente para poner fin a una catástrofe.

Aun así, era el tercer trabajo que perdía por culpa de esa zorra. Olivia tenía veintiséis años, era preciosa y se dejaba caer en todas las fiestas y eventos dignos de ese nombre en ambas costas. Hacía mucho ruido. Y en todas las plataformas de redes sociales. Y se estaba lanzando a por los clientes de Emily como si la industria fuera suya.

Emily empezó a llamar a Kyle antes de recordar que era el día de Año Nuevo. Imaginó que podría llamar a Miles, pero probablemente estaría trabajando o de juerga con sus amigos. En lugar de eso, pulsó «Miriam» en su lista de favoritos y se rio, como siempre hacía, cuando una foto de su amiga con una sonrisa muy estúpida apareció en la pantalla.

—¡Hola! —dijo Miriam. Había niños gritando de fondo—. ¿No es demasiado pronto para que estés despierta? ¿No es mediodía?

—En realidad, estoy en Nueva York. Es una mierda que te hayas mudado. ¿Por qué no pensaste en mí un instante cuando tomaste la aburrida decisión de ser un ama de casa en las afueras?

—Ay, cielo. ¡Yo también te echo de menos!

—Lo digo en serio. Vengo a la ciudad, ¿cuánto? ¿Dos veces al mes? Y tú te has ido.

Miriam rio.

—Estoy a media hora, Em. Hay trenes que pasan por aquí como cada cinco segundos. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? Iré a verte mañana en cuanto los niños vuelvan al cole.

—No lo sé. Rizzo Benz acaba de despedirme. O no ha llegado a contratarme. No estoy segura. Olivia Belle me está arruinando la vida.

—Es una cría. No puede compararse contigo. Y Rizzo Benz es idiota por pensar lo contrario.

—Tres trabajos ya. Y eso sin contar los otros dos que perdí el año pasado. En fin —dijo Emily, devolviéndole al portero la mirada fulminante que le había echado por decir palabrotas, hablar demasiado alto, usar el recibidor como su despacho o todo lo anterior.

—¿Cuántas veces te ha llamado Miranda?

—¡No puedo volver a *Runway*! —le espetó Emily.

—Lo de directora de eventos especiales me suena a un puesto increíble.

—Lo sé, pero me sentiría muy ridícula regresando allí. Nueva York, claro. Pero ¿renunciar a mi autonomía? Yo decido el lugar, el momento, los clientes y mis tarifas para trabajar. Me parece que renunciar a todo eso y volver al lugar donde empecé no es el camino correcto.

—Te entiendo. Pero estamos hablando de Miranda Priestly. Piensa en el presupuesto de vestuario. Las fiestas… Es el trabajo por el que un millón de chicas mataría…

—No me creo que hayas dicho eso.

—Lo siento. No he podido evitarlo.

Emily oyó un golpe fuerte de fondo, seguido de un llanto.

—¿Qué monstruito ha sido? Te dejo.

—¡Matthew! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no toques el atizador de la chimenea? ¡No es un juguete! —Y luego le dijo a Emily en un susurro—: Lo siento. A veces es difícil de llevar.

Emily sonrió. Una persona que llamaba «difícil de llevar» a su adorable hijito de cinco años era alguien de quien quería ser amiga.

—¿Em? Si no tienes nada que hacer, ¿por qué no vienes? Tenemos una *suite* de invitados con tu nombre. Completamente aislada, en la

tercera planta, donde no se acercan los niños. Quédate esta noche. O todo el tiempo que quieras. Te envío la información de los trenes.

—¿El tren? —escupió Emily, como si Miriam acabara de sugerir un paseo de Tribeca a Greenwich.

—Todo el mundo lo usa, cielo. No es solo para la gente sin estilo.

Emily emitió un ruidito indignado.

—De acuerdo. Voy para allá. Me resulta impensable subirme a un avión ahora mismo. Y claro que tengo ganas de ver a tus mocosos. Pero solo una noche —dijo, y colgó el móvil antes de que cambiara de opinión. Después volvió a desbloquearlo y tecleó su localización violentamente en la aplicación de Uber. Quizás Emily Charlton fuera una ludita de mediana edad, pero desde luego que *no* iba a subirse a un tren.



5
Ríndete, es lo que he hecho yo

Miriam

Mientras cerraba la puerta con cuidado de no hacer ruido, Miriam examinó con una sonrisa el revoltijo de juguetes en el garaje, de cuya existencia sus hijos ni siquiera eran conscientes cuando vivían en Nueva York: bicis, trineos, patines, patinetas e incluso una anticuada carretilla de madera. Tenían mucha suerte de haberse mudado a un lugar como aquel. Incluso seis meses después, seguía maravillándola.

Como de costumbre, el vestíbulo parecía el escenario de un huracán con cajas a rebosar de camperas y mitones, chubasqueros, sombreros y botas de nieve, bufandas y paraguas, mientras que después del desayuno la cocina siempre lucía como si un mapache rabioso hubiera asomado la nariz por todos los armarios y cajones.

—Oye —dijo alguien desde el sofá, antes de que Miriam pudiera ver de dónde procedía la voz.

—¿Em? —preguntó, aunque sabía perfectamente que era la única persona que se dedicaría a ver *programas de entrevistas* en el salón un martes por la mañana. Emily llevaba tres días con ellos, leyendo detenidamente páginas de cotilleos y artículos periodísticos sobre Rizzo Benz y Olivia Belle, y no parecía tener intención de irse—.

Gracias por limpiar. No tenías por qué hacerlo.

—¿Qué? —Emily se giró y miró la cocina. Miriam se percató de que llevaba una camiseta raída en la que se leía CAFÉ PRIMERO y unos pantalones de franela que había tomado prestados de su anfitriona y parecía de tres tallas más grandes de la suya. Había una computadora abierta junto a ella.

—Oh, no pensaba acercarme a ese desastre. Por favor. ¿No tienes a nadie que se ocupe de eso?

Miriam puso los ojos en blanco y colocó una cápsula en la cafetera.

—¿Quieres café?

—¿De verdad has ido a hacer ejercicio? —preguntó Emily—. ¿O por aquí se considera apropiado salir con ropa de Lululemon?

—Ambas cosas, en realidad. Fui a una clase de SoulCycle a las nueve.

—Vaya, estoy impresionada. A la Miriam Kagan que conozco no le va mucho el Soul.

—En fin, intento ir un par de días a la semana. A diferencia de las otras madres. El instructor nos ha preguntado hoy quién iba *a repetir*, y la mitad de la clase ha levantado la mano. Tres iban a repetir *dos veces*.

—Tres horas al día y ciento veinte dólares… Qué agresivas. Incluso para Greenwich —dijo Emily—. Al menos, en Santa Mónica nadie lo admite.

Miriam echó a la bebida un poco de crema y tomó un *croissant* del cubo de dulces para desayunar del Trader Joe's.

—Ya sabes que el ejercicio no compensa una mala alimentación —le dijo Emily.

Miriam le enseñó el dedo y se metió el *croissant* en la boca.

—Un minuto en la boca y toda una vida en las caderas.

—Estas caderas pueden soportar un *croissant*, créeme. —Miriam se agarró los michelines con una mano, mientras sostenía la taza de café con la otra. El *croissant* le colgó de la boca mientras descendía con cuidado en la silla frente a Emily e intentaba ignorar la sensación de que la cinturilla de los pantalones de yoga se le estaba clavando en la barriga. La cinturilla alta. Superapretada—. ¿En qué estás trabajando?

—En recuperar mi carrera. Snapchat me está sumiendo en la irrelevancia. ¿Cuándo nos hemos hecho tan viejas?

—Tenemos treinta y seis años. Tampoco somos tan mayores.

—Mira a tu alrededor. Tienes tres hijos. Y una casa decorada por un profesional. —Emily examinó el salón—. Es encantadora, pero quien te haya decorado este lugar odia el color. Es como *Cincuenta sombras de Grey,* pero sin el BDSM.

Miriam asintió.

—Y eso es justo lo que a mí me gusta. En fin, ¿qué está sucediendo? No creo que sea justo decir que tu carrera se ha ido por el retrete solo porque Rizzo haya preferido a Olivia Belle. ¿O todavía no podemos hablar de eso?

—No es solo Rizzo. —Emily suspiró—. Quizás estoy perdiendo mi magia.

—¿Tu magia? Has pasado de ser la estilista número uno de Hollywood a gestionar las crisis de las celebridades más importantes. Pero si no te gusta, haz otra cosa. Es obvio que *puedes*. —Miriam se cepilló lo que le quedaba del *croissant*—. ¿Qué opina Miles?

Emily se encogió de hombros.

—Lo mismo que tú. Que estoy exagerando. Soy genial. Pero tampoco nos vemos mucho ahora. Está a punto de irse a Hong Kong tres meses.

—Ve con él —dijo Miriam.

—No voy a irme a Hong Kong.

—Es una gran ciudad.

—A lo mejor tengo depresión. Mira lo que llevo puesto —contestó Emily.

—A mí me parece ideal. Si te vienes a vivir aquí, puedes pasarte el día en pijama. Ríndete. Es lo que he hecho yo.

—Sí, eso es verdad —dijo Emily—. Nunca pensé que vería a la editora del *Harvard Law Review* ir a una clase de SoulCycle después de dejar a los niños en el cole.

—Eso ha sido un golpe bajo. Pero supongo que es justo. Tendrías que escuchar a mi madre. Le doy muchísima vergüenza.

—Tu madre ganó el Pulitzer a los veintiocho años y te ignoró hasta que fuiste a la universidad.

—La semana pasada, Matthew nos dijo: «De mayor, quiero ser un inventor como papi». Y Maisie, sin perder un instante, añadió: «Pues cuando yo sea mayor quiero ir al gimnasio como mami».

Emily se rio.

—Vaya.

—Sí, ya lo sé. Tenía ganas de decirle: «Cariño, mami tiene un doctorado y un máster de Harvard. La hicieron socia del bufete más prestigioso de la ciudad a los treinta y cuatro. Hasta hace seis terribles meses, mami trabajaba ochenta horas a la semana para ayudar a multinacionales y era el sostén de esta familia».

—¿Y no se lo dijiste?

Miriam resopló.

—Tiene cinco años. Y el objetivo es *no* convertirme en mi madre, ¿o no? Le dije alguna estupidez sobre que cuando sea mayor puede ser una mamá, una música, una arquitecta o una bombera. Que lo más importante es que sea feliz.

—¿Y lo crees de verdad? —preguntó Emily, levantando las cejas.

—Pues sí. Ahora sí que lo creo. He estado dándolo todo desde que tenía *su* edad. Parpadeé y mis hijos pasaron de ser recién nacidos a seres humanos en edad escolar con sentimientos e ideas propias, y me lo he perdido casi todo porque siempre estaba en el trabajo. Ahora que Paul ha vendido su empresa todo va cuesta arriba, como si nos hubiera tocado la lotería. ¿Cómo te explico que la oportunidad de tomarse un descanso a mitad de la vida y reevaluarlo todo es más rara que un doble arcoíris?

—Por favor, no le dijiste todo eso. —Emily se apartó el pelo del ojo.

—No le dije *nada* de eso. Le pregunté si quería una bolsa de conejitos de *cheddar* y comenzó a llorar como una histérica porque solo le gustan las galletas. Pero ahora en serio, Em, ¿no tengo muchísima suerte? Tengo opciones. No hay mucha gente que pueda decir eso. Tú también las tienes.

—Pero ¿cuánto tiempo ha pasado desde que dejaste la ciudad? ¿Seis meses? Otros seis y vas a tirarte encima de uno de los Range Rovers de la zona.

—Tal vez, pero de momento va todo bien. Además, estoy trabajando por mi cuenta. Proyectos locales, para no perder mi

magia.

—¿Por ejemplo?

Miriam se dio cuenta de que la atención de Emily había vuelto a dirigirse a la tele. En la pantalla, Hoda y Kathie Lee bebían *rosé*.

—Como los impuestos de niñeras. Contratos prematrimoniales. Planificación de patrimonio. Ese tipo de cosas.

—Suena emocionante.

—No seas tan perra.

—Eso es justo lo que me dijiste el verano que nos conocimos, cuando pensabas que me estaba riendo de la tonta esa. ¿Cómo se llamaba? ¿Rosalie?

Miriam se rio y recordó que a todo el mundo en el campamento le daba miedo Emily; llevaba pintalabios a pesar de la regla de nada de maquillaje, dormía con unos calzoncillos que, según ella, pertenecían a su novio mayor y decía palabrotas con liberalidad. Miriam nunca había conocido a nadie que se negara en redondo a jugar al *lacrosse* por «motivos personales», insistiera en llevar tacones de aguja a los bailes semanales con el campamento masculino en la pista de baloncesto o convenciera a los monitores en prácticas de que les dieran cigarrillos. La primera semana, Miriam pensó que Emily se estaba riendo del peso de una de sus compañeras de litera, y Miriam le dijo delante de todo el mundo que no fuera tan perra. Para el día de visitas, ambas se presentaron la una a la otra como mejores amigas a sus respectivos padres y, para el final del verano, se abrazaron con fuerza cuando llegó la hora de despedirse.

—¿Todavía te acuerdas? Estaba convencida de que la estabas tratando de gorda —dijo Miriam.

—A lo mejor estaba un poco rellenita, pero caminaba como un elefante porque estaba imitando al payaso de la oficina. ¿Cómo se llamaba? Tenía nombre de violador.

—Chester.

—Sí, ¡Chester! ¿Alguna vez lo has investigado? Deberíamos buscarlo en Google. Seguro que lo han detenido incontables veces por pedofilia. No me cabe duda.

—Era el hombre más asqueroso que he visto en mi vida —dijo Miriam—. Baboseaba a todas las chicas cada vez que iban a por el

correo o a enviar postales.

A Miriam le sonó el móvil.

—¡Es ella! Por fin —dijo, y agarró el móvil de la mesa—. ¡Al fin! —Miriam habló antes de que Karolina pudiera abrir la boca—. ¿Cómo estás? ¿Y dónde? Te he estado enviando mensajes como una acosadora estos tres días.

—Has visto los periódicos —dijo Karolina; su ligero acento de Europa del Este sonaba más pronunciado.

—¡Claro que he visto los periódicos! ¡Todo el universo ha visto los periódicos! Pero no me lo he tragado ni un segundo. ¿Dónde estás? Te he debido de dejar como mil mensajes.

—Estoy en Greenwich.

—¿Cómo?

—Para *serenarme*.

—Dios mío, voy para allá. —Miriam miró el reloj de pared—. Tengo que ducharme, pero puedo estar ahí en menos de una hora.

Ante estas palabras, Emily alzó la cabeza.

—¿Quién es? —gesticuló.

—No hace falta que te des prisa. Estoy segura de que voy a quedarme aquí un tiempo —dijo Karolina, y se le quebró la voz—. Echo tanto de menos a Harry…

—Ay, cielo, voy de camino. ¿La misma dirección de siempre?

Karolina sollozó.

—Sí, es la casa espantosa con el buzón de esmalte dorado.

Miriam imaginó la McMansion, impresa en la primera planta del *Post* matutino con el titular: ¿DÓNDE ATERRIZARÁ EN ESTA OCASIÓN LA FLAMANTE SEÑORA HARTWELL?

—Vale, te veo enseguida. ¿Te llevo algo?

—¿Quizás unas pastillitas? ¿Qué toma la gente hoy en día? Por las noticias una no lo diría, pero estoy fuera de onda. ¿Valium? No, eso está anticuado. ¿Percocet? Me da la impresión de que estoy en un momento ideal para desarrollar una adicción a las pastillas. Al parecer, soy una alcohólica. A nadie le sorprendería.

—Quédate ahí. Iré enseguida.

—¿Qué pasa? ¿Te ha llamado una amiga de tu madre para quejarse de que la doncella le ha robado la cubertería de plata? —

preguntó Emily, sin dejar de teclear furiosa en el portátil.

—Me ha llamado Karolina Hartwell para decirme que está en Greenwich.

Miriam estaba a medio camino de las escaleras cuando Emily la llamó:

—¡Voy contigo!

—No es un buen momento. Parece muy alterada. No creo que quiera que una desconocida se presente en su casa.

—¡No soy una desconocida! La vi unas cien veces cuando trabajaba en *Runway*. Debió de aparecer en portada en unas cinco ocasiones en mi época. Entraba y salía de la oficina cada tres segundos. ¡Puedo *ayudarla*!

—No sé, yo…

—Confía en mí. Le vendrá bien tenerme cerca. Vete a la ducha. Voy a cambiarme y preparar unas cositas. Entre las dos, podemos animarla.

Miriam asintió. Como de costumbre, se sintió incapaz de interponerse en el camino de Emily una vez que estaba decidida a hacer algo.

—Nos vemos en el coche en veinte minutos. Y, por favor, nada de alcohol hasta que sepamos qué es lo que le pasa.

Miriam había subido la mitad de las escaleras, pero oía a Emily junto al frigorífico.

—¡El Moët no es alcohol de verdad! —le gritó Emily.

Miriam sonrió para sí misma mientras pensaba en lo mucho que adoraba a esa zorra chiflada.



6
Una mera casita de campo

Karolina

Según se acercaban las once, Karolina se asomó a la ventana junto a la puerta que daba a la enorme entrada circular para coches, mientras se hacía nudos en el pelo. Graham y ella llevaban un par de años casados cuando compraron la casa de Greenwich, y él había insistido en añadir un portón automático de hierro forjado por seguridad. Karolina recordaba que le había parecido una cárcel, pero no había querido empezar otra discusión.

—Es lo más inteligente —había dicho Graham—. Lo hace todo el mundo.

Había sonado a la vez dueño de una confianza suprema y muy poco específico.

A Karolina no le era fácil comprender la obsesión de Graham con la casa de campo. Vivían en un apartamento encantador en un edificio dotado de cualquier servicio imaginable en la intersección entre la Sexagésimo Tercera Avenida y Park Avenue, cerca del bufete de abogados del centro en el que su marido se estaba rompiendo la espalda como asociado. ¿A quién le hacía falta Greenwich? A ellos, según juraba Graham. Una amplitud de césped bien cuidado, grandes restaurantes y tiendas fabulosas a un tiro de piedra de

Manhattan. Podrían tener un jardín, una piscina y espacio suficiente para invitar a todos sus amigos en los nevados fines de semana o durante las largas vacaciones de verano. Karolina siguió sin estar convencida del todo hasta que Graham jugó su carta maestra: Harry tendría un lugar para merodear y explorar sin miedo a que lo atropellara un taxi o lo secuestraran a plena luz del día. ¿De verdad iba a negarse? El niño tenía dos años cuando se casaron, y todavía no podía andar descalzo en la hierba. No tenía madre, puesto que la primera esposa de Graham había fallecido trágicamente a causa de un raro cáncer de estómago al poco de que naciera su hijo. ¿Cómo iba a negarle Karolina esa posibilidad? ¿No era hora de que Harry tuviera un columpio?

Aquellos fueron algunos de los mejores momentos de su matrimonio. Todavía estaba embelesada por el encanto de Graham y todos sus contactos, los clubes privados y la facilidad con la que navegaba ese mundo. Era el John F. Kennedy júnior del siglo XXI: deslumbrante, apuesto y rico. Karolina sabía que podría haber tenido a quien quisiera, pero la había elegido a ella. Por mucho que llevara años siendo una modelo exitosa, en el fondo seguía siendo una chica pobre de Breslavia. Bella, sí. Pero también sobreprotegida por una madre fiera y rodeada de amigos y familia que no habían tenido educación. ¿Cómo no iba a enamorarse de un hombre que la llevaba a los clubes privados en los que cenaban los Rockefeller y los Carnegie? Era una ventana a un mundo completamente diferente al de su trabajo de modelo. Era fascinante.

En aquellos primeros años dieron fiestas lujosas, cenas extravagantes y cócteles hasta arriba de alcohol. Se reían todo el tiempo y les gustaba ver las mismas series. Era difícil señalar el momento en el que todo comenzó a cambiar, pero Karolina pensaba que tenía mucho que ver con la búsqueda de la casa de Greenwich.

A la lista de deseos de Graham no le llevó mucho tiempo inflarse tanto en tamaño como en grandiosidad: la búsqueda de una modesta casa de cuatro dormitorios en un lugar apartado pronto se convirtió en una intensa caza por una finca de mínimo siete dormitorios, una hectárea, una piscina y una pista de tenis. Y aunque en aquella época Graham solo bebía cerveza o whisky, de

pronto era imprescindible que dispusieran de una bodega con control de humedades y una sala para las catas. La más nueva. La más grande. La más elegante. Karolina debería haber hecho caso a las alarmas. Pero no lo hizo.

En la cuarta visita, en un espectacular fin de semana de octubre en el culmen de su frondosidad, Graham se enamoró de una casa diseñada por un arquitecto famoso. Era ultramoderna, con ángulos sobresalientes y metros de cristal: Parecía que el número 35 de Honeysuckle Lane encajaba a la perfección, pero se asemejaba a la casa de un psicópata de película. Probablemente fuera la vivienda menos apropiada para un niño que hubiera visto nunca, pero no podía discutir la obvia alegría de Harry mientras corría por el precioso patio y se reía de forma incontrolable cuando las enormes carpas koi del estanque saltaban al lanzarles trocitos de rosca. Cerraron la venta quince días después, lo que fue un récord, según la agente inmobiliaria de pelo azul. Karolina tuvo el sentido común de pedir que la casa estuviera a nombre de los dos. Había sido ella quien había puesto todo el dinero, que había ganado tras casi una década como modelo, mientras Graham seguía viviendo de los intereses del fideicomiso al que no podía acceder hasta los cuarenta. Él insistía en que sería mejor para «cuestiones de impuestos» que solo apareciera su nombre en la escritura, pero ella había insistido. Si hubiera sabido todas las semanas y los meses en los que la casa estaría vacía, sin nada de cariño, excepto por algún viaje rápido para pagar al personal que cuidaba de la casa y los terrenos, además de asegurarse de que siguiera en pie. La última vez que estuvieron todos en familia fue antes de que Graham ganara las elecciones a senador hacía cuatro años, antes de que se mudaran a Bethesda, y había sido una sola noche.

Karolina volvió a mirar el gran ventanal que daba al césped de nuevo. Llevaba solo unos pocos días en Greenwich, lo cual no era tiempo suficiente para sentirse sola, pero ahí estaba, desesperada por ver aparecer a Miriam. Normalmente, una pareja de ancianos vivía en la casa como una especie de equipo que se encargaba del mantenimiento, pero Karolina les había pedido que se tomaran unas vacaciones y se habían mostrado un poco demasiado encantados de

visitar a su hija. No le apetecía mantener conversaciones educadas. Ni ducharse, en honor a la verdad. Y la soledad le había resultado sanadora. Era un alivio mirar el césped de la casa y no ver más que un espacio vacío después del acoso de los *paparazzi* en Bethesda.

Le llegó un mensaje de Harry.

Qué me pongo para el baile del cole???

Sonrió y le respondió.

El traje de Brooks Brothers azul marino con una camisa blanca.

Corbata????

Sí. ¡Es una fiesta de invierno! ¡Tu primer baile!

Replicó con unos pulgares hacia arriba.

¿Va a ir papá? Sabe que los padres están invitados, ¿verdad?

En esta ocasión aparecieron tres puntos, después se desvanecieron y volvieron a salir, antes de un último mensaje:

No, solo va a llevarme. Estás segura de lo de la corbata???

A Karolina se le hizo un nudo en la garganta. ¿No era obvio? Aquel chico la necesitaba. Para aconsejarlo sobre vestuario, sí, pero también para acompañarlo a su primera fiesta invernal de Sidwell. ¿Quién iba a ayudarlo a elegir zapatos o animarlo en la pista de baile cuando participara en los juegos? ¿Quién iba a charlar con todos sus amigos y sus padres? Sabía que Harry estaba creciendo y que pronto comenzaría a negociar todo eso por sí mismo, pero ¡por Dios!, solo tenía doce años. Y los chicos de doce años necesitaban a sus madres.

Al fin llamaron al timbre, que sonó como si un monje budista golpeara un gong gigantesco. Karolina abrió la puerta de un tirón y encontró a una sonriente Miriam, que parecía muy de las afueras, con sus vaqueros, botas de corderito y un enorme abrigo acolchado, y abrió los brazos hacia ella. Le resultó extraño ver a Miriam con otra ropa que no fuera un traje. Las mujeres se abrazaron y Karolina inhaló el aroma de la crema hidratante de vainilla que Miriam había

llevado durante veinte años y pensó en lo maravilloso que era estar con alguien que no la odiara. Miriam señaló el Highlander, donde Karolina vio a una mujer sentada en el asiento del pasajero fumando un cigarrillo mientras le gritaba al móvil. Karolina alzó las cejas.

—Perdón. Es Emily Charlton. Va a quedarse conmigo unos… No sé cuánto tiempo. Es una vieja amiga de un campamento. En fin, me escuchó hablar contigo por teléfono e insistió en apuntarse. Dice que te conoce de *Runway*. Me siento fatal por traerla sin decirte nada, por eso le he pedido que esperase en el coche mientras…

Karolina alzó la mano sobre la frente para protegerse la vista y entrecerró los ojos.

—¿Emily? —preguntó—. ¡Hola! Entra. ¡Y trae los cigarrillos! —Se giró hacia Miriam—. Claro que la recuerdo de *Runway.* Era la primera asistente de Miranda Priestly. ¡Menuda zorra estaba hecha!

—Oh, lo sé. Emily me ha contado todas las historias…

—No, me refiero a Emily. Era una molestia de primer nivel, e increíblemente divertida. Me vendría bien reírme un poco.

Ambas mujeres observaron cómo Emily toqueteaba la pantalla del móvil para terminar la llamada y abría la puerta para dejar salir una nube de humo.

—¿Tengo permiso para entrar? ¿He aprobado? —preguntó mientras se dirigía a la casa.

Karolina y Emily intercambiaron dos besos.

—¡Me alegra verte! ¿Cuánto tiempo ha pasado? Varios años —dijo Karolina mientras las guiaba al salón. Señaló la chimenea con un mando, y las llamas cobraron vida.

—Venid, sentaros. He preparado el té. Voy a traerlo.

Cuando su anfitriona regresó con una bandeja esmaltada en la que había una tetera de cristal y tres tazas a juego, ambas mujeres examinaron la estancia.

—Muy acogedora, ¿a que sí? —preguntó Karolina, que era muy consciente de la apariencia que tenía para los recién llegados: los sofás eran bajos, rígidos y poco apetecibles, no había ningún libro o baratija sobre las repisas y las paredes estaban vacías, a excepción de unas pocas pinturas en blanco y negro.

—A mí me encanta, joder. —Emily tomó aire y miró a su alrededor

—. Parece como si no viviera nadie.

—Nadie *vive* aquí —dijo Karolina—. Aunque supongo que quizá sea yo la que me mude pronto.

A Miriam se le oscureció la expresión.

—Siento mucho todo lo que ha pasado.

—Sí, ha sido todo muy dramático —dijo Emily—. El titular de esta mañana: «Famoso más odiado: ¿Rizzo Benz o Karolina Hartwell?». Dios mío. No he visto tan contenta a la prensa desde lo de Harvey Weinstein.

Karolina abrió la boca para hablar, pero sintió aquel familiar nudo en la garganta.

—Ha sido… duro. Y confuso. No esperaba que fuera tan brutal en Washington. Hay… hay reporteros…

—Montando guardia en la casa, imagino, ¿no? —preguntó Emily.

—Dios mío, están en todas partes. No he visto nada igual. Ni siquiera cuando pensaban que tenía una aventura con George Clooney antes de lo de Amal. Ni cuando eligieron a Graham para el Senado. Había tres filas delante de nuestra casa en Bethesda. —Señaló la puerta principal—. Gracias a Dios que Graham instaló la horrible valla esa aquí.

—¿Cómo está Harry? —preguntó Miriam, y le dio un sorbo al té.

Karolina negó con la cabeza.

—No lo sé. Graham insistió en que tomáramos un Uber desde la casa de mi suegra y, literalmente, una turba de gente se nos echó encima en cuanto salimos. ¿Y sabéis qué fue lo primero que me preguntaron? «¿Está borracha ahora mismo, señora Hartwell?».

—Son unas bestias —dijo Emily con aire de que sabía de lo que hablaba.

—Menos mal que pudimos entrar directamente en el garaje, porque no sé qué habría ocurrido si hubiéramos tenido que abrirnos paso. Se echaron encima del coche. Harry se puso a llorar.

—¿Dónde estaba Graham?

Karolina tomó aire.

—No puede arriesgarse a que lo vean conmigo.

Les contó a Miriam y a Emily que había intentado ponerse en contacto con Beth, que era su mejor amiga entre las otras madres.

El teléfono había sonado sin que nadie lo atendiera antes de que saltara el contestador, lo que no era tan raro, y ahora ya nadie respondía el teléfono. A Karolina hasta le daba vergüenza llamar. Pero su mensaje inicial no había obtenido respuesta, ni tampoco los dos siguientes, y empezó a ponerse un poco nerviosa. *Eso* no era típico de Beth, que solía bromear con que tenía la mano prácticamente soldada al móvil. Casi dos horas más tarde, Karolina recibió al fin un mensaje como respuesta: «Cole ya no tiene permiso para jugar con Harry. Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto con nosotros».

Karolina se había quedado sin aliento, como si le hubieran pegado un puñetazo. Durante un minuto entero, apenas fue capaz de tomar aire, mientras se preguntaba si le estaría dando un infarto. Cuando al fin logró ralentizar la respiración lo suficiente como para que pareciera un ritmo normal, envió un mensaje grupal a las madres de los chicos que habían ido a su casa la noche anterior:

> Hola a todas. Os iré llamando de manera individual, pero solo quería deciros que anoche NO estaba borracha y que todo ha sido un terrible malentendido. Vuestros hijos nunca estuvieron en peligro. Besos, K.

Las respuestas llegaron a todo gas:

> ¡Te confiamos a nuestros hijos!
>
> ¿Cómo eres siquiera capaz de mirarte en el espejo después de lo que has hecho?

Y la peor de todas, aunque era el único mensaje que no incluía furiosas exclamaciones:

> Te lo pido por favor: busca ayuda. Yo también he estado en tu situación. No vas a poder salir sin un profesional, y te estás engañando si crees lo contrario.

Aquellos mensajes habían roto a Karolina de una forma en la que circunstancias como que la metieran de un empujón en un coche patrulla, sentir la furia de su marido y pasar toda la noche en una

cárcel del condado no lo habían logrado. Se le cayó el móvil de las manos y sucumbió a los sollozos. Esas eran sus *amigas*. No las maliciosas amigas falsas que tenía en la veintena. No las mujeres de la alta sociedad neoyorquina que se sentían al mismo tiempo intimidadas por su apariencia y asqueadas por su ausencia de pedigrí. El grupo de mujeres que había conocido tras mudarse a Bethesda le había parecido fácil desde el principio. Algunas trabajaban, otras no; había una amplia variedad de niveles de educación, orígenes e ingresos; y, sobre todo, todas intentaban criar a sus hijos lo mejor que podían y pasárselo bien por el camino. A nadie le importaba que hubiera sido una modelo famosa. A nadie le importaba que su marido fuera senador. Y desde luego a nadie le importaba que no fuera la madre biológica de Harry. Se reunían para celebrar los cumpleaños y llevar a los niños a hacer «truco o trato» o compartían coche para llevarlos a los entrenamientos de sóftbol. Sus maridos bebían cerveza juntos en las barbacoas de los fines de semana. Los niños se llevaban bien la mayor parte del tiempo y se sentían como en casa cada vez que visitaban a los otros. Era fácil. Era natural. Y se había terminado. Le entraron náuseas.

Miriam le colocó la mano en el brazo a Karolina para traerla de vuelta a ese horrendo salón en el que estaba sentada junto a dos mujeres que no la despreciaban.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

Le brotaron lágrimas de los ojos.

—Graham dice que es mejor que me quede en Greenwich para que Harry no tenga que pasar por todo el estrés del acoso de los medios, pero no lo sé.

—¿Cuándo hablaste con Graham por última vez? —preguntó Emily.

—Anoche. Estoy tan confundida… ¿Sabéis que he llegado a preguntarle a Harry por esa noche?

—¿Qué le preguntaste? —inquirió Miriam.

Karolina se enjugó el ojo con un pañuelo.

—No pude evitarlo. Le pregunté si recordaba lo que había bebido. Me dijo que me había visto beber una copa de vino. Lo llamé «zumito de mamá», lo que le pareció muy humillante en presencia de sus amigos. Incluso recordaba que me la había servido después

de darles a ellos Sprite y que le preocupó que Graham se enfadara porque hubiera abierto una botella nueva. Lo que no fue capaz de responder es el motivo de que hubiera dos botellas de champán vacías rodando por la parte trasera del Suburban cuando me paró la policía.

—¿No te parece que pudieron meterlas ahí él y sus amigos? —preguntó Miriam—. Estoy segura de que es un buen chico, pero tiene doce años y no sería el primero.

—Esos chicos no habían bebido champán. Nadie lo había bebido. Y yo supliqué que me trajeran un alcoholímetro una vez que los chicos salieron del coche, pero la policía insiste en que me negué. Es una pesadilla.

Ante esta intervención, Emily se dio una palmada en el regazo.

—No puedo quedarme aquí calladita ni un minuto más. ¿Por qué estamos perdiendo la cabeza? Se puede recuperar la reputación con facilidad tras conducir bajo influencia del alcohol. Si te haces cargo del tema, lograrás que se olvide.

—¿Que se olvide? —preguntó Karolina—. ¿Has encendido la televisión o leído un periódico en los últimos tres días?

—Sí, lo entiendo. Encuentran al antiguo rostro de L'Oréal, casada con el senador de Nueva York Graham Hartwell, conduciendo borracha. ¿Y qué más da, mierda? No has matado a nadie. Eso sería *mucho* peor. El factor de los niños complica un poco el asunto, lo admito, pero vamos a centrarnos en lo importante: nadie salió herido; nadie murió; ni siquiera hubo un accidente. Es todo histeria vacía.

Karolina se percató de que Miriam le había lanzado a Emily una mirada para indicarle que cerrara la boca. Recordaba lo suficiente sobre Emily como para saber que era poco probable. Además, ahora que la escuchaba describir la situación de esa manera, no sonaba tan espantosa.

—Continúa —pidió Karolina.

Emily se encogió de hombros.

—Te diré lo mismo que les digo a mis clientas. A nadie le importa si estabas borracha o no. Tienes que disculparte por tu adicción y por haber puesto a los niños en peligro. Desde luego vas a tener que

ingresar treinta días en algún sitio: nada causa mejor impresión que eso, sobre todo si avisamos a la prensa de antemano. Hay un sitio en Montana que es absolutamente fabuloso. Parece un hotel de lujo.

—¿Que ingrese treinta días? ¿En *rehabilitación*? ¡Pero no soy adicta al alcohol!

—Eso no importa en absoluto —dijo Emily, mientras echaba un vistazo a su móvil, que había empezado a vibrar—. Hay un protocolo a seguir: a todo el mundo le encanta perdonar a un pecador arrepentido. Fíjate en Mel Gibson. Reese Witherspoon. John Mayer. La infidelidad de Graham complica un poquito las cosas, pero también podemos lidiar con eso. A ti también te perdonará el mundo.

—¿Su… infidelidad? —susurró Karolina.

—Es una simple suposición. ¿Me equivoco?

Karolina permaneció en silencio e inmóvil durante un minuto, antes de decir:

—En caso de que me sea infiel, es con Regan Whitney. —Karolina se dio cuenta de lo estupefacta que se había quedado Miriam antes de que lograra adoptar una expresión más neutral. ¿Le sorprendía que Graham engañara a Karolina o tan solo el hecho de que la otra mujer pudiera ser la bella y bien educada hija del antiguo presidente Whitney? Las sospechas de Karolina se basaban tan poco en un puñado de mensajes que había visto, pero que parecían ser más insinuantes que incriminatorios. Eso, y el hecho de que su marido había perdido todo interés en el sexo en los últimos seis meses.

—Tú eres muchísimo más guapa —dijo Emily con aire de autoridad —. Ni se te acerca.

—Es casi diez años más joven que yo —replicó Karolina—. ¿De verdad necesita ser guapa?

—No —coincidieron a la vez Miriam y Emily.

—Tener contactos es más atractivo para Graham que la belleza —dijo Karolina con indiferencia—. En fin, en estos momentos, Trip aconseja que guardemos silencio. Supuestamente está haciendo llamadas para ayudarme, y piensa que tenemos posibilidades de que retiren los cargos.

El sonido del timbre rompió el silencio.

—Es el portal —dijo Karolina. Su mente se dirigió de inmediato a las hordas de cámaras y reporteros acampados frente a su casa de Bethesda—. La policía no los habrá dejado pasar, ¿verdad?

Por suerte, los vecinos a ambos lados de la residencia Hartwell habían protestado sobre las molestias que causaban los *paparazzi*, y el Departamento de Policía de Greenwich había tenido el detalle de cerrar la carretera para todos los coches excepto para los residentes y sus invitados. Era lo único que había salvado su cordura.

Miriam se levantó del sofá de un salto.

—¿Desde dónde se puede ver la cámara del portal? ¿La cocina?

Karolina se limitó a asentir. Empezaba a sentirse como si nunca fuera a escapar de esa pesadilla.

—Son un par de chicas de los *scouts* —dijo Miriam—. ¿Las dejo entrar?

—¡Nada de galletas en un momento así! —respondió Emily—. ¡Lo último que necesita Karolina es una oleada infinita de calorías vacías!

Miriam volvió y le dedicó a Emily una mirada asqueada.

—Les he abierto. No puedes negarte a un requerimiento de galletas. Trae siete años de mala suerte.

—Ah, bueno, sin duda no queremos eso —dijo Emily—. Quiero decir, ahora que estamos viviendo esta situación tan espectacular.

Esta vez Karolina soltó una carcajada. Sentía que había perdido la cabeza y que estaba a punto de llorar; la vida se escapaba de su control, y ¡maldita sea!, le sentaba bien echarse unas risas.

—Traed galletas de Samoa. ¡Esta chica tiene *hambre*!



7
Vodka y tampones: una combinación típica de Greenwich

Emily

—¡Emily! ¡Medio descafeinado *light* para Emily! —La camarera del Starbucks llevaba un pendiente en el cartílago de la oreja izquierda y una hilera de aritos por toda la derecha. Emily quería abrazarla solo por el hecho de existir en Greenwich sin lucir un corte *bob* rubio o un par de botas de nieve de Joan of Arctic.

—Gracias —dijo Emily, que agarró la taza y volvió directa a la mesa antes de que otra de las mujeres que buscaban sitio se lo robaran.

Dio un sorbo al café, apartó la vista de una foto de Olivia y Rizzo almorzando en un restaurante de East Village y, en lugar de eso, empezó a revisar una lista de diseñadores con los que pudiera contactar para un encargo de última hora de Kim Kelly. Kim Kelly, la actriz cuya fama provenía de papeles atrevidos (o lo que es lo mismo, estar dispuesta a quitarse la ropa en cualquier momento), tenía un problema de vestuario. Kim había sido la primera clienta de Emily después de *Runway,* y seguía siendo, en la actualidad, la más chiflada. La entrega de los premios SAG era en menos de dos semanas y, según Kim, el modelo de Proenza Schouler que Emily

había encargado para ella era una «putísima pesadilla». Tras vestir a aquella mujer casi durante una década entera, había aprendido a esperar ese tipo de comportamiento al menos la mitad del tiempo, pero le molestaba que hubiera cambiado de opinión por completo. Kim había adorado el vestido durante la primera prueba hacía unas semanas y había girado frente al espejo de tres caras, entre risitas. Los zapatos eran de Chanel, las joyas de Harry Winston, y lo único que le faltaba por encontrar era el bolso de mano con cuentas perfecto, que tampoco era una tarea hercúlea. El teléfono de Emily vibró con otro mensaje histérico de Kim.

«¿Has visto esto? Una putísima pesadilla», había escrito.

Emily entrecerró los ojos para mirar la fotografía de iPhone en la que Kim tenía exactamente el mismo aspecto con el vestido puesto que hacía dos semanas: preciosa.

¿Pesadilla? No me tomes el pelo. Pareces una princesa Disney, solo que más sexi.

Parezco un ñu. ¡Seguro que tú también lo ves, yo lo estoy viendo y pronto todos los espectadores del premio lo verán!

¡Para! Estamos hablando de Proenza. No hacen vestidos de ñu.

Bueno, pues esta vez la han cagado, porque se me ve gordísima. No me voy a poner esta mierda. Me niego.

«De acuerdo, te escucho», tecleó Emily, aunque al parecer lo había dicho en voz alta, porque una de las mujeres sentadas a su lado se giró y preguntó:

—¿Disculpe?

Emily alzó la cabeza.

—¿Cómo? Ah, perdona, a ti no era. No te estoy escuchando.

La mujer se giró hacia su amiga, solo que ahora Emily no podía evitar escucharla. Miró de reojo mientras ambas mujeres sacaban los móviles y abrían las aplicaciones de calendario.

—Sí, sería genial juntarlas. ¡No me creo que no hayan estado en la misma clase hasta primer grado! Elodie tiene los miércoles libres. ¿Cómo te viene?

—No, los miércoles no son el mejor día. India tiene esgrima. ¿Qué

tal los lunes?

—*Mmm*, está difícil el lunes. Tengo que llevar a nadar a los mayores, volver al cole para recoger a Elodie de clases de violín y después llevarlos a los tres a la clase de cocina sana que tienen juntos. ¿Y la semana que viene?

La mujer negó con la cabeza.

—Vamos a Deer Valley la semana que viene. Lo sé, lo sé, no debería sacarlos del cole justo después de las vacaciones de Navidad, pero Silas ha insistido mucho. Me puse en plan: «Cariño, vamos a ir a Vail la semana del Día de los Presidentes. ¿No podemos ir a un sitio que haga *calor*?».

Su amiga asintió.

—Te entiendo. Patrick es igual. Tuve que pelear con uñas y dientes para ir a las islas Turcas en febrero. Él solo quería ir a Tahoe. Hubo que ponerse seria: «¡Ya basta de Tahoe! No tienes dieciocho años. No todo va a ser ir en barco. Los niños *necesitan* nadar en el exterior en algún momento del invierno».

El sonidito de un correo recibido fue lo único que trajo a Emily de vuelta a la realidad. Abrió el mensaje de Kim Kelly y empezó a leer.

Camilla:

Lo he intentado de nuevo, como me has dicho, y NO PUEDO seguir trabajando con ella. Sabes que adoro a Emily. Me ha ayudado muchísimo en los últimos diez años, pero ha perdido su toque. Creo que nadie con ojos en la cara diría que me queda bien esta puta pesadilla de vestido. ¿Y ahora me dice que tengo que encontrar algo *prêt-à-porter* porque no hay tiempo suficiente? *Prêt-à-porter* para los premios SAG… ¿Es una puta broma? Me han hablado muy bien de Olivia Belle. ¿Puedes ponerte en contacto con ella y preguntarle su disponibilidad para las próximas veinticuatro horas? Y, porfi, escribe a Emily y sé buena con ella. La adoro, te lo digo de verdad, pero ha llegado la hora de ir en otra dirección. Despídela con cariño.

Besitos,
KK.

Sin darse cuenta, Emily parpadeó delante de la pantalla y luego se frotó los ojos. Camilla era la agente de Kim Kelly, y lo que había sucedido no podía ser más obvio. Solo le llevó medio segundo decidir si debería esperar el correo de Camilla o escribirle a Kim directamente.

Kim:

Aunque es obvio que no has tenido el valor de despedirme tú misma, resulta que yo no tengo el mismo problema. Así que puedo decirte sin despeinarme que el problema no lo tiene el vestido, el diseñador ni yo. Eres tú. Para ser más precisa, el devastador desorden alimenticio que te hace pensar que pareces un ñu con 47 kilos y una talla 34. Espero que busques ayuda antes de que sea demasiado tarde. Estoy segura de que Olivia Belle será "perfecta" para ti.

Con cariño,
Emily Charlton.

Pulsó «enviar» sin releer el mensaje. *Que le jodan,* pensó. Pero después se desinfló. El horror. Otra clienta perdida ante Olivia Belle. Otro despido humillante y de alto perfil. Otro paso más cerca de tener que cerrar su negocio. Le envió un correo rápido y un poco histérico a Miles para ponerlo al día, pero no tenía ni idea de qué hora era en Hong Kong.

A su lado, las mujeres habían dejado de intentar juntar a sus hijas para jugar. De algún modo, la conversación había fluido hacia una desinhibida charla sobre tampones empapados en vodka.

—En fin, he leído que todas las universitarias lo adoran. Pero soy incapaz de probarlo —dijo la madre de Elodie. Vestía ropa de deporte, de la cabeza a los pies: calzado de correr, pantalones de yoga, una sudadera y una banda reflectiva, completado con un chaleco acolchado.

Su amiga vestía una variación del mismo conjunto, solo que en vez de una banda llevaba un gorro de lana con un enorme pompón peludo. Esta mujer, la mamá de India, se inclinó hacia ella y dijo:

—Oh, es una pasada. La marca OB funciona mejor porque no tiene aplicador. ¡Toda la emoción y nada de calorías!

—Guau —dijo la madre de la banda con aire reverencial—. Suena increíble. ¿Lo has intentado con tequila? No me gusta mucho el vodka.

—¡Pero eso es lo mejor de todo! —se pavoneó la mujer del pompón—. No importa lo que uses, ¡si no lo vas a probar! Y no he notado que una cosa u otra me entre mejor en la vagina, así que… Siempre que no sea de sabores, creo que puedes usar lo que tengas en casa.

—Lo voy a intentar. Este fin de semana. Espera, ¿eso significa que podría pasar un control de alcoholemia? Si no bebes alcohol en realidad, no debería pasar nada, ¿no?

Emily estaba a punto de intervenir para decirles que eran idiotas de remate por creer que el alcohol que absorbían a través de las vaginas en lugar del estómago no tenía el mismo efecto en el nivel de alcohol en sangre, pero se detuvo. Tras diez días en Greenwich, Emily había visto las mismas caras una y otra vez. Probablemente, echarles una bronca a esas dos en su Starbucks favorito no fuera el camino correcto.

Echó un vistazo. Era como si alguien desplegara una bomba biológica que repeliera a los hombres todos los días laborables a las siete de la mañana y no cerrara el tapón durante doce horas enteras. Los únicos hombres capaces de sobrevivir eran los mayores de ochenta o los que tenían tanto dinero que habían dejado de fingir que trabajaban, pero solían pasar poco tiempo en Starbucks. Solo había mujeres a la vista. Mujeres de treinta y pocos, que tiraban de carritos y perseguían a niños pequeños; de cuarenta, que aprovechaban cada segundo antes de la salida del colegio a las tres; de cincuenta, que quedaban para tomar un *cappuccino* y charlar; de sesenta, que acompañaban a sus hijas y nietos. Niñeras. Cuidadoras. Alguna veinteañera de vez en cuando que daba clases de yoga o *spinning* por allí. Pero ni un solo hombre. Emily se percató de lo diferente que era de L.A., donde todo el mundo era autónomo, con horarios flexibles, y trabajaba, pero a la vez no. Añoraba Los Ángeles, aunque la ciudad no pareciera echarla de menos.

Probablemente, Olivia Belle ya había firmado con la mitad de sus habitantes.

Le sonó el móvil y el nombre de Miles se iluminó en la pantalla.

—¿Em? Hola, cariño.

—Holi. Menos mal que eres tú y no la zorra que acaba de despedirme.

—¿Te han despedido? ¿Quién?

Emily se rio.

—Kim Kelly. En un correo que no iba dirigido a mí.

—Kim Kelly es una imbécil.

—Muchas gracias por la comprensión, cariño, de verdad. ¿Pero puedes dejar de usar esa palabra?

—¿«Imbécil»? ¿Desde cuándo te molesta? Llevas demasiado tiempo en Greenwich.

—Probablemente.

—¿Siempre has odiado la palabra «imbécil»? ¿Cómo es que no sabía eso de ti? En fin, por Dios, hemos…

—¡Deja de decirla! —casi grita Emily al teléfono, lo que hizo que las mamis de Elodie e India se giraran para mirarla—. ¿Qué miráis tanto? —les espetó.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Miles.

—No, a ti no. —Emily alzó la voz y habló al teléfono—. Me gusta más «tonta». Y la próxima vez que quieras emborracharte, te recomiendo los tampones empapados en vodka. Eso es lo que hacen las mamis *guais* ahora.

Esta vez ambas mujeres, perplejas, intercambiaron una mirada.

—¿Qué dices? ¿Tampones empapados en vodka? ¿De qué estás *hablando*? —quiso saber Miles.

—Nada, no importa. —Emily le dio un sorbo al café con leche, que se había enfriado—. ¿Dónde estás?

—Acabo de volver al hotel después de cenar. Es una locura. Estoy deseando que lo veas.

—Yo también. Las fotos son muy buenas.

—Voy a volver a L.A. El viernes que viene no, el siguiente. Para entonces estarás en casa, ¿no?

—Claro. Desempleada, acabada y humillada. Pero en casa.

—Venga ya, Em. ¿A quién le importa que Kim Kelly te haya despedido? Es una actriz de mierda.

—Ha ganado tres Óscar y dos Globos de Oro. Era una de mis mejores clientes.

—Está sobrevalorada. Y no deja de envejecer y engordar. Amor mío, tú eres la reina. Yo lo sé, igual que todos los demás.

Estaba claro que intentaba hacer que Emily se sintiera mejor, pero solo logró que estuviera desesperada por colgar.

—¿Miles? Tengo que irme. Miriam me está esperando en casa.

—De acuerdo. Te echo de menos, cariño. Recuérdalo, Kim Kelly es como un accidente de coche, y tienes suerte de haber escapado a tiempo. Te veo en un par de semanas y saldremos para animarte. No olvides que eres una estrella de rock.

—Una estrella de rock. Claro. Lo sé. —No recordaba haberse sentido tan mal consigo misma en probablemente toda su vida, pero, en fin, nunca la habían despedido tres clientes gordos uno tras otro. Logró decir un «te quiero» antes de colgar.

Entonces, cuando Emily se disponía a apagar el portátil, llegó otro correo. El asunto del mensaje de Camilla decía: «Se ruega lectura inmediata».

El correo oficial de despido. En fin, le había llevado tres minutos enteros.

—Jódete —dijo mientras aporreaba el botón de «borrar» sin abrirlo siquiera. Las dos mujeres que habían ocupado la mesa de las otras madres, igualmente vestidas de Lululemon de cabeza a los pies, se giraron para mirarla, boquiabiertas.

—Meteos en vuestras putas vidas —les espetó Emily—. Y para que lo sepáis, emborracharse con la vagina en lugar de por la boca también da positivo en un control de alcoholemia, lo que os obligará a vender la casa, cambiaros el nombre y mudaros a la otra punta del país, puesto que todas las mamis de la zona os dejarán de hablar. Aunque ellas también conducen borrachas. Solo para que lo sepáis, amigas.

Emily recogió la bolsa del ordenador y se la colgó al hombro.

—¡Que tengáis un buen día! —canturreó al irse, mientras les enseñaba el dedo al pasar junto a la mesa. Hacer amigas nuevas

estaba sobrevalorado. Sobre todo, en las afueras.



8
Feliz de beber a ciegas

Miriam

Miriam entró de puntillas en el aún oscuro dormitorio y se deslizó bajo las sábanas. Volver a meterse en la cama le parecía de una autoindulgencia suprema. Igual que cuando Paul y ella acababan de conocerse y dormían hasta los once los fines de semana, salían en sudadera a por café y unas roscas y luego volvían a la cama para leer sus secciones favoritas del *New York Times*. Ahora, los miércoles a las ocho y cuarto eran los nuevos fines de semana: Paul trabajaba desde el despacho en casa y no empezaba hasta las diez, puesto que la mayoría de los días se ponía en marcha temprano. Miriam se acurrucaba junto a él, presionaba su cuerpo contra el suyo e inhalaba. Por algún motivo, el cuello de su marido siempre emanaba un aroma delicioso por la mañana.

Paul sonrió sin abrir los ojos y murmuró:

—¿Qué has hecho con nuestros hijos?

—Los tres están en cole. Solo estamos nosotros. Y Emily, pero ella no cuenta. ¿Qué te parece? —Estiró la mano por debajo de las sábanas para tirarle del elástico de los calzoncillos, pero su marido se giró.

—Me voy a levantar. Tengo una llamada más temprano de lo

habitual hoy. —Le dio un beso seco en los labios, se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta tras él. Un instante después, oyó el ruido de la ducha.

Miriam apartó las sábanas de una patada y suspiró. Había tenido la idea de quitarse los *leggings* viejos y la camiseta manchada de yogur antes de despertarlo, e incluso se había puesto lencería que contaba como sexi después de tres hijos y siete años de matrimonio: una camisa de algodón sin mangas y nada de ropa interior. ¿Qué más podría desear un hombre?

Lo siguió al baño para valorarlo mientras se subía a la alfombrilla tras su acostumbrada ducha rápida. No había manera de negarlo, seguía siendo apuesto: hombros anchos y cintura pequeña, para su envidia. Su pelo bien recortado estaba empezando a salpicarse de blanco, pero eso solo le daba más distinción. Y seguía teniendo el cuerpo de un corredor: esbelto, fibroso y prieto, a pesar de que Miriam corría más que él en esa época, que tampoco era decir mucho.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Paul mientras se anudaba la toalla a la cadera y se echaba un poco de desodorante.

Paul siempre la había apoyado en todas sus decisiones. Ya fuera trabajar ochenta horas a la semana en Skadden o disfrutar de aquella nueva vida más ociosa, siempre podía contar con su respaldo. No le había hecho esa pregunta en un tono sarcástico, sino que expresaba interés por su día. Aun así, se sintió un poco estúpida al decir que iba a ir a una fiesta de licor y bebé a las once.

—Suena divertido —le contestó su marido, con la boca llena de pasta de dientes.

—En fin, ¿qué sentido tiene? ¿Una fiesta de presentación de un bebé a las once un miércoles? ¿Nadie tiene que estar en otro sitio?

Su marido escupió y se enjuagó la boca.

—Ve y diviértete. Te lo mereces. —Otro besito inesperado y poco sexi, esta vez en la mejilla—. Tengo que correr a la llamada. Te veo en el colegio a las tres. ¡Diviértete en la fiesta!

—Gracias —murmuró, pero él ya se había ido.

Un vistazo a su armario reveló un montón de conjuntos de sus días de oficina y bastante ropa de deporte, pero no mucho más. Sacó un

par de pantalones negros, profesionales, de corte de bota, y una blusa de seda blanca, unos zapatos de charol con taconcito y el collar de su abuela fallecida en forma de hoja. Miriam se miró en el espejo y asintió con aire aprobatorio. Totalmente inofensivo. Iba a integrarse. Perfecto para cualquier cosa, desde una sala de conferencias a un almuerzo con la Hadassah. Pero al entrar en la cocina, Emily se giró de su asiento frente a la tele, con una taza de café en la mano, y dijo:

—No me lo creo. Pareces una camarera de *catering*.

—Gracias. Siempre sabes qué decir. —Miriam colocó una taza en la cafetera y le dio al botón de «encendido»—. ¿A dónde vas tú? —le preguntó a Emily, observando los *leggings* de cuero, el enorme jersey atado a la cintura y las botas de diez centímetros.

—Contigo —dijo Emily.

—Y una mierda. —Miriam se echó un poco de leche sobrante del cuenco de los cereales de uno de sus hijos en el café y dio un sorbo —. En serio, ¿a dónde vas?

—No puedo quedarme aquí más tiempo. Por favor.

—No te estoy atando a la cama todos los días. Eres libre de ir a donde quieras. Incluso me he ofrecido a llevarte al aeropuerto.

—Lo sé, lo sé. Miles no va a volver a casa en un par de semanas, y sabes lo mucho que odio estar sola. Además, no puedo enfrentarme a la gente después de todo lo que ha pasado con Kim Kelly. No me obligues a irme. Incluso me he encariñado un poco con este sitio. De una forma un poco rara y perversa.

—¡No voy a obligarte a que te vayas! Pero no puedes venir conmigo a la fiesta de licor y bebé. No te han invitado. Ni siquiera *te gustan* los recién nacidos.

—Estoy segura de que habrá mucho vino, así que estaré bien. ¿Por favor? No te dejaré en evidencia. —Emily volvió a señalar el conjunto de Miriam con cara del más profundo asco—. Aunque dudo mucho que yo vaya a ser el problema.

Miriam no pudo evitar echarse a reír.

—Menuda zorra estás hecha. De acuerdo. Diré que eres mi patética amiga sin hijos de otra ciudad que lo está pasando muy mal ahora mismo. Pero prométeme que mantendrás la boca cerrada. Sería

agradable hacer nuevas amigas sin que me las espantaras.

Emily se dirigió al salón.

—Vamos, no queremos llegar tarde.

El trayecto a la fiesta las llevó al centro de Greenwich, que a primera vista parecía una encantadora versión de cualquier ciudad puramente estadounidense por la que pudieran transitar peatones, hasta que una se fijaba en los escaparates: Tiffany, Rag & Bone, Baccarat, Alice and Olivia, Joie, Vince, Theory. Una de las pocas tiendas locales que vendían abrigos de piel. Los Range Rovers y los Audi ocupaban al menos el cincuenta por ciento de los espacios de aparcamiento.

Pero pronto los dejaron atrás y se abrieron paso a una zona más rural, por las laderas más cercanas a Bedford, hacia una bonita calle que serpenteaba por el bosque. Miriam giró por una carretera en la que había un cartelito sutil de PRIVADO y la siguió hasta una colina empinada, antes de proseguir por un área boscosa, hasta que los árboles se despejaron para revelar una finca preciosa de gran tamaño. Un guapo valet con pinta de que debería estar haciendo surf en lugar de vestir uniforme se materializó junto al asiento del conductor y tomó las llaves de Miriam.

—¡Esto me gusta más! —dijo Emily, mirando al joven—. ¿De quién me has dicho que es la fiesta?

—Una de las madres de la clase de Maisie. Acaba de tener su cuarto bebé. En realidad no la conozco, pero la otra madre delegada, Ashley, es la organizadora del evento y me ha invitado.

—No es que sea una experta, pero pensaba que una dejaba de hacer *baby showers* después del primero.

—No es un *baby shower*. Es para presentar al bebé. Además, estamos en Greenwich, donde todo el mundo da la bienvenida a cualquier excusa para pasarse el día bebiendo.

Una mujer fornida con unos pantalones negros y una blusa blanca bien planchada abrió la puerta principal cuando se acercaron. Emily le echó un vistazo al uniforme de la doncella, se giró hacia Miriam y alzó las cejas.

Las guiaron a través de una enorme cocina a un invernadero espectacular, una estancia enorme con el techo y todas las paredes

de cristal que daba a una gran extensión de patio cubierta de nieve. Cactus exóticos y las típicas plantas tropicales en macetas pintadas a mano; suculentas de todas las formas y tamaños; orquídeas y aves del paraíso de colores brillantes. Entre aquella belleza natural, unas sesenta mujeres de las más meticulosamente arregladas que Miriam hubiera visto nunca se sentaban en divanes o se apoyaban en los respaldos de los sofás, en grupos de tres o cuatro, mientras sorbían mimosas y cócteles. Cada una lucía como su propia versión de la perfección, con un peinado voluminoso y conjuntos parecidos al de Emily. Más camareros atractivos flotaban por la zona para rellenar las bebidas y ofrecer pinchitos de frutas, minipasteles de yogur y toda una variedad de aperitivos sin calorías. La decoración era rosada, pero no había nada más con temática de bebé: no se veía un pañal ni un biberón.

—Parece que acabáramos de colarnos en un episodio de *Housewives* —siseó Emily—. Solo que sin los gritos. Y con mucho mejor gusto.

Antes de que Miriam tuviera la oportunidad de responder, su comadre delegada, Ashley, se precipitó hacia ellas irradiando pura alegría: un alegre *bob* rubio, unas tetas alegres, una sonrisa alegre. Dientes bien arreglados. Era guapa de una manera mundana, con el toque de estilo suficiente para no resultar intimidante en su vestido corto con botas hasta los tobillos y chaqueta de cuero corta. Llevaba unos diamantes preciosos que no parecían ostentosos, el bronceado perfecto y un perfume que se hacía notar, aunque no era excesivo. Parecía tan *feliz…*

—¡Miriam! ¡Qué alegría que hayas podido venir! —Después se giró hacia Emily sin una pizca de desaprobación y dijo—: Hola, soy Ashley. No creo que nos conozcamos.

Miriam empezó a explicar por qué había traído a una amiga que no había sido invitada, pero Emily se giró hacia la recién llegada con una sonrisa resplandeciente.

—¡Ashley! Miriam me ha hablado mucho de ti. Dice que le estás enseñando los entresijos de… todo. Soy Emily Charlton. He venido de L.A. y a Miriam le ha dado pena que me quedara solita en casa y me ha invitado. Espero que no te importe.

Parecía como si a Ashley la hubiera alcanzado un rayo.

—Espera. ¿Eres Emily Charlton? ¿*Esa* Emily Charlton?

Miriam intentó no reírse al contemplar cómo el rostro de Emily se transformaba de uno de falsa felicidad a uno de alegría genuina.

—¿Nos conocemos? —preguntó con falsa humildad.

—¡No, no! Claro, por supuesto que no *me* conoces —dijo Ashley, que parecía ruborizada por primera vez desde que Miriam la conocía —, pero me gusta mucho la moda. Aunque supongo que no se nota con este trapito que llevo. Y he seguido tu carrera desde que estabas en *Runway*. Creo que lo que has hecho por Kim Kelly es increíble. ¡Era un desastre antes de conocerte!

Miriam se percató de cómo se le endurecía a Emily la mandíbula ante la mención de Kim. Aquello podía tomar un cariz feo en cualquier momento. Antes de que Emily pudiera decir algo desagradable, Miriam la agarró del brazo.

—Ashley, ahora volvemos. Quiero presentarle a nuestra invitada de honor. —Tiró de Emily al otro lado de la habitación y le lanzó una mirada de advertencia—. Vas a portarte bien —le recordó en voz baja.

—Sí, *mamá* —dijo Emily—, pero no podrás apartarme de mis devotas seguidoras para siempre.

El sonido de un utensilio golpeando el cristal las interrumpió.

—¡Señoras! ¡Ha llegado la hora! —anunció Ashley, resplandeciente.

Todo el mundo sostuvo una bebida en alto y brindó. Miriam oyó a la mujer detrás de ella decirle a otra en voz baja:

—Buscaba una niña con el número tres y, como no salió bien, ha tenido esta *in vitro*. ¿Por qué estamos fingiendo que todo es una especie de sorpresa?

—Christina va a abrir los regalos —informó Ashley—. Chris, ¿con cuál te gustaría empezar?

Todo el mundo se giró hacia la mesa de los regalos, cuya escasez era sorprendente. Miriam contó exactamente tres regalos, y sabía que uno era suyo.

Christina arrancó la tarjeta de la primera caja, que estaba envuelta en un precioso papel de regalo floral atado con un puñado de peonías vivas. Leyó la tarjeta y, tras anunciar que provenía de su

suegra, abrió el paquete para revelar un sonajero de plata esterlina, una cucharita de bebé y una tacita.

—Y todo tiene grabado el nombre de Rose —anunció una mujer delgada con una falda de Chanel desde su asiento.

Christina le lanzó un beso antes de abrir el segundo regalo.

—Oh, Marta, ¡no hacía ninguna falta! —chilló, mientras sostenía un set genérico de toalla y manopla decorados con un lazo rosa que daba la impresión de picar. Señaló a la doncella de uniforme que había dado la bienvenida a las invitadas en la puerta principal para que entrara en la estancia, y esta se acercó con timidez—. Me encanta. ¡Muchas gracias!

La doncella se agachó para un incómodo abrazo y volvió a escabullirse. Christina se lo dio a Ashley. No tenía grabadas las iniciales. No estaba hecho con algodón egipcio. No provenía de una *boutique* francesa. Incluso Miriam sabía que era poco probable que aquella toalla o manopla llegara a tocar medio centímetro de la piel de ese bebé.

—Y otro más —canturreó Ashley, mientras le tendía el último regalo: el de Miriam.

Christina lo abrió rápidamente y reveló su contenido a la multitud: dos *bodies* rosas con cremalleras (Miriam había preferido las cremalleras a los botones con sus propios bebés), además de un gorrito de recién nacido y unas botitas peludas rosas a juego.

—Oh, qué bonito. ¡Me encanta! Muchas gracias, Miriam. Es un detalle precioso.

Parecía que Christina apreciaba y admiraba el conjunto, y Miriam se sintió aliviada de haber elegido bien. Pero ¿dónde estaban los regalos de las demás? ¿Por qué solo Miriam, la suegra y la doncella?

Se hizo el silencio en la habitación. Christina parecía entusiasmada, presa de la anticipación.

—¡De acuerdo, señoras! El momento que todas hemos estado esperando. ¡Ha llegado la hora del regalo grupal! —anunció Ashley, como si fuera la capitana de las animadoras en un partido de fútbol.

Solo entonces se percató Miriam de una gigantesca sábana rosa que cubría algo enorme en la esquina. Se imaginó que sería un columpio para bebés. Uno de esos de alta tecnología que se

controlaba con una aplicación del móvil y se podía conectar a Spotify. ¿Con todas las novedades de esos días? Quizá viniera con una cámara o un difusor de aromaterapia, por lo que ella sabía.

—Esto es de todas las demás —canturreó Ashley—. Porque sabemos que en un par de semanas podrás ponerte en forma otra vez y, con cuatro niños, puede que no sea tan fácil ir al estudio, así que… *Voilà!* —Con una gran floritura, Ashley retiró la sábana para revelar una bici de *spinning* nuevecita. En una mesita junto a esta había una cesta gigantesca de malla de alambre, en la que había unos pedales de repuesto intercambiables, cascos inalámbricos, unas elegantes zapatillas de *spinning*, una botella de agua de la marca Yeti y una pila de ropa de deporte de Lululemon tan grande que parecía que alguien hubiera comprado toda la talla 36 de la tienda.

—Dios mío, era *justo* lo que quería —chilló Christina, obviamente encantada—. ¡Muchas gracias! ¡A todas y cada una de vosotras! ¡Sois increíbles!

Toda la estancia aplaudió, vitoreó y se puso a la cola para recibir un abrazo de agradecimiento.

—¿Dónde está el *bebé*? —siseó Emily. *Un poquito demasiado alto*, pensó Miriam—. Antes pensaba que L.A. era el lugar con más lunáticos del mundo, pero al menos allí las mujeres llevaban a los bebés a sus fiestas de presentación.

Miriam estaba examinando la estancia cuando sintió que le vibraba el móvil. Preocupada de que la llamaran de alguno de los colegios de los niños, lo sacó. Un recordatorio de una reunión. Lo había programado al empezar a trabajar en Skadden para no olvidarse del almuerzo semanal, en el que los socios presentaban los avances de sus casos para los demás. A las doce y media, todos los miércoles. Odiaba esa reunión, siempre temía su llegada, pero por algún motivo, no había detenido el recordatorio. Ahora contemplaba aquella hermosa estancia y todas aquellas plantas y mujeres estilosas, mordisqueando aperitivos *gourmet* y bebiendo cócteles matutinos, y sintió una punzada de nostalgia por aquella sala de reuniones espantosa, con los socios aburridos y los sándwiches de pavo seco. Solo durante medio segundo. Pero inequívocamente.

Emily alzó la copa de champán.

—No me malinterpretes, por mí está bien lo de beber licor sin bebés, pero Dios mío.

Las interrumpió Ashley, que estaba acunando un puñado de suntuosas mantas de cachemira con todo el cariño del mundo.

—¡Oh! ¿Es esa la pequeña Rose? —dijo Miriam, acercándose a echar un vistazo mientras Emily se apartaba.

Ashley parecía confusa.

—¿Cómo? Ah, ¿esto? —Lanzó la pila sobre el sofá y ambas mujeres quedaron boquiabiertas. Ashley miró a Miriam y a Emily como si estuvieran locas—. Son los regalos.

—Claro —dijo Miriam.

—Oye, ¿tenéis un minuto? Sería genial si pudierais ayudarme a repartir los *souvenirs*. Tenemos botellas de S'well blancas personalizadas con un «Rose», envueltas junto a una botella de Whispering Angel para cada invitada. ¿Entendéis? ¿Rose y *rosé*? Son *tan* adorables…

—Tenemos que seguir bebiendo —dijo Emily, alzando la ceja en dirección a Miriam.

Miriam le lanzó a Emily una mirada de advertencia y se giró hacia Ashley.

—Por supuesto. Nos encantaría ayudar.



9
Mi relación romántica

Karolina

Karolina estaba harta de interpretar el papel de la chica buena. ¿Qué diablos había hecho Trip además de recordarle que no tenía derechos? Seguía en el limbo, sin ninguna información sustanciosa. ¿Cuánto tiempo se suponía que iba a estar escondida en Greenwich, portándose bien, como le habían indicado, con la esperanza de ver a Harry?

No conseguía salir de la cama. El edredón estaba hecho de plumón, pero parecía pesar mil kilos. Igual que sus piernas, que apenas fueron capaces de recorrer los tres metros que la separaban del baño. Llevaba dos días enteros sin ducharse, con sus respectivas noches; tenía pelillos en lugares inaceptables y una sensación extraña en la lengua. Sabía que se trataba de una depresión; ya había tenido un episodio durante su interminable lucha para concebir, pero aquello parecía diez veces peor.

Puesto que incluso sostener el mando era demasiado agotador, Karolina fue incapaz de apagar la CNN, aunque era bastante obvio que no debía de haber muchas noticias ese día, porque estaban poniendo en bucle vídeos sobre el nuevo proyecto de asistencia médica que había iniciado Graham. Los presuntos expertos de

ambas posturas no dejaban de aparecer y desaparecer de la mesa del presentador Anderson Cooper para discutir si el proyecto de ley era capaz por sí solo de salvar o de destruir a los Estados Unidos por toda la eternidad. Ya lo había visto cuatro veces. Nadie había dicho nada nuevo o interesante. Preferiría estar viendo *Ellen* o Bravo o nada en absoluto, pero el mando se había perdido en algún punto de aquel edredón increíblemente pesado, y necesitaría demasiada energía para encontrarlo. Exhausta, Karolina contempló el horroroso mueble fijo que Graham había elegido al comprar la casa. Las lisas persianas automáticas hacían que la estancia se calentara tanto como la sala de un hospital. Algún día, cuando reuniera la motivación suficiente, las arrancaría junto a todo lo demás.

Karolina no se percató de que se había quedado dormida hasta que la despertó la voz de Graham.

—¿Graham? —estuvo a punto de gritar, incorporándose más rápido de lo que hubiera creído posible.

Su marido no respondió. Karolina miró por la estancia, pero todo estaba como lo había dejado. Entonces lo vio: solo frente a la mesa de Anderson Cooper; el resto de los charlatanes se había apartado para que el hombre del momento pudiera tener el escenario para él solito.

—*Oigo lo que dices, Anderson, de verdad* —decía Graham, asintiendo con gravedad—. *Para mí también es una preocupación, igual que para todos los estadounidenses. Pero ha llegado la hora de deshacernos de las dudas y el miedo y hacer lo que todos sabemos que es correcto.*

Karolina volvió a desplomarse sobre los almohadones y soltó una exhalación. ¿Cuándo había comprado ese traje? Ella siempre le compraba toda la ropa, y estaba seguro de no habérselo visto antes. Y lo que era más irritante, le quedaba genial.

El programa hizo una pausa publicitaria y Karolina hizo un esfuerzo por encontrar el mando. Ninguna mujer debería verse obligada a soportar la visión y el sonido del marido del que se había distanciado en televisión mientras intentaba tragarse la autocompasión. Casi habían pasado tres semanas desde la última vez que lo había visto, pero le parecieron tres años.

—Por si acabáis de uniros, estoy aquí con el senador Graham Hartwell, el más reciente senador demócrata del estado de Nueva York y el propulsor del proyecto de ley Hartwell-Connolly. Gracias por su tiempo, senador.

—Siempre es un placer, Anderson. —Graham le ofreció una sonrisa natural. Se sentía muy cómodo en la televisión nacional. Mierda, se sentía muy cómodo en todas partes.

—Bueno, antes de la pausa estábamos discutiendo el impacto que el proyecto de ley Hartwell-Connolly tendrá en un sector específico de la población. ¿Qué tipo de protección ofrece su proyecto de ley si consideramos que los republicanos quieren eliminar de la cobertura habitual los fondos destinados al tratamiento de la salud mental y las adicciones?

Dio la impresión de que Graham estaba valorando la pregunta.

—Bueno, ya lo sabes, Anderson, creo que a los estadounidenses les preocupan más la salud mental y las adicciones de lo que nos gusta pensar aquí en Washington. Piensa en mi caso personal, por ejemplo. Quizá te hayas enterado de que mi esposa ha tenido problemas graves este mes.

La cámara hizo *zoom* en el rostro de Anderson, que al principio se mostró conmocionado y luego exhibió una alegría desenfrenada. ¿Acababa el senador de sacar el famosísimo caso de su mujer conduciendo borracha *a propósito*? ¿De verdad había pronunciado las palabras «quizá te hayas enterado» para hablar del tema más debatido de enero en Estados Unidos por el momento? ¿Acaso había un comentarista político, periodista, cómico, presentador de programas de entrevistas, del telediario o columnista del corazón que no *hubiera* comentado el encontronazo de Karolina con la ley? Jimmy Fallon le había dedicado todo el monólogo inicial.

Anderson recuperó la compostura. No era fácil sorprender al Zorro Plateado, y si las circunstancias fueran diferentes, Karolina habría admirado a Graham por ello.

—Claro, por supuesto —contestó, con una voz que reflejaba la gravedad de la situación—. *Estoy seguro de que no ha sido fácil*.

—Desde luego que no. Mi mujer está muy enferma. Me ha costado mucho tiempo aceptar que el alcoholismo es una enfermedad, pero

ahora lo sé. Ahora bien, Karolina ha tenido muchas oportunidades de conseguir ayuda. Desde luego, más de a las que puede aspirar un estadounidense de a pie, me doy cuenta, pero no ha abandonado ese comportamiento tan arriesgado. Llevo varios años intentando ayudarla. Si se tratara solo de mí… —Graham dejó la frase en el aire, y no se habría podido culpar al espectador medio por creer que se había quedado sin habla.

Antes a Karolina le había resultado difícil moverse, como si estuviera nadando en una piscina de resistencia, pero ahora tenía todo el cuerpo paralizado, y su mente había cesado de procesar ciertas palabras. *¿Enfermedad? ¿Alcoholismo? ¿Comportamiento arriesgado?*

—*¿Lo siento… mucho?* —dijo Anderson, que de nuevo parecía acalorado. ¿Habría encontrado alguna vez en toda su carrera un invitado (nada más y nada menos que un senador de los Estados Unidos) que hubiera abordado con tanta disposición el tema de su deliciosamente escandalosa vida personal?

—*Pero no se trata solo de mí. Tengo que pensar en mi hijo. Sería un padre negligente si permitiera que mi relación romántica siguiera poniendo en riesgo a mi hijo*.

Un aullido escapó de los labios de Karolina. ¿Había emitido ella ese ruido? ¿Acababa de referirse Graham a su matrimonio de una década como su «relación romántica»? ¿Y había hablado de Harry como si fuera *solo* su hijo y no el de ambos?

Anderson se aclaró la garganta. Parecía tenso, como un león en plena caza a punto de atacar.

—*¿Está usted diciendo que su matrimonio…?*

Graham juntó las palmas y se contempló el regazo con solemnidad.

—*Uno hace todo tipo de excepciones por aquellos a los que ama. Pero no veo la manera de que podamos seguir adelante como pareja*.

—*Ya veo* —dijo Anderson, aunque resultaba obvio que no veía nada.

—¿Nadie se acuerda de que estabais hablando sobre el puto proyecto de ley Hartwell-Connolly? —gritó Karolina.

Fue como si Anderson la hubiera escuchado a través de la

televisión.

—*Tengo que hacer una breve pausa, senador. Espero que se quede conmigo para discutir sobre esto y todo lo demás con más detalle*.

Graham asintió.

—*Por supuesto, Anderson. Estaré encantado*.

El móvil de Karolina sonó de inmediato. Era su antigua agente, Rebecca, la mujer que había sido su mentora durante sus mejores años de modelo. Karolina sabía que Rebecca siempre tenía la CNN de fondo en el despacho, pues llevaba años con esa costumbre, y estaba claro que estaba viendo la entrevista de Graham. Mientras ella se debatía entre responder o no, saltó el contestador. De inmediato siguió una llamada de su tía. Después de enviar esa y las dos siguientes directas al contestador, Karolina apagó el móvil. Tiró de las sábanas para volver a meterse en la cama y casi se sienta sobre una mancha de sangre del tamaño de una manzana. Una mirada a su ropa interior sucia lo confirmó. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Con un pesado suspiro, se desnudó en el cuarto de baño, arrojó la ropa ensangrentada en el lavabo lleno de agua fría y se metió en la ducha. Aunque le hizo falta una fuerza sobrehumana, se frotó y depiló todo lo que hacía falta a regañadientes y se envolvió en una enorme toalla de Frette, una marca italiana de lujo. Hasta que no fue a buscar ropa interior limpia y otros pantalones de pijama de franela, no se dio cuenta de que no tenía tampones.

—Mierda —murmuró, mientras se metía un montón de papel higiénico entre las piernas, como cuando se quedaba sin nada que ponerse en la secundaria.

No eran ni las cinco de la tarde, pero estaba sola: la pareja de mantenimiento ya la había llamado dos veces para preguntar si necesitaba que regresaran, pero Karolina había insistido en que estaba bien sola. Una mujer de la zona venía un par de mañanas a la semana a limpiar, pero no los viernes. Sin más remedio que salir de casa, Karolina caminó lentamente a la cocina. No fue capaz de resistirse y abrió el correo electrónico en el iPad para mirar los mensajes nuevos. No pasó del primero, una nota de su tía que solo tenía dos cosas: una fotografía adjunta con un largo párrafo de

preguntas que la precedían. No tenía muy buena calidad, puesto que su tía había sacado una foto a la foto con el móvil para después enviarla por correo (sin duda con la resolución más baja), pero no tardó mucho en distinguir a los jugadores. Sentados en Capitol Prime en Washington, en lo que se conocía como el lugar de almuerzos decisivos de los políticos, estaban Trip, Graham y Joseph, el jefe de personal de Graham. La incorporación más interesante era la bella mujer que se sentaba a la izquierda de Graham. *Regan*. *La reina de hielo*. La cámara solo la había captado de perfil, pero estaba mirando a Graham mientras ladeaba un poco la cabeza y reía. Él estaba cortando lo que tenía en el plato y sonreía mucho más de lo que probablemente merecía el salmón asado. Los cuatro iban vestidos de traje. Para el espectador casual, la escena aparentaba justamente lo que era: un almuerzo de negocios entre colegas. Una persona normal no miraría esa foto y pensaría de inmediato que esos dos estaban teniendo sexo, pero Karolina habría apostado la vida. Y su tía también, obviamente.

Ciérralo, ciérralo, ciérralo, se dijo a sí misma, probablemente en voz alta. Movió las manos para darle la vuelta a la pantalla, pero no pudo evitarlo. Abrió Google y tecleó el nombre de la mujer: Regan Whitney. Karolina se detuvo un momento, consciente de que no podría borrar de su memoria lo que estaba a punto de descubrir (se sintió orgullosa de sí misma por no haber cedido a la tentación antes, pero también avergonzada de no ser capaz de resistirse en esos momentos) y pulsó el botón de «buscar».

Leyó por encima la entrada de Wikipedia, el enlace de Facebook y un puñado de los artículos más recientes, y pulsó directamente el apartado de imágenes, donde la esperaban miles de fotografías. Regan Whitney en cuatro bailes inaugurales diferentes, con cuatro vestidos diferentes, posando con cuatro invitados diferentes. Enseñando inglés en una cabaña de barro en un colegio rural de Nigeria. En una gala de la fundación Make-A-Wish. Sosteniéndole la mano a un triste y diminuto niño sirio al que le habían concedido una visa a los Estados Unidos. Con un aspecto luminiscente vestida de blanco en un pícnic en los Hamptons.

Karolina retrocedió para leer los detalles biográficos que no se

había permitido mirar. Algunos le resultaban familiares, puesto que, al ser hija de un expresidente de los Estados Unidos, Regan había formado parte de la vida pública desde la infancia. Como el hecho de que la madre de Regan había fallecido al darla a luz y que era la más joven de cinco hermanos, la única chica y la favorita de su padre. Pero a ciertas partes no les había prestado mucha atención en los años anteriores, durante el mandato del presidente Whitney. Karolina no sabía o no recordaba que Regan había acudido a Sidwell Friends, que jugaba a dos deportes universitarios ni que se había graduado con matrícula de honor. Había fotografías en las que su cita del baile de graduación iba a recogerla a la Casa Blanca. Princeton. El Cuerpo de Paz. Después, por último, un máster en Harvard. Lo más cercano a un escándalo que pudo descubrir Karolina fue una vergonzosa foto de Reagan con una pipa en la mano mientras exhalaba una larga nube de humo en lo que obviamente era una habitación de fraternidad junto a una docena de pulcros universitarios blancos y con ropa cara.

Karolina resopló. Regan Whitney era lo más cercano a la realeza de la clase política en esa generación. Veintinueve años, brillante, exitosa, preciosa, refinada y, para colmo, involucrada en causas sociales. Pero por muy guapa que fuera la joven con sus ojos azules y su cabello rubio, tan estadounidenses, Karolina sabía que Regan no era rival para ella en lo que se refería a la belleza. A los treinta y siete, Karolina seguía logrando que la gente se girara hacia ella cada vez que salía a la calle. Mientras que el cuerpo de Regan era esbelto y atlético, el de Karolina era espectacular: curvilíneo, bronceado, sexi y prieto, literalmente la fantasía de los chicos y de los hombres de todo el mundo. El vivaz *bob* de Regan realzaba su bonito rostro y mostraba su piel traslúcida; las salvajes ondas caoba de Karolina se derrumbaban por la espalda hasta casi el trasero, como si siempre dieran a entender que acababa de salir de la cama de alguien. Guapa contra atractiva. Brillante contra sexi. Una graduada de una universidad de élite dedicada a las causas humanitarias contra una mujer que había dejado el instituto para ser modelo de lencería. Una chica con todos los privilegios de los estadounidenses contra una mujer con raíces campesinas y un ligero pero persistente acento

polaco.

Karolina podría haberse pasado allí todo el día, pulsando en los enlaces como una loca, pero tenía que atender sus problemas femeninos. Se puso sus botas favoritas, una enorme chaqueta de plumas con capucha y un par de gafas pasadas de moda que había en el armario de la cocina. En el coche, dio instrucciones a Siri de que la llevara a la farmacia más cercana, pero en lugar de eso la dirigió a un supermercado. Como no quería seguir conduciendo, aparcó y se preparó para enfrentarse al gélido viento de enero, mientras se dirigía a la puerta principal a oscuras. Como si el frío no fuera suficiente, se hacía de noche a mitad del día. ¿Pasaba aquello también en Bethesda? ¿Por qué parecía mucho peor allí? Y ese tipo tan inquietante junto a la entrada, ¿estaría en una videollamada o sostendría así el móvil porque le estaba haciendo una foto? Temblaba y no quería saber la respuesta, por lo que empezó una frenética búsqueda en el pasillo de los artículos de aseo personal cuando oyó una voz familiar.

—¡Ay, madre, Karolina! —Miriam apareció de repente, empujando un carrito, con las mejillas de un adorable rojo a causa del frío, a pesar de su expresión preocupada.

—Hola, me encanta verte por aquí.

—¡Karolina! ¡Pareces una *vagabunda*! ¿Qué te ha pasado?

—Estoy en mis días.

Miriam frunció el ceño.

—¿Es un mensaje oculto? Espera, ¿estás aliviada? ¿O triste? ¿*Todavía* lo estás intentando?

Karolina rio, e incluso ella misma se dio cuenta de lo amargada que sonaba.

—Sí, solo llevo unos siete años, ya ves lo bien que me ha ido.

—Lo siento. No quería…

—No, por favor, no pasa nada. He venido a comprar tampones.

Miriam pareció aliviada.

—¿Y cómo te va en todo lo demás? Te he escrito y llamado estas dos semanas, pero… En fin, no quería presentarme allí sin avisar. —Miró a Karolina de arriba abajo con evidente descaro—. Pero probablemente debería haberlo hecho.

Karolina hizo un gesto con la mano para quitarle importancia, pero ya había empezado a llorar.

—Estoy bien —dijo, enjugándose los ojos.

—Ay, cariño. Ven aquí —dijo Miriam, y aunque a Karolina la avergonzaba sollozar en un supermercado como una loca, aquel abrazo le resultó maravilloso—. Todo va a salir bien. Estoy aquí contigo.

Una mujer diminuta con un conjunto deportivo pasó junto a ellas empujando un carrito con una niña pequeña. Mientras esta se metía un puñado de cereales en la boca, la mujer fue incapaz de disimular que estaba observando a Karolina. Nada de miraditas de reojo, sino que la estaba contemplando sin tapujos, con la cabeza girada hacia ella y la boca abierta.

—¿Sí? —le preguntó Karolina. Estaba segura de que, si se dirigía directamente a la mujer, se sentiría avergonzada y miraría para otro lado, pero no tuvo ningún efecto. La niña soltó un gritito y tiró de la chaqueta antisudor de su madre, pero la mujer no podía apartar la vista.

—Eres Karolina Hartwell —murmuró la mujer como en un trance.

—¿Podemos ayudarte con algo? —preguntó Miriam con más educación de la que a Karolina le habría gustado.

—Es solo que… eras mi modelo favorita de todos los tiempos. Nunca lo olvidaré; te vi en el desfile de moda de Victoria's Secret… Fue hace casi un siglo… Cuando fuiste Ángel del Año.

Karolina se obligó a sonreír.

—No exactamente un siglo. Más bien quince años. ¿Estuviste allí?

La mujer asintió e ignoró por completo a su hija, que volcó por el suelo la bolsa de cereales.

—Estuviste espectacular. ¡Dios mío! ¡El rostro de L'Oréal aquí mismo en Greenwich! Me pareció fenomenal cuando te convertiste en embajadora de Save the Children. Atrajo mucha atención a una causa que no le importa a suficiente gente.

—Gracias —dijo Karolina, que se estaba secando las lágrimas con la punta del dedo a pesar de que no llevaba maquillaje—. Lo valoro mucho.

—Pero ¿qué te ha pasado? —La mujer dio un cambio radical para

empezar una furiosa acusación—. ¿Cómo has pasado de Save the Children a *conducir borracha con niños*? *¿Niños inocentes?* —En aquel momento pareció acordarse de su hija y le colocó el brazo por encima en actitud protectora—. ¡Debería darte vergüenza!

Aquello lo gritó con la fuerza suficiente para que el resto de las personas en el supermercado se girara hacia ella.

A Karolina se le encendió la cara y el corazón empezó a latirle con fuerza. Estaba a punto de comenzar a defenderse cuando sintió un chorreón de sangre filtrarse en los pantalones de pijama de franela. Se quedó paralizada.

Miriam la agarró del brazo y tiró de ella.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —le gritó a la mujer desde mitad del pasillo.

—¡Está todo en las noticias! ¡Sé muy bien de lo que hablo! —le gritó la mujer de vuelta, y la niña se puso a llorar.

Karolina permitió que la llevaran a la entrada de la tienda, donde Miriam sacó la llave del coche del bolso y se la puso en la mano.

—Es el Highlander azul en la primera fila a la izquierda desde la salida. Hay una toalla para el perro en el maletero. ¿Puedes sentarte sobre eso? Voy a comprarte lo que necesitas y vuelvo enseguida.

Karolina asintió. Miriam siempre era competente, una persona en la que se podía confiar.

—Vete antes de que se complique —dijo Miriam, apresurándose.

Karolina encontró el coche y una toalla para perros un poco llena de barro justo donde Miriam le había dicho. Apenas se había subido al asiento delantero cuando su amiga regresó.

—Te he traído de dos tipos. No sé cuál te gusta —dijo Miriam, que le tendió a Karolina una bolsa de plástico y se subió al asiento del conductor.

—Espera. ¿Dónde está tu compra? —preguntó Karolina.

—Volveré luego. Antes quiero llevarte a casa.

—No, estoy bien. Puedo conducir. No tienes que llevarme. Aunque ¿podrías dejarme la toalla?

—No voy a llevarte a tu casa. Vamos a la mía. Y no quiero oír ninguna queja.

—¿Y qué pasa con el coche? Y estoy en pijama; en un pijama

empapado de sangre. Tengo que ir a casa.

—Luego te traeré de vuelta al coche. Ahora mismo necesitas un poco de amor y cariño, y no puedes meterte otra vez en esa solitaria mansión de cristal —dijo Miriam, que ya se estaba dirigiendo a la carretera.

Karolina estaba demasiado cansada para discutir. Y aunque no estaba segura de si la casa de Miriam, con un perro y tres niños, iba a proporcionarle un poco de amor y cariño, estaba contenta de no tener que tomar ninguna decisión.

Al entrar en la casa, casi se tropezó con las pilas de pantalones para la nieve húmedos, botas embarradas y montones de guantes, sombreros y bufandas tirados por el suelo y el banco. En Bethesda casi nunca nevaba lo suficiente como para que Harry pudiera jugar en la nieve, y desde luego últimamente se sentía demasiado mayor para esas diversiones infantiles, pero aun así la imagen de la ropa infantil para la nieve casi dejó a Karolina sin aliento.

Miriam, como era Miriam, se percató de inmediato.

—Debes de echarle muchísimo de menos.

—No me puedo creer que haya pasado casi un mes. Nunca he estado tanto tiempo sin verlo.

—Pero hablas con él, ¿verdad?

—Todas las noches. Y hacemos videollamada. Pero no es lo mismo.

—No, claro que no.

Maisie vio a su madre.

—¡Mami! ¿Has visto lo que hemos hecho? Un muñeco de nieve de verdad. Se llama Bobsy. ¿A que es gracioso? —Las mejillas de la niña estaban enrojecidas a causa del frío y tenía la nariz y los labios llenos de mocos, pero aun así Karolina sintió la fuerte necesidad de darle un besito.

—Bobsy tiene una pinta estupenda, cariño. Dile a Ben y a Matthew que dentro de diez minutos cenamos, ¿vale?

Cuando Karolina vio a Paul en la cocina tecleando en el ordenador, casi le da un infarto. Una vez más, Miriam le leyó la mente.

—No te preocupes —le susurró—. Si piensa que estoy sola, no va ni a mirar. Sube por las escaleras de detrás a la habitación de invitados. Hay toallas en el baño. Te voy a llevar algo de recambio.

En unos minutos estoy allí.

Como había predicho, Paul saludó a su mujer, pero no levantó la vista de la pantalla. Cuando Karolina volvió a bajar, con el pelo húmedo por habérselo lavado por segunda vez en dos horas y con un chándal supercómodo, tres tallas más grandes de la que necesitaba, toda la familia estaba reunida en torno a dos pizzas gigantescas en la mesa de la cocina.

—¡Karolina! —dijo Paul con cariño, y se levantó para abrazarla. Sin duda, lo habrían preparado de antemano, porque no hizo ningún comentario sobre su apariencia—. Qué bueno verte.

—Gracias por dejar que me colara en vuestra cena de viernes. Supongo que es culpa mía que vayáis a cenar pizza esta noche en lugar de lo que Miriam pensaba comprar en el supermercado.

—¡Pizza, pizza, pizza! —canturreó Ben con la boca medio llena—. ¡Me encanta la pizza!

—Sí, ya ves lo tristes que estamos todos. —Paul sonrió y le retiró una silla para que se sentara. Se giró hacia Miriam—. ¿Emily va a venir a cenar?

—No, va a quedarse en la ciudad. Volverá por la mañana para hacer el equipaje. Tiene el vuelo mañana a las tres desde el aeropuerto JFK.

—¿A dónde va? —preguntó Karolina.

—A casa, ¿te lo puedes creer? Una noche se ha convertido en tres semanas y media. Pensaba que se iba a quedar para siempre. —Miriam rio. No pareció percatarse de que Matthew había vertido un poco de leche sobre la guarnición de brócoli hervido.

—¡Venga ya! Te lo has pasado genial con ella —dijo Paul—. Os he oído reíros como gallinas hasta la madrugada.

—¡Pues claro que sí! Ha sido genial. No habíamos pasado tanto tiempo juntas desde los quince años. ¿Por qué no me lo iba a pasar bien?

Karolina se obligó a sonreír. Le hizo a cada niño preguntas sobre el colegio y sus amigos e incluso logró comer un trozo de pizza tibia, aunque se sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—Voy a pedir un Uber de vuelta al coche —anunció, sin importarle que sonara maleducado o repentino—. Tendré un conductor en tres

minutos.

—Ni te molestes —dijo Paul, agitando la mano—. Miriam ha dicho que ibas a quedarte a dormir.

Miriam asintió.

—Ya he cambiado las sábanas de la habitación de invitados. Vas a quedarte.

Karolina quería quejarse, pero no le salían las palabras. Fuera hacía mucho frío y todo estaba a oscuras, y la casa de Miriam era acogedora y cálida, y la idea de no pasar otra noche sola sonaba bastante agradable. Asintió y permitió que Miriam la acompañara al piso de arriba.

—Volveré después de acostar a los niños, ¿Vale? Nos pondremos una serie mala en la tele. Encenderé la chimenea.

—Gracias —murmuró Karolina.

Cerró la puerta y se subió a la cama de inmediato. Consideró un instante la idea de encender la tele, pero no quería arriesgarse a encontrarse con otro programa de noticias. En lugar de eso, miró el móvil. En el salvapantallas, en honor de su décimo aniversario de bodas, tenía un retrato de novios: Karolina en un vaporoso vestido de Vera Wang a medida; Graham, muy apuesto con su traje Tom Ford, también a medida. Entonces tenía treinta y dos años, y parecía un bebé. Junto a ellos, Harry, de solo dos años, aferrado a su mapache de peluche y a la mano de su padre. Karolina tenía veintiséis años cuando había conocido a Graham en una cena en los Hamptons, y se habían prometido seis meses más tarde. Recordaba haberse sentido poco preparada para convertirse de la noche a la mañana en la madre de aquel dulce niñito huérfano, pero Harry se lo había puesto fácil. Amarlo era lo más natural del mundo, y recordaba haber pensado que un día le darían una horda de hermanos y hermanas.

Habían ido de luna de miel juntos, los tres, a una *suite* con vistas al mar que se abría directamente a las turquesas aguas del Caribe. Adoraba que Graham fuera un padre devoto. Parrot Cay era astronómicamente caro y exclusivo, pero no demasiado ostentoso. Era el tipo de lugar donde uno podía pasar el día descalzo del desayuno a la cena, sin más ropa que el bikini y un caftán de

muselina, a un ritmo tan lento y lánguido como el calor. Harry había pasado horas salpicando agua en los charcos templados, gritando y riendo mientras se internaba en las olas y volvía a salir, mientras Graham y Karolina lo observaban desde los divanes, agarrados de la mano. Por la tarde, le daban a Harry de comer *spaghetti* o pollo empanado, y después todos se enjuagaban en la ducha exterior junto a la *suite*. Cuando Harry ya tenía puesto el pijama de rayas, con el pelo húmedo y con aroma a delicioso coco, Graham le leía un cuento mientras ella se arreglaba. Un par de noches, una dulce ancianita de la recepción cuidaba a Harry, pero como Karolina odiaba irse sin él, solían llevarlo al restaurante frente al mar y juntar dos sillas para crear una especie de cunita, en la que Harry se acurrucaba con la mantita y se dormía de inmediato. Tras una cena de pescado fresco, volvían caminando a la *suite*, mientras Harry dormía en los brazos de Graham. Alegres a causa del vino, Karolina y Graham hacían el amor como si fuera lo más natural del mundo, y entonces lo era. Se quedaban dormidos sobre las sábanas mientras la brisa del ventilador del techo los refrescaba.

En aquel momento, tirada sobre la cama de invitados de Miriam, se preguntaba si se lo habría imaginado todo. ¡Pero no era así! Las cosas habían sido antes de otra manera. La boda y la luna de miel habían sucedido de verdad, igual que muchas de las cosas que habían compartido en los años posteriores. Como era natural, había habido discusiones, incluso unas pocas peleas a gritos, pero los primeros años habían estado llenos sobre todo de recuerdos felices: el primer día de guardería de Harry, el ascenso a socio de Graham, todos los cumpleaños, cenas y cócteles que Karolina había organizado con tanto cariño, y en los que cada detalle había sido perfecto; todos los invitados se habían sentido bienvenidos y queridos. Graham le había regalado joyas preciosas y carísimas por sus cumpleaños. Sí, lo más probable era que su secretaria lo hubiera elegido todo, pero las pulseras de tenis y los pendientes de lágrimas de diamantes venían con tarjetas de felicitación de Hallmark en las que su marido garabateaba algunas palabras emotivas sobre lo mucho que la amaba. La miraba con deseo y adoración cuando se lucía en aquellas terriblemente aburridas fiestas de abogados y le

había dicho que iluminaba la estancia. ¿Cuándo fue la última vez que la había mirado así? Quizá todo hubiera sido un malentendido. Quizás estuviera sospechando demasiado de Regan Whitney. No tenía ninguna *prueba* de que tuvieran un lío, y estaba claro que sus instintos no siempre llevaban la razón. ¿Acaso el Graham con el que había compartido su vida durante la mayor parte de la década, el mismo hombre que había jurado cuidarla para siempre, iba a anunciar su divorcio en la televisión nacional? ¿O, como estaba empezando a sospechar, había otra explicación? ¿Algo que no había valorado todavía?

Karolina se incorporó de un salto en la cama. Era un tema de falta de comunicación, no de amor. No era un sabotaje deliberado. Pulsó el nombre de Graham en su teléfono y lo oyó sonar y sonar. Contestador automático. Dejó un mensaje apresurado, quizás un poco incoherente, pero lleno de amor. La esencia era: «Vamos a resolver juntos este lío; todo ha sido un malentendido. Te quiero y echo de menos cómo éramos antes».

«Llámame», le había dicho, aunque sonaba más como un ruego. «Me he dado cuenta de muchas cosas y quiero hablar contigo».

Después le escribió lo mismo por mensaje. Dos veces.

Se quedó mirando el móvil un rato, pero no hubo ninguna llamada ni mensaje. En cierto momento tuvo que quedarse dormida, porque cuando se despertó cinco horas más tarde, eran casi las dos de la mañana y alguien había apagado las luces y la había arropado. Los recuerdos volvieron a ella: había enviado un mensaje de reconciliación a Graham, para resolver aquel terrible malentendido. Se disculparía por haber pensado tan mal de él; su marido le rogaría que la perdonara por haberla abandonado toda la noche en la cárcel. Se comprometerían a llegar juntos al fondo de aquel asunto. Como un equipo. Vio el móvil tranquilo sobre la mesilla, cargándose en silencio. Miriam. La siempre considerada Miriam. ¡Por eso no había escuchado la llamada de Graham! Pero al mirar en la lista de recientes, no había llamadas perdidas. Hasta que no comprobó los mensajes, no lo vio:

Karolina, es obvio que estás enferma, pero lamento decir que no

puedo ayudarte. Al poner en peligro la vida de Harry, sellaste tu destino. En adelante, ponte en contacto conmigo exclusivamente a través de Trip.

El cielo había comenzado a iluminarse para cuando volvió a conciliar un sueño profundo y vacío. Y cuando despertó de nuevo a las nueve, con la almohada empapada de lágrimas y los ojos enrojecidos debido al llanto, se sentía como si la hubiera atropellado un autobús. Pero había algo más ahí, algo que le pareció a la vez aterrador y sano. Algo que se parecía mucho a la furia.



10
Los barrios residenciales te hacen engordar

Emily

El tren salía atropelladamente de la Estación Central, mientras el conductor anunciaba las próximas paradas como un subastador con prisa y Emily practicaba la técnica de la respiración profunda sin nada de éxito. ¿Cómo diablos iba a estar cerrada la I-95 en la hora punta de la tarde? De acuerdo, si hubiera un ataque terrorista o algo serio… Pero ¿una fuga de gas? ¿Crear un atasco en toda la autopista entre Manhattan y Fairfield? ¿Obligar a personas inocentes a *tomar el tren*? Era incomprensible.

Emily había exhalado de forma muy descarada cuando un hombre en un traje arrugado pero obviamente caro le había preguntado si el asiento contiguo a ella estaba libre. Necesitaba paz y espacio para cribar los montones de fotos que le acababa de dar el agente más prominente de la ciudad. Cantantes que iban a debutar en Broadway, actores primerizos que habían impresionado a directores experimentados, músicos que destacaban entre la multitud. La lista de artistas emergentes era larga y variada, pero Emily tenía la esperanza de encontrar a su próxima estrella en esa pila. Necesitaba

un nuevo éxito y lo necesitaba ahora, así que no intentó esconder su irritación cuando tuvo que retirar su bolsa de tela de Goyard, llena hasta los topes, del asiento contiguo para ponérsela en el regazo y se giró a mirar por la ventana. El tren a Greenwich iba lleno, pero no abarrotado. ¿De verdad no podría haberse sentado ese tipo en otro lado?

—Probablemente podría haberlo hecho —dijo el hombre con acento británico. Era guapo, no había manera de negarlo—. Pero no veo ningún otro asiento libre que no sea junto a alguien con obesidad o un bebé. Así que te llevas el premio.

—¿Cómo? —preguntó Emily. ¿Había hablado en voz alta?

—Si no quieres que la gente se siente al lado tuyo en los trenes, deberías ganar unos cuantos kilos. Te sería de mucha ayuda.

Tras esa intervención, sacó unos auriculares del maletín y se los puso.

Se sentó allí, confundida, durante casi un minuto antes de girarse hacia él.

—¿Te has sentado a mi lado porque estoy delgada? —le preguntó, sintiéndose estúpida.

El desconocido se quitó un auricular de la oreja y se inclinó lo suficiente para que a Emily le llegara su olor. Era un aroma limpio y refinado, a pesar de su apariencia desaliñada. Cuando le sonrió, Emily se percató de que se le formaban unas arruguitas en torno a los ojos, que eran de un verde azulado. No brillaban tanto como para darse cuenta a primera vista, pero era un color precioso que probablemente variaba con los subtonos de sus camisas. Emily estaba tan interesada en estudiar aquellos ojos, examinar la dentadura y aspirar ese aliento que casi no se dio cuenta de que la estaba provocando.

—Espero que no te importe, pero no me gusta hablar en los trenes.

—¿Cómo? —preguntó. *¡Déjalo ya!*, se riñó a sí misma. *¿No sabes decir otra palabra?*

—Parece que quieres charlar. No es nada personal, pero es que no me gusta —dijo, exhibiendo una leve sonrisa.

—*¿A ti* no te gusta? No tienes ni idea de con quién estás hablando.

Yo no hablo con nadie en los trenes. Ni siquiera *utilizo* los trenes.

Alzó las cejas.

—No te conozco lo suficiente como para decir que suenas como una chiflada, pero si te conociera… probablemente es lo que diría.

—Es el mejor cumplido que me han dicho en varias semanas. Incluso si viene de un tipo que consigue parecer un vagabundo en un traje de Brioni.

Ante estas palabras, el hombre rio.

—Uno de esos imbéciles de los fondos de alto riesgo, a tu servicio. Me llamo Alistair, porque, si somos sinceros, no podría llamarme de otra manera.

Emily también se rio, a pesar de su irritación.

—Soy Emily. Exfenómeno del mundo de la moda que se dirige en contra de su voluntad hacia el anonimato por culpa de mi negativa a vivir el día entero en las redes sociales.

—Mmm.

—Mmm, ¿qué?

—Supongo que me he equivocado contigo.

—¿Qué te pensabas? ¿Qué me llamaba Kelsey, Kinley o Lulu?

Volvió a sonreírle.

—No, estaba seguro de que eras un ama de casa de Greenwich con una niñera a tiempo completo, casada con algún tipo como yo.

Emily sabía que aquel era el punto en el que debía mencionar a Miles, pero ¿por qué estropear la diversión? Un flirteo inocente en un tren que no volvería a tomar con un hombre al que no volvería a ver. ¿Por qué no disfrutarlo?

—Perdona, ¿piensas que vivo en Greenwich? Tal vez sea lo más ofensivo que me has dicho hasta ahora.

La risa de Alistair era grave y sexi.

—No está tan mal.

—Sin duda, no has pasado mucho tiempo por allí.

—Ahí es donde te equivocas. Vivo allí. Cinco años ya.

—Lo siento mucho.

—No me había ofendido.

—No, digo que siento que vivas allí. Debe de ser duro.

Otra vez la risa, y Emily no pudo evitar devolverle la sonrisa. Le dio

la impresión de que haría cualquier cosa para hacerlo reír de nuevo.

—Lo que resulta duro es vivir allí como un padre divorciado. Digamos que no sería mi primera opción para conocer a mujeres solteras.

Así que estaba *divorciado*. Era interesante que lo expresara de esa manera. Probablemente tendría unos treinta y cinco o más. ¿De dónde diablos habría sacado el tiempo de casarse, tener hijos, divorciarse y empezar a tener citas de nuevo?

El tren se detuvo en la calle 125 y se subió más gente. Entre ellos, un sudoroso hombre obeso que le echó una mirada a Emily antes de moverse con pesadez al fondo del vagón.

—De nada —dijo Alistair.

—¿Y por qué te divorciaste? —preguntó Emily, no porque pensara que era asunto suyo, sino para intentar ganar algo de control en aquella conversación. El otro le estaba superando en encanto, y no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

—¿No deberías preguntarme por el nombre de mis hijos? ¿O su edad? ¿Algo más inofensivo?

—En realidad, no me gustan los niños.

—Muy bien, vale. Si te interesa, conocí a mi mujer en una discoteca en Estambul y nos fugamos tres meses más tarde. Le gustaba ir de fiesta, pero pensé que solo le iban las cosas habituales: licor, hierba y algo de éxtasis de vez en cuando. ¿Cómo iba a saber que iba a enamorarse del Adderall, y luego de la oxitocina y de la heroína? ¿Que la encontraría metiéndose una raya en la bañera? Eso estuvo bien. ¿Y que estaría una década entrando y saliendo de rehabilitación mientras yo me preguntaba cuándo iba a sufrir una sobredosis? Y después tuvimos hijas, y ni siquiera pudo permanecer sobria por ellas. La gota que colmó el vaso fue cuando llegué un día antes del trabajo y la encontré en la cama con nuestro camello mientras nuestras hijas veían la tele en el salón. Probablemente esa ha sido más información de la que querías saber.

—Dios mío, ¿en serio? —preguntó Emily, que de pronto se sentía superculpable por haber sacado ese tema.

—No, la verdad es que no. Nos conocimos en nuestro último año en la universidad de Brown y estuvimos saliendo y cortando durante

años.

Ahora le había llegado el turno a Emily de reírse.

—Menudo imbécil.

—Sí, ella también lo piensa. En fin, fuimos felices un tiempo, pero al parecer yo la presionaba muchísimo: para casarnos antes de estar preparada, para mudarse conmigo a Londres cuando ella no quería dejar a su familia, para dejar su trabajo y quedarse con las niñas. Un cuadro, ¿verdad?

—He escuchado crímenes peores. Y estoy segura de que no fuiste el único culpable.

—No, para nada. Mi ex tenía un trastorno de ansiedad enorme y la medicación apenas le hacía efecto. Muchos miedos y limitaciones irracionales. Se negaba a volar, a conducir en carretera, ese tipo de cosas. En fin, eso queda en el pasado. Ahora estamos felizmente divorciados. Tenemos una de esas relaciones superfuncionales de copadres: la mayor parte del tiempo pensamos que el otro es una persona buena y decente, priorizamos a las niñas, solo les damos de comer comida orgánica y todo el mundo es feliz.

—No me lo trago —dijo Emily.

—Todo es bastante aburrido, ya que tienes curiosidad. Las chicas se han adaptado bien, ambos vamos a todos sus eventos deportivos, celebramos los cumpleaños conjuntamente y a menudo pasamos fines de semana enteros en familia. Hoy tenía una reunión con un cliente a primera hora, pero ahora voy de camino a su casa para que vayamos todos a esquiar este fin de semana.

—Qué moderno.

—Sí. Mucha terapia. Se supone que así son las separaciones en nuestra generación, ¿no lo sabías? Estamos tan hechos polvo por los terribles divorcios de nuestros padres que nos negamos a someter a nuestros hijos al mismo destino. Ni siquiera criticamos a nuestras exparejas, ¿te lo puedes creer? Solo hay apoyo, amabilidad y «amor familiar».

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía diez años, y sin duda se odiaban.

—Como es natural —dijo Alistair—. Mi madre encontró a mi padre en la cama con la asistenta un día, y a la mañana siguiente ya no

estaba. Era lo apropiado. Lo que se esperaba. Pero en fin…

Justo en ese momento, el tren se detuvo con un chirrido en la estación de Greenwich y las puertas se abrieron. Llegaron al andén por los pelos, y apenas habían salido cuando el tren volvió a arrancar. Se miraron el uno al otro, mientras la multitud se dispersaba a su alrededor.

—Bueno, Emily, ha sido un placer conocerte —dijo Alistair, ofreciéndole la mano. Era cálida, seca, fuerte.

—Y tú también. Diviértete esquiando. No voy a mentirte, no pinta bien en absoluto.

Alistair se rio.

—¿Cómo? ¿Morirte de frío todo el fin de semana con tu ex y dos niñas no te parece un sueño? Espero que tengas planes mucho mejores, Emily.

Tras esas palabras, se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras.

Ella se lo quedó mirando. ¿De verdad se había ido sin más? ¿Después de una conversación como *esa*? ¿Sin pedirle el número ni preguntarle si podían verse de nuevo?

Miriam no quedó impresionada cuando Emily se subió al asiento del pasajero y empezó a quejarse de lo sucedido.

—¡Estás *casada*! —le recordó Miriam mientras conducía entre los espantosos y mugrientos deportivos del aparcamiento de la estación.

—¡Él no lo sabía!

—Bueno, aparte de que tendrías que habérselo dicho, resulta que llevas una alianza con diamantes que brillan lo suficiente como para dejar ciego a cualquiera. No creo que se le haya pasado por alto.

—Los hombres no se dan cuenta de esas cosas.

—¿Y qué querías? ¿Te habrías acostado con él si te hubiera llamado? ¿O es una cuestión de ego?

Emily suspiró. Amaba a su amiga como a una hermana, pero Miriam podía ser muy exasperante. ¿Cómo podía llevarse bien con una persona tan perfecta? Claro, en cuestión de apariencia, le sobraban unos siete kilos, tenía el pelo encrespado y la terrible adicción de las madres de los barrios residenciales a la ropa deportiva, pero por lo demás era demasiado *buena*. Tan equilibrada y racional. Tan inteligente y sensata. Tan considerada con la gente

que la rodeaba. ¿Y un marido que la adoraba, tres hijos y la casa perfecta en el barrio perfecto? ¿Sin avisos visibles de ruptura matrimonial, insatisfacción con la vida o incluso la típica depresión? Si Emily no la hubiera querido tanto, le habría parecido un puto incordio.

—No importa. ¿Podemos parar en Starbucks?

—Tengo café en casa.

—Tus cápsulas no pueden competir con el café de verdad.

—Pero son de la marca Starbucks. Son café de verdad.

Emily suspiró en voz alta.

—Vale, pero pedimos para llevar. Karolina está en el piso de arriba. Se ha quedado a dormir.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—La encontré anoche vagando por el súper con pinta de haber salido de un fumadero de *crack*. No podía dejarla volver a casa.

—¿Está bien?

—Más o menos. Pero imagino que su comportamiento tiene algo que ver con que Graham haya anunciado en el programa de Anderson Cooper que su matrimonio ha terminado.

—Ay, mierda. Vi el vídeo.

—Sí, ha sido espantoso. Básicamente la ha llamado «alcohólica» delante de todo el universo, ha dicho que no había salvación para ella y que tenía que pensar en su hijo. No en el hijo *de ambos*.

—Es un cerdo de primera. Y tiene que ir muy en serio con la otra, porque ese ha sido un movimiento agresivo. Me pregunto quién lo estará aconsejando.

Miriam se encogió de hombros.

—Bueno, si Karolina fuera mi clienta, le diría que ha llegado la hora de atacar. No puede quedarse sentada mientras su marido menoscaba su reputación. ¿Quién es su agente? ¿Dónde está su abogado?

—No estoy segura, pero creo que había dejado de trabajar con su agente justo antes de toda esta catástrofe y que no ha contratado a nadie todavía. Su abogado es un amigo de la familia. De hecho, es el mejor amigo de Graham, así que me he ofrecido a ayudarla con lo que pueda en esa área. Lo cierto es que no tiene a nadie, lo que es

bastante sorprendente.

Emily puso los ojos en blanco.

—Bien, pues le hace falta conseguir gente. De inmediato. Si alguien puede convencerla, eres tú, Miriam.

Miriam se dirigió a la ventanilla para coches del Starbucks y Emily se inclinó hacia su amiga y gritó por la ventana:

—*Latte* de vainilla *light* grande. Supercaliente y sin espuma. —Se giró hacia Miriam—. ¿Tú qué quieres?

—Me lo tomaré en casa.

—Te pareces tanto a mi madre… Vive un poco, ¡tómate un café!

Miriam suspiró.

—Vale. Un americano, por favor. Pequeño.

—¡Sexi! —Mientras esperaban, Emily tamborileaba los dedos—. ¿Qué va a hacer ahora Karolina? —Y al ver cómo Miriam tomaba el vaso, continuó—: Vamos, superestrella. Disfrútalo.

Emily se había terminado el café para cuando llegaron a casa de Miriam, y deseó haber pedido uno extragrande. El móvil emitió el pitido de los mensajes, y aunque no habían intercambiado número o apellidos, se descubrió deseando que fuera Alistair. Cuando leyó el mensaje de Miles («Hola, bebé. He llegado bien a L.A. Te echo muchísimo de menos y me muero de ganas de verte. Besos») sintió una punzada de culpa. Pero había sido un mero flirteo inocente, para pasar el rato. Miles lo hacía todo el tiempo, todos los días, a veces delante de Emily. Ambos se sentían lo suficientemente seguros de su relación como para divertirse con otra gente. No era nada grave.

—Tengo muchas ganas de ver a Miles —anunció Emily mientras entraba al recibidor de Miriam.

Su amiga se giró para mirarla.

—Me alegra escucharlo —le dijo lentamente.

—No, lo digo en serio. Ha pasado casi un mes.

—Bueno, por aquí te echaremos de menos. Ha sido estupendo que te quedaras con nosotros. Nos lo hemos pasado genial, y los niños también.

Como si estuviera esperando su señal, Maisie bajó a saltitos las escaleras.

—¡Mami! ¡Papi dice que la tía Emily se va hoy! —gritó, con una

mirada de pánico en su carita redonda.

—Sí que me voy, guapa. Es hora de que vuelva a Los Ángeles. —Emily abrió los brazos y Maisie corrió a abrazarla. Aunque no les tenía un cariño particular a Ben o a Matthew (incluso cuando estaban limpios le daban un poco de asco, porque siempre tenían las narices llenas de mocos o suciedad en las uñas, por no mencionar que no se quedaban quietos), Maisie se había ganado su corazón. La niña sentía fascinación por Emily, y siempre se colaba en su habitación para preguntarle si se podía probar los tacones o ayudarla con el maquillaje. Una noche, Emily le había puesto un poco de colorete, brillo de labios y un toque de sombra de ojos, y pensó que la niña iba a morirse de la emoción. Lógicamente, Miriam había enviado a su hija al piso de arriba a lavarse la cara, y Emily había susurrado unas palabras poco agradables sobre que se había convertido en una mamá aguafiestas, pero desde ese momento la devoción de Maisie había sido inquebrantable.

—¿Por qué tienes que volver? —protestó la niña.

Emily abrió la boca para contestar y la sorprendió que no viniera a ella ninguna respuesta. Tenía ganas de ver a Miles, pero solo iba a estar unos días en casa antes de regresar a Hong Kong. ¿Y su trabajo? Bueno, todo era un desastre. Ahora que había perdido a Kim Kelly y que Rizzo Benz se había ido con Olivia Belle, no le quedaban más que unas pocas estrellas de *realities* a las que podía gestionar sin despeinarse. Siempre que les encontrara marcas de diseño que los vistieran gratis y llamara a la prensa para defender sus intereses, estaban contentos. Emily necesitaba algo más suculento si pretendía seguir siendo relevante.

—Tengo que hacerlo. —Fue todo lo que pudo decir. Había evitado escuchar los mensajes del contestador y le había pedido a Kyle que le dijera a todo el mundo que se encontraba en un retiro de meditación silenciosa. Con un monje famoso. En un país muy lejano.

—¿Estás segura? —le había preguntado Kyle, cuyas dudas llegaron con fuerza y claridad por el teléfono.

Emily tardó en contestar lo suficiente para que la chica se retorciera.

—¿Que si estoy segura? ¿Me estás preguntando si sé lo que hago?

Los famosos se tragan esas gilipolleces, sobre todo si da la impresión de que soy poco accesible. Se lo dirás a todo el mundo de inmediato, ¿lo entiendes?

Kyle aceptó enseguida, y Emily hizo una nota mental de comprobar los correos electrónicos de la chica. No podía permitir que su bonita asistente fuera contándoles a sus numerosos contactos que Emily estaba *en Connecticut*, Dios santo. Su reputación no podía sufrir otro golpe.

Paul entró trotando en la estancia con mallas de licra sobre las que llevaba un par de pantalones cortos, una camiseta de deporte de mangas largas superajustada y unas zapatillas nuevas.

—Te has adaptado perfectamente a la vida en las afueras, Paul —dijo Emily, mirándolo de arriba abajo—. Qué deportivo.

Paul rio.

—Hola, me voy al gimnasio. Volveré en torno a las dos. ¿Necesitas algo? —le preguntó a Miriam antes de tomar una manzana del cuenco de la isla de la cocina.

—Despídete de Emily —dijo Miriam—. Va a irse al aeropuerto.

Paul le dio a Emily un beso en la mejilla.

—Buen viaje, cielo. Saluda a Miles de mi parte, ¿de acuerdo?

—Claro. Gracias por soportarme durante tanto tiempo. Tres semanas es una locura. Me siento muy agradecida.

Se abrazaron con cariño y Paul fue al garaje.

—Tiene buen aspecto —dijo Emily, que se lo quedó mirando—. Le sienta bien ser un millonario de internet.

Miriam puso los ojos en blanco.

—Es adicto al ejercicio. Deberías ver el gimnasio al que se ha apuntado. Parece un hotel asiático de lujo. La cuota mensual es más cara que nuestro primer apartamento. ¿Quién habría pensado que mi marido…?

Se le fue apagando la voz y pareció alarmada.

—¿Qué? —le preguntó Emily.

—No pensarás…

—¿Qué? ¿Que tiene un amorío? No, claro que no. Paul, jamás —dijo Emily con la esperanza de sonar convincente.

—Mamá, ¿qué es un amorío? —preguntó Maisie.

—Nada, cariño. ¿Puedes ir al piso de arriba y preguntarle a Karolina si quiere desayunar? Mira a ver cómo está.

La niña sonrió, feliz con la tarea, y salió corriendo.

Emily contempló a Miriam pelar una manzana.

—No era una pregunta seria, ¿verdad, Miriam?

Su amiga se encogió de hombros.

—No, en realidad no. Quiero decir, claro que no pienso que tenga un amorío, pero la esposa nunca se da cuenta, ¿verdad?

—¿Qué pruebas tienes?

—¿Pruebas? No tengo pruebas. Solo que le ha llovido dinero del cielo y ha empezado a interesarse por su apariencia, que antes no le importaba en absoluto.

—¿Y el sexo?

—¿Qué pasa con el sexo?

Emily emitió un fuerte suspiro.

—¿Hay sexo?

—Claro —dijo Miriam. Entonces sostuvo el cuchillo en el aire, sin moverlo, y arrugó la frente—. En realidad, hace tiempo…

—Define cuánto tiempo.

Frunció aún más el ceño.

—Lo estoy pensando —dijo Miriam.

—No suena bien. —Emily abrió el frigorífico y sacó un recipiente de yogur griego—. Pero no es el fin del mundo. Todo el mundo tiene una mala racha. Una o dos semanas sin sexo no significa…

—¿Una o dos semanas? —siseó Miriam—. ¿Una o dos semanas? ¿Hablas en serio? ¿Así es la vida sin hijos? Porque si defines una semana o dos sin sexo como un problema, debería haberme divorciado hace seis años.

—Pero os casasteis hace siete.

—Exacto —dijo Miriam.

—Dios mío. ¿Tan malo es? Otras madres me habían contado que había algo de escasez, pero no imaginaba…

—Entonces ¿sí que es posible que tenga un amorío? Eso es lo que me estás diciendo.

Una voz las sorprendió desde las escaleras.

—No pensaba que fuerais a hablar del tema a mis espaldas —dijo

Karolina, aferrándose a la barandilla. Parecía pálida y desaliñada con el enorme chándal de Miriam.

Emily la saludó con la mano.

—No estamos hablando de ti y los potenciales cuernos que te ha puesto tu marido. ¡Estábamos hablando de Miriam!

Ante estas palabras, Miriam la chistó.

—¡Baja la voz! Los niños lo oyen todo.

—¿Paul? —preguntó Karolina con obvia incredulidad. Aceptó la taza de café que le ofreció Miriam.

—Por supuesto que no tiene un amorío —dijo Emily.

—En fin, *no creo* que lo tenga, pero ¿quién puede saberlo con seguridad? —preguntó Miriam.

—Yo siempre lo sabía —dijo Karolina en voz baja.

Emily alzó la vista hacia Miriam, que le devolvió la mirada. Ninguna dijo nada.

—Eran los únicos momentos en los que los que no quería sexo —dijo Karolina—. Es un cliché absoluto, pero era cierto.

—¿Entonces no es la primera vez? —preguntó Miriam. Parecía que se estaba esforzando en eliminar cualquier rastro de desaprobación en la voz, pero Emily no pensaba que lo hubiera logrado.

—No. Hubo otras dos, que yo sepa. Confesó las dos veces. Había… había asumido que esta vez sería igual.

Más silencio.

—Quizá sea así —continuó Karolina—. Las otras dos veces me rogó que lo perdonara. Me dijo que no podía vivir sin mí, ni Harry tampoco, y que era un idiota por haber puesto en peligro nuestro matrimonio. La segunda vez fuimos a terapia. Fue idea suya. No es que lo justifique, pero casi creo que no podía evitarlo. Mi madre siempre decía que mi padre era exactamente igual, que no dejaba de tener romances sin sentido para luego arrojarse a los pies de su esposa. Decía que todos los hombres eran así…

—No, no lo son —dijo Emily, que no había tenido la intención de sonar tan dura.

—¡Emily! —la retó Miriam.

—¿Qué pasa? ¿No puedo decir la verdad? ¿Debería dejar que siguiera creyendo que todos los hombres son unos putos infieles?

Muchos lo son. Pero no todos. Miles, por ejemplo. Va de fiesta, liga, va a clubs de *striptease* y nunca rechaza la oportunidad de mirarle el *piercing* en el pezón a una chica sexi. Pero es leal y serio al final del día. Tiene muchos defectos. Creedme, podría decirlos uno a uno y estaríamos aquí varias horas, pero no es infiel. No todos los hombres lo son.

Se hizo tal silencio en la cocina, que Emily oyó el ruido del frigorífico. ¿Había ido demasiado lejos? No se le daba muy bien juzgar aquello, lo sabía. Karolina parecía afligida. Miriam tomó los restos de una magdalena de arándanos del plato de uno de sus hijos y se los metió en la boca, mientras Emily la fulminaba con la mirada.

—Déjame en paz —dijo Miriam con la boca llena.

—Cuando luego te quejes de tu peso, te recordaré lo de esa magdalena.

—El barrio residencial me ha hecho engordar. ¿Te acuerdas de lo delgada que estaba cuando vivía en la ciudad? —dijo Miriam—. Iba andando a todas partes. Y trabajaba todo el día. ¿Y qué hago aquí? Comer.

Karolina le dio un sorbo al café. Parecía estar en otro mundo.

—Creo que lo presioné demasiado con lo de tener un bebé —dijo Karolina, ignorando a Miriam por completo—. El sexo era increíble antes de que el embarazo se convirtiera en la prioridad. Pero no puede ser solo eso, ¿verdad? Graham entrará en razón. No puede ir en serio con lo del *divorcio*, ¿verdad?

Emily se llevó las manos a la cabeza.

—Voy a resumirte lo que ha ocurrido, Karolina. Es lo que intento hacer con mis clientes cuando se encuentran en situaciones malas y muy feas que son difíciles de comprender cuando una está en el ojo del huracán.

—Em, no estoy segura de que eso vaya a ayudar mucho ahora —dijo Miriam, tomando otro pedazo de magdalena de arándanos.

—No, deja que hable —dijo Karolina.

Emily se aclaró la garganta.

—Graham te ha engañado dos veces, que tú seas consciente. En ambas ocasiones, confesó y te suplicó que lo perdonaras, ¿verdad?

Karolina asintió.

—Sin embargo, esta vez, aunque no tenemos pruebas sólidas de que esté con otra, lo sospechas, ¿no es así?

Karolina asintió de nuevo.

—Pero es obvio que esta vez es diferente: no se trata de un amorío provocado por un calentón, que la haya cagado y luego se haya arrepentido. Esta vez es otra cosa.

—¿A qué te refieres con «otra cosa»? —La voz de Karolina era casi un susurro.

—O bien cree que se ha enamorado, o necesita algo de ella. Me inclino hacia lo segundo. Regan Whitney, la perfecta hija del expresidente, es un buen partido. Tiene demasiado dominio sobre sí misma para tener un amorío casual, sobre todo con hombres casados.

—No sé por qué tenemos que hablar de esto ahora —dijo Miriam, que parecía presa de una suprema incomodidad.

—¿Y cómo no íbamos a hablarlo? —le preguntó Emily, impaciente —. Cualquiera que haya leído alguna vez el periódico sabe lo ambicioso que es Graham. Es prácticamente un aristócrata blanco, anglosajón y protestante. Harvard, Oxford, socio en Cravath y ahora senador de Nueva York. Dio un discurso brillante sobre los valores familiares en la Convención Nacional del Partido Demócrata y, de pronto, todo el mundo empezó a hablar de él como el principal candidato para las elecciones de 2020.

—Eso lo sorprendió —dijo Karolina—. No se esperaba lograr tanta atención.

Emily la miró con intensidad. A pesar de lo que dijeran los estereotipos, Karolina no era tonta.

—Y ahora Graham, posible candidato demócrata a las elecciones *presidenciales*, está con otra mujer; una que tiene incluso mejores contactos políticos que él. ¿Qué va a hacer don Valores Familiares? ¿Dejar a su mujer sin más? ¿Cambiar a la modelo por una versión más joven?

Ante estas palabras, Karolina se revolvió de forma muy evidente.

Emily la ignoró.

—¡Claro que no! Necesita encontrar la manera de quedar libre de culpa. Así lo prepara todo para que seas tú la que parezca una

rompehogares.

Karolina abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—Graham. Te ha tendido una trampa. Para poder divorciarse de ti y seguir pareciendo un tipo encantador. Es obvio.

—¿En serio? —peguntó Miriam—. Se me ocurren cientos…

—¡Miriam, saca la cabeza de la puta arena! —exclamó Emily. El estado de negación no era bueno para nadie—. Karolina, dijiste que habías bebido apenas una copa de vino y que te detuvieron a los treinta segundos de haber dejado la casa. No lo sé, pero asumo que vives en un bonito vecindario residencial de Maryland con enormes casas familiares, no en el tipo de sitio en el que la policía suele instalar un punto de control de alcoholemia. A pesar del hecho de que ni tu hijo ni tú sepáis de dónde salieron, había botellas vacías rodando por vuestro coche deportivo. Entonces van y te hacen un test que al parecer fallaste y te mandan a la comisaría, donde nadie te da un alcoholímetro ni te hacen pruebas de sangre, lo que *demostraría* que no estabas borracha.

Karolina se la quedó mirando, inexpresiva.

—En la comisaría, aunque eres la mujer de un senador sin ningún antecedente criminal, además de que es obvio que estás *sobria,* te encierran como a una vulgar criminal toda la noche. ¿Te parece que tiene sentido?

Una vez más, Karolina no movió un músculo.

—Ya, para mí tampoco lo tiene. Esas cosas solo pasan si alguien quiere que sucedan justo así. Alguien con poder suficiente para plantar unas cuantas botellas de alcohol y después llamar a sus colegas del Departamento de Policía de Bethesda para que «echen un vistazo». Alguien como Graham. Lo único que desconozco es el *motivo*, pero estoy segura de quién es el responsable.

—¡Para ya, Emily! —exclamó Miriam, pero no negó lo que decía.

—Tiene razón —susurró Karolina.

Ambas mujeres se giraron hacia ella.

—Tienes razón —le dijo Karolina a Emily—. Lo explica todo. Las botellas, la ausencia de alcoholímetro, la manera en la que me trató la policía. Que Trip, mi supuesto abogado, no haya hecho nada para

disputar esto. Que Graham me haya echado de mi propia casa. Y luego toda esa… toda esa mierda sobre la seguridad de *su* hijo. Todo ha sido una trampa. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

La habitación se quedó en silencio.

—Por Dios. Tengo náuseas. Ha sido él —dijo Karolina, que se llevó la mano a la garganta con aire ominoso.

—Quiere divorciarse —canturreó Emily—. ¿Y qué va a hacer? ¿Hablarlo como un ser humano normal? Claro que no. ¡Los americanos no votan a los hombres divorciados! No después de Donald Trump. ¡Votan a los valores familiares! ¡Votan a la decencia! No quieren un futuro presidente que prescinda de su bella esposa solo porque ha encontrado una versión nueva y mejorada.

El dolor se reflejó en el rostro de Karolina.

—Lo siento si he sido demasiado… directa —dijo Emily.

No hubo más respuesta que un absoluto mutismo.

—Muy bien. —Emily se levantó—. Tengo que hacer las maletas si quiero llegar a tiempo al aeropuerto…

Estaba en mitad de la escalera, contando literalmente los segundos antes de subirse al Uber y preparar más propuestas de trabajo, cuando oyó a Karolina llamarla.

—¿Emily?

La fiera expresión de Karolina la dejó sin aliento. Nada de lágrimas a la vista, solo una gélida y dura determinación. *Buena chica*, pensó Emily. *No lograrás sobrevivir a esto si sigues ahí parada llorando todo el día. Ha llegado la hora de la furia*.

—¿Sí?

—¿Podrías ayudarme? —Aunque la pregunta de Karolina era lastimera, el tono no lo era en absoluto.

—¿Que te ayude? —preguntó Emily, aunque supo de inmediato lo que Karolina había pedido, y esperaba no equivocarse.

—Ayúdame a recuperar a mi hijo. Y también a darle su merecido a ese cabrón para que todo el mundo vea que es un fraude y un monstruo —dijo Karolina.

—Karolina, cariño. —Emily sonrió con ganas e hizo media reverencia—. Será todo un placer.



11
Mamá sale de fiesta

Miriam

—¿Mami? ¿mami? —Miriam intentó evaluar la desesperación en la voz de Maisie, y rogó vagamente que su hija olvidara milagrosamente lo que quería y se fuera a la cama, lo que por supuesto era ridículo—. ¡Mami!

Miriam inhaló con fuerza y se recordó que tenía que ser paciente. Era solo una niña de cinco años. Las técnicas para retrasar el momento de dormir eran una realidad de la vida.

—¿Sí, cariño? —preguntó, mientras abría solo un poquito la puerta de Maisie y asomaba la cabeza.

—Te necesito.

—Estoy aquí, amor. ¿Qué te hace falta?

—Ven.

—Cariño, te hemos leído tres libros y te hemos cantado dos canciones. Tienes agua. Hemos encontrado el pijama de sirena en el cesto y te lo has puesto. Me he llevado al terrorífico Grúfalo de la estantería y he comprobado que no hubiera zorros bajo la cama. Ha llegado la hora de dormir.

—Quiero mimitos —dijo Maisie en su voz más dulce. La niña no era tonta. Había aprendido hacía tiempo lo único a lo que Miriam nunca

se negaría.

¿Durante cuántos años más le rogaría su hija que se acurrucaran juntas? Se subió a la cama de Maisie y abrazó el diminuto y cálido cuerpo de su hija. ¿No le iba a dar tiempo de maquillarse para la salida de las madres? Ni que le importara. Aspiró el aroma del pelo de su hija, que seguía húmedo, y sonrió. Le dio un último beso y murmuró:

—Te quiero.

Después pudo salir de puntillas de la habitación y cerrar la puerta sin más protestas. A lo mejor sí que iba a tener tiempo para maquillarse.

Le sonó el móvil al recibir un mensaje de Ashley indicándole que estaba en la entrada.

—Mierda. —Miriam observó su reflejo un instante en el espejo de cuerpo entero: no pintaba bien. Había logrado desenterrar un jersey de cuello alto lo bastante limpio de un tono de azul bonito, pero los *leggings* estaban llenos de bolitas y sus esfuerzos por hacerse un moño desarreglado habían dado como resultado una especie de nido de ratas en la cabeza. Todavía no estaba segura de cómo vestirse en esa ciudad.

Qué más da, pensó. No iba a una gala. Era una noche de jueves en un barrio residencial y todas las invitadas eran mujeres. Ashley no había dado muchos detalles sobre la temática de la salida, pero había insistido en que sería alegre y que habría mucho vino y mujeres simpáticas. ¿Quién era Miriam para negarse cuando apenas conocía a nadie en la zona? Sería divertido.

—Hola, perdona por hacerte esperar. Maisie estaba pegajosa esta noche —dijo Miriam, consciente de su voz entrecortada, mientras cerraba la puerta del asiento de pasajeros—. Gracias por recogerme.

—¡Claro, linda! ¡Pero mírate! ¡Qué guapa! —dijo Ashley con voz melosa. También llevaba un jersey de cuello alto, pero el suyo era color caramelo y parecía tejido con pestañas de corderitos. Lo había conjuntado con unos vaqueros blancos apretados, unos diamantes de lo más delicados y un par de fabulosas botas de cuero negro. Además, parecía que había ido a la peluquería a que le peinaran la melena rubia. Incluso su aroma era delicioso. Todo en ella daba la

sensación de brillar.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —preguntó Miriam, tocándose el moño. Había ido hacía poco a un peluquero de Nueva York que era famoso por hacer un buen trabajo con pelo rebelde y rizado. Le había cortado el cabello sin mojarlo antes y lo había llamado «el peinado de una diva». Había lucido fantástico unas meras treinta y seis horas hasta que todo su poderío de diva se había revertido a un desastre encrespado.

—Oh, ¿qué dices? Llevo una semana sin lavármelo. Me echo tanto champú seco que ni te lo creerías. La otra noche, Lucy me dijo que olía mal.

Miriam rio.

—Bueno, si te ayuda a sentirte mejor, he encontrado un dibujo que me ha hecho Matthew en la carpeta del cole. Cuando le pedí que me lo describiera, se enorgulleció mucho de señalar las tres rayas horizontales sobre la frente y las manchas bajo los ojos. «Es cuando estás muy cansada, mami», creo que dijo.

Ashley se rio.

—Un clásico.

—Bueno, ¿quién viene? He traído una botella de *malbec*, pero no estaba segura de qué más…

—No, no, ¡es perfecto! Solo vamos a beber un poquito y a hacer unas compras. Todo el mundo te va a caer genial.

Hacer unas compras. Ahí estaba. Miriam se sonrió mientras Ashley serpenteaba entre las oscuras y sinuosas carreteras. Debería haberlo adivinado. Lo sabía todo sobre ese tipo de eventos en las afueras: «fiestas» solo para mujeres en las que las anfitrionas proveían vino y canapés y, luego, de forma falsamente casual, que en realidad era hiperagresiva, intentaban venderte el producto del que ahora fueran «estilistas» o «embajadoras». Ashley le había contado a Miriam una vez que había comprado de todo, desde juegos de anillos a ropa de deporte y crema antiarrugas, en eventos que se habían presentado inicialmente como una reunión de un club de lectura o una noche de chicas.

Cuando llegaron a la casa de su anfitriona, todas las mujeres se habían reunido en el salón, y se dedicaban a beber y charlar frente a

una chimenea preciosa. Miriam reconoció a unas pocas del *baby shower* y a otras del colegio de los niños, pero a la mayoría no las había visto nunca: unas bellas desconocidas, llenas de confianza en sí mismas y bien peinadas.

—¡Hola a todas! Probablemente algunas ya la conozcáis, pero, para las que no, os presento a Miriam Kagan. Tiene unos mellizos monísimos en la guardería, Maisie y Matthew, y también a un niño en segundo grado, Benjamin. Acaban de mudarse desde la ciudad.

Miriam se sintió acalorada en el cuello y las mejillas. Deseó desaparecer desesperadamente. Tras una década de saber con exactitud cuál era su lugar en Nueva York, todo aquello le estaba resultando más difícil de lo que imaginaba. Pero todas las invitadas le sonrieron con amabilidad y la saludaron con la mano antes de proseguir con sus conversaciones. Casi de inmediato, Ashley desapareció y Miriam se encontró sola y muy incómoda en la cocina. Se sirvió una copa de *merlot* de una botella abierta. Después, insegura de lo que debía hacer, se metió un trocito de parmesano en la boca y miró a su alrededor.

La casa era espectacular, por supuesto. Techos abovedados, una chimenea alta de dos fuegos, mantas de pieles y cojines decorativos suficientes para abrir una tienda. La alfombra debajo de la mesita de café de madera viva estaba hecha de pieles de animales, de todas las tonalidades de gris y blanco, cosidas amorosamente para crear una figura moderna que destacaba drásticamente sobre los estilosos suelos de madera de acabado gris. Había velas de marca encendidas por todas partes. Una sexi música de fondo salía de unos altavoces invisibles. Mujeres de largas melenas y piernas flotaban de una habitación a otra, dándose besos en las mejillas y preguntándose por los hijos, las rutinas de ejercicio y los planes vacacionales.

—Eres Miriam, ¿verdad? —Una mujer elegante con un *bob* oscuro y piel de porcelana le ofreció una sonrisa—. Soy Claire. Me alegra que hayas podido venir esta noche.

—¿Claire? Oh, estamos en tu casa, ¿verdad? Es preciosa. Estaba admirando tu buen gusto. Me encanta todo.

La sonrisa de Claire se ensanchó.

—Muchas gracias, querida. Ashley ha dicho que tienes tres hijos,

¿no? ¿Están todos en primaria?

Miriam asintió.

—¿Y te dedicas a ellos a tiempo completo?

Miriam abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—Pues sí. No ha sido siempre así, pero me ha venido genial tener estos meses para…

—Es genial, ¿verdad? —la interrumpió Claire—. Oye, quizá te apetezca unirte a la junta de Opus. No pedimos una cantidad enorme de dinero, aunque todas las donaciones van a una buena causa… y montamos unos eventos espectaculares. Además, lo que recaudamos marca una gran diferencia en la vida de niños que viven tan cerca de nosotros y sufren mucho.

—Mmm, suena muy interesante —murmuró Miriam. Lo pensaba de verdad. ¿Quién no quería ayudar a los niños? Pero no estaba segura de lo que sugería Claire.

—Hola, chicas —trinó Ashley mientras se acercaba a rellenar la copa—. Me alegro de que os hayáis conocido. Claire, tener a Miriam de comadre delegada ha sido una delicia. Sabía que os ibais a llevar bien.

—Y tenías razón, por supuesto —dijo Miriam, a lo mejor con un poco de entusiasmo excesivo.

Se hizo un breve momento de incomodidad antes de que Ashley se inclinara y le susurrara a Claire en un aparte:

—Estás estupenda. No me creo que te hayan dado el alta hace solo un mes.

Miriam fingió no haberla oído, pero Claire la miró y dijo:

—Me hice la operación de mami completa hace unas semanas: pechos, estómago y vagina. Ha sido una tortura, pero sin duda merece la pena. —Se pasó la mano con delicadeza por el estómago plano—. Hoy he tomado un montón de sodio y dentro de poco me debería venir la regla, y miradme: ¡plana como una tabla de planchar!

Ashley contempló el diafragma de Claire:

—Me arrepiento tanto de no haberme operado el estómago a la vez que las tetas. ¡Ni la vagina me operé! No me lo pensé bien. Resulta que ni siquiera con tres cesáreas me he librado de que se

me hundiera el suelo pélvico. Se me caen los tampones cuando salto.

—Te entiendo tanto… —afirmó Claire—. El sexo era como lanzar un perrito caliente al pasillo. A mí no me importaba demasiado, pero por Dios, Eddie no paraba de quejarse. En fin, dos niños perfectos no son suficientes, ¿y ahora tengo que tener una vagina prieta como la de un adolescente?

—¡Pues claro que sí! Es lo que todos quieren. ¡Y al final se ha salido con la suya!

Claire fingió avergonzarse.

—Sin duda.

Miriam rio con las demás, pero en su interior sintió una punzada de pánico. ¿Era ese el motivo de que Paul pareciera tan poco interesado últimamente? Había tenido un parto vaginal con Ben y una cesárea con los mellizos. No se hacía pis al reír, estornudar o saltar. ¿Sería eso suficiente? ¿Se le estaría pasando algo crucial?

Claire se miró el reloj y soltó una exhalación.

—Ay, Dios, son casi las ocho y media. —Después habló más alto en dirección a la multitud—: ¿Amigas? Acompañadme al salón.

Sonó la campana antes de que les diera tiempo a sentarse. Alguien soltó un gritito. Miriam se preguntó qué habría allí que fuera tan emocionante. ¿Quizás alguien famoso? Había oído el rumor de que Blake Lively se había mudado allí, pero nadie lo sabía con certeza. Había escuchado a alguien mencionar que Karolina, la esposa del senador, se estaba escondiendo en Greenwich, pero por suerte había cambiado de tema casi de inmediato.

Cuando una mujer apareció en la puerta, Miriam la reconoció como una de las madres de la clase del segundo curso de Ben. Tenía una hija, si Miriam recordaba bien, con una rebelde melena pelirroja y lo que su madre habría denominado sin duda «una boquita muy fresca». Sage. Así se llamaba la mujer. Sage vestía un vestido largo vaporoso con una rebeca de cachemira y una serie de delicados colgantes de oro. Llevaba la melena roja recogida en una trenza suelta que formaba una corona en torno a su rostro y tenía una piel casi traslúcida, perfecta, sin maquillaje. Se veía perfecta para estar en Coachella, donde habría podido robarle a alguien un pitillo de

forma sensual, quitarse el jersey y bailar con aire lánguido toda la noche en medio de hogueras en el desierto y jovencitos con *piercings* en la lengua. Sage ofreció una sonrisa a aquella estancia de mujeres encantadoras y, en un sorprendente tono de barítono, anunció:

—¡Que empiece la fiesta!

—¡Ay, qué ganas de saber lo que ha traído esta vez! —dijo Ashley, que tiró del brazo de Miriam hacia uno de los mejores sitios del sofá —. Espero que hayas traído la tarjeta de crédito.

La maleta con ruedas de la que tiraba Sage parecía demasiado grande para tratarse de joyería, pero ¿qué sabía Miriam en realidad? Le dio un sorbo al vino, mientras la mujer se instalaba.

—Antes que nada, muchísimas gracias a Claire por ser la anfitriona de las… festividades de esta noche. Querida, te prometo que no voy a llenarte la casa de lubricante.

Risas por todas partes.

—¿No es pediatra? —le susurró Miriam a Ashley, que no le quitaba ojo a la maleta de Sage.

—Antes sí, pero ya no ejerce. Al parecer, el horario era un infierno.

Miriam asintió. Sage paseó la vista por la habitación.

—Amigas, en primer lugar, os diré lo que no voy a hacer. No voy a montar un numerito tedioso para romper el hielo. No voy a incitaros a comprar pintura corporal de chocolate ni ninguna otra cosa. Y, desde luego, no voy a extraer un asqueroso consolador de plástico para convenceros de que cambiará vuestra vida.

Unas cuantas mujeres se rieron, pero, para el alivio de Miriam, unas cuantas parecían tan incómodas como ella.

—Consideradme una consejera de intimidad para los productos de lujo más punteros. —Sage hizo una pausa dramática—. ¿Cuántas de vosotras esperáis mantener el interés de vuestros maridos? —preguntó, mirando de un lado a otro.

—Me da absolutamente igual —dijeron algunas, pero la mayoría alzó la mano con timidez.

—¿Y cuántas de vosotras os esforzáis en que eso suceda?

Silencio. Nadie levantó la mano.

—¿Alguna se acuerda de la última vez que se metió en la cama con

un *negligé* en condiciones?

—Si cuenta como *negligé* una camiseta vieja de la universidad y unos calzoncillos de mi marido, diría que la noche pasada —le gritó una mujer.

Todo el mundo se echó a reír. Miriam se apresuró a darle otro sorbo al vino, preocupada de haberse reído con demasiada fuerza.

—Y no sé si atreverme a preguntar cuándo fue la última vez que alguna de las mujeres de esta sala hizo una felación.

—¿A mi *marido*? —gritó Ashley.

Aquello le sacó una carcajada a todo el grupo.

Sage negó con la cabeza, como si aquellas mujeres la hubieran decepcionado profundamente.

—Supongo que no tengo ni que molestarme en preguntar por el sexo anal. Pero os diré que os estáis perdiendo uno de los puntos álgidos del placer femenino.

La única embarazada del grupo dijo:

—Mi marido nunca tiene suficiente, sobre todo con esto. —Se frotó la enorme barriga con una sonrisa traviesa—. ¿A quién no le van a gustar unas buenas hemorroides de embarazo? ¿O el hecho de que no dejo de hablar en la cena de lo estreñida que estoy?

De pronto, a Miriam le pareció que las cosas entre Paul y ella no iban tan mal.

Sage alzó las manos para fingirse derrotada.

—Leesa, tú eres la única que tiene excusa. Pero el resto de vosotras, si no empleáis algo de tiempo y esfuerzo en satisfacer a vuestros maridos, se pondrán a buscar el sexo en otra parte.

—¿Me lo prometes? —preguntó una mujer diminuta que llevaba vaqueros y una chaqueta de cuero.

Las mujeres rieron y algunas incluso aplaudieron, pero Sage las ignoró y empezó a extraer tubos, tarros y botellas de la bolsa. Todos tenían un envase bonito, como el tipo de productos de maquillaje que se podían encontrar en los estantes de una tienda de lujo estilo Barneys.

—En primer lugar, tenemos la línea de productos corporales y de baño. Sales, difusores de aromaterapia, aceites aromáticos para masajes, cremas hidratantes. Nada contiene parabenos y todo se ha

fabricado exclusivamente en los Estados Unidos con fórmulas desarrolladas por los principales dermatólogos del mundo de la cosmética. No os causarán infecciones vaginales o brotes de acné, y además están pensados especialmente para atraer a los hombres.

Miriam examinó el delicado bote de cristal que le pasaron. En la etiqueta podía leerse: ACEITE DE MASAJE SENSUAL y, cuando retiró el tapón para abrirlo, le entraron ganas de bañarse con él. Sí. Estaría encantada de adquirir un poco de aceite y ofrecerle a Paul un masaje en el hombro. ¿Cuándo fue la última vez que lo había hecho? Dejó que Ashley le rellenara la copa y volvió a hundirse en el sofá.

Sage no dejaba de extraer objetos de colores brillantes de todas las formas y colores imaginables. Igual que los productos para el baño, todos tenían envases bonitos, en la forma de esbeltas cajitas minimalistas que no dejaban entrever su contenido.

—Por favor, abridlos y tocadlos sin miedo.

Miriam examinó una caja que podría haberse confundido con un producto de Apple. Dentro había algo que parecía un huevo de color lavanda y presumía de la habilidad de vibrar como respuesta al tacto. Tenía diez patrones de vibración, e incluso podía programarse para recordar hasta seis patrones personales. Al abrirlo, vio que se recargaba en una estilizada base blanca y que venía con un estuche de seda del mismo color. Era tan liso como una piedra del río, solo que más suave y un poco flexible.

—Ese de ahí… Perdona, no sé tu nombre —la llamó Sage.

Miriam estaba demasiado absorta examinando el huevo púrpura para percatarse de que Sage la estaba señalando.

—Miriam. Miriam Kagan —dijo Ashley.

Miriam alzó la cabeza y vio que la habitación entera la estaba mirando sostener el vibrador. Le empezó a subir un calorcillo por el pecho, que ascendió hasta su rostro de una forma casi insoportable.

—El que Miriam Kagan tiene en las manos es un superventas. ¿Lo puedes alzar, por favor?

Miriam lo elevó unos quince centímetros en el aire.

—Esa joyita posee un diseño triunfal —declaró Sage, como si estuviera hablando de un nuevo edificio Gehry—. Es más sensible que un Porsche, y creedme, os hará mucho más felices. Es perfecto

para jugar en pareja, puesto que no es una cruda imitación de los genitales de vuestros maridos. La silicona médica no permeable es fácil de limpiar y, además, es hermético, por lo que podréis divertiros con él en la ducha o en un agradable baño calentito. ¿Qué opinas, Miriam?

—¿Qué opino? —chilló Miriam. ¿Por qué se estaba comportando como una mojigata? Era un puto vibrador, por Dios, no un látigo de cuero, y aun así lo único que quería era esconderse debajo del sofá —. Es muy… ¿bonito?

Todas rieron. Sage le regaló una sonrisa bondadosa.

—Para ti —le dijo—. Un regalo de mi parte. ¡Espero que lo uses bien!

Un aplauso resonó por toda la estancia. Miriam logró darle las gracias, avergonzada, antes de guardar el vibrador, junto el cargador y la caja, en su bolso, como si fuera un sucio secretillo.

La atención de la audiencia se centró en un vibrador que tenía forma de barra de labios y lucía el logo YSL en un lateral, tras lo que Miriam salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Agarró el trozo de parmesano más grande de la bandeja de quesos y se lo metió en la boca. Iba a tomar un segundo trozo cuando Ashley apareció frente a ella.

—¿A que es divertido? —le dijo, rellenándose la copa de vino por tercera vez. Miriam no quería ser la madre de nadie, pero Ashley *iba* a llevarla a casa—. Es tan genial. Todas tenemos que conservar la frescura en el dormitorio.

—Mi dormitorio está rancio —soltó Miriam, pero de inmediato se arrepintió.

—Ay, linda. Seguro que eso no es verdad. Las cosas siempre se estancan cuando los niños son pequeños. Pero después vuelven a encontrar su ritmo. —Ashley se sirvió la zanahoria más diminuta del plato de las zanahorias diminutas y mojó un milímetro en humus—. ¿Con qué frecuencia lo hacéis Paul y tú?

—No muy a menudo.

—¿Cuántas veces? ¿Una a la semana? ¿Una vez cada semana y media?

Madre mía, pensó Miriam. Ashley sonaba igual de mal que Emily,

solo que aquella mujer también tenía tres hijos.

—Más o menos —mintió Miriam—. ¿Y vosotros?

Ashley rio.

—No tantas veces como a Eric le gustaría, eso seguro. Se me sube encima y cedo tres o cuatro veces a la semana. —Miriam debió de parecer estupefacta, porque Ashley se apresuró a añadir—. Si consiento en mitad de la noche, puedo simplemente quedarme tumbada.

Miriam se obligó a reír.

—Claro —dijo, aunque no creía que Paul la hubiera despertado nunca con intenciones sexuales en mitad de la noche.

—Me alegra que Paul y Eric hayan salido esta noche —dijo Ashley —. Es superdifícil hacerse amigo de una pareja y que te caigan bien los dos, ¿a que sí?

—Esta noche, no —dijo Miriam, aunque no estaba segura—. Paul está en casa de niñero. Tacha eso, está ejerciendo de padre. Odio cuando la gente dice que los padres están de «niñeros» de sus propios hijos.

Ashley sacó el móvil y le enseñó a Miriam un mensaje de Eric que decía:

Los chicos van a venir a casa a jugar al póker. He invitado a Paul, como me dijiste. Va a venir.

Miriam sacó el móvil.

¿Dónde estás?

Aparecieron tres puntos y…

Noche de póker en casa de Eric. Ha venido la hija de los Miller a cuidar de los niños. Todos están dormidos. ¿Te lo estás pasando bien?

Sí, escribió e intentó no molestarse por el hecho de que Paul hubiera buscado una niñera para irse a casa de un amigo sin molestarse en escribirle.

Otra zanahoria minúscula se mojó en otro milímetro de humus.

Ashley movió la cabeza al masticar.

—Dicen que van a jugar al póker, pero no se lo creen ni ellos. Vienen a echarle el ojo a nuestra nueva *au pair*.

—¿Tienes una *au pair* nueva?

—Con las tetas bien puestas y un culito para morirse. Fuimos a uno de esos parques acuáticos asquerosos el fin de semana pasado, y pensé que a Eric iba a darle un infarto al verla. Llevaba uno de esos bikinis brasileños, que no son exactamente un tanga, pero lo parecen. ¿Y qué llevaba yo? Una camiseta de comprensión. Y calcetines acuáticos. ¿Te lo imaginas?

—No —dijo Miriam, preguntándose qué aspecto tendría esa *au pair* para hacer sentir a Ashley insegura con su talla 32, figura perfecta, preciosa melena rubia y bótox en cada centímetro de su piel.

—Es la tercera que tenemos, y las últimas dos fueron perfectas: raras, regordetas, una incluso tenía acné. Eso no le impidió acostarse en la habitación de Tyler con un tipo que había traído de Nueva York, y ese fue el motivo por el que la despedimos. *Uf*, sigo intentando sacarme esa imagen de la cabeza.

—¡No me lo creo! —dijo Miriam, intentando esconder lo delicioso que le parecía.

—Sí, pero cuando tienes que buscar una sustituta a mitad de año, ¿quién va a quedar? Solo las que están buenas. Ninguna madre las quiere. Las feas consiguen trabajo en menos de lo que canta un gallo, y para agosto solo quedan supermodelos. El año pasado, Claire tuvo una que parecía un clon de Scarlett Johansson, solo que más guapa.

—Dios mío.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Cuidar a mis propios hijos? Ni muerta. —Ashley se rio; era obvio que entendía perfectamente la impresión que estaba dando, pero no le importaba.

Claire apareció en la cocina.

—Desde luego, no dejé mi trabajo en Wall Street para ser un ama de casa sin una niñera a tiempo completo —dijo antes de guiñarle un ojo—. ¿Dónde estaría la diversión?

—¡Exacto, eso es! —Ashley alzó la copa de vino y, sin esperar a que nadie más se uniera al brindis, se la tragó entera. Miriam hizo

una nota mental de llamar a un Uber.

—¿Miriam? Sage te está buscando.

Ante la mera mención del nombre de Sage, Miriam enrojeció y recordó el huevo violeta que tenía en el bolso.

—¿A mí? Eh, en realidad no…

—Probablemente sea tu turno en la habitación privada —dijo Ashley, que volvió a rellenarse la boca—. Después de la muestra, Sage nos va llevando una a una a otra habitación para comprar en privado. Y te toca a ti.

—Oh, no pasa nada. Gracias, pero ya me ha regalado esa cosa y…

—¡Venga ya! —dijo Ashley, agarrando a Miriam del brazo y derramando un poco de vino por la encimera—. No seas tan mojigata. Créeme, Paul te lo va a agradecer. Piensa en las joyas. A los hombres les sobreviene el deseo de comprar diamantes a sus esposas una vez que vuelve a haber sexo en el matrimonio.

—Tampoco es que no haya nada de sexo —murmuró Miriam, pero se detuvo. ¿Por qué le había hablado a Ashley sobre algo tan personal como su vida sexual con su marido?

—Ve. Compra lo que te guste… A él le gustará *cualquier cosa*. Te lo prometo.

Antes de que Miriam pudiera volver a protestar, Sage apareció de la nada, tiró de ella hacia una estancia y cerró la puerta.

—Bienvenida a mis dominios —dijo Sage, abriendo los brazos.

El contraste entre la masculina caoba del despacho del marido de Claire y los objetos que ocupaban cada centímetro resultaba cómico. En la pared detrás del escritorio había un anticuado retrato al óleo de algún titán de la industria que parecía estar contemplando un mueble repleto de juguetes sexuales de todas las formas y colores imaginables. El sofá revestido de terciopelo tenía por encima alocada lencería negra, y el alféizar de la ventana servía de escaparate para varios tipos de lubricante.

—Gracias por la muestra —dijo Miriam, intentando mantener la mirada fija en Sage—. Ha sido muy… informativa. Y gracias por esa… cosita lavanda. Creo que de momento no me interesa nada más.

—¡Sin presiones! —canturreó Sage, llevando a Miriam de un lado a otro de la habitación en círculos—. Echa un vistazo. Sé que a veces

puede dar un poco de vergüenza, pero créeme, no sé ni cuántos matrimonios he salvado con unos pocos productos bien elegidos.

La risa de Miriam sonó hueca e incómoda.

—Oh, a Paul y a mí nos va genial. Simplemente tenemos niños pequeños, ¿sabes? No es nada grave.

—Claro que no —coincidió Sage—. Pero todos esos años flojos, como podríamos llamarlos, pueden convertirse en la norma si te descuidas. Al principio le echas la culpa a la lactancia, y de repente tu hijo pequeño tiene cuatro años y no recuerdas la última vez que te acostaste con tu marido.

Cinco, pensó Miriam.

—Y enseguida te enteras de que tu marido se está mandando mensajes subidos de tono con la niñera o la instructora de tenis o la enfermera o la secretaria. ¡Y *pum*! Toda tu vida cambia en un instante. Los clichés existen por un motivo.

Los pensamientos de Miriam volaron hacia Paul, que probablemente también estaría sentado en otra casa de varios millones de dólares contemplando a la bella e ingenua *au pair* que había cometido el error de pasar por la cocina en busca de un plátano o una lata de Coca-Cola. Miriam dirigió la vista hacia la lencería, que parecía microscópica.

—No me cabría nada de eso —dijo, señalando un traje de gata con agujeros que seguramente no le vendría bien ni a una niña de diez años.

Sage asintió para mostrar conformidad, y Miriam intentó no ofenderse.

—No, no era eso lo que tenía en mente. Ven, mira esto. Es uno de mis superventas de confianza y es una manera genial y apta para los tímidos de pasar a la acción.

—¿Qué es eso? —preguntó Miriam, aceptando la bonita caja azul marino en la que se leía en letra pequeña: «El amor es arte».

—Es un lienzo blanco gigantesco, más o menos del tamaño de una cortina de baño, y viene con una pintura corporal completamente segura y orgánica. Colocas el lienzo en el dormitorio o en el suelo del baño, os aplicáis la pintura el uno al otro y hacéis el amor encima. Cuando terminéis, os podéis bañar juntos y enjabonaros

mutuamente para eliminar la pintura. Seguro que antes os bañabais juntos todo el tiempo. ¿Te acuerdas de la última vez?

—No —murmuró Miriam, mirando la caja.

—Lo mejor es que puedes enviar vuestra obra de arte a la empresa y la enmarcan del color que elijas para colocarla sobre la cama. Cada vez que os vayáis a dormir, ambos recordaréis esa noche. Es la mejor cita del mundo.

—La verdad es que suena bien —dijo Miriam, intentando imaginar a Paul y a ella cubriéndose mutuamente de pintura negra y rodando juntos por el lienzo. Parecía divertido. No requería que se embutiera en alguna prenda con muchas cuerdas ni que se introdujera nada en el cuerpo ni en el de Paul. No tendría que fingir que era una vaquera, una colegiala… ni cualquier otra cosa. Solo demandaba una noche de sexo tradicional con su marido. Sí, Sage tenía razón. Era un buen comienzo.

—No te imaginas todos los que he vendido esta noche. Vas a ver pinturas de estas expuestas en la mitad de los dormitorios matrimoniales de Greenwich.

—¡Me lo llevo! —dijo Miriam, sacando la tarjeta.

—Te va a encantar —prometió Sage, guardando la caja en una discreta bolsa de papel marrón—. Y a tu marido también. Mira, firma con el dedo y ya puedes irte.

Miriam aceptó el iPad que le tendía Sage y casi se desmaya al ver el precio: 475 dólares.

—Eh, no había caído en la cuenta… pensaba… es bastante dinero.

—Oh, eso es solo porque incluye enmarcar la pintura, querida. Confía en mí. Va a cambiar tu vida para mejor. Y eso no tiene precio.

Llamaron a la puerta.

—¡Un momentito! —gritó Sage—. Casi hemos terminado.

Menos mal que no ibas a presionarme para comprar nada, pensó Miriam mientras garabateaba su nombre con la punta de los dedos. Sage curioseaba por detrás, y presionó «enviar» antes de deslumbrarla con una enorme sonrisa.

—Espero que lo disfrutes. Y vuelve pronto. Tu marido va a quedar enganchado.

Miriam regresó al salón casi a trompicones. Ashley estaba allí con

tres o cuatro mujeres. Todas reían con tanta fuerza que se les habían escapado las lágrimas.

—¿Qué te has comprado? —preguntó Ashley a Miriam.

—En realidad, nada —dijo Miriam, intentando esconder la delatora bolsa de papel marrón tras la pierna.

—¡Seguro que te has llevado el lienzo! —dijo la mujer que Miriam reconoció como copresidenta de la Asociación de Padres, Madres y Maestros. Todas las mujeres asintieron.

—Oye, no es por ser entrometida —dijo otra mujer que tenía mellizos de la misma edad que los de Miriam—, pero Ashley dice que eres amiga de Karolina Hartwell. ¿Es cierto lo de que se bebió una botella entera de tequila y después se metió en el coche con todos esos niños?

—No, no es cierto en absoluto —dijo Miriam. Se percató de que se había hecho el silencio, pero no estaba segura sobre qué debía decir a continuación. No era el momento ni el lugar de anunciar que el senador le había tendido una trampa. Así que se apresuró a darle otro sorbo al vino y aguantó la respiración hasta que el grupo cambió de tema.

A Miriam le costó un minuto darse cuenta de que sí que estaba un poco borracha, pero de una forma buena, cálida, y, además, ¿cuánto tiempo hacía que no se achispaba un poco con amigas? Ashley tenía mucha energía, pero era amable y estaba más que dispuesta a presentar a Miriam a todo el mundo y hacerla sentirse bienvenida. Y, lo más importante, había dado el primer paso para mejorar lo que fuera esa rara situación temporal que se había interpuesto entre Paul y ella. Tomó aliento unas cuantas veces, sacó el móvil y envió a su marido lo que en el mundo de las madres contaba como un mensaje subido de tono:

> Es una fiesta de juguetes sexuales y he comprado una cosita. Espero que te lo estés pasando bien jugando al póker. Luego nos vemos. Besitos.

Con una sonrisa, recogió sus cosas y fue en busca de otra copa de vino.

Miriam se acordó de Karolina. Le alegraba que hubiera contratado a Emily, puesto que era obvio que todo Greenwich pensaba que su amiga era alcohólica. Había mucho que solucionar por allí. Pero, aparte de eso, incluso Miriam tuvo que admitir que, según su experiencia, aquella noche no había sido un fracaso, y al final iba a resultar que Greenwich no era una ciudad tan espantosa.



12
Nada de buenas acciones

Karolina

—Lo siento mucho. De verdad. Ojalá las cosas fueran diferentes.

Natalie dobló las manos y miró la mesa.

La cafetería de Georgetown en la que se habían sentado estaba sumida en el alboroto de la hora del almuerzo: trabajadores jóvenes en traje, universitarios en sudadera y mamás vestidas de licra de la cabeza a los pies. Karolina se sintió sorprendida y agradecida a la par por no haberse topado con nadie conocido.

—Lo entiendo —dijo Karolina en voz baja, aunque era mentira.

—Sabes que, si dependiera de mí, no sería un problema. Pero la junta se ha mostrado unánime. E insisto en que es temporal. Solo hasta que esta… situación se aclare.

—Ah.

Natalie estiró el brazo por encima de la mesita de café y le tocó el hombro a Karolina.

—Lina, habla. Por favor. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Devolverme mi puesto. Sabes de primera mano que las cosas de las que me acusan no son ciertas, que nunca haría algo así y que a nadie le importa ayudar en el colegio tanto como a mí.

—Ojalá pudiera, querida. Pero el colegio depende completamente

de la generosidad de los mecenas, y nuestros mayores contribuyentes son quienes constituyen la junta. Todos han votado por relevarte temporalmente de tus funciones… hasta que se aclare lo sucedido. Los líos legales y la atención negativa de los medios desvían la mirada de nuestra misión. Tienes que entenderlo.

—No es que no lo entienda, es que odio que sea así.

—Yo también lo odio.

Se hizo un momento de silencio incómodo antes de que Natalie presionara la mesa con las manos.

—Discúlpame, pero voy a tener que irme. Tengo reuniones con los padres toda la tarde.

—Claro —se apresuró a decir Karolina, aunque le había sorprendido que Natalie terminara la reunión de forma tan abrupta.

—¿Seguimos en contacto? Y dime si hay algo que pueda hacer para ayudar.

Karolina se levantó para darle un abrazo de despedida y se percató de que el resto de los clientes no dejaba de mirarla. Estaba acostumbrada: cuando medías metro ochenta y solías aparecer en las portadas de las revistas, dejaba de extrañarte que la gente te comiera con los ojos, pero ahora tenía que preguntarse si la reconocerían por las noticias sobre ella. El *Washington Post* de aquel día era particularmente horrible: una foto de Karolina en un supermercado de Greenwich con un titular en mayúsculas y en tipografía enorme: ¡HECHA UN DESASTRE! Emily la había tranquilizado cuando Karolina la llamó, medio histérica; su nueva asesora decía que estaba trabajando en un plan.

—Claro, te escribo —dijo Karolina, pero Natalie ya estaba a medio camino de la puerta. Karolina se recostó y sopló al té. Un hombre de unos cuarenta y tantos años con un traje gris feo apartó la vista cuando la antigua modelo lo miró.

Le sonó el móvil.

—¿Trip?

Su voz sonaba familiar, aunque distante.

—¿Lina? Hola. Vale, he hablado con Graham y está todo solucionado. Puedes venir hoy sin problema a la competición de natación de Harry. —Lo dijo como si acabara de asegurarle a

Karolina la custodia de su hijo—. Creo que, en estas circunstancias, es bastante generoso…

—Te puedes ahorrar toda esa mierda, Trip. Sabes exactamente lo que está pasando, y yo también.

—Lina, no es lo que…

—Iré a las cuatro a la competición.

—Una cosa más… —Trip sonaba inquieto—. Graham insiste en que las visitas sean supervisadas.

—*¿Supervisadas?* Es una piscina de un colegio. Con todo el equipo y el resto de padres y entrenadores. Venga ya, Trip. Eso es ridículo.

—Son las condiciones para visitar a su hijo.

—*¿Su* hijo? ¿De qué lado estás?

—Estoy intentando permanecer imparcial y representaros a los dos lo mejor que pueda. —Trip hizo una pausa y suavizó la voz—. Lo siento mucho, Lina, pero ambos sabemos que él tiene la custodia completa de Harry.

Karolina tomó aire con fuerza, como si la acabaran de golpear.

—¿Cuántas veces le pedí a Graham adoptar a Harry? ¿Cien? ¿Trescientas? Siempre tenía una excusa de por qué no era buen momento, pero ahora me doy cuenta del motivo: para que cuando llegara el inevitable día de cambiarme por otra chica, no tuviera que perder el tiempo con despiadadas batallas por la custodia de nuestro hijo. *Menuda integridad tiene tu mejor amigo*. Y tú te pones de su parte.

—Lina, lo hemos discutido durante años, y sé que…

—¡Deja de llamarme Lina! Eso es para los amigos. Y tú ya no lo eres. Aunque tu definición de un padre o una madre sea aquella persona que tenga la custodia legal, la mía incluye a la persona que se levanta en mitad de la noche para asegurarse de que no haya monstruos en el armario, la que ve *Transformers* durante un sinfín de horas cuando su hijo está enfermo en casa y la que le sostiene la mano la primera vez que le tratan una caries. Por no mencionar prepararle el almuerzo para el cole, conocer a todos sus amigos, llevarlo a los entrenamientos y abrazarlo cuando llora porque otros chicos se meten con él en el colegio. Sé con certeza que Graham no va a hacer ni una sola de esas cosas, mierda.

—Lina, de verdad…

—¡Karolina!

—Karolina —le dijo lentamente—. Me he tomado la libertad de llamar a Elaine para que se reúna contigo en el colegio de Harry.

—No sé cómo no te avergüenzas de ti mismo.

—Es la persona con la que… se sentía cómodo.

—No tengo nada que decirte. Dile a Graham que estaré allí y que tengo ganas de ver a su odiosa madre. Adiós. —Finalizó la llamada con fuerza y después volvió a llamar a Trip de inmediato.

Le respondió al primer toque.

—Una cosa más. Ya no me representas. Estás despedido.

Karolina no se percató de que estaba llorando hasta que el hombre que había estado mirándola se acercó a ella y le tendió una servilleta limpia. Le dio las gracias al desconocido y dejó un billete de veinte en la mesa antes de que este se sentara.

—Tengo prisa —se excusó de inmediato, mientras agarraba el abrigo y el bolso. Mantuvo la compostura hasta que llegó al coche, aparcado frente al hospital de medicina familiar de Georgetown, en el que Jerry Goldwyn, su médico de familia y amigo cercano de Graham de la infancia, tenía su clínica. Era una de las ventajas de haberse mudado a Washington, había pensado Karolina: atención médica personalizada de parte de un amigo muy querido. Había empleado infinitas horas en aconsejar a Karolina y a Graham sobre sus problemas de fertilidad, incluso cuando vivían en Nueva York. A los cincuenta y pocos, Jerry no era exactamente de la generación de sus padres, así que se movía entre un amigo y un familiar.

Karolina se limpió los manchurrones de rímel lo mejor que pudo y subió por las escaleras del adosado donde el doctor Goldwyn tenía su clínica. La recepcionista, Gloria, la saludó con cariño.

—¡Karolina! ¿Tienes cita, preciosa?

—Hola, Gloria. No, solo pasaba por aquí y quería ver si estaba Jerry.

La mujer mayor hizo como que se limpiaba la frente.

—¡Menos mal! Creía que me estaba volviendo senil. Sé que le encantaría verte, pero ha salido a comer. ¿Quieres que le deje un mensaje?

La sala de espera *estaba* vacía, pero Karolina no pudo evitar preguntarse si era una excusa y Jerry le había dado instrucciones a Gloria de librarse de ella (aquella vergonzosa borracha) en caso de que apareciera por allí. Casi se había convencido de esto cuando la puerta de la calle se abrió tras ella para dar paso a Jerry.

—¿Karolina? ¿Querida? ¿Eres tú? —La voz de él era tan cálida y acogedora como siempre.

—En carne y hueso. Disculpa, he aparcado por aquí y quería entrar a saludar. ¿Es mal momento?

—¿Mal momento? ¿Para ti? Venga, vamos a mi despacho. ¿Te apetece un café u otra cosa?

—No, estoy bien.

—Gloria, no me pases ninguna llamada a menos que sea una emergencia al nivel de las Torres Gemelas, ¿de acuerdo? Gracias, querida.

Karolina lo siguió hasta su atestado despacho, en el que había libros desde el suelo al techo y enormes pilas de historias médicas de los pacientes en el escritorio.

—Disculpa el desastre. Debo ser el último médico en todo el mundo occidental que no se ha pasado a lo digital. La verdad es que no acabo de entenderlo… —Agarró una bata de laboratorio de la silla del paciente y la puso en un rincón—. Por favor, siéntate. Déjame que te eche un vistazo.

—Me temo que no hay mucho que ver.

—Qué tontería. Siempre estás radiante. Resplandeciente.

—Las mujeres embarazadas resplandecen. Las que su marido ha tirado a la basura, no tanto.

—Ah, cierto. —Parecía como si todo aquello le causara un dolor físico—. Lamento mucho todo lo que está pasando en la prensa. ¿Cómo puedo ayudar?

Karolina solo había acudido en busca de un rostro amigable, pero de pronto cayó en la cuenta: sin duda Jerry sabía con certeza que no tenía un problema con la bebida ni lo había tenido nunca y probablemente podría testificarlo.

—Bueno, sin duda eres consciente de que, a pesar de lo que vaya diciendo mi marido, no soy alcohólica. ¡Casi al contrario! Con todas

las hormonas, la fecundación *in vitro* y los especialistas, apenas he bebido en los últimos cinco años.

—Por supuesto. Lo sé.

—Entonces, quizá, ¿podrías dar testimonio de ello? No me refiero a un juicio, sino a… ¿una grabación hablando del tema? ¿Para un periódico, un canal de la tele o cualquier cosa?

Solo con su reacción supo que iba a negarse.

—Lina, querida, apostaría mi clínica a que no tienes un problema de consumo excesivo de alcohol. Lo sé. Lo que no sé ni entiendo, y en realidad no es asunto mío, es lo que sucede entre Graham y tú. Sé que os habéis separado porque lo he leído en el periódico, no porque él me lo haya contado. Espero que lo comprendas, pero como médico de ambos y, más importante, como amigo, no puedo meterme en esto. Os quiero y adoro a los dos. —Jerry le dedicó una sonrisa triste—. Sé que esto no es fácil para ti. Pero eres una mujer increíble y sé que lo superarás. Y no solo lo vas a superar, sino que irás mucho más allá. De eso estoy seguro.

—Gracias, Jerry. Valoro mucho esas palabras, sobre todo viniendo de ti. Y lo entiendo —dijo Karolina, aunque no estaba segura de que lo hiciera.

El teléfono del escritorio de Jerry sonó. Pulsó el botón delantero y dijo:

—¿Sí, Gloria?

—Perdone que lo moleste, doctor Goldwyn, pero está llamando la señora O'Dell. Su pequeño Aiden se ha caído del sillín y se ha abierto el labio. Se pregunta si debería ir a Urgencias y, en ese caso, ¿qué cirujano plástico recomienda?

Jerry arrugó la frente.

—Espera, deja que mire quién está en la llamada. Déjala en espera un segundo…

Karolina se levantó.

—Me alegro mucho de haberte visto. Disculpa que haya irrumpido en tu clínica sin avisar.

El médico alzó la vista.

—Tú nunca eres una intrusa. Lo siento, tengo que ayudar al paciente…

—No, por supuesto. Dale recuerdos a Irene de mi parte. —Agarró el bolso y el abrigo y se dirigió de vuelta a la recepción—. Es una alegría verte, Gloria.

Gloria le indicó a Karolina una pila de papeles.

—¿Para mí? —preguntó Karolina, mientras Gloria transfería la llamada.

—Sí. Un par de facturas viejas. Las hemos enviado al seguro, pero nos las han devuelto. Creía que era un problema del código, así que lo hice de nuevo y las envié otra vez (dos veces más, en realidad), pero siguen sin aceptarlas. A lo mejor quieres comprobar que no te hayan cobrado nada.

—Gracias —dijo Karolina, y guardó el pequeño montón de sobres recogidos con una cinta en el bolso—. Me encargaré de ellas.

Tal vez Graham le contestara el teléfono si se trataba de una llamada relacionada con asuntos financieros. Desde luego, no se había dignado a hacerlo por otro motivo. Emily la había obligado a prometerle que intentaría dejar de ponerse en contacto con él. Pero era *su marido*. ¿Por qué le estaba sucediendo eso? ¿Cuándo se había convertido su marido en una persona a la que apenas reconocía?

Mientras Karolina salía del aparcamiento, el número de su tía Agata apareció en la pantalla del salpicadero.

—Hola, tía —la saludó y de inmediato cambió al polaco—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, cariño. Estoy perfectamente. No llamo para que hablemos de mí. Quiero saber cómo estás *tú*.

—¿Yo? Yo estoy bien. Ahora mismo estoy en Washington, de camino a Bethesda para ir a la competición de natación de Harry. Parece que llevo siglos sin verlo.

—He oído en el telediario que Graham y tú vais a divorciaros. —No era una pregunta.

—Sí, al parecer todo el mundo lo ha descubierto en el telediario —dijo Karolina mientras se incorporaba a la carretera.

—¡Es un *dupek*!

—No te lo voy a negar.

—Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—No, eso no es justo, tía. Graham era diferente cuando nos

conocimos. Decente.

Su tía resopló.

—Quizás a ti y a tu madre os lo pareció, pero yo siempre vi quién era en realidad. ¡Te lo voy a dejar claro, hija mía, se veía venir a varios kilómetros! No voy a estamparte un «te lo dije», porque te quiero y jamás te diría algo así, pero en fin… Te lo dije. ¿O no? ¿Recuerdas nuestra charla la noche previa a la boda? Te dije: «Lina, ese hombre tiene una cara bonita y un corazón oscuro». ¿Te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! Me acorralaste en la cena del ensayo de la boda y me dijiste que Graham quería mi dinero.

—Pues sí, señorita, eso hice.

—Y yo te dije que su familia tenía tanto dinero que todo lo que yo ganara como modelo parecía calderilla en comparación.

—Bueno, eso no es relevante. Lo que importa es que mi instinto me avisó contra él.

—Mamá lo adoraba —musitó Karolina, que recordaba esa noche como si hubiera sido el día anterior. Su madre resplandecía con una felicidad que Karolina rara vez había presenciado durante su infancia. Había sonreído tanto que parecía que incluso las arruguitas en torno a sus ojos sonreían también. ¿Y por qué no iba a estar feliz? Su única hija (aquella por la que básicamente había sacrificado toda su vida) iba a casarse con un abogado apuesto y exitoso de una familia bien establecida y acaudalada. Su hija tendría todo lo que a ella le había faltado: estabilidad, seguridad, aceptación social, familia política, muchos niños y un marido cariñoso. Aquella noche, su sonrisa anunciaba que todos esos años de trabajo habían merecido la pena, que se habían pagado, y con creces, todas las deudas. Si Karolina era sincera consigo misma, gran parte de la felicidad que había sentido ese fin de semana estaba unida a lo cristalino que era el júbilo y el alivio de su madre: una no pasaba toda la infancia contemplando a su madre dejarse la piel para sacarte adelante sin sentirse culpable durante el resto de la vida.

—Tu madre te quería mucho. Y adoraba que tuvieras la vida resuelta y un hombre que pudiera mantenerte.

—¡Era capaz de mantenerme sola!

—Y ella lo sabía, Lina. Pero no quería que estuvieras obligada a ello.

Las dos guardaron silencio un instante, y no fue nada incómodo. La tía Agata prácticamente había criado a Karolina, porque su madre trabajaba como niñera interna para una familia rica seis días a la semana. Volvía a casa los domingos por la mañana, completamente exhausta y emocionada de ver a su hija, pero Karolina solía llorar porque creía que su madre quería más a los niños que cuidaba que a ella, que les dedicaba toda su vida y que se estaba perdiendo su infancia. Como si fuera su elección. Y, más tarde, cuando Karolina tenía catorce años, tras varias semanas y años de aquella dolorosa separación seguida de un breve reencuentro, un hombre estiloso con un traje bonito se le había acercado en una calle de Cracovia para preguntarle si le interesaría ser modelo. La tía Agata había estado segura de que se trataba de una especie de depredador, pero la madre de Karolina le había pedido a la familia para la que trabajaba que averiguaran más sobre él, y pronto obtuvieron información: era un hombre de fiar. Y no solo era de fiar, sino que se había ganado una reputación por su talento especial para encontrar a chicas bellísimas que terminaban convirtiéndose en modelos de éxito. Era italiano, de Milán, y viajaba por todas las capitales, ciudades pequeñas y pueblos rurales de Europa sacando a chicas de sus vidas corrientes para llevarlas a un mundo de riqueza y fama. Así que, cuando se topó con Karolina («¡Por fin!», había dicho su madre, aunque nunca había mencionado que albergara tales sueños para su hija), su madre estaba tan aliviada que parecía cercana al delirio.

—Pero yo quiero ser profesora, mamá —había dicho Karolina cuando su madre había insistido en que se reuniera con ese hombre en Milán.

—¿Y quién dice que no vayas a serlo? Yo no. Ni tampoco el señor italiano. ¿Cómo se llamaba? Fratelli. Ve. Y a ver qué ocurre. Es todo lo que te pido.

Así que Karolina fue a Italia. Por supuesto, había resultado emocionante. ¡Su primer viaje al extranjero y a la capital de la moda! Todo le resultaba nuevo, brillante, bello y emocionante. Y fue maravilloso que todos los empleados de la oficina del señor Fratelli

perdieran la cabeza por Karolina y la examinaran desde todos los ángulos, aparentemente felices con lo que veían. Un mes más tarde consiguió su primer trabajo. Tres meses más tarde llegó una invitación de Miuccia Prada para ser la estrella de la pasarela otoñal. En seis meses, Karolina apareció en la portada italiana de *Vogue,* y luego vino el ultimátum: «Si vas en serio, tienes que dejar la escuela; tienes el resto de tu vida para estudiar, pero el trabajo de una modelo profesional no da dinero durante mucho tiempo, así que aprovecha mientras puedas». Así que, a los dieciséis años, justo antes del comienzo de su primer año de instituto, Karolina dejó los estudios. Y cuando llegó a Nueva York para vivir en un piso estrecho y sin ascensor junto a otras tres modelos adolescentes y una amable cuidadora (que se preocupaba más de darles pastillas dietéticas que de controlar la hora a la que volvían a casa), Karolina presintió (más que un instinto, era una certeza) que nunca sería profesora.

—¿Lina? ¿Me escuchas? —La voz de su tía era tranquila pero insistente.

—Lo siento, perdón. Estoy aquí. —Igual que siempre hacía cuando hablaba por teléfono, conducía por el carril derecho del fondo a menos de noventa kilómetros por hora—. Ni me imagino lo que mamá diría ahora.

—Se enorgullecería de que estés siendo tan fuerte. De eso estoy segura. Tu madre era inteligente y capaz, y lo que más quería en el mundo era que su hija tuviera una vida mejor que la suya. Diría que no hay dudas de que se sentiría aliviada de ver lo que has conseguido. Descanse en paz.

—Descanse en paz. —Las palabras sonaron como un susurro.

—Vale, ya te he animado lo suficiente por hoy. Dale a Harry un abrazo enorme de mi parte, ¿vale? Y mándame fotos al iPad.

—Lo haré, tía Agata. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Karolina esperó a que la llamada se desconectara y lentamente apretó el acelerador. ¿Era así como se sentía su madre los domingos por la mañana, cuando al fin acababa el trabajo de la semana e iba en bus a casa de Agata, donde Karolina aguardaba junto a la ventana principal, agarrando su muñeca, sin dejar nunca jamás de

esperar? Seguro que sí. Faltaba todavía un rato para la competición de Harry, y sin duda el niño no estaría contando los segundos para su llegada (de hecho, quizá ni siquiera la abrazara delante de sus amigos, ahora que tenía doce años), pero nada de eso importaba: se moría de ganas de ver a su hijo.



13
Los famosos son volubles, y a menudo estúpidos

Emily

—Qué bien te sienta eso, mierda. —La voz de Miles era como un gruñido, e hizo que Emily sintiera mariposas en el estómago.

—¿Te refieres a esto? —preguntó con aire coqueto, señalando sus minúsculos pantalones cortos de licra y el sujetador deportivo con tiras, de un corte más bajo de lo que era necesario—. Siempre me lo pongo para entrenar.

Aceleró un poco; los pies golpeaban la acera con cierto ritmo y casi se sobresaltó cuando Miles le agarró el brazo. Sin suavidad.

—No puedo esperar a llegar a casa.

Solo habían corrido veinte minutos o así por la playa de Santa Mónica y Emily no quería volver a casa todavía. Pero ralentizó el ritmo, Miles se le pegó al muslo y Emily se dio cuenta de lo que quería su marido.

—¡Chico travieso! Eres como un adolescente excitado. ¡Céntrate! —Emily lo adelantó, pero ya tenía un plan, y era consciente de que él ya se había dado cuenta.

Miles la seguía a unos pasos de distancia, mientras ella los guiaba

por el paseo marítimo a la Ocean Avenue, que tenía unas maravillosas vistas de la costa desde Venice Beach a Malibú. Sin decir nada, corrió hacia la entrada del hotel Shutters of the Beach, y saludó a uno de los porteros, que les abrió la puerta.

—Bienvenidos de nuevo —dijo el hombre, que sin duda había asumido que eran clientes del hotel que regresaban de una carrera matutina.

—Gracias —respondieron Miles y Emily al unísono.

Trotaron hacia el recibidor y se sirvieron un par de tazas de agua cítrica de una máquina junto a los ascensores.

—Espera aquí —dijo Emily, antes de colarse en el servicio de señoras. Como sabía gracias a varias paradas técnicas anteriores, no solo estaba vacío, sino que tenía unas lujosas puertas que llegaban hasta el suelo, en lugar de las cabinas normales. Asomó la cabeza fuera y le indicó a Miles que se uniera a ella.

Su marido miró a ambos lados, con aspecto culpable, antes de deslizarse tras Emily. En un instante, la había presionado contra un espejo de cuerpo entero y ahora se dedicaba a recorrerla de arriba abajo, mientras le besaba el sudoroso cuello y emitía leves gemidos.

—Aquí —le susurró, y lo arrastró al servicio más lejos de la puerta. Era amplio e inmaculado, pero seguía siendo un cuarto de baño: Emily intentó olvidarlo mientras Miles le bajaba los pantalones y se introducía en su interior. Se apoyó en el lavabo para mantener el equilibrio mientras se movían de aquella forma tan familiar. Solo que en esta ocasión se descubrió pensando en Miriam. ¿Entre Paul y ella no habría ese tipo de sexo? Desde el punto de vista de Emily, era la única ventaja del matrimonio: sexo regular con alguien que sabía *exactamente* lo que te gustaba. Ni siquiera era su mejor polvo; cuando había ido a recogerlo en Los Ángeles al volver de Hong Kong, habían mostrado sus tarjetas de platino antes de colarse en la sala de ordenadores del salón de primera clase de American Airlines. Aquel era el motivo de que Emily se hubiera puesto una falda, y ninguno dijo nada cuando su marido se la subió lo suficiente como para que se sentase sobre él en la silla ergonómica. Nadie los había descubierto. Nunca les había pasado. Tuvieron sexo todos y cada uno de los diez días que Miles había estado en casa, y a ninguno de

los dos se le había pasado por la cabeza que hubiera otra opción.

Al terminar, Miles le besó el cuello y le dijo sin aliento:

—Eres increíble.

—Tú tampoco estás mal. —Le devolvió el beso y se limpió lo mejor que pudo con papel higiénico—. ¿Finalizamos el entrenamiento?

Miles se reía cuando abrió la puerta y una mujer con edad suficiente para ser su madre los miró horrorizada. ¿Cuándo había entrado? Emily no había oído la puerta, así que no se había esforzado demasiado en no hacer ruido…

—¡Oiga usted! —dijo la mujer con una voz aguda—. Este es el servicio de *señoras*.

—Ya me iba —dijo Miles. Le guiñó el ojo a Emily y salió al vestíbulo.

Emily sintió la mirada fulminante de la otra mujer mientras se lavaba y secaba las manos. La saludó con un gesto y le deseó un buen día al salir.

—Venga —le dijo a Miles, mientras le daba una palmadita en el culo—. Vámonos antes de que nos arresten.

El tiempo era glorioso para mitad de febrero, y el sol brillaba sobre ellos mientras corrían los tres kilómetros y medio que los separaban de su casa, que estaba en la frontera entre Santa Mónica y Brentwood. Emily le echó un vistazo a la casa de Jennifer Garner al pasar, para ver si los niños estaban jugando en el jardín, pero desde que Ben se había marchado, no parecían pasar tanto tiempo fuera. Cuando al fin llegaron a casa, ambos estaban empapados pero sonrientes.

—Ha sido una despedida excelente —dijo Miles, mientras abría el frigorífico y sacaba dos botellitas de agua con vitaminas.

—No me creo que vayas a irte esa noche. Ha pasado muy rápido.

—La oferta sigue en pie, ya sabes. La península de Hong Kong no es terrible. Podrías relajarte un poco, ir al spa. Comprar. Tener sexo. ¿Tan espantoso suena?

—Claro que no suena espantoso —dijo Emily con sinceridad—. Pero tengo que volver a Greenwich. Karolina me necesita.

—¿Por qué? Su marido sigue poniéndole los cuernos. Sigue desterrada. Diría que puede esperarte una semana más.

Emily dio un sorbo.

—Todo eso es verdad. Pero la están crucificando en la prensa. ¿Has visto el *US Weekly* de hoy? Sale en portada. Con una pinta *horrorosa.* Y menudo titular: «Del palacio a las cloacas: La explosiónde un cuento de hadas». Mientras más se martillee ese mensaje, más difícil será darle la vuelta. Y también hay una custodia en juego. Deberías oírla hablar de Harry. Es un trabajo importante para mí. Tiene el potencial de cambiarlo todo.

—Trabajas con famosos todo el tiempo.

—Sí, pero esta famosa podría estar casada con el futuro *presidente*. Eso es subir de nivel. Si consigo que esto salga bien, y ten por seguro que no va a ser fácil, esos mediocres de Rizzo Benz y Kim Kelly me rogarán que vuelva con ellos. Y disfrutaré de cada instante del día en el que los mande a la mierda.

—Suena muy bien. Creo que vi a Rizzo en una entrevista con Breitbart la semana pasada. No tenía buen aspecto.

Emily rio. Otro motivo para querer a Miles.

—Voy a la ducha, ¿te vienes? —preguntó.

Emily abrió la boca para decirle que iría más tarde, pero él ya se había ido. Le sonó el móvil con una versión especialmente espeluznante de *Lady Evil* de Black Sabbath, que tenía como tono de llamada para Miranda Priestly. Emily se quedó mirando el móvil, consciente de que tenía que responder. De otra forma, su asistente júnior la llamaría cada cuatro o cinco minutos, sin parar, hasta que respondiera. Emily había inventado aquel truquito.

—Emily Charlton —respondió escuetamente, preparándose para lo peor.

—Tengo una llamada de Miranda Priestly. Espere un momento, por favor, mientras la comunico.

—¿Emily? ¿Estás ahí? —dijo con la voz entrecortada y gélida, como de costumbre.

Incluso tantos años después, y aunque Emily ya no se sentía aterrorizada a causa de ella, seguía teniendo una reacción visceral al sonido de la voz de Miranda. Se le aceleró un poco el corazón y se le secó la boca.

—Hola, Miranda. Sí, aquí estoy.

—Fantástico. —Pronunció aquella palabra como si quisiera que significara justo lo contrario—. Escucha, te necesito. ¡Gabrielle acaba de anunciar que le han mandado reposo absoluto!

—¿Reposo?

—Está esperando el *cuarto* hijo. Cuatro niños es repugnante. Por no mencionar que ya he tenido que soportar *tres* permisos de maternidad.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: donde caben tres, caben cuatro.

—Más de dos es de mal gusto. Estoy segura de que no va a volver.

—Gabrielle lleva allí diez años, Miranda. Adora *Runway*. Regresará.

—Necesito que la sustituyas, Emily, de inmediato. Quedan tres meses para la gala del Met, y eso no va a supervisarse solo. Por Dios, ¿cómo ha podido hacer algo así?

Emily suprimió una sonrisa. Aunque no tenía hijos, sabía que los bebés no siempre cooperaban con el calendario de la gala. Aunque estaba segura de que Gabrielle había hecho lo que había podido.

—Bueno, claro que tendría que haberse cuidado. Me encantaría ayudar, pero…

—Bien. Haré que Recursos Humanos te envíe los documentos de trabajo autónomo. Te pagaré lo que quieras, pero pretendo disponer de la totalidad de tu tiempo durante los próximos tres meses. ¿Empiezas mañana?

—Miranda, estoy en Los Ángeles y no puedo…

—El lunes, entonces. Volarás en primera clase. O puedo hacer que Michael Eisner te traiga. No hay problema.

—Lo siento mucho, me encantaría ayudar, pero he aceptado a una clienta que va a necesitar un poco de apoyo moral. Ahora mismo no podría darte lo que necesitas para el Met. Lo que *mereces*.

Hubo una pausa gélida.

—Y mira que había oído que tu viaje de negocios no había sido muy… ¿Cómo deberíamos llamarlo? *Próspero.*

A Emily se le cayó el alma a los pies.

—¿Ah, sí?

¿Los rumores habían llegado a Miranda Priestly, que no se preocupaba de nada que considerara inferior a ella? Aquel niñato de Rizzo probablemente se dedicara a contarle a todo el mundo que la

había hecho venir desde Los Ángeles en mitad de la noche para decirle que la había despedido antes de contratarla. O quizás había sido Kim Kelly, que había estado diciéndole a la gente que Emily no sabía usar Snapchat. Como si fuera relevante saber cómo convertir una selfi en un cerdito que escupía arcoíris. Quizá porque *esa* era la manera de remediar una crisis y conseguir la fama. ¿Sería posible que Olivia Belle tuviera algo que ver? ¿Cómo podría saberlo?

—Voy a recordarte una cosa, Emily, aunque no debería hacer falta: los famosos son volubles, y a menudo estúpidos. Es una combinación terrible y no asegura un trabajo estable. Sin embargo, ¿dirigir la gala del Met? Un millón de chicas mataría por este trabajo.

Todo lo que había dicho Miranda era cierto, pero Emily era incapaz de volver a *Runway*. No importaba el número de chicas capaces de matar por el puesto. No después de todos esos años. Prácticamente había salvado a Kevin Bacon y a Kyra Sedgwick de la bancarrota durante todo el drama de Madoff y, sin duda, había salvado a Ryan Phillippe de caer en la irrelevancia. ¿Lidiar con la filtración de las fotos desnudas de Amanda Seyfried? ¿Gestionar el escándalo público después de las acusaciones de abuso infantil de Robin Thicke? ¿La genialidad con la que se había planificado la transición pública de Bruce a Caitlyn? Todo había sido cosa de Emily. Pero Emily conocía lo suficientemente bien a Miranda como para saber que debería intentar mantenerse cordial con ella.

—Es una oportunidad maravillosa, Miranda. Nadie lo sabe mejor que yo. Pero, por desgracia, no puedo aceptarla en estos momentos.

—Emily. —La voz de Miranda sonaba tensa, como si apenas fuera capaz de contenerse—. Trabajarás con la *crème de la crème*, pero solo responderás ante mí. Por lo que a mí respecta, como si te pones a repartir tu tarjeta en la alfombra roja. Pero necesito tus poderes de organización y ese toque tuyo tan Emily.

Sonrió. Sabía que Miranda debía de estar desesperada si le había dicho un cumplido.

—Estaré encantada de recomendarte a varias personas que…

Clic. Se había cortado la llamada. Emily no creyó ni por un instante que hubiera sido por accidente, pero lo mejor de tener treinta y seis años y no rendir cuentas ante nadie era que aquello no la dejaba ya

con náuseas en el estómago.

Tras terminarse el agua con vitaminas, Emily agarró el portátil de la isla de la cocina y se lo llevó al sofá. Intentó hacer una videollamada a Andy Sachs para contarle que Miranda acababa de colgarle a mitad de una frase, pero no estaba disponible. Le escribió un mensaje.

Oye, ¿qué pasa? Te he hecho una videollamada y me la has rechazado. No finjas tener una vida. Te conozco perfectamente.

La respuesta llegó de inmediato.

No voy a afirmar que tengo una vida, pero no puedo hablar por videollamada. Estoy haciendo de lectora misteriosa en el cole de Clementine ahora.

Perdón por preguntar. Acabo de tener una conversación muy agradable con MP. La alegría de la huerta, como siempre.

¿Sigue rogándote que vuelvas? Qué gracia, a mí nunca me lo dice.

Emily no pudo evitar sonreír.

Quiere que supervise el Met. G está preñada. 4.° bebé. MP dijo que le daba «asco».

¿¿¿¿Y la has rechazado???? No me lo creo. Espera, ahora te llamo.

Emily esperó, mirando la pantalla, pero Andy no regresó. ¡Ni siquiera Andy Sachs tenía ya tiempo para ella! Si aquello no era patético, no estaba segura de cómo definirlo. Andy, cuya nueva vida era la misma definición del horror, y, sin embargo, era Emily la que estaba sola en el sofá, pacientemente esperando que Andy volviera de recoger huevos o algo así. Si alguna vez había puesto en duda que fuera la peor candidata posible en la historia de la revista *Runway,* que Alex y ella hubieran comprado una granja en funcionamiento en Quechee, Vermont, había sellado su opinión. Ordeñar vacas, recoger huevos de gallina y sacar a pastar a las

cabras era un trabajo repugnante, maloliente e igual de atractivo que un parto natural. Emily y Andy llevaban tiempo sin verse. ¡Menuda sorpresa! Desde luego, Emily no iba a visitar *Vermont*, pero la sorprendió que Andy no la llamara de inmediato para hablar sobre Miranda. Desde luego, las cosas habían cambiado.

Emily abrió Facebook (después de leer que solo lo seguía usando la gente mayor en la treintena, como ella, había intentado desengancharse) y casi se torció el pulgar de ir pasando como una loca por todas las fotos de bebés, bebés y más bebés. Bebés con esos irritantes gorritos de hospital de lacitos en sus trajecitos de bienvenida a casa y con tarta en la cara, como si ser capaz de darle la vuelta a un pastel fuera un gran logro. Bebés en *bodies* o tutús, envueltos en mantitas o con divertidos chupetes en forma de bigote o luciendo camisetas con frases descaradas que siempre aludían a mamá, papá, la tía o la mejor amiga. Incluso cuando no se dedicaban a llorar junto a ella en los aviones o a robarles el sentido del humor a sus amigas, seguían amargándole la vida.

La amiga maniática de Miriam en el *baby shower*, Ashley, le había pedido amistad; antes de que Emily pulsara el botón de «borrar», vio que, junto a la foto de perfil de Ashley en la que aparecía con una sonrisa psicótica, había otra del hombre que había conocido en el tren hacía un par de semanas. Alistair. Emily se apresuró a pulsar en su perfil y le irritó descubrir que lo tenía privado. Además de su foto de perfil, que era un retrato profesional en un traje de Brioni menos arrugado, no puedo acceder a nada. Nada en su biografía ni fotos de su exmujer o sus hijos; nada en lo que alguien lo hubiera etiquetado sin que se diera cuenta. Nada. Pero al menos aparecía el apellido. Cuando lo introdujo en Google, encontró el triplete ideal: una biografía laboral en la página de su empresa, un anuncio de boda en el *Times* y una serie de fotos de fiesta diminutas en la web de Patrick McMullan. Era increíble lo mucho que se podía apreciar sobre la gente en esas imágenes en miniatura. De un par de vistazos rápidos se obtenían los nombres y caras de todo el mundo; el tipo de fiestas a las que los habían invitado y habían acudido; las cuestiones más básicas y necesarias, como la ropa y la manera en la que los describían (*socialité*, «hijo de», «heredero de», «fiestero

legendario» o su favorito: «acompañante») en los pies de foto. Al parecer, el señor Alistair Grosvenor había acumulado títulos de Eton, Cambridge y Brown, tenía afición por mantener una melena larga de rufián y lucir impecables trajes a medida. Su madre tenía un título en Inglaterra (algo que Emily nunca acababa de entender) y su padre había muerto hacía largos años. Y su exmujer era, para sorpresa de nadie, muy guapa. Delgada hasta la sugerencia de matarse de hambre, pero Emily no iba a juzgarla: si acaso, admiraba su compromiso. Piernas largas y gráciles, una cabellera oscura y lisa que le rozaba los angulosos hombros y casi siempre iba envuelta en alguna prenda apagada con el punto justo de estilo. *Como una Carolyn Bessette moderna*. No era una mujer a la que subestimar. Si Emily estuviera soltera, la exmujer de Alistair habría sido una digna adversaria.

—¿Quién es ese? —Miles apareció de repente tras ella, y Emily casi pega un salto.

—¿Por qué me pegas estos sustos?

Tenía una toalla en torno a la cintura.

—¡No quería asustarte! He entrado como una persona normal para preguntarte si querías ducharte conmigo.

—Te has movido como un puma.

—Te lo estabas comiendo tanto con los ojos que ni te has dado cuenta. —Miles habló con ligereza, sin rastro de celos.

—No me estaba comiendo a nadie con los ojos. Es el amigo de una amiga.

—Me da igual. ¿Vienes o no?

—No, ve sin mí —murmuró.

Su marido se encogió de hombros y volvió al baño.

Estaba lista para que Miles volviera a Hong Kong y sentía una extraña emoción ante la idea de regresar a Greenwich, aunque no lo habría admitido ante nadie ni a punta de pistola. La cantidad de dinero, tiempo y energía que esas mujeres reunían entre todas era impresionante: si centraran en eso su atención, Emily no dudaba de que las madres de ciudades pequeñas podrían eliminar el hambre del mundo o poner fin a las persecuciones religiosas. Si soltaban a aquellas mamis de Greenwich con sus *leggings* de yoga de

doscientos dólares, sus talonarios de Prada y cuerpos esculpidos por entrenadores personales, no habría nada que no pudieran lograr. Aquel lugar tenía una energía positiva, por algún extraño motivo, y estaba impaciente por empezar a trabajar con Karolina. Le había estado aconsejando que pasara desapercibida, pero eso estaba a punto de acabar. Había llegado la hora de defenderse.

Envió un mensaje grupal a Miriam y Karolina:

Alegrad esa cara, zorras. ¡Mañana voy a buscaros! Y la tía Emily va a cambiar vuestras vidas para siempre.

PARTE DOS



14
La contemplación de la nueva au pair alemana

Miriam

—¿Y si lo intentamos en Zara? —preguntó Miriam, con la esperanza de que Emily se mostrara de acuerdo. El resto de las tiendas de la calle principal de Greenwich costaba una auténtica fortuna.

Era uno de esos días de frío extremo de febrero que requerían ropa ártica: botas de nieve, el abrigo más largo y pesado del armario y todo el conjunto de gorro, guantes y bufandas. La única piel que Miriam llevaba expuesta al frío eran los siete centímetros entre el labio inferior y las cejas y, aun así, pensaba que se iba a morir. Sin embargo, la superhumana Emily no parecía sentir el azote de los vientos ni su gelidez. Llevaba tan solo una bonita chaqueta corta de cuero y vaqueros rotos. Miriam se había puesto leotardos debajo de los vaqueros largos, además de calcetines de lana y botas de corderito hasta las rodillas. Mientras que Emily lucía zapatos planos. Abiertos. Y no parecía sufrir al respecto.

—Déjalo ya —dijo Emily, agarrándola del brazo y llevándola hacia Saks—. Me he dado un descanso de la Operación Karolina por esto. Una no se compra el vestido de cumpleaños en Zara. Ven conmigo.

Miriam intentó seguirle el ritmo a Emily, que iba dando saltitos por la acera.

—¿Y cómo va el… caso de Karolina? —preguntó.

—Lo haces sonar como una infección vaginal.

—Bueno, ¡es que no sé cómo preguntarlo! Y, para ser sincera, no parece que haya muchas novedades.

Emily se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—No puedo ayudar a Karolina hasta que no quiera ayudarse a sí misma. Trip y Graham están usando a Harry en sus juegos de poder, y Karolina no está aún lo suficientemente enfadada como para pasar a la acción. Sigue engañándose a sí misma.

Miriam asintió. Estaba de acuerdo.

—Hablaré con ella —le dijo. Como no podía dejar de mirar la piel desnuda de Emily, luego añadió—: ¿No tienes frío?

La siguió por la puerta de entrada a la tienda y por la escalera que llevaba a la sección contemporánea.

—¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta? ¿Cómo es posible que una persona hable tanto del tiempo? Venga, vamos a empezar con Diane von Fürstenberg. —Emily sacó dos vestidos del exhibidor y los miró uno a uno.

—¿Puedo ayudaros? —Una dependienta vestida de negro de pies a cabeza se les acercó.

Miriam murmuró que solo estaban mirando, pero Emily ladró un «sí» que ahogó su voz.

—Le estamos buscando un vestido alucinante para una cita nocturna en Nueva York con su marido. Tiene que ser algo versátil. Estoy pensando en Diane von Fürstenberg.

La dependienta miró el traje de nieve de Miriam de arriba abajo con aire de desaprobación.

—¿Te importaría quitártelo, querida? No puedo ver tu talla.

Avergonzada, Miriam se desabrochó la parka para revelar un jersey de lana de Patagonia, lo que junto a la camiseta térmica de Uniqlo era la prenda más calentita que poseía.

—Mmm —murmuró la mujer, incapaz de ocultar lo que la asqueaba el jersey, la talla de Miriam o ambas cosas—. ¿Supongo que una talla 42?

—Una 40 —le espetó Miriam, aunque era mentira. Tenía una 42. Antes, una 38.

—Ah, sí, por supuesto. Quiero enseñarle este fantástico conjunto que acaba de llegar de Alice and Olivia. Oh, ¡y creo que va a adorar la falda Milly que tengo en mente! La podríamos combinar con un top de seda de Helmut Lang, y sería un conjunto fantástico para Nueva York.

—¿Conjunto? —preguntó Miriam, pero ni Emily ni la mujer la estaban escuchando. Cada una se había dirigido a su propio expositor y se dedicaban a agarrar perchas como en un frenético episodio de *Supermarket* dedicado a la moda.

Unos minutos más tarde, las tres mujeres se encontraban en el probador más grande, que tenía un escenario pequeñito y un espejo de tres partes.

—Eh, ¿no preferiríais esperar fuera? Saldré a enseñároslo una vez que me haya vestido —tartamudeó Miriam.

—¡Oh, venga ya! —dijo Emily—. No hace falta que seas tímida. Todos hemos visto el anuncio de Dove de las «mujeres reales». Quítate la ropa.

Miriam la fulminó con la mirada.

—De acuerdo, pero no me digas que no te lo he advertido… —Se sacó el jersey y la camiseta interior por la cabeza. Después, sin hacer contacto visual con Emily ni con la dependienta, se desabrochó los vaqueros, se quitó los leotardos y se quedó allí plantada, sintiéndose terriblemente expuesta y poco atractiva, con tan solo el sujetador y las bragas. Gracias a Dios llevaba unas bonitas braguitas de lencería para la noche, pero el sujetador era espantoso: *nude*, la cubría por entero y era digno de una anciana pechugona. La cinturilla de los pantalones le había dejado unas marcas de color rojo intenso que le cruzaban el pálido estómago, y tenía rastros de pelusilla en el ombligo.

Emily silbó.

Miriam se cubrió los pechos con las manos.

—No esperaba desnudarme delante de una audiencia —dijo.

—No pasa nada —dijo la dependienta sin venir a cuento—. Ten, pruébate este primero.

Le llevó 45 minutos de intentar embutirse en ropas terribles encontrar el vestido perfecto. Era de Chloé, que era mucho más caro de lo que solía gastar Miriam.

—Este tiene un 65% de descuento. En esa talla —dijo la dependienta por obligación. Un vestido simple de seda negra con un dobladillo asimétrico y un bonito drapeado que ocultaba sus formas. Hacía que sus tetas lucieran de un tamaño humano y que su cintura pareciera casi pequeña, además de que era perfecto para el teatro o para un restaurante de moda de Nueva York; por si fuera poco, tenía unos tacones que le quedarían bien y, sin duda, podría reutilizarlo. Sintió una punzada de pánico cuando pasó la tarjeta por el datáfono, y Emily le leyó la mente.

—Déjalo ya. Está rebajado, poco más y te pagan a ti en la tienda.

Le dieron las gracias a la dependienta y salieron al exterior.

—¿Vamos a comer? —preguntó Emily—. Me muero de hambre.

—Tenemos que recoger a los niños.

Emily suspiró.

—Ah, cierto. Los niños.

—Sigue en pie lo de esta noche, ¿verdad?

—Sí —dijo Emily, sin rastro de convicción.

¿Estaba cometiendo Miriam un terrible error al dejar solos a sus hijos por la noche con una persona que nunca había cuidado ni una carpa? *Probablemente*, pensó mientras conducía de vuelta a casa. Pero ¿qué opciones tenía? Ni sus padres ni los de Paul vivían cerca, y no conocía a nadie lo bastante bien en la ciudad para pedirle que cuidara de tres niños toda la noche y los llevara al colegio a la mañana siguiente. Emily era una adulta funcional, más o menos. Pagaba las facturas y se las apañaba para alimentarse. Además, si algo iba terriblemente mal, solo estaban a media hora y podían volver a casa enseguida. Todo iría bien.

—Te irá genial —le dijo Miriam a Emily tras recoger a los niños y colocarlos frente a la tele.

—Lo sé. No me preocupa. ¿Qué es lo peor que podría pasar? He controlado a estrellas del pop un poco mayores que ellos. Siempre que no te importe que Maisie vaya mañana maquillada al cole, no habrá problemas. —Emily se rio cuando Miriam la miró horrorizada

—. ¡Vamos! Vete. Nos lo vamos a pasar genial.

—He dejado todos los números del pediatra, la policía y los bomberos, nuestros móviles y otros contactos de la zona en el refrigerador.

—¿No puedo llamar al 911 y ya? Quiero decir, ¿no se supone que están para eso?

—Emily.

—¡Es broma! No pasa nada. No son alienígenas, solo humanos pequeñitos. Puedo hacerme cargo, ¿de acuerdo? Y te prometo que no voy a beber hasta quedarme dormida, por si acaso hay un misterioso incendio o una banda de hombres armados entra a asesinarnos a todos. Daré el cien por cien.

—No puedo ni expresar lo que me tranquiliza oír eso.

Emily sonrió.

—Vete y pásatelo bien.

—Me puedes llamar cuando quieras, por cualquier motivo. Estaremos de vuelta enseguida.

—No vas a librarte del sexo con tu marido tan fácilmente.

Miriam se rio, tal vez con demasiada fuerza. Sin duda había mucha presión. Si aquella noche no pasaba nada, sería oficial que había un problema, y ninguna de las posibilidades era buena. O bien su marido le tenía asco, o estaba enamorado de otra persona, o le había mentido a ella (y a sí mismo) durante toda su vida adulta y acababa de darse cuenta de que prefería a los hombres. Miriam valoró los distintos escenarios durante el trayecto en tren a la ciudad y, para cuando alcanzó la Estación Central, quedó más convencida que nunca de que todo su matrimonio dependía de esa noche. Le había costado trabajo, pero con la ayuda del calendario, había descubierto que la última vez que Paul y ella se habían acostado juntos (de principio a fin, sin quedarse dormidos) había sido hacía dos meses. En Nochebuena. Había ido al dormitorio en la casa de sus suegros en Nueva Jersey para descansar antes de la cena y Paul la había seguido. Los niños estaban jugando con los primos en el sótano, y los padres de Paul estaban ocupados haciendo de anfitriones en la cocina, por lo que nadie se había percatado de su desaparición durante casi una hora. Había sido maravilloso, pero

¡Dios santo! ¿Dos *meses*? Era una cantidad de tiempo aterradora, pero lo peor era que Paul no había dicho nada al respecto. Ni siquiera «Te echo de menos» o «Tenemos que buscar tiempo para nosotros». Era como si no se hubiera dado cuenta.

Cuando se unió a la breve cola para los taxis a las afueras de la estación, Miriam intentó olvidar todo aquello.

—¿Necesita un taxi, señorita? —le preguntó el portero con un uniforme de aspecto oficial, y llamó a un taxi con elegancia. Tenía cuarenta minutos para llegar al centro. Era perfecto. Además, la había llamado «señorita» y no «señora». Las cosas tenían buena pinta.

En los cuarenta y cinco minutos que les llevó recorrer el mismo número de manzanas, la mente de Miriam vagó de un lado a otro. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentirse así? Debía de haber sido antes de los niños, pero también antes del embarazo. ¿La luna de miel? Ahora pesaba unos cuantos kilos más. ¿A quién le importaba? Se sentía preciosa con su vestido nuevo, y no podía esperar para lucirlo.

Cuando la recepcionista la llevó a la zona del bar, Paul la miró y soltó un silbido.

—Estás guapísima. —Aspiró su aroma junto al cuello al abrazarla—. Increíblemente sexi.

Fue agradable reposar la cabeza en el pecho de su compañero. Paul. Su marido. Su mejor amigo. Que acababa de decir que era sexi. Tenían toda la noche para ellos solos, y de pronto se sintió segura de que todo iba bien entre ellos. Más que bien… Perfecto.

—Feliz cumpleaños, cariño —le dijo, y retiró una silla para ella—. He pedido la bebida especial de la casa. Algo con tequila y melón. Me pareció que te podía gustar. Madre mía, adoro ese vestido.

Miriam no podía dejar de sonreír.

—Emily me ha ayudado a escogerlo. No creo que me lo hubiera probado si no me hubiera obligado. Le mandé una foto a Ashley y por poco se vuelve loca al decirme todo lo que le gusta.

A Paul se le nubló la cara un instante, pero después volvió a esbozar una sonrisa solícita y una mirada de admiración.

—Mmm. ¿Entonces eso significa que ahora sois todas amigas?

—¿A qué viene esa cara?

—No es nada.

—Has puesto una cara rara cuando he mencionado a Ashley.

Rio y no sonó muy sincero.

—¿Ashley? ¿Qué pasa? Si te cae bien, a mí también.

Sin duda, había algo que le estaba ocultando.

—Creía que te caía bien su marido.

—¿Qué quieres decir con eso? —Paul dio un largo trago a su bebida.

—¿A qué te refieres? No quería decir nada. Fuiste a su casa la noche que salí con las chicas.

—¿Y bien?

—Fue un poco raro tener que enterarme por Ashley.

Otro trago larguísimo.

—¿Por qué no me pones un chip? Como a los perros.

—Quizá debería. Si piensas que es buena idea dejar tirados a tus propios hijos una de las pocas noches que los tienes para ti solo para irte a beber y comerte con los ojos a una *au pair* de diecinueve años, puede que sea lo que te conviene.

—¿De qué estás hablando?

Apareció el camarero e hizo que el cóctel de Miriam se deslizara hacia ella. Era espectacular: rosa, espumoso y decorado con unos encantadores añadidos de pepino, lima y una rodaja de jalapeño.

—¿Alemana? ¿Supuestamente preciosa? Y prácticamente una niña.

—Miriam. —Sonaba exhausto.

—Paul.

—Eric me escribió para decirme que había invitado a unos amigos a jugar al póker y me preguntó si quería unirme. No juego al póker. Tenía un episodio nuevo de *Juego de tronos* y acababa de pedir comida tailandesa. Pero me has insistido mucho desde que nos mudamos en que me esforzara en hacer amigos nuevos, y pensé que debería intentarlo.

—¿Ahora es culpa mía?

—¿Estaba allí su nueva *au pair*? Sí. ¿Trotaba por la casa sin sujetador? Sí. ¿Soy un macho humano? ¿Le eché un vistazo? Mátame. Pero esta imagen que has creado, que estábamos todos allí para mirar su cuerpo e incomodarla con nuestro comportamiento de

pervertidos de mediana edad, es una puta invención.

—¿Y si hubiera sido Maisie? ¿Cómo te habrías sentido entonces?

Paul se quedó boquiabierto.

—¿De verdad?

Miriam sonrió. Sintió cómo la tensión se evaporaba de inmediato.

—De acuerdo, eso ha sido un golpe bajo.

Paul la besó en la boca.

—Demasiado bajo.

Terminaron las bebidas y se movieron del bar a la mesa, y Paul hizo lo de siempre en las ocasiones especiales: pidió todos los entrantes del menú. Cuando se habían conocido le había parecido raro, pero pronto se percató de lo maravilloso que era probar varios platos diferentes en lugar de que te plantaran delante un trozo gigante de carne o de pescado del que te cansabas después de tres bocados. Mientras atacaba el tartar de atún picante, las rodajas de pan sin levadura trufado, la ensalada de peras y gorgonzola y el calamar asado más rico que hubiera probado nunca, volvió a dar las gracias por su marido. Cuando el camarero trajo una anticuada copa de champán llena de *mousse* de chocolate sobre la que había una sola vela, Paul se inclinó hacia ella y susurró:

—Feliz cumpleaños, cariño. Ojalá que tus treinta y siete sean el mejor año hasta la fecha.

Devoraron el *mousse* entre los dos y pidieron la cuenta. Miriam fue al servicio de señoras y, al regresar, vio a Paul tecleando con furia en el móvil. Lo apagó en cuanto su mujer se sentó.

—¿Quién era?

—Alguien del trabajo.

Lo había dicho de una manera que se le antojó extraña. Nunca se limitaba a decir «trabajo». Miriam conocía a todo su equipo y siempre le decía quién la estaba llamando y por qué motivo.

—¿Qué es lo que necesitan tan tarde? ¿Va todo bien?

—Todo va genial. Vamos al hotel.

—¿Al hotel? ¿No vamos… a ningún otro lado?

Miriam no dijo nada mientras esperaban a que les trajeran los abrigos y el bolso junto al guardarropas.

—¿Miriam? ¿Qué esperabas? Me has dicho miles de veces que te

divorciarías de mí si te preparaba una fiesta sorpresa.

Siguió a Paul al asiento trasero de un Uber que los estaba esperando.

—Pensé… por la manera en la que lo habías dicho, que…

—¿Qué?

—Que habías preparado algún otro plan.

—¿Otro plan? —De nuevo estaba mirando el móvil.

—¿Una obra de teatro o algo así? No sé, olvídalo.

—Ya son las nueve. Se ha hecho tarde para el teatro. ¿Quieres beber algo? Podemos ir al bar en el Surrey si te apetece. —Buscó la mano de su esposa y la besó—. Aunque si fuera por mí, no me opondría a ir directos a la habitación.

La manera en la que Paul la había buscado la transportó, por algún motivo, a la noche en la que le había pedido matrimonio en el parque de Madison Square para después llevarla a su restaurante italiano favorito, donde los esperaban las familias de ambos. La cena fue ruidosa y divertida, con un montón de *chianti* barato e infinitos brindis por la nueva y feliz pareja, y para cuando se despidieron y se metieron en el taxi a trompicones, Miriam pensó que podría morirse de felicidad. Había fingido escandalizarse cuando Paul se había tirado sobre ella en el asiento trasero para besarle el cuello con una pasión que apenas era capaz de recordar, y probablemente le habría dejado bajarle los vaqueros si no hubiera sido por el taxista, que había amenazado con abandonarlos a un lado de la Sexta Avenida si no se comportaban. Habían estado despiertos toda la noche, para hacer el amor y hablar del futuro entre risas. A primerísima hora de la mañana, cuando todavía estaba oscuro, como volvían a tener hambre, se aventuraron al restaurante de la esquina para pedir tortillas, patatas y café, solo para regresar a la cama para otra sesión. Miriam recordaba haber mirado su anillo de compromiso nuevecito mientras el sol comenzaba a brillar en el horizonte. Cuando al fin se quedaron dormidos, ya brillaba la luz en el exterior, y durmieron durante el desayuno y el almuerzo. Se habían levantado justo a tiempo para pedir una cena temprana antes de volver a la cama.

Podrían recuperar esa magia, estaba segura. Ese tipo de amor y

pasión no se apagaba para siempre, ¿verdad? Se había tomado un descanso por los pequeños niños de necesidades extragrandes y las carreras con exigencias interminables, pero en algún lugar, estaba segura, la llama seguía ardiendo. Tenía que hacerlo, porque la alternativa era demasiado espantosa para valorarla.

Miriam se movió hacia Paul para besarlo con tanta fuerza que podía sentirlo apartarse. Le dio un mordisquito pequeño en el labio inferior. Le metió la lengua en la boca.

—Guau, tigresa. ¿Qué te pasa esta noche? —Su marido se apartó y Miriam intentó no ofenderse cuando empezó a limpiarse los labios con la manga de la chaqueta.

—¿Qué me pasa? —preguntó con aire juguetón—. Tienes razón. Que le den al bar del hotel. Vamos a la habitación. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa para mí? No es *mi* cumpleaños.

—Bueno, esta noche va a ser el cumpleaños de los dos. —Miriam le pasó la mano por la pernera de los pantalones, en caso de que no hubiera entendido lo que le quería decir.

Esperaron pacientemente en el mostrador a que el recepcionista les informara sobre el desayuno, la salida y las reservas del spa. Les pareció que había transcurrido una eternidad hasta que un botones los acompañó del estiloso vestíbulo con un ascensor demasiado estrecho a su habitación en el cuarto piso, donde les habían asignado una *suite* mejor con un saloncito separado y un balconcito francés con vistas a las copas de los árboles de la calle Setenta y Seis. Alguien había atenuado las luces, y del altavoz de la mesilla de noche salía una música suave.

Miriam le echó a Paul los brazos por encima en el momento en el que el botones cerró la puerta, pero él se apartó.

—Tengo que ducharme primero. Llevo todo el día de reuniones, en trenes y en el metro. Créeme, también será mejor para ti.

A Miriam no le sumaba demasiado si su marido estaba limpio o no, pero no importaba. Le daría tiempo para prepararlo todo en el salón.

—¿Me prometes que no entrarás hasta que te lo diga?

—Te lo prometo —dijo Paul. Oyó el sonido de la ducha un momento después.

Miriam cerró las puertas francesas que separaban el dormitorio y el baño del salón y empezó a mover los muebles para crear un espacio vacío en mitad del suelo. No era lo suficientemente grande, pero tendría que valer. Sacó el juego «El amor es arte» que se había comprado al precio de un viaje de ida a Europa, y lo abrió: un enorme lienzo atado con un cordel, dos botellas de cristal de pintura azul eléctrico, un trío de pinceles de diferentes tamaños y espesores; un cupón para cuando fuera la hora de enviar el lienzo para que lo enmarcaran. En la hoja de instrucciones, solo aparecían las siguientes palabras: «¿Quiénes somos nosotros para deciros cómo hacer el amor? Aplíquese la pintura a usted y a su pareja, y después olvide el resto. Colóquense sobre el lienzo y déjense llevar. ¡Y disfruten!».

—Vale, muy bien —murmuró Miriam, mientras ordenaba con cuidado los pinceles y las botellitas de cristal en la mesilla de café. Encendió la tele y encontró un buen canal de música. Después, atenuó la luz. Deseó haberse acordado de traer un par de velas, pero lo cierto es que estaba arreglada y preparada. Aquello sería suficiente.

La ducha se apagó.

¿Debería abrir la botella de champán de regalo que habían dejado enfriándose en el hielo o guardarla para luego? Luego. Un par de copas de aquella bebida fría y burbujeante mientras Paul y ella vestían sus esponjosas batas del hotel, sumidos en la bendita felicidad poscoital, sería perfecto. Dejó las batas en el sofá, comprobó las preparaciones y se desnudó hasta quedarse solo con el tanga de lencería negra.

Abrió las puertas francesas en voz baja, preparada para ejecutar una seductora danza para Paul antes de enseñarle el juego. Él estaba en la cama. Tenía abierto el albornoz y exhalaba ronquidos rítmicos y profundos. Todas las luces estaban encendidas.

—¿Paul? ¿Cariño?

¿Quién se quedaba dormido tan rápido? Eran las nueve y media, por Dios.

—¿Paul? —Se subió a la cama, se puso a horcajadas sobre él y meneó los pechos en su cara.

Él se despertó y sonrió.

—Hola, hola —le dijo entre risas. Se desembarazó de ella y rodó a su lado de la cama.

—Estoy lista para ti. En la otra habitación.

—Miriam, no estoy seguro ni de poder mantener el ritmo aquí. Estoy exhausto.

—¿De verdad he oído bien lo que has dicho? —Miriam intentó hablar con ligereza, pero sus palabras le habían hecho daño.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Paul, han pasado varios meses. Meses enteros. ¿Te das cuenta?

Él se incorporó.

—Claro. Pienso en eso todo el tiempo.

—¿Y qué es lo que piensas exactamente?

—Pienso que, aunque no me guste, así es la vida cuando tienes tres niños pequeños y mucha agitación. Es normal.

—No quiero que esto sea normal para nosotros —dijo Miriam.

Paul la cubrió con los brazos para hacerle la cucharita por detrás.

—Prometo compensarte por la mañana —susurró.

Miriam se quedó ahí tumbada un instante, suficiente para que la respiración de Paul se volviera regular, y tomó una decisión. No iba a pasarse el resto de la velada preguntándose qué había salido mal o arrepintiéndose de su noche de cumpleaños en una preciosa *suite*. Cuando Miriam se le subió encima, Paul susurró algo sobre que estaba dormido, pero ella fue persistente. Le besó los labios, el cuello y se restregó contra su cuerpo y, aunque parecía que él respondía muy a su pesar, al final respondió. Fue un encuentro rápido, familiar y funcional, y después, cuando su marido se hizo a un lado para quedarse dormido de inmediato, Miriam no lo despertó.



15
Igual que rehabilitación, pero un poco distinto

Karolina

—Dios mío. No puedo ni andar. Estoy lisiada. Tullida de por vida. ¿Quién considera que esto es divertido? —preguntó Emily, derrumbándose sobre un banco de madera en el vestíbulo del estudio de pilates mientras otras mujeres pasaban junto a ellas.

Karolina sonrió.

—En Bethesda lo hago todo el tiempo. —Se detuvo—. Lo *hacía* todo el tiempo. El *megaformer* de la muerte.

—En fin, tienes una pinta estupenda, no lo dudo, pero ¿merece la pena? Preferiría matarme de hambre a soportar esto cinco veces a la semana.

—Yo también me mato de hambre —dijo Karolina con una sonrisa —. Venga, vamos a por café o algo. Si nos quedamos aquí, es posible que alguien nos hable.

Emily se incorporó con la energía de una niña.

—No hace falta que digas más. Ve. Te sigo.

Karolina abrió su deportivo con un clic.

—¿A dónde vamos?

—Llévame a cualquier sitio donde se pueda tener una conversación privada y haya café decente. Tenemos que discutir nuestro plan de actuación.

—No conozco esta ciudad mucho mejor que tú, pero cuando quiero esconderme, voy a la biblioteca.

—¿La biblioteca?

—Durante el día, solo hay jubilados o niñeras que llevan a los bebés a los cuentacuentos. Pero eso es en el piso de arriba, así que tampoco los vamos a ver. Además, hay una cafetería con expreso.

—¡Te lo compro! El sitio que llamas «biblioteca» suena perfecto.

Una vez allí, cada una pidió un café grande y una barrita energética, aunque Emily se dio cuenta de que Karolina solo mordisqueaba la suya un poco.

—Estás pensando en el titular del *Star* de hoy, ¿verdad? —preguntó Emily.

Karolina suspiró.

—Sé que es pura basura, pero me molesta cuando dicen que tengo un desorden alimenticio. No es verdad. Solo soy cuidadosa.

—Lo sé, pero te lo diré de nuevo: la verdad es irrelevante. El primer paso de nuestro plan es alterar tu apariencia. Has adelgazado demasiado… hasta para mí. Creo que deberías ganar algo de peso —dijo Emily—. Tampoco nos excedamos. Uno o dos kilos. Para que tengas menos pinta de adicta. Así parecerás, ya sabes, más normal.

—¿Ese es tu plan genial para reinventarme, salvar mi reputación y recuperar a mi hijo? ¿Engordar?

Emily puso los ojos en blanco.

—No me estás escuchando. No estoy sugiriendo que te transformes en una especie de vaca, solo que engordes un par de kilitos para parecer más… maternal.

—¿Maternal?

—Mira, reconozco que Greenwich, Connecticut, no es precisamente el hogar de las mujeres con aspecto maternal. Pero incluso aquí pareces alienígena con esas piernas de gacela, esas tetitas respingonas y esa melena tan sexi y ondulada hasta el culo. Y si las mamis de Greenwich se sienten amenazadas por tu presencia (y créeme que así es), imagina lo que piensan de ti en Topeka. Nunca

he estado en Nebraska, pero he oído que los Walmart de allí parecen un espectáculo cutre de carnaval con tantos monstruitos.

—¿No está Topeka en Kansas?

Emily soltó un fuerte y exasperado suspiro.

—Lo siento. Como ibas diciendo, tengo que ganar peso. ¿Algo más?

—Un corte de pelo.

—¡Ni se te ocurra!

—Lo digo en serio, Karolina. No te estoy diciendo que te rapes, pero sí o sí necesitas una melena más corta y menos seductora. Y sé que no quieres oír esto, pero tenemos que hablar de rehabilitación.

Karolina comenzó a protestar, pero Emily la interrumpió.

—Lo sé, lo sé, no tienes un problema con la bebida. Eres prácticamente una monja. Te he investigado y no he encontrado ningún trapo sucio relacionado con el alcohol o las drogas antes de este particular… incidente. Eres algo así como la única supermodelo sobria de la historia. ¡Ni siquiera pastillas dietéticas! En honor a tu impecable listón, creo que una semana será suficiente.

—¡No voy a ir a rehabilitación! —Tres niñeras con tres bebés en la mesa contigua se giraron para mirarla.

—Baja la voz, Amy Winehouse.

—Emily. —Karolina sabía que sonaba exasperada—. ¿Cómo voy a conseguir la custodia de Harry si admito que tengo un problema con la bebida? ¡Soy *inocente* y *no* voy a admitir algo que no he hecho!

—Es simple, Karolina. Necesitamos dar la vuelta a la opinión pública a tu favor. Una vez que te redimas públicamente, podremos ir a juicio por la custodia, y con una posición mucho mejor. Ahora mismo, tal y como te dijo Trip, no tienes nada. Cero. Así que en lugar de ser una esposa buena y calladita que no se queja de esta absurda caza de brujas, vamos a tomar acción. Piensa en Harry.

Karolina le echó una miradita a Emily, pero sabía que tenía razón.

—¿Cómo funcionaría la falsa rehabilitación?

—Publicaremos un anuncio. Vas a ir «al oeste» a «examinar tus actos». Si nos mostramos evasivas, todo el mundo asumirá que vas a rehabilitación. No vas a confirmar ni negar nada, así que nadie dudará de que ese es tu destino.

—¿Y a dónde iré?

Emily dio un sorbo al café y frunció el ceño.

—Vas a esconderte una semana en Amangiri. Conozco al director y se asegurará de que disfrutes de completa privacidad.

—¿Dónde es eso?

—¿Me lo dices en serio? ¿Nunca has estado en Amangiri?

—Ya te lo he dicho, Emily. No bebo. ¿Cómo voy a saber de centros de rehabilitación?

Emily alzó la mano.

—Dios mío. Vale. Es un hotel de superlujo en mitad de ninguna parte. Tienes que ir en un puto avión privado o conducir cinco horas desde la ciudad más cercana. En los cañones de Utah. Hay como unas veinte habitaciones construidas en el lateral de la montaña con piscinas privadas y chimeneas. El spa es una locura. La comida, ridículamente buena. También hay todo tipo de actividades al aire libre, si es lo que te gusta, porque a mí desde luego no. Pero confía en mí: vas a querer ir.

Karolina le dio un sorbo al café y valoró la situación. Ya se sentía como si la hubieran desterrado a un país extranjero, sin amigos o familia cerca. Por primera vez desde que se había casado con Graham, se sentía en el aire. Desarraigada. Como si a nadie en el mundo le importara dónde estaba o cómo se sentía, excepto a Miriam y posiblemente a Emily. Sin contar la muerte de su madre, no podía recordar ningún momento en su vida en el que se hubiera sentido tan indefensa o sola. Y aunque un retiro para famosos en mitad del desierto de Utah no era su primera opción, tampoco le desagradaba. No habría *paparazzi*. No se encontraría a nadie de Bethesda. Nada de difamación en las revistas. Ninguna visita supervisada con Elaine. Con suerte no habría ni internet, así que no podría estar refrescando Google todo el rato para ver si había fotos nuevas de Graham y Regan. Y no solo eso, sino que además sería un paso adelante para restaurar su reputación.

—De acuerdo —dijo lentamente—. Me apunto.

—¡Excelente! —dijo Emily, y le dio un golpe a la mesa, que se agitó tanto que se derramó el café de Karolina—. Lo siento, pero sabía que eras lista y me ibas a escuchar. Nos vamos el viernes.

Karolina alzó la cabeza.

—¿Las dos?

Emily sonrió.

—Claro que sí. Tenemos que seguir trabajando en esto. Salimos del aeropuerto JFK a las nueve, en un vuelo directo a Las Vegas. Después nos quedará un horrible viaje en coche por el desierto. Me dejaría convencer para contratar a un chófer y un coche, si es lo que quieres. Hay opciones para alquilar un avión privado, pero tengo que decir que últimamente no me hacen gracia. Nos arriesgamos demasiado a que se filtre la información. Así que iremos en coche. Quizás obligue a Miriam a conducir. Veremos a unos cuantos mormones. Escucharemos música mala y después llegaremos al paraíso.

—¿Miriam? —inquirió Karolina. Tenía muchas preguntas—. ¿Mormones?

—¡Estamos hablando de Utah! —se rio Emily—. Has visto *Big Love*, ¿verdad? Ah, y Miriam también viene. Ya se lo he pedido. Como era de esperar, se ha puesto muy irritante con lo de buscar niñeras, pero ni siquiera ella podía rechazar un viaje a Amangiri con todos los gastos pagados.

Karolina tragó saliva. ¿Por qué aquello empezaba a sonar más como un viaje de chicas al spa que como un paso necesario para volver a poner su vida en orden?

—¿Y cuánto me va a costar todo esto?

Emily soltó una carcajada.

—Créeme, no *quieres* saberlo. Es obsceno, incluso en mi mundo. Pero mira el lado bueno: ¡es más barato que pasar treinta días como paciente en cualquier sitio! Y las sábanas serán mucho mejores.

—Vale. Siempre que no sea rehabilitación. Pensaré en Harry.

—Antes del viaje, tendremos que trabajar en un par de cosillas. Lo más importante es elaborar el mensaje y enviárselo a las personas clave. Que la rehabilitación quede implícita, aunque no se la mencione. Tendremos que practicar tu juego de «ni que sí ni que no». Te guiaré en cada paso del camino. —Se detuvo—. Y después tendremos que ponernos con el tema legal. Miriam me ha dicho que está revisando los documentos del divorcio.

—Sí.

—Dice que el acuerdo prenupcial es bastante inequívoco, ¿no?

—Sí.

—Podríamos pelearlo.

Karolina negó con la cabeza.

—No quiero el fondo fiduciario de su padre.

—Encontraremos la manera de que todo el mundo se entere de eso —dijo Emily—. Lo siguiente es ser más activa en redes sociales. Es hora de desempolvar las redes y empezar a publicar. Pero vamos a darle un descanso a las fotos de tu época de modelo. Y nada de aparecer vestida como la esposa de un senador. Nuestro objetivo es mostrarte accesible, cariñosa, simpática.

—¿«Regordeta», quieres decir?

—Intenta ponerte algo más de andar por casa.

—Como eres una experta en ese tema…

—Muslos contundentes y zapatos de cuero sintético. Ahora mismo es tu opción ganadora.

—¿Te ha dicho alguien que estás loca? —preguntó Karolina.

—Sí, todos los días a todas horas. Oye, vamos a tener que hablar de Graham un ratito.

La mente de Karolina voló a la fotografía que había visto la noche anterior de una fiesta a beneficio del Hospital Nacional Infantil. Regan Whitney estaba en la junta, como era natural, y Graham había acudido como su cita. Era su primera aparición pública juntos. La joven había sostenido el brazo del senador mientras entraban en el restaurante.

El color debió de desaparecer de sus mejillas, porque Emily dijo:

—Sí, yo también lo vi. Discreto, fácil de obviar, pero se estaban tocando. Probando las aguas. Probablemente acudirán juntos a unos pocos eventos locales antes de emitir algún tipo de anuncio formal. Al menos, es lo que yo les aconsejaría hacer.

—Va a casarse con ella, ¿verdad?

—Sin duda. En cuanto vuestro divorcio quede saldado. Regan es su billete a la Casa Blanca.

Karolina se llevó los dedos a la frente.

—Esto es una pesadilla.

Emily agarró a Karolina del brazo.

—Olvídalo durante un minuto. Ahora tenemos que discutir el pasado de Graham. Quiero los trapos sucios.

—Está tan limpio que da asco.

—¡Eso es una puta mentira! —dijo Emily. De nuevo, las mujeres se giraron para mirarlas—. No me trago que sea tan cabrón y no tenga secretos. ¿Hijos ilegítimos? ¿Crímenes de juventud que se hayan barrido bajo la alfombra? ¿Problemas con las drogas? ¿Encontronazos con prostitutas de lujo? Mierda, no es muy sexi, pero a estas alturas me valdrían hasta delitos de guante blanco. ¿Uso de información privilegiada? Cualquier cosa.

Karolina recordó una noche en particular, cuando llevaban un par de años casados. Graham siempre había sido muy meticuloso, tanto para ordenar el armario como para conducir la relación. Llevaba más de un año saliendo con Karolina antes de que confiara en ella lo suficiente como para confesarle incluso el detalle menos escandaloso del matrimonio de sus padres. Recordaba haber pensado que sería uno de esos pringados que en el instituto se negaban a ir a las fiestas en las que había alcohol. Y entonces le había contado algo que había puesto su mundo patas arriba. Una historia que apenas era capaz de creer. Una historia que jamás le contaría a otro ser humano.

Y desde luego, no a Emily.

Emily vio algo en los ojos de Karolina, porque entrecerró los suyos.

—¿En qué estás pensando?

—¡En nada! —La voz de Karolina sonó un octavo más aguda.

—¡Venga ya! Estuviste diez años casada con él. Ningún hombre es un santo. Este te ha tendido una trampa. Ha arruinado tu reputación. Te impide ver a tu hijo. Así que habla.

A pesar de lo furiosa que se sentía con Graham, Karolina no dijo nada. Es probable que le fuera a arruinar la vida a su marido, pero también a Harry.

—No hay nada. Si se me ocurre algo, te lo diré —mintió.

—Más te vale. Piensa largo y tendido en ese secreto que le estás guardando. ¿Es lo mejor para ti? —Le echó un vistazo al móvil—. Tengo que irme. Voy a hacerme las mechas en Nueva York en una

hora.

Karolina alzó la vista, sorprendida.

—Espera. ¿De verdad vamos a hacer lo de Utah?

—Claro que sí. Te enviaré toda la información por mensaje. —Emily recogió sus cosas y se despidió agitando la mano tras decir—: Recuerda: nada de contestar el teléfono si no sabes quién te está llamando. No escribas ningún correo o mensaje que no querrías que apareciera plastificado en la primera plana del *Washington Post*. ¡Y cómete una hamburguesa con queso! ¡Luego te llamo!

Antes de que Karolina pudiera decir otra palabra, Emily desapareció.

Una mamá de Greenwich con una ligera variación en el uniforme clásico (una chaqueta de Athleta y unos *leggings* de Lululemon, en lugar de ir vestida de esta marca de cabeza a los pies) se acercó a la mesa de Karolina.

—Hola, perdona que te interrumpa, solo quería decir…

—Tengo que irme —le espetó Karolina. Evitando el contacto visual, agarró también el abrigo y se dirigió hasta la puerta, no antes de que la mujer le murmurara a su amiga:

—Iba a decirle que me gustaba mucho su bolso.

Madre mía, estás perdiendo la cabeza, pensó Karolina. Quizás un viaje al desierto fuera justo lo que necesitaba.



16
Solo una amiga y un condón de purpurina azul

Emily

Emily descendió por las escaleras de madera lo mejor que pudo, con sus tacones de diez centímetros, hacia el congelador al fondo de la cocina, sacó un táper de tarta helada y lo tiró a la basura.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Miriam. De inmediato, oyó los pasos de un niño en el piso superior—. ¡Matthew! ¡A la cama! Todo está bien. ¡Mamá no quería gritar! —volvió a chillar, pero como por arte de magia las pisadas se detuvieron.

—Venga, atrévete a decirme que no te lo ibas a comer en cuanto me fuera. —Emily agitó la cabeza. En la semana desde que había vuelto de Los Ángeles, había pescado a Miriam dándose atracones por la noche por lo menos tres veces. En una ocasión se había comido las sobras de los macarrones con queso de los niños, y Emily casi había vomitado.

—Por favor. —Miriam sonaba exhausta—. No todo el mundo puede parecerse a ti. Intenta tener tres hijos en tres años.

Emily resopló.

—Ni lo sueñes. —Emily dio una vueltecita—. ¿Qué pinta tengo? —

Su vestidito negro era ajustado y corto, pero no demasiado, y tenía un corte sutil en torno a la cintura, con lo que su barriga parecía aún más diminuta de lo habitual. Las posibilidades de que se pusiera traje de baño eran escasas, pero, por si se emborrachaba lo suficiente y la fiesta era más divertida de lo esperado, había guardado un pequeño y elegante bikini de Eres en una bolsa transparente en el bolso de mano.

Al otro lado de la cocina, Miriam también dio una pirueta. Llevaba unos pantalones deportivos elásticos hasta los tobillos bastante anticuados que la hacían parecer de los 90, una camiseta masculina enorme y unos calcetines peluditos de abuela.

—¿Qué pinta tengo?

Emily se obligó a sonreír y recordó a la antigua Miriam, la de Manhattan: delgada, bien arreglada, profesional, la mejor en su campo. ¿Dónde se había ido esa mujer? ¿Significaba aquello que estaba deprimida? Emily hizo una nota mental de preguntarlo con tacto… O con todo el tacto que fuera posible.

—Bueno, me voy. ¿Estás segura de que no quieres venir?

—¿Cómo? ¿Y perderme el capítulo nuevo de *This is Us*? —Miriam rio—. ¿Cuándo vas a volver?

Emily agarró el bolso de mano y el abrigo de cuero ribeteado con pelo de conejo y salió a la entrada.

—¡Están aquí! ¡Me voy! ¡Diviértete con Netflix y los atracones! —Salió al exterior, que parecía un muro de aire gélido antes de subirse con cuidado al asiento trasero de un Audi Seda que la esperaba.

—*¡Holiiiii!* —chilló Ashley desde la parte delantera—. ¡Por Dios, estás ES-PEC-TA-CU-LAR!

—Gracias, tú también —dijo Emily, e intentó sonar sincera.

—Emily, este es Eric, mi marido —dijo Ashley, agarrándolo del brazo imbuido en un abrigo deportivo.

Eric dio marcha atrás por la entrada de la casa y aceleró el motor más de lo que era necesario.

—Encantado de conocerte. Ashley me lo ha contado todo sobre ti.

—¿Ah, sí? —Emily se preguntó qué habría incluido Ashley en esa narración. Después de la espantosa fiesta de bebés a la que Miriam la había arrastrado, Ashley había perseguido a Emily como una

universitaria desesperada. La había agregado de amiga a Facebook, y luego en Twitter e Instagram, y la había invitado a unirse a Snapchat. Por si todo aquello no fuera lo suficientemente irritante, se había acostumbrado a escribirle correos y mensajes todos los días con una serie de aburridísimas actualizaciones sobre las novedades de la ciudad. Emily los había borrado casi todos sin leerlos, pero la invitación de esa noche le había llamado la atención. «¡Fiesta en la piscina!», anunciaba estrepitosamente. Zachanda iba a celebrar una fiesta en su casa y prometía una sorpresa muy especial. Como ya llevaba de vuelta en Greenwich casi una semana, e iba a encaminarse a un estado en el que casi no había alcohol en dos días, había aceptado sin pensárselo. Sí, probablemente la fiesta fuera aburrida, con todos los tópicos de los estadounidenses blancos y protestantes: las mujeres estarían a un lado de la estancia, con vestidos de Lilly Pulitzer, mientras discutían sobre rutinas de ejercicio y niños, y los hombres estarían al otro hablando con falsa modestia sobre el coche, barco o avión que acabaran de adquirir. En Los Ángeles todo el mundo se moriría de ganas de hablar con tal o cual director de estudio o con el agente que acababa de fichar a una nueva estrella. Había imbéciles en todas partes. Pero Emily no podía negar que quizás hubiera alguien interesante para su negocio. Además, llevaba varios días sin salir de la casa de Miriam. Si las cosas se ponían feas, llamaría un Uber y se iría a la cama, pero al menos habría salido una horita.

—Bueno, ¿quién es Zachanda? —preguntó Emily para pasar el rato, aunque en realidad no le importaba mucho—. ¿Un hombre o una mujer?

—Oh, ¿Zachanda? —preguntó Ashley con una risita—. No es una persona, son dos. Zach y Amanda.

—Espera, ¿se llaman así a propósito? ¿Cómo si se pensaran que son Brangelina?

Ashley soltó una risita. Se le agitó la corta melena.

—No son estrellas de cine, pero sí multimillonarios de primera. Quizás incluso billonarios.

Eric, que había permanecido en silencio y le echaba ojeadas poco sutiles a Emily desde el espejo retrovisor, bufó.

—No es para tanto. A Zach le ha ido bien con sus inversiones. Muy bien. Pero no se acerca a ser un billonario.

—Vale, muy bien. Multimillonarios. Es decir, cientos de millones de dólares —dijo Ashley.

Emily puso los ojos en blanco. ¿Qué manía tenía la gente de allí con contar el dinero de los demás? En Los Ángeles no había poco dinero, tampoco en Nueva York, pero no parecía definirlo todo en una persona. Habría preferido trabajar en *Runway* que vivir en una ciudad en la que las amas de casa aburridas pasaban el día calculando los ingresos de los vecinos.

Tras lo que se le antojó un trayecto eterno en coche, en el que atravesaron calles oscuras flanqueadas por mansiones de grandes puertas a cada lado, se detuvieron junto a la más grande. Un guardia de seguridad con un traje oscuro y unos auriculares de agente secreto revisó sus identificaciones en la puerta mientras un segundo guardia lo supervisaba. Había otros dos en la casa principal, junto al perchero, y un quinto que volvía a mirar las licencias una última vez en la puerta.

—Dios santo, ¿te has fijado? ¡El último tenía una pistola! —susurró Ashley. De inmediato, Emily olisqueó el alcohol en el aliento de su acompañante. Perfecto. No había nada malo en entonarse un poco antes de la fiesta. Se arrepintió de no haber hecho lo mismo.

Una doncella uniformada los guio a través de un vestíbulo de techos triples y de la cocina, que tenía un personal que habría sido apropiado para un ajetreado restaurante del centro, hasta salir al patio. Había una tienda enorme iluminada con diversas guirnaldas de luces, además de focos y lámparas de cristal que brillaban como joyas, a los que se sumaban unos calentadores que los hacían sentir como si fuera verano en Marrakech en lugar de invierno en Nueva Inglaterra. Enormes cojines tejidos para suelo y pufs de todos los colores imaginables ocupaban gran parte del espacio, y estaban tapizados con lo que parecía seda y mantas de cachemira. Unas elaboradas cachimbas de cristal con ornamentados diseños pintados en oro emitían un dulce aroma a carbón y burbujeaban, mientras los invitados inhalaban de los tubos decorados con borlas y boquillas de plata para luego exhalar largas y lánguidas bocanadas de humo.

En el centro de la tienda había una piscina en forma de riñón cuya agua se iluminaba de un rojo muy sexi; parecía estar tan calentita en medio de aquella gélida noche de principios de marzo que salía vapor de la superficie. Nadie se estaba bañando ni se había vestido para ello, pero Emily tenía la sensación de que la gente acabaría en la piscina tarde o temprano. Dio otra vuelta para observar el ambiente, decidida a dejar de escuchar el insípido parloteo de Ashley, y tuvo que admitirlo: el lugar era una fantasía. Era como si se hubiera metido en un túnel de espacio-tiempo para llegar a un auténtico baño árabe. Nada de Lilly Pulitzer. Nada de perlas. Ni un traje a la vista. Solo unas pocas docenas de personas hermosas que bebían mojitos mentolados mezclados manualmente y fumaban hachís con tabaco de sabor manzana mientras se reían, se relajaban y tonteaban los unos con los otros.

—Has elegido la fiesta perfecta —dijo Ashley mientras Emily examinaba la estancia.

—Madre mía. No es… no es lo que esperaba.

—Sí, las fiestas de Zachanda siempre son las mejores. El año pasado trajeron a estrellas del porno para que montaran un espectáculo de cabaret y dieran clases privadas.

Emily se quedó boquiabierta.

—No me lo creo.

—¡Te lo juro! Suena un poco raro, pero fue superdivertido en realidad. Solo te digo que has elegido la mejor fiesta para venir sin tu marido. Todo el mundo sabe que en los eventos de Zachanda una se despide de su pareja al principio de la noche.

Eric ya se había marchado sin decir nada.

—Espera, ¿esto es una fiesta de intercambio de parejas? ¿Me has traído a una puta fiesta de *swingers*?

—¡Claro que no! —Ashley sonaba ofendida—. No somos *swingers*. Nadie va a engañar a su pareja. Solo es un poco de tonteo.

—¿Clases particulares con estrellas del porno?

—Para las parejas, tontita. Para animar un poco su vida sexual. Como un tutorial. Pero no somos *swingers*. —Emily se inclinó hacia ella—. Aunque mentiría si te dijera que no hay rumores.

—¿Rumores? ¡No seas idiota! —dijo Emily. Bajó la voz al ver la

expresión herida de Ashley—. Esta ciudad tiene cierta reputación —añadió, aunque no estaba segura de que fuera verdad.

Ashley hizo un gesto despectivo con la mano.

—Hay rumores de ese tipo en todas las ciudades residenciales. Y nadie conoce a una pareja que lo haya hecho de verdad.

Emily no podía dejar de mirar los apretados vaqueros del camarero. ¿Y si se trataba de pintura corporal en lugar de tela? ¿Era posible que un ser humano fuera tan espectacular y esbelto?

—¿Señora? —preguntó el camarero. Su acento sureño era tan espeso como la miel.

Aquello la sacó de su ensoñación.

—¿Señora? ¿Disculpe?

—Me preguntaba si querría un cóctel, eso es todo. —Se apartó un mechón de pelo rubio de la frente y sonrió para revelar unos hoyuelos. Por supuesto.

—Me has llamado «señora».

—¿Disculpe?

Ashley le puso la mano en el pecho al caballero, y se inclinó tanto sobre él que Emily estuvo segura de que iba a besarlo.

—Nos encantarían unos cócteles, guapo —canturreó en una pésima imitación de la pronunciación sureña.

—Sí, señora.

—¡Deja de llamarnos así! —gritó Emily.

—Ignórala —dijo Ashley, batiendo las pestañas de forma literal—. Tráenos lo que más te guste. Pero que ambos estén bien cargados, por favor.

El joven fingió levantarse un sombrero inexistente, volvió a enseñar los hoyuelos y se dirigió al bar, colocado discretamente al fondo de la tienda, donde había tres camareros, dos chicas y un chico, todos espectaculares.

—Mmm —dijo Ashley, examinando la escena—. Me encanta este lugar.

—No me creo que sea un lunes por la noche.

—En Greenwich sabemos cómo divertirnos —dijo Ashley, dándole a Emily un juguetón pinchacito en el costado, por lo que tuvo que contenerse para no pegarle—. Ven conmigo, te presentaré a media

humanidad.

Emily permitió que Ashley le agarrara la mano y la llevara por toda la tienda, mientras parloteaba sobre la vida de todo el mundo. Tiene cinco hijos, ha corrido once maratones, se folló a su instructor de tenis. Un padre calvo pero muy divertido que tuvo su propio programa en Comedy Central, se rumoreaba que tenía un problema con la cocaína, ha heredado una fortuna. Las historias fueron volviéndose más largas y menos interesantes hasta que Emily sorbió las últimas gotas del tercer mojito de menta, y a partir de entonces todo pareció mejorar. Dio una vuelta y se dio cuenta de que la fiesta estaba en su apogeo. ¿Cuándo había sucedido? Un par de modelos vestidas solo con colas de sirena se deslizaban por el agua. Aquellos pechos perfectos rebotaban al unísono y todos los miraban, aunque fingían no hacerlo. Alguien había preparado y encendido una impresionante hoguera a la salida de la tienda. Las parejas se habían acomodado en los cojines y pufs, con las piernas entrelazadas mientras se besaban apasionadamente. Una música de salón europea y cientos de velas e inciensos servían para acentuar el sexi ambiente de vodevil. Algunas personas bailaban, otras se encaminaban a la piscina. Ashley había quedado atrapada en una conversación aburrida sobre oportunidades de voluntariado, y Emily se había escaqueado para dirigirse al bar a por otro mojito de menta cuando oyó una voz familiar tras ella.

—Vaya, pero mira quién está aquí.

Sabía quién era antes de darse la vuelta, pero no pudo ignorar el sobresalto que había sentido en el pecho. Estaba tan arrugado como siempre, solo que esta vez vestía una camisa rosa con las mangas enrolladas y unos vaqueros gastados. Su bronceado era espectacular y, ahora que lo pensaba, problemático para tratarse de marzo. Sería un bajonazo enorme que se bronceara. No lo hacía, ¿verdad?

—Por favor, dime que has estado tomando el sol en Saint Barths y no bajo los rayos UVA —dijo Emily, con los ojos muy abiertos, esperando no haber parecido demasiado emocionada de verlo.

—¿A qué te refieres? ¿Esto? —dijo Alistair, señalando los antebrazos—. ¿Qué es lo que no te parece natural?

—Ay, no sé, que sea marzo y haya escarcha en el suelo y que este

debe ser el sitio más gris y deprimente de la Tierra en estos momentos. Aunque una no se daría cuenta en este lugar.

—No me juzgues por haber contratado a una señora encantadora llamada Allegra para que me rocíe con bronceador todas las semanas en el sótano de casa.

Emily lo miró horrorizada.

—Ahora que comenzabas a parecerme un poco atractivo…

—¿Un poco atractivo? —Alistair se inclinó sobre ella y susurró—: Sé que me adoras. Y también a mi bronceado dorado en aerosol.

Emily se echó hacia atrás y casi perdió el equilibrio. ¿Cuándo se había emborrachado tanto?

—Espero que sea una broma —dijo. O, más bien, farfulló, arrastrando las palabras.

Se rio y luego dijo algo sobre unas vacaciones en el Caribe sin elaborar mucho más, y entonces el sexi camarero rubio pasó junto a ellos con una bandeja de bebidas que quizá contuviera copas sucias, aunque Emily agarró una y se bebió su contenido.

—Ah, el Caribe. Eso es como todos los idiotas que fueron a Harvard diciendo que habían estudiado en Boston. Si los presionas, mencionan Cambridge. Hacen falta cinco intentos más para lograr que digan Harvard.

—Sí. Y entonces es imposible pararlos.

Emily explotó en una risa que más bien era un ladrido y pronto se convirtió en un sonido histérico e incontrolable, hasta que le ardieron los costados. Alistair parecía encantado consigo mismo.

—He visitado las Islas Vírgenes Británicas, si tanto te interesa.

—Vaya, en barco por las Islas Vírgenes. Qué original.

El otro ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabías que he ido a navegar?

Emily lo miró de arriba abajo.

—Eres británico, rico y vives en Greenwich. ¿Qué otra cosa ibas a hacer allí? ¿Aprender a cocinar?

—Me alegra saber que soy un cliché con patas.

—Todos lo somos. Pero hay gente que lo esconde mejor que otra. —Emily miró a los lados en busca de otra bebida, pero parecía que los camareros habían dejado de servir para empezar a bailar. Con los

invitados. Estaban *bailando de verdad*.

—A diferencia del resto de los aquí reunidos, tú no me pareces un estereotipo.

—¿Qué sabes de mí?

—Sé que tienes la confianza suficiente para acudir a esta fiesta sin pareja, pero estás demasiado buena para no tener un novio o algo parecido esperándote en casa. No obstante, por algún motivo, no has mencionado su existencia. ¿He acertado?

No, no había mencionado a Miles, pero aquello era demasiado irresistible y delicioso. La sensación de sentirse deseada. Sin ataduras. Sexi para alguien que no fuera su marido. Además, tontear un poco era inofensivo. Tampoco pensaba acostarse con él.

—Continúa —lo animó Emily.

—Lo que me pregunto de verdad es qué estás haciendo *tú* aquí esta noche —dijo—. ¿Cómo es que estás en Greenwich?

—Estoy ayudando a una clienta que vive aquí…

—¿Así que no te queda otra?

—Pues no.

—¿Y no me vas a decir quién es esa clienta o cómo la estás ayudando?

—Correcto.

—Vale, muy bien.

—¿Nos podemos sentar un minuto?

Alistair asintió y Emily lo siguió a una zona de cojines. Había una cachimba encendida que emanaba un delicioso humo.

—Es tabaco, ¿verdad?

Otro tipo guapo con una camisa un poquito demasiado desabrochada se asomó desde su cojín, donde estaba amasando el muslo de una chica que parecía muy joven.

—Es hachís. Para que lo sepáis.

—Ah, ¿en serio? Gracias —dijo Emily, y soltó la boquilla. Nunca se había aficionado a las drogas, aunque se había esforzado bastante cuando era más joven. ¡Al fin y al cabo, la cocaína te hacía adelgazar! Pero odiaba la sensación de bajón cuando le dejaban de hacer efecto y lo mucho que dificultaban el sueño. Nunca había fumado hachís, y se sorprendió cuando Alistair tomó la boquilla e

inhaló con tanta fuerza que las brasas de carbón se tiñeron de un fiero naranja.

—Hum, tal vez no seas un cliché con patas. Nunca habría pensado que fumabas hachís —le dijo.

—Año sabático en Egipto. Pasé varias semanas en Sinaí, donde todo el mundo era aficionado a las cachimbas. Aunque yo no llamaría a esto «hachís» —dijo, fumando lánguidamente—. Se parece más a la marihuana de una playa jamaicana. Muy tranquilo, muy relajado. Es como tomarse un *martini*, pero un poco más fuerte.

Mmm. Un *martini* le sonaba perfecto en ese momento. Sus manos se rozaron cuando Alistair le pasó la cachimba y Emily se sobresaltó. En cuanto aspiró el hachís, se sintió más relajada de inmediato, casi líquida, y no experimentó en absoluto aquella sensación de estar colocada o incapacitada que tanto odiaba.

A su acompañante le sonó el teléfono.

—Disculpa, es importante. Vuelvo enseguida.

Se levantó y se dirigió a un extremo de la tienda, junto al bar.

Irritada de que Alistair hubiera contestado el teléfono cuando estaban compartiendo un momento especial, Emily se incorporó como pudo y se dio cuenta de que estaba borracha y colocada. Y sí, también se estaba empezando a sentir un poco paranoica. Un viajecito al baño. Eso era lo que necesitaba. Y no le servían los baños portátiles, tan lujosos que parecían de una boda, que había por allí, con lavabos de mármol y asistentes. Necesitaba estar sola.

Haciendo un esfuerzo por aparentar compostura y sobriedad, se dirigió a la casa. Justo antes de entrar en la bien iluminada cocina, donde el personal seguía ajetreado, Ashley la interceptó.

—¿Está bien? —le preguntó.

—¡Estoy fenomenal! —contestó Emily, molesta de que la hubieran descubierto.

—Hay baños en el exterior, ¿sabes? Y son increíbles.

—¿No podrías dejarme sola? ¿Unos cinco segundos por lo menos? ¿Dejar de seguirme el rastro?

Ashley retrocedió.

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

Emily se giró, se dirigió a las escaleras y de nuevo intentó fingir que sabía a dónde iba. Se coló en el primer dormitorio que encontró (la habitación de un niño pequeño, a juzgar por la temática del espacio exterior) y atravesó la alfombra de felpa hasta el baño, en el que había estrellas que brillaban en la oscuridad y un retrete con sensor de movimiento que se iluminaba con una luz azul. Cansada de intentar aparentar sobriedad, por poco se dejó caer sobre la tapa del retrete antes de centrarse en controlar la respiración. No había manera de negarlo: la cabeza le daba vueltas.

Un golpe en la puerta la hizo enderezarse. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un minuto? ¿Una hora?

—¡Un minuto! —gritó.

Consiguió ponerse en pie y pensó en echarse un poco de agua en la cara, pero una voz familiar le llegó del otro lado de la puerta.

—¿Emily? ¿Estás bien?

—¡Estoy fenomenal! —canturreó, preguntándose cómo la habría encontrado.

La puerta se abrió de golpe. El recién llegado asomó la cabeza, con una sonrisa pícara.

—¿Puedo entrar?

—Mmm, hola, acosador. —Emily se incorporó y se aferró al lavabo —. No, no puedes entrar.

La alivió que no la oyera y, cuando el otro cerró la puerta al pasar, se quedaron sumidos en una oscuridad casi total, a excepción de las estrellas brillantes y la lamparita en forma de cometa.

—Volví y ya te habías ido.

—Necesitaba un momento a solas.

—Ya veo. He tardado siglos en dar contigo. Pensé que te habrías ido.

—Ahora que lo dices, eso suena como una buena idea. Ya es hora de que me vaya.

—¿Qué dices? ¿Y te vas a perder toda la locura de la fiesta? Tendrías que haberlo visto. Es como un extraño cruce entre una casa de campo con camareros bailarines de *Dirty Dancing* y una discoteca de lujo en Nueva York. Con un aderezo de fumadero de opio de Oriente Medio para equilibrar.

Ambos se quedaron paralizados al oír un ruido desde el otro lado de la puerta. Un sonido susurrante, que se detuvo casi de inmediato al poco de empezar.

—Probablemente estén comprobando que no haya más invitados escondiéndose en los cuartos de baño —susurró Alistair, acercándose a ella. Presionó su cuerpo contra el de Emily con firmeza. Lo olisqueó; una combinación de tabaco de manzana dulce y hachís mezclados con una colonia cara. Y, aunque no quería, sintió la reacción de su cuerpo.

Estaba segura al cien por cien de que la iba a besar. No quedaba ninguna duda, ahora que estaban en aquel extraño cuarto de baño oscuro, con la mitad inferior de sus cuerpos tan pegados que podía sentirlo todo. Al susurrarle algo a la oreja y frotarle la mejilla con la suya, Alistair solo estaba jugando a retrasar lo inevitable. Lo sabía. Podía sentirlo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuvo tan cerca de un hombre que no fuera Miles? Lo calculó: seis años. Nadie le había dado un premio a la esposa del año (ni tampoco a él al mejor marido) pero había mantenido el voto de fidelidad y nunca lo había engañado. Cuando, tras lo que pareció una eternidad, Alistair bajó la mano para tomar su mejilla entre el pulgar y el dedo índice e inclinar la cara de Emily hacia él, sintió un desesperado impulso físico de besarlo. Pero en el momento en el que se rozaron sus labios, la sensación que la invadió (no fue desagradable, pero sí diferente a lo que estaba acostumbrada) la sacó de aquel lánguido y sexi estado de embriaguez, y la sobriedad se apoderó de ella.

De pronto, tenía la mente despejada. Las vueltas que le daba la cabeza se habían tornado en un mero balanceo, y la sensación de que se le derretía el cuerpo que le había dado el hachís se había disipado. Solo sabía que había un extraño (uno que estaba muy bueno, sí, pero que no era su marido) pegado a ella, y no se sentía a gusto. Lo apartó, dándole unas palmaditas con las manos abiertas en el pecho.

—No puedo —susurró.

—Sí que puedes. Lo deseas.

—No. Vamos a bajar.

Se oyó un golpe al otro lado de la puerta y volvieron a quedarse inmóviles en la oscuridad.

—Supongo que tendremos que esperar a que se vayan —le susurró, antes de apretujarla contra el lavabo y besarle el cuello.

¿Acababa de gemir en voz alta? Todo su cuerpo le gritaba que deseaba a aquel hombre, pero había un millón de pensamientos que no podía ignorar. Su marido, para empezar. Y el hecho de que estaban a punto de sorprenderlos en una posición supercomprometida, aunque no había sucedido nada excepcionalmente terrible. Necesitaba tiempo para pensar.

El teléfono le sonó con un mensaje de Ashley. «¿Dónde estás? Ha venido todo el elenco de *Hamilton*, Lin-Manuel incluido. Van a actuar pronto, ¡no te lo pierdas!».

—¿Qué? Me siento como si estuviera perdiendo la cabeza. ¿Estoy perdiendo la cabeza? ¿Está el elenco de *Hamilton* aquí?

Alistair asintió.

—El año pasado trajeron a Serena y a Venus para que jugaran un partido de exhibición en su pista de tenis. El anterior vinieron todas las mejores estrellas del porno de la historia para una «demostración». O «clases». Como coño lo llamaran. Este año se hizo un lunes porque Broadway está de descanso, y han traído al elenco original al completo para tres números. Deberíamos bajar.

—No esperaba nada de esto en… las afueras.

—Shhh. —Le presionó los labios con el dedo—. Bajaremos tambaleándonos por las escaleras, cada uno por nuestro lado, para que nadie nos vea juntos, ¿vale? —Abrió la puerta del baño y Emily lo siguió al dormitorio, donde se tropezó de inmediato y casi se cae sobre lo que parecía un cadáver tirado en el suelo oscuro.

—¿Estás bien? —susurró Alistair.

Casi a la vez que una voz de mujer, que no pertenecía a Emily, preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Oye, espera un momento —dijo otra voz masculina.

Para entonces, Emily se había separado del cadáver y encendido la linterna del móvil. A sus ojos les llevó un segundo ajustarse a la oscuridad, pero pudo distinguir dos cuerpos en el suelo, no solo uno,

y ninguno estaba muerto. De hecho, uno se le antojaba muy muy familiar.

—¿Emily? —rogó el hombre con voz desesperada.

—Dime.

—Esto no es lo que parece.

Alistair debía de haber encontrado el interruptor de la luz superior, porque de pronto se encontraron bañados por la luminosidad de los planetas colgantes y era fácil ver que aquello era justo lo que parecía. En mitad de la alfombra de un niño de primaria había una joven con la falda vaquera subida hasta la cintura. El desnudo y pálido culo del marido de Ashley cubría un poco a la chica, pero no los detalles más importantes; no solo estaba casi desnuda, sino que Eric llevaba puesto un condón. Con purpurina azul. Y una especie de protuberancias de látex que apuntaban en direcciones aleatorias.

Emily soltó una carcajada. A lo mejor no fuera la mejor reacción cuando acababas de caerte sobre el marido de la amiga de tu amiga mientras se revolcaba (con condón) con una tipa que no era la amiga de tu amiga, pero… Maldición, era demasiado bueno.

—Emily. Por favor. Ashley me…

Rodó para apartarse de la chica y todo el mundo apartó la vista hasta que logró subirse los pantalones. La chica no hizo el mínimo esfuerzo por cubrirse. Si acaso, se estaba estirando para lograr un efecto más impactante.

—Eric, no sé nada de ti ni de ella, ni de vuestro matrimonio, y ¿sabes qué? Tampoco me interesa. Nada. *Niente*. Tengo noventa y nueve problemas, pero este drama tuyo no es uno de ellos, ¿de acuerdo?

Eric parecía escéptico. Alistair estiró el brazo para agarrar a Emily.

—¿Por qué no les damos un poco de privacidad?

Emily lo siguió hasta la salida, pero no antes de que se percatara de la mirada de comprensión que había atravesado el rostro de Eric, que fue seguida de una expresión de felicidad. *Menudo infiel asqueroso*, pensó Emily. Si pensaba que tenía algún trapo sucio sobre ella, iba a arrepentirse hasta el último de sus días.

Emily estaba recuperando la sobriedad, pero la fiesta se estaba descontrolando. Ya nadie fingía tener las cosas bajo control ni

portarse bien: todo el mundo se dedicaba a perrear, besarse con alguien, bailar y dar vueltas. Alguien se había cargado la mayor parte de las luces, y el humo de las cachimbas había convertido la tienda en un fumadero.

—¿Qué haces? —preguntó Alistair mientras Emily escribía furiosamente en el móvil.

—Pedir un Uber. Me voy.

—¿Qué dices? Pero si va a empezar el espectáculo de los actores de *Hamilton*.

Emily lo miró y alzó las cejas.

—Este lugar es una locura. Estáis todos como una regadera.

—Oye, no me metas en el mismo saco que a ellos.

—*Vives* aquí. Eres uno de ellos.

A su Uber le quedaban cinco minutos. No podía decidir qué le apetecía más en esos momentos: llamar a Miles, oír su voz y confirmar que había actuado bien, o montar un jaleo en la cocina de Miriam para que se despertara y contarle todos los detalles increíbles de esa noche. Bueno, tal vez no *todos* los detalles. Pero sí la mayoría.

—Voy a esperar fuera —dijo Emily.

Alistair la miró de forma extraña y se encogió de hombros.

—Uno nunca se aburre contigo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Buenas noches, Emily Charlton. Ya nos veremos por ahí. —Entonces, sin una palabra más, le dio un beso seco en la mejilla y se dio la vuelta.

¿Qué mierda ha sido eso?

—¿Emily? ¡Emily! ¿A dónde vas?

Emily se dio la vuelta justo a tiempo para ver a Ashley corriendo literalmente hacia ella con toda la velocidad que le permitía su corto vestido.

—Oh, oye. Escucha, voy a irme. He llamado a un Uber, así que no te preocupes.

—¡No puedes irte!

—Ya lo creo que sí.

—Pero te vas a perder…

—*Hamilton*, lo sé. Espero que Lin-Manuel me perdone.

Ashley asintió como si aquello fuera lo más probable, aunque no estuviera segura del todo.

—Oye, ¿has visto a Eric? No quiero que se pierda el espectáculo tampoco. —Al preguntar, Ashley entrecerró los ojos y paseó la mirada por la tienda, intentando discernir los rostros en la oscuridad.

—¿Eric? Desde luego que no —dijo Emily, sin perder un segundo. Ashley, Eric y la novia de Eric, con pinta de menor de edad y su amor por los condones de purpurina azul, tendrían que valérselas por sí mismos.

—*Mmm*, de acuerdo, seguiré buscando.

—Suena bien. ¿Ash? Gracias por esta noche.

Una mirada de pura alegría se expandió por la cara de Ashley, que se arrojó al cuello de Emily.

—¿Te lo has pasado bien? ¿De verdad? ¡Me alegro tanto! Quiero decir, seguro que no es como las fiestas a las que vas en Los Ángeles o en Nueva York, o donde sea, pero espero que al menos no te hayas aburrido.

—¿Sabes qué? He experimentado muchas cosas esta noche, pero el aburrimiento no está en la lista.

Ashley pareció pensar en su respuesta, y después decidió que era un cumplido.

—¡Besitos! —chilló, y besó a Emily en ambas mejillas.

Emily le regaló una gran sonrisa falsa mientras un Toyota Camry con un cartel de Uber aparecía en la entrada circular.

—¿La misma localización que ha introducido, señorita? —preguntó el conductor. Le sonrió de una forma encantadora que no era para nada siniestra, y Emily quería abrazarlo por no haberla llamado «señora».

Como si estuviera esperando el momento perfecto, le sonó el móvil. Era Miles. *¡Contesta!* Quería hacerlo o, más bien, quería tener ganas de contestar, pero todo parecía demasiado agotador. En lugar de eso, silenció el sonido, dejó el móvil en el bolso y se recostó contra el frío asiento de cuero.

—¿Señor? ¿Le importaría dar un par de vueltas? Gracias. —Y cerró los ojos e intentó apagar la cabeza. Pero los pensamientos siguieron

en su mente como oleadas de agua fría. Olivia Belle prácticamente le había robado Los Ángeles delante de sus narices. Vivía en casa de una amiga en las afueras, donde todo el mundo era un lunático. Nueva York estaba a la vuelta de la esquina, pero lo sentía muy lejano. Su carrera se había ido por el retrete. Su marido estaba en la otra punta del planeta. ¿Habría llegado la hora de llamar a Miranda? ¿Volver a *Runway* con el rabo entre las piernas? Ante esta idea, abrió los ojos de golpe y exhaló de manera tan ruinosa que el conductor comprobó en el retrovisor cómo estaba.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó, con apariencia preocupada.

Tuvo que usar hasta la última gota de energía que le quedaba para responder de forma tranquila, como una persona cuerda, en lugar de como una bestia enloquecida en medio de un ataque de pánico.

—Sí —dijo Emily, con la voz temblorosa—. Todo va genial.



17
La madre del año de Pinterest

Miriam

Miriam era una firme creyente en la escuela de crianza que insistía en la necesidad de elegir las batallas, y los conjuntos de unos niños de preescolar para una fiesta de sexto cumpleaños no eran una de sus prioridades. Sin embargo, en cuanto entró en el aparcamiento y se unió a una larga cola de deportivos de lujo, se dio cuenta de que había malinterpretado completamente la situación. De nuevo.

Al parecer, el «vestidos de punta en blanco» de la invitación se traducía en personitas en miniatura ataviadas con toda clase de trajes de fiesta y corbatas que se dirigían entusiasmados a la brillante alfombra roja flanqueada de cordeles de terciopelo, mientras los choferes de sus mamás les gritaban que tuvieran cuidado con los otros coches. Matthew fue el primero en quitarse el cinturón, aunque Maisie le ganó en abrir la puerta.

—¡No entréis hasta que vaya yo! —gritó Miriam, incapaz de hacer nada más que esperar a que se moviera el resto de los coches—. Agarraos de la mano, ¡es un aparcamiento!

Pero igual que todo el mundo en su vida, la ignoraron y se apresuraron a unirse a la fiesta. Por suerte, apareció un aparcacoches para hacerse cargo del Highlander (¿lo había mirado

con cara de asco cuando le dio las llaves?) y caminó a toda velocidad hacia sus hijos. Un hombre con un portapapeles vestido con una chaqueta de terciopelo púrpura arrugada y unos zapatos de terciopelo a juego les regaló una amplia sonrisa.

—Bueno, bueno, ¿a quiénes tenemos aquí?

—Niños, decidle vuestros nombres a este caballero tan agradable —les instruyó Miriam, pero estaban ocupados mirando cómo los otros niños se paseaban por la alfombra roja, dándose la vuelta y posando para un grupo que parecía compuesto de auténticos *paparazzi* que sostenían enormes cámaras con *flash* mientras gritaban los nombres de los pequeños.

De pronto, a Miriam le dio vergüenza su ropa: un par de vaqueros de mami que no eran gran cosa y un abrigo largo lleno de bultos.

—Lo siento —le murmuró al portero—. Son Matthew y Maisie Kagan.

—¡Magnífico! —tronó el portero mientras comprobaba los nombres en la lista—. Schuyler estará feliz de tener aquí a sus compañeros de clase. Soy Ron, uno de los papás de Schuyler.

—Gracias por invitarnos —chilló Miriam, intentando esconder lo mucho que la sorprendía que aquel joven tan atractivo fuera el padre de una niña de seis años.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Lo siento. —Miriam enrojeció—. Soy Miriam Kagan. Su… madre.

—A la pasarela, niños. La entrada de los padres está al otro lado. La alfombra roja es solo para los preescolares. —Señaló al inicio de la pasarela, que tenía un enorme cartel enmarcado sobre un caballete de casi un metro en el que se leía: ENTRADA VIP.

Maisie, que estaba empezando a leer, preguntó:

—Mamá, ¿qué significa «VIP»?

—Es otra palabra para decir «niños» —mintió.

El padre-portero la miró de forma rara, pero no dijo nada mientras le ponía a Matthew un ramillete en su chaqueta deportiva y deslizaba un brazalete con flores en la mano de Maisie. Ambos niños resplandecieron de felicidad.

—¡Vamos, posad para las cámaras, preciosos! —les dijo.

No necesitaban que se lo repitieran dos veces. Alguien debía de

haberles dado sus nombres a los fotógrafos, porque empezaron a gritar «¡Matthew, por aquí! ¡Maisie, enséñanos tu conjunto!» de forma tan convincente que Miriam no pudo evitar quedarse mirando. Se preguntó si debería sacarlos de allí; al fin y al cabo, no era ese el mensaje que quería transmitir a sus niños de cinco años, pero no se le ocurría una estrategia de salida decente. A lo mejor tenía suerte y alguno de los dos vomitaba. Casi se le paró el corazón cuando Maisie, su niñita, empezó a bailar para los *paparazzi*, que aplaudieron junto al resto de los padres.

—¡Dánoslo todo, Maisie! —gritó una de las mujeres.

A la orden, Maisie agitó el culito igual que hacía en las fiestas familiares, cuando Paul ponía a todo volumen *Call Me Maybe* y todos bailaban como locos en pijama. *No, no, no*. Miriam quería echarle a su hija el abrigo por encima y sacarla de esa locura.

No esperó a los padres que se habían quedado mirando a su hija. Se abrió paso por la entrada para padres y encontró a sus hijos en el área de entretenimiento con dos veinteañeras atractivas.

—¿Maisie? ¡Qué nombre tan bonito! —le decía una de ellas—. ¿Te gustaría que te peinara y maquillara?

—Solo tiene cinco años —le dijo Miriam a la maquilladora, que estaba enchufando la plancha del pelo.

—Oh, ya lo sé. No se preocupe. No vamos a ponerle pestañas postizas ni nada. Solo un poquito de pintalabios, colorete, sombra de ojos y quizás algo de hidratante de colores. Después creo que le alisaremos el pelo, y quizá le trenzaremos un poco de espumillón brillante. ¿Qué colores quieres, guapa?

—Rosa y morado, por favor. —Parecía que Maisie estaba a punto de desmayarse de la emoción.

—¿Hidratante de colores? —preguntó Miriam.

La chica alzó la cabeza hacia ella, con el ceño fruncido.

—Es para pasarlo bien. Un disfraz. Si no quiere que…

—¡Mami! ¡Yo quiero! ¡No digas que no!

—Claro que no, cariño. Es solo que… a mí me pareces preciosa tal y como eres.

—¡Yo quiero rosa y morado en el pelo!

Miriam suspiró.

—Ya lo sé. Adelante.

La maquilladora le dedicó una mirada cuyo significado estaba muy claro: «Aparta, madre sobreprotectora».

Sacó una anticuada bolsita repleta de más cosméticos de Chanel y Armani de los que había en Bergdorf.

—Ahora vuelvo, cariño. —Miriam iba a darle un beso a Maisie en las mejillas, pero la estilista se interpuso entre ellas con una plancha caliente.

Habían retirado la mayoría de las mesas para hacer hueco para un enorme escenario de aspecto profesional con un equipo completo de sonido y un juego de luces. Unas cortinas de cuero descendían del techo y de las paredes, y otra alfombra roja (esta con estrellas doradas en las que aparecían los nombres de los niños) se extendía de la sala principal al escenario.

—¡Miriam! —Una mujer con rizos salvajes que Miriam reconoció de la fiesta de los juguetes sexuales se plantó frente a ella—. Me alegro de verte.

—¡Y yo a ti! —dijo Miriam en voz muy alta, para compensar que no recordaba el nombre de esa mujer.

—¿A que todo esto es *alucinante*? Habría dado cualquier cosa por ir a algo parecido de niña. Lo único que hacíamos en las fiestas de cumpleaños era montar en poni o ir a la pizzería.

—Definitivamente, esto no es una pizzería —murmuró Miriam, que acababa de ver a un bailarín darles clases a los niños en la sala trasera. No podía tener más de veintiún años, pero tenía los abdominales tan definidos que Miriam se paró de golpe para contemplarlo.

—No tiene mala pinta, ¿eh? —susurró otra madre junto a ella.

—Madre mía. —Todas se quedaron mirando a aquella especie de muñeco de arcilla humano con pantalones de licra y sin camiseta girar frente a los niños.

—Sí, lo sé. Pensaba que una fiesta de cumpleaños era buena si servían bebidas para los adultos. Ahora no volveré a estar contenta a menos que haya muchachitos medio desnudos que sepan moverse así.

—¿De verdad son el cuerpo de baile de Justin Timberlake? —

preguntó Miriam, segura de que ya debería saber la respuesta.

—Uno de los papás de Schuyler, no el de la puerta, sino el que está por allí, es un pez gordo de la discográfica de Justin.

—Matthew no va a querer bailar, eso seguro —dijo Miriam, con la autoridad de una madre—. Odia bailar. Piensa que es para chicas. Nada de lo que le decimos le hace cambiar de opinión.

Como si estuviera esperando esas palabras, Matthew empezó a mover las caderas. Al principio lentamente, pero luego las meneó con libertad en todas las direcciones. Cuando el profesor añadió movimientos con los brazos, Matthew lo imitó. Un instante después, los veinte chicos estaban contoneándose por todo el escenario.

Un destello de cabello rubio al fondo de la habitación llamó la atención de Miriam. Ashley estaba allí, con pinta de querer desaparecer.

—Disculpad, voy a saludar a una amiga —dijo Miriam. Al acercarse, fue obvio que Ashley estaba llorando—. Hola, ¿estás bien?

Ashley tenía los ojos enrojecidos y el rímel corrido por las pálidas mejillas. Tenía la cara tan blanca que Miriam estaba segura de que acababa de recibir un terrible diagnóstico médico.

—Ay, cariño, ven. —Miriam le agarró la mano y llevó a su amiga a una mesa escondida de los bailarines y los padres que contemplaban el espectáculo. Sacó una silla y Ashley se desplomó sobre ella—. ¿Qué ocurre?

—Oh, Miriam. Es… demasiado… terrible. —Ashley soltó un hipido —. Mis hijos no van a recuperarse jamás.

Miriam tomó las manos de Ashley entre las suyas y la sorprendió lo frías que estaban.

—Cuéntamelo, linda. —Miriam le apretó las manos.

—Creo que Eric me está engañando. No, borra eso, *sé* que me está engañando.

A Miriam solo le sorprendió lo poco sorprendida que estaba. Se aclaró la garganta.

—¿Y por qué lo piensas?

—Hubo muchas señales últimamente. Nada definitivo, pero todo se sentía… diferente.

—Todos los matrimonios tienen sus malos momentos.

—Lo sé, y eso es lo que me digo. Pero Eric está completamente abstraído en la cama. Es como si lo hiciera por obligación. —Ashley soltó una risilla amarga—. ¡Somos nosotras las que lo hacemos por obligación, no ellos!

—Ay, cariño. A lo mejor está cansado. Tú misma has dicho que trabaja como un loco.

—Y… está la entrenadora. Eric ha sido un atleta de toda la vida, así que no era tan extraño. Siempre ha adorado los deportes de equipo. Y correr. Pero no ir al gimnasio, y ahora va todos los días.

La mente de Miriam voló hacia Paul y su recién descubierto interés en el deporte. Ashley siguió hablando, aunque Miriam permaneció en silencio.

—¿Te acuerdas de cuando hackearon Ashley Madison?

Miriam asintió. Conocía a una madre de su preescolar en Nueva York que había descubierto la cuenta de su marido durante el *hackeo* y se había divorciado de él de inmediato, además de quedarse con todo el dinero.

—Vale, ¡chicos! ¡Otra vez desde el principio! —gritó el bailarín desde los cascos con micrófono—. ¡Uno, dos, tres, cuatro!

Una ruidosa versión de *Can't Stop the Feeling!* rugió desde el altavoz.

Ashley continuó:

—Recuerdo haber leído al respecto, pero no se me ocurrió comprobar el correo electrónico de Eric. Eso fue… ¿Cuándo? ¿Hará unos tres años? ¡Entonces ni siquiera había nacido el bebé! Recuerdo haber leído todas las historias de terror de las mujeres que encontraron ahí a sus maridos. Me sentía mal por ellas, pero estaba segura de que Eric nunca haría algo así.

—¿Y? —croó Miriam. Estaba intentando centrarse en Ashley, de verdad, pero le resultaba difícil cuando lo único que quería era buscar un ordenador.

—Ayer estaba leyendo un número viejísimo de *Women's Health* en el dentista, y había un artículo sobre consejos en caso de encontrar a tu marido en Ashley Madison. Todo tipo de cosas, desde los terapeutas que podrías visitar hasta las enfermedades de transmisión sexual para las que deberías hacerte pruebas.

—De acuerdo…

—Y no sé qué se apoderó de mí. No puedo explicarte por qué lo hice. —En ese punto, Ashley empezó a sollozar de nuevo—, pero busqué en Google la base de datos en la que podías comprobar los correos electrónicos y no hubo dudas. Estaba allí: tanto su correo del trabajo como el personal. ¿Significa eso que tiene dos cuentas? ¿No es suficiente una cuenta para engañar a tu mujer?

Miriam se sintió agradecida de que la música estuviera alta, porque los sollozos de Ashley se habían convertido en lamentos y no parecía importarle quién la escuchara.

—Recuerdo cuando pasó todo esto y…

Ashley la interrumpió.

—Y el condado de Fairfield, Connecticut, tenía algo así como el mayor número de usuarios registrados por metro cuadrado en todo Estados Unidos. Creo.

—Algunos hombres solo sienten curiosidad. Entran para mirar, pero nunca contactan con nadie.

Ashley giró hacia Miriam su rostro lloroso.

—Bueno, mi marido no es de esos. Me fui del dentista sin hacerme la revisión y volví a casa. Comprobé las facturas de las tarjetas de crédito antiguas, que nunca miro porque me pone enferma ver cuánto dinero gastamos cada mes, y ahí estaba, a plena vista. Las combinaciones aleatorias de números y letras que había que buscar en las facturas según el artículo. Parece completamente inocuo si no sabes lo que es, pero si buscas en Google te das cuenta de que es una tapadera para las facturas de Ashley Madison. Conté unos treinta y ocho meses de facturas. ¿Crees que fue mera curiosidad?

Miriam se miró las manos.

—Miriam, ¿qué hago?

—Bueno, lo primero que tienes que hacer es averiguar qué es lo que *tú* quieres. ¿Qué es lo mejor que te podría pasar en esta situación?

—¿Un *divorcio*? —Ashley susurró aquella palabra como si fuera «cáncer»—. ¿Crees que debería divorciarme?

—¡No! A menos que quieras. No he dicho una cosa ni la otra. Solo que tal vez sea bueno pensar un poco sobre lo que quieres antes de

hablar con Eric.

—Dios mío, ¿y si *él* quiere divorciarse?

Miriam no quiso señalar que el propósito de Ashley Madison era que adultos casados tuvieran aventuras con otros adultos casados bajo el pretexto de que ninguno de los dos quería acabar con su matrimonio.

—No lo sabrás hasta que no hables con él, cariño. Estoy segura de que va a ser…

—¡Mami! ¡Tengo que hacer popó! —la llamó el hijo de Ashley desde el escenario.

Ashley se enjuagó las lágrimas y se limpió el maquillaje bajo los ojos.

—¿Voy hecha un desastre? ¿Estoy presentable?

—Estás bien. Pero a lo mejor te convendría ir al servicio a retocarte —dijo Miriam.

Ashley le ofreció una mano a su hijo y lo ayudó a bajar del escenario. Miriam la miró e intentó tragarse la sensación de náusea que amenazaba con sobrepasarla. ¿Sería posible? Hasta que se habían mudado a Greenwich, no había considerado en todos sus años de matrimonio la posibilidad de que Paul pudiera engañarla. Pero ¿cómo negar que se estaba comportando igual que Eric? La obsesión con entrenar, la ausencia de sexo, el recién descubierto interés en salir con tipos asquerosos, como el marido de Ashley…

Por supuesto. Paul la estaba engañando. Quizá no fuera en Ashley Madison (esperaba desesperadamente que no fuera *así* de estúpido), pero debía de haber alguien. Eso seguro.

—¿Mami? ¡Mami! —la llamó Matthew desde el escenario.

Miriam alzó la cabeza, pero seguía sin poder concentrarse.

—¡Mami!

Miriam se sobresaltó.

—Dime, cariño. Estoy aquí.

—¡Mírame!

Como un alegre zombi, Miriam sonrió frente a un espectáculo de danza coreografiada increíblemente inapropiado en el que su hijo de cinco años meneaba la pelvis, y contempló a su dulce e inocente hija transformada en una criatura salida directamente de un programa de

princesas infantiles mientras desfilaba como una modelo por la alfombra roja. Al final de la fiesta, Miriam incluso dio las gracias con aparente genuinidad, en lugar de mostrarse horrorizada, cuando los niños recibieron sus respectivos regalitos: para Maisie, una deslumbrante bolsa personalizada repleta de lociones que olían a tarta y vainilla y maquillaje de purpurina; para Matthew, una chaqueta de licra de ciclista con la firma de Justin Timberlake en la espalda con un rotulador plateado. En la última fiesta de cumpleaños de los mellizos, Miriam había repartido bolsitas de celofán rellenas de M&M's y se había sentido como la madre del año de Pinterest porque las había atado con lacitos personalizados en los que se leía: «¡Gracias por celebrar con nosotros! Os queremos, M&M».

—Mami, ha sido superdivertido —dijo Maisie mientras Miriam le abrochaba el cinturón en el coche—. Voy a ponerme todos los días mi maquillaje nuevo.

—No, cariño, es para los disfraces. No llevamos maquillaje fuera de casa.

Maisie empezó a llorar.

—¡No es justo! ¡Es mío! ¡Yo decido!

—La jefa es mamá, no tú —dijo Matthew desde su asiento.

Miriam le dio una propina al aparcacoches y salió a la carretera.

—¡Mami! ¡Maisie ha dicho una palabrota! ¡Me ha llamado «cara de culo»!

—Maisie…

—No es verdad, mamá. ¡Está mintiendo! —chilló Maisie.

Ante estas palabras, Matthew se puso a llorar.

—¡Digo la verdad! —lloriqueó—. ¡Nunca me crees!

—¿Os lo habéis pasado bien en la fiesta? —preguntó Miriam. Los mellizos hablaron de sus actividades favoritas y la mente de Miriam vagó a otro lugar. *¿Ha pasado todo esto de verdad? ¿Quién es esta gente?*

Mientras conducía a casa, Miriam sintió un escalofrío de terror. ¿Se habían equivocado al mudarse a Greenwich y exponer a sus hijos a ese estilo de vida? ¿Debería haber dejado su trabajo? ¿Se estaban distanciando Paul y ella? ¿De verdad la estaba engañando? ¿Cuándo le había preparado por última vez el café a su marido como le

gustaba, con la leche al vapor y no fría? ¿O desde cuándo no se tomaba la molestia de prepararle su especialidad de pavo chili que tanto le gustaba, aunque los niños la odiaban por ser demasiado picante? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había puesto lencería en lugar de una camiseta de algodón gigantesca? No le extrañaba que la estuviera engañando. Estaría mal de la cabeza de no hacerlo.

Esos pensamientos la mantuvieron ocupada durante todo el trayecto a casa, pero hasta que no giró hacia su calle no confirmó, sin asomo de dudas, que estaba en lo cierto. En la entrada, uno junto al otro, como si fueran ajenos a la nevisca, estaban su marido y su hijo. Ben saltaba de un lado a otro, agitando las manos como un maniático. Y ahí estaba: un Maserati rojo, descapotable, con todas sus esbeltas líneas y pintura nuevecita. Todavía tenía puesta la matrícula temporal del vendedor. Y Miriam tuvo que esforzarse para no embestir el flamante coche de su marido con su enorme y feo deportivo.



18
Viaje en carretera

Karolina

—El *premium* solo cuesta cien dólares más al día. Ni me lo pensaría —dijo Emily, con la espalda pegada al coche rojo.

Las tres estaban en la cola *premium* del centro de alquiler de coches del aeropuerto McCarran. Acababan de aterrizar de un vuelo de Virgin America, en el que Emily, para sorpresa de nadie, había comprado tres pasajes de primera clase, y habían estado debatiendo si elegir un Ford Explorer (el voto de Miriam), un Audi con un techo transparente (la opción de Karolina) o el BMW descapotable al que Emily no dejaba de echarle miraditas como si su vida dependiera de él.

—Tenemos cinco horas de trayecto por el desierto. Podría pasar cualquier cosa. Un descapotable no es seguro —anunció Miriam con su mejor tono de madre.

—¿Me podrías explicar por qué no es seguro? —preguntó Emily.

—¿No es obvio? Si el coche se da la vuelta, no habrá techo para protegernos. Quedaríamos aplastadas.

Emily puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que se te volcó el coche?

Miriam también puso los ojos en blanco.

—Lo único que digo es que nadie alquila un descapotable para un viaje de cinco horas por el desierto.

Karolina alzó la mano.

—Parece que no os acordáis de que supuestamente voy a rehabilitación. El A4 es un buen punto medio y pago yo, así que se acabó la discusión. Vamos, chicas, en marcha. —Recogieron las maletas con ruedas y las bolsas de mano, pero, un segundo antes de llegar al coche, una pareja joven arrojó su única pieza de equipaje en el maletero, se introdujo en los asientos delanteros y se fue del garaje a todo gas sin decir una palabra.

—¡Sabían que queríamos ese! —gritó Miriam, alzando el brazo en su dirección.

—Una señal divina de que nuestro destino era el descapotable —dijo Emily, mientras abría el maletero del BMW—. Admito que no hay mucho espacio, pero nos las apañaremos.

—Y desarrollaremos melanomas —murmuró Miriam.

—¿Has oído hablar de ese fantástico invento llamado «crema solar»? ¡Es genial! Si te pones un poco en la cara, no te quemas. ¿Y sabes qué? La tengo aquí mismo, en el bolso.

Miriam le echó a Emily una mirada fulminante, pero se subió al asiento trasero.

—Cuando nos estemos sacando insectos de los dientes y tengamos el pelo hecho un asco, la frente quemada y hayamos perdido la voz por gritar para que se nos oiga por encima del viento, te voy a estampar un «te lo dije».

Emily le enseñó el dedo a Miriam y Karolina sonrió sin pretenderlo al darse cuenta de que era el primer viaje con amigas que hacía en toda su vida. Karolina había empezado a trabajar como modelo a los catorce años. Había viajado mucho con Graham, ya que era una de esas cosas que ambos adoraban, aunque su marido nunca había querido alquilar coches en países extranjeros. Viajar por el mundo era otro tipo de aventura, pero, aun así, ¿cómo era posible que nunca hubiera hecho un viaje por carretera en treinta y siete años?

Karolina se puso al volante y, una vez que llegaron a la Interestatal 15, puso el piloto automático en 130. Volaron por la carretera bajo el sol de media mañana de marzo. Cuando pasaron por Las Vegas

Strip, Emily las hizo partirse de risa con una descripción muy detallada de su más reciente idea comercial, que consistía en vender a los hombres *tours* para viajar a Las Vegas con sus amigos, en los que tendrían descuentos grupales para vasectomías, tras las que se recuperarían en una lujosa habitación de hotel, y habría *strippers* para ponerles hielo en los huevos.

—Ay, madre. Es una genialidad —gritó Miriam desde el asiento trasero—. No solo es atractivo para los maridos, sino que después ni siquiera tendríamos que cuidar de ellos las esposas. No hay duda de que hay algo ahí.

—Ni siquiera has escuchado la mejor parte. Ofrecemos 2x1 y lo llamamos Vegasectomía. Creo que va a ser todo un éxito.

Karolina quería reírse con ellas, pero no podía ignorar la incómoda ansiedad e incertidumbre que parecía acosarla a todas horas, todos los días. Aunque eso no le impidió comer como una ballena por primera vez en su vida. Unas horas más tarde tenían tanta hambre que lo único que podían comer aparte de los aperitivos que vendían en las gasolineras eran gigantescos helados de McDonald's, que pidieron por la ventanilla para conductores. Karolina olisqueó el suyo.

—No me creo que acabe de tomar lácteos —se quejó, aferrándose el estómago.

—Qué va —dijo Emily—. Son puros químicos, no hay nada de leche.

Después del anochecer llegaron a Amangiri, donde las recibió el director general, el «viejo amigo» de Emily. Les prometió discreción absoluta.

—He elegido nuestras habitaciones más privadas —les dijo después de guiarlas al exterior y abrir unos portones dobles de cristal para revelar una *suite* que parecía haber sido esculpida de un único bloque de cemento gris. En el centro había una enorme área de reposo con divanes completamente blancos y sillones que daban al desierto. Una pequeña hoguera rugía en el porche. La piscina privada, larga y estrecha, brillaba como un oasis en la arena, flanqueada por los riscos de la montaña y por sillones de salón blancos y sombrillas igualmente níveas en las que había toallas del

mismo color perfectamente dobladas. El dormitorio de matrimonio tenía una cama de plataforma gigantesca y un cuarto de baño con una ducha separada de dos chorros, así como también una enorme bañera con vistas a unas ventanas que iban del suelo al techo.

—Esta *suite* es para ti —anunció Emily—. Miriam y yo compartiremos la *suite* doble junto a esta. Vas a necesitar tu propio espacio y soledad para concentrarte en mantenerte sobria.

Miriam y Emily fueron a su habitación para prepararse para la cena, pero Karolina se puso el bañador y se metió en la piscina, que parecía más bien un *jacuzzi*. Casi de inmediato, le sonó el móvil con un número con el prefijo 212. Tomó una bocanada de aire. Estaba preparada. Emily le había dicho qué debía decir exactamente.

—¿Hola? Soy Karolina Hartwell.

—¿Karolina? —La voz al otro lado era joven y femenina, y sonaba sorprendida. Probablemente no esperaba que le contestaran la llamada.

—Sí.

—Soy Susanna Willensky, del *New York Post*. ¿Es cierto que ha dejado Greenwich y ha renunciado a los derechos de visita de su hijo?

Karolina tomó aire. Había estado preparada para la pregunta de rehabilitación, pero ¿la acusación de haber abandonado a Harry? No se suponía que fuera a ser parte de la ecuación.

—¿Karolina? —La reportera era insistente.

—No es cierto, y nunca renunciaré a las visitas. Nada podría estar más lejos de la verdad.

—¿Y la rehabilitación? ¿Por un problema con el alcohol? ¿Después del arresto? ¿Sería apropiado decir que está buscando tratamiento?

Karolina hizo una pausa para asegurarse de que recordaba las palabras exactas de Emily. Era importante ser precisa, nada de mentir, pero tampoco podía contar toda la verdad.

—Me he tomado un descanso para viajar al oeste a aclarar las ideas. Creo que ahora mismo lo que necesito es un cambio de aires.

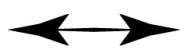
—¿Al oeste? ¿Podría ser más específica?

—No, me temo que no es posible. —Emily le había insistido en tres palabras: «No es posible». Dejaba entender que a Karolina le

gustaría compartir su localización de no existir estrictas normas de confidencialidad en su lugar de estancia (rehabilitación). Ni una reportera medianamente inteligente oiría eso y no apostaría los ahorros de toda su vida a que Karolina había ingresado en el centro de tratamiento ultralujoso de Montana, que era en parte un rancho sofisticado del Viejo Oeste y en parte un hotel de cinco estrellas.

—Ya veo. ¿Le gustaría añadir algo más sobre…?

—Gracias, pero me temo que tengo que irme. —Karolina finalizó la llamada, y se sintió aliviada de haber terminado. Emily estaría satisfecha.



—Señoras, ¿les gustaría pasar al Salón del Desierto? —preguntó Tim, el camarero—. Un astrónomo local va a hacer una exhibición de contemplación del cielo nocturno.

Karolina echó un vistazo a sus compañeras.

—Habrá también otro talleres de *s'mores*. Chocolate negro, con leche, con Reese's, con menta…

—Creo que podremos pasarnos unos minutillos por allí. —Emily sonrió con dulzura. Se quedó mirando al camarero cuando se fue—. Si no nos estuvieran cobrando 5.000 dólares la noche, pensaría que esto es un burdel masculino.

Miriam rio.

—¡Es un crío, Emily! No creo que tenga más de veinte.

Emily alzó una mano.

—Solo digo que cada camarero es más impresionante que el anterior. Y Timmy es mi favorito.

—En fin, por si no lo has notado, hay un montón de mujeres solteras por aquí —respondió Miriam—. A lo mejor cambian el personal cada semana según el perfil de los huéspedes.

Todas se giraron hacia una mesa cercana y contemplaron a un grupo formado por una docena de mujeres (chicas, en realidad) que se echaron a reír. Estaba claro que era una despedida de soltera, puesto que la novia llevaba alguna prenda con un «Novia» estampado cada vez que se le presentaba la ocasión, pero aparte de

eso eran un ruidoso y atractivo misterio.

—Mientras se ocupen de ellas mismas y no nos miren a nosotras… Lo último que necesitamos es que una de ellas reconozca a Karolina y filtre a la prensa que nos estamos escondiendo en un hotel de lujo y no en un programa de tratamiento de doce pasos.

—No sé cómo alguien puede tener doce amigas que puedan permitirse este lugar —dijo Karolina—. Y son jóvenes. De veintipocos.

—Estoy segura de que lo ha pagado alguno de sus padres o su prometido —dijo Emily.

Karolina se giró hacia ella y alzó las cejas.

—¡Eso es muy machista! Nosotras hemos venido juntas y no lo ha pagado mi padre ni mi marido.

—Aun así, Emily tiene razón —dijo Miriam, que estaba apurando la copa de vino e indicó que le trajeran otra. Llevaban ya cinco, y nadie se sentía ni un poco achispada. Al final, Tim les había informado que, según las leyes de consumo del alcohol del estado, solo se podían servir 120 mililitros de vino en cada copa. Lo denominaban las «gotitas de Utah».

—Ah, ¿sí? —preguntó Emily.

—El padre de la novia ha pagado por el viaje de fin de semana. Aunque el prometido también habría podido. Ahora mismo, ha invitado a sus amigos a un fin de semana en Ibiza.

—¿Cómo te has enterado de todo eso? —preguntó Emily.

—No ha sido difícil —dijo Miriam—. Se han hecho selfis como locas. Busqué el *hashtag* «Amangiri» y he encontrado algunas de las fotos que han publicado. Miré el perfil de la que sabemos que es la novia. A partir de ahí, fue fácil descubrir quién era su prometido, puesto que tiene un montón de fotos besándose con él y de la pedida de mano, así que lo busqué en Google porque tenía el Insta privado y vi que es el director general de uno de los fondos de cobertura más importantes de Estados Unidos. Da la casualidad de que estuvo metido en líos legales hace unos meses por haber aceptado dinero de un jeque bareiní acusado de terrorismo, pero eso tampoco viene al caso.

—Guau —murmuró Karolina.

—Ni siquiera os he contado lo más jugoso. He visto en su perfil que un hombre mayor, probablemente su padre, la ha etiquetado en una foto que ha publicado en Facebook. Bueno, en realidad, la persona encargada de gestionar las redes sociales de la familia real sueca. Una manera muy enrevesada de decir que es una princesa sueca que creció en un palacio en Estocolmo, ha estudiado en un internado estadounidense y luego se ha sacado un máster.

Emily soltó un silbidito.

—Me has dejado oficialmente impresionada.

Karolina abrió los ojos como platos.

—Has averiguado todo eso sin saber el nombre de ninguna de ellas.

—Sacar trapos sucios era una parte bastante importante de mi vida anterior, antes de que solo vistiera licra y me dedicara a ir a fiestas de juguetes sexuales.

—Esas habilidades son muy necesarias ahora mismo —dijo Emily —. En nuestro beneficio. ¿No puedes averiguar algo sobre Graham que podamos usar en su contra? Todo el mundo, y sobre todo los cabrones de su calaña, tiene un par de cadáveres en el armario.

Karolina retrocedió asqueada ante la crueldad tan casual de Emily, y después se enfadó consigo misma. No debería sentirse mal *en absoluto* después de todo lo que Graham le había hecho.

Miriam se inclinó sobre la mesa.

—¿Evasión de impuestos? Al menos habréis tenido en algún momento una niñera o una limpiadora sin papeles.

—¿Qué dices? —dijo Karolina—. Ha tenido aspiraciones políticas desde siempre. ¿Crees que iba a arriesgarse a contratar a una inmigrante ilegal?

—Vale, ¿y con las drogas? —preguntó Emily—. Parece el tipo de hombre aficionado a la cocaína.

—No mucho. Quizás un par de veces cuando estábamos saliendo, pero ¿a quién le importa? Obama ha admitido haber probado la cocaína.

—Karolina. Sé que hay algo. Tienes que contárnoslo. —La actitud de Emily había dejado de ser ligera para mostrarse enfadada.

La madre de Karolina siempre le había dicho que saber mentir era

una virtud.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sabes algo sobre él. Lo sé. Lo tienes escrito en la cara.

Karolina miró a Emily a los ojos.

—Te he contado todo lo que sé.

Cuando llevaban dos o tres años casados, Graham la abrazó después de hacer el amor y empezó a llorar. Nunca lo había visto llorar antes, ni tampoco después; ni siquiera cuando murió su padre o en el aniversario del fallecimiento de su primera esposa, cuando llevó a Harry a los Hamptons para esparcir sus cenizas. Tras pasarse una hora consolándolo y haciéndole promesas, se lo contó todo a Karolina, y en aquel momento ella se quedó sin respiración. Era el veinticinco cumpleaños de una chica llamada Molly. O lo habría sido, si hubiera vivido para experimentarlo. Hacía más de veinte años, cuando Graham tenía diecisiete, había atropellado y asesinado a Molly Wells, una niña de cuatro años, junto a la casa de veraneo de sus padres en Amagansett.

Emily golpeó la mesa con tanta fuerza como para que las copas de vino tintinearan.

—Hemos venido a mitad de ninguna parte a discutir sobre una princesa sueca, mientras tu marido (el hombre al que te niegas a traicionar incluso en estos momentos) básicamente ha secuestrado a tu hijo, arruinado tu reputación y te ha arrojado al cubo de basura como si fueras un objeto usado.

—Emily —le advirtió Miriam.

—Está mintiendo —siseó Emily—. ¡Sabe algo! ¡Me doy cuenta! Estamos intentando ayudarla a recuperar su vida, pero ella no pone de su parte.

—Estoy cansada —dijo Karolina, intentando suprimir las lágrimas. Había sido un día increíble en el que habían hecho escalada por las rocas, recibido masajes de piedras candentes y nadado en la piscina, y no quería arruinarlo—. Me voy a la cama. Tomaros un *s'mores* en mi honor. Os veo en el desayuno.

—Lina, cariño, Emily y yo estamos preocupadas. Pareces muy cansada y somnolienta. Sé que ahora mismo todo es muy difícil, pero ¿vas bien en el terreno emocional? —preguntó Miriam,

colocando la mano sobre la de Karolina.

—Está intentando preguntarte si tienes planes de saltar de un puente —añadió Emily.

Karolina miró a sus dos amigas.

—Solo estoy exhausta —dijo mientras se incorporaba—. Os agradezco la preocupación, pero prometo que no tengo intenciones de tragarme próximamente una botella de pastillas.

En cuanto se puso de pie, Tim reapareció como por arte de magia y retiró la silla de Karolina.

—No va a perderse los *s'mores*, ¿verdad?

—Quizá la próxima vez —respondió, y el camarero puso una adorable carita triste antes de moverse a la siguiente mesa.

Emily asintió. Miriam alzó el pulgar. Como si estuviera a la espera, Tim se dio la vuelta y le sonrió.

—Voy a volver a la habitación. Os quiero mucho a las dos, pero he tenido suficiente —dijo Karolina.

Oyó a Miriam llamarla, pero fingió no haberla escuchado y salió del restaurante. Unas lamparillas de cristal iluminaban el camino a la *suite*. Habían bajado la cama y atenuado las luces, además de encender la chimenea del patio privado. Karolina sacó una botella de Perrier del minibar y se acomodó en la hamaca con cojincitos junto a la chimenea. El desierto se expandía frente a ella, completamente en silencio, pero no veía mucho más que unos cactus a unos metros. *A Harry le encantaría todo esto*, pensó. Había intentado llamarlo antes de la cena, que era su hora de irse a dormir, pero había rechazado su videollamada y replicado con un mensaje: «Lo siento, mamá. No puedo hablar, estoy durmiendo en casa de Jason. Te llamo mañana». Se preguntó cómo se le habría ocurrido a Graham dejarlo dormir en casa de un amigo la noche antes de un partido, pero lo sabía perfectamente. Regan.

Karolina oyó unos golpes a lo lejos. ¿Un pájaro carpintero? Volvió a escucharlos de nuevo, esta vez con más insistencia. Regresó a la habitación y se percató de que había alguien al otro lado de la puerta de la *suite.*

—¡Ya estoy en la cama! —les dijo a Emily y a Miriam, a pesar de que estaba completamente vestida.

—Disculpe que la moleste —replicó una voz masculina.

Giró la cerradura y abrió la puerta. Frente a ella, con una sonrisa tímida, se encontraba Tim, el camarero, que acababa de ducharse y tenía mejor aspecto que nunca con una camisa suelta con las mangas subidas y unos vaqueros.

—Lo siento mucho, señora Hartwell. Espero no molestarla. Sus amigas me han dicho que necesitaba ayuda con un problemilla en su habitación.

—Un problemilla… —Se detuvo. Quería asesinar a Emily. Aquello llevaba su nombre escrito.

La sonrisa de Tim se ensanchó y le dedicó lo que solo podría describirse como una mirada traviesa.

—Me han dicho que había un bicho, ¿no? ¿Quizás un escorpión? He venido para… ayudarla a deshacerse de él.

—¿Un bicho? Sí, eso es. Un bicho. —Se hizo a un lado para dejarlo pasar y supo exactamente lo que iba a suceder—. Es un bicho muy grande.

—Sí, eso es lo que me dijeron. Lo lamento mucho. Veamos lo que puedo hacer. —Cerró la puerta al pasar y comenzó a besarla. Sucedió muy rápido, y había mucho que procesar: la sensación de besar a alguien con barba, alguien que no era Graham, y lo rápido que se excitó, literalmente, como un interruptor de la luz; no pudo hacer otra cosa más que devolverle el beso. En un minuto, la levantó, como en una película, y la recostó en la cama. Cuando el joven se dejó caer sobre ella, Karolina pensó que iba a perder la cabeza.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Tim con voz ronca, pasándole la mano por el pelo.

—Espera un segundo —le susurró.

Se detuvo de inmediato.

—¿Se encuentra bien?

Karolina sonrió. De cerca era todavía más guapo, si es que eso era posible.

—Una cosita.

—Lo que sea.

—Por favor, no me llames «señora Hartwell». Nunca más.

Tim rio y le enterró la cara en el cuello. La desnudó lentamente. Cuando al fin estuvieron los dos desnudos del todo, el joven se detuvo, la sentó y la miró de arriba abajo. Era obvio que le gustaba lo que veía.

—Vaya —murmuró, y era evidente que lo decía de verdad—. Eres una mujer hermosa, Karolina.

Karolina se inclinó sobre él para llevar la cara de su compañero hacia la suya.

—Calla.

Hicieron el amor dos veces. Tras la segunda, se quedaron dormidos; cuando Karolina despertó, la chimenea de gas seguía ardiendo. Eran las cinco de la mañana y el cielo empezaba a iluminarse. Salió de la cama y caminó, desnuda, hacia la puerta de cristal que ofrecía unas vistas espectaculares del desierto. Tenía treinta y siete años y aquel era su primer rollo de una noche. Por supuesto, aún les quedaban dos noches más, y habría muchas oportunidades de… Karolina se detuvo a sí misma. No. Había sido perfecto. Justo lo que necesitaba. Una noche de sexo increíble y sin sentimientos.

Una hora más tarde, Tim se había escabullido de la *suite* con la destreza bien ensayada de quien hacía esas cosas con frecuencia. Había sido una noche demasiado deliciosa para compartir los detalles, diseccionarlos, escuchar las preguntas inquisitivas de Emily o mirar a Miriam juzgarla en silencio. *No, gracias,* pensó Karolina. Aquello sería exclusivamente para ella.



19
Estados Unidos quiere perdonarte

Emily

Emily sacó el cigarrillo y exhaló lentamente. Era un día inusualmente cálido, uno de esos adelantos que hacían creer que había llegado la primavera. Emily y Karolina estaban sentadas en el patio, contemplando la piscina adaptada para el invierno. El viaje al oeste había sido todo un éxito. Una encuesta del *Entertainment Weekly* informaba de que el 52% de los estadounidenses estaban dispuestos a perdonar a Karolina. La «rehabilitación» había ido genial, y era hora de seguir con el resto del plan. Por no mencionar que Kyle había recibido tres llamadas de clientes nuevos para Emily y flores de Miranda Priestley.

Karolina sostuvo en alto el último número de la revista *People*.

—Bueno, al fin es oficial —dijo, y se le quebró la voz.

Emily se la arrebató. En la portada aparecían Graham y Regan, con amplias sonrisas. Estaban muy juntitos, y entre ellos parecían tener más dientes inmaculados y perfectos de lo que era normal o necesario. «La historia de cómo volví a encontrar la felicidad», era el titular bajo la imagen, y debajo aparecía un pequeño subtítulo: «Graham Hartwell». Emily lo había visto venir de lejos, pero aun así tenía que concederle el mérito al senador: había sido una manera

perfecta de dar la noticia, y estaba ejecutando su plan con mucho estilo. Además, también aparecía un titular más pequeño sobre la desastrosa elección de vestuario en la alfombra roja de Kim Kelly. Emily no pudo evitar sentir una oleada de felicidad.

—Para otoño se habrán prometido y se casarán en primavera, hazme caso —dijo Emily.

—Nuestro divorcio no es ni siquiera oficial aún.

—Lo será muy pronto.

—¡Emily! Sé un poco más comedida —dijo Miriam, que salió de la cocina de Karolina con un plato de galletas de arroz caseras que había traído.

—Bueno, es verdad, ¿o no? —Emily se giró hacia Karolina—. Contratar a Miriam para que te represente es lo más inteligente que has hecho desde que me contrataste a mí.

—No me ha *contratado* —dijo Miriam—, la estoy ayudando con el tema legal. Eso es todo. De forma extraoficial. Pero legalmente.

Karolina y Miriam intercambiaron sonrisas de agradecimiento. Hizo un gesto con la mano.

—Puedes contarle a Emily lo que me dijiste antes. Sobre el contrato prematrimonial —dijo Karolina.

Miriam dio un mordisco a una galleta de arroz.

—Seguro que ya sabes que es a prueba de bombas. Y bastante claro. Ambos se quedan con lo que llegaron al matrimonio y se dividen las ganancias de los últimos diez años. Karolina se queda con Greenwich, Graham con Bethesda, venden el apartamento de Nueva York y ambos se quedan con la mitad.

Karolina ladeó la cabeza.

—Todo está claro. Excepto por Harry.

Emily examinó a su amiga y tuvo la esperanza de que no se echara a llorar, aunque más bien fue una súplica.

Karolina comenzó a sollozar silenciosamente.

Miriam le regaló uno de sus abrazos de madre y Emily estiró el brazo para darle una palmadita incómoda en la mano.

—No pasa nada.

—¡Sí que pasa! Soy la única madre que Harry ha tenido estos diez años. Ese pobre y desgraciado padre soltero ha jugado demasiado

bien sus cartas. Esposa fallecida. Viudo. Un niño sin madre. ¡Todo era parte de su plan!

Emily sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió y se lo tendió a Karolina, que lo aceptó sin palabras.

—Escucha —dijo Emily—. Todo va a salir bien. Te lo prometo. Tengo algunas ideas.

—Tienes ideas para que deje de ser una paria social. Y, de todas formas, son mentiras. ¿Y qué pasa con recuperar a mi hijo cuando técnicamente ni siquiera es mío? —Karolina sollozó—. ¿Y qué pasa con la verdad? ¿No deberíamos limpiar mi nombre? ¿No nos ayudará con el tema de la custodia?

Emily y Miriam intercambiaron una mirada.

—Coincido con Karolina. Sería de ayuda. Es hora de limpiar su nombre.

—Tened un poco de fe, ¿vale? —dijo Emily.

—¿Fe?

—¿No has dicho que en diez años Graham nunca ha llevado a Harry a una cita médica? ¿Ni ha ido a más de un partido de béisbol por temporada? ¿Ni lo ha llevado a ningún sitio? ¿Ni se sabe el nombre de sus amigos? ¿Ni va a las reuniones de padres y profesores?

Karolina asintió y se enjugó las lágrimas.

—Entiendo que no soy precisamente una autoridad en crianza, pero todo eso suena bastante básico para mí. Cosas que el 90% de los padres decentes hacen.

—Sí, pero…

—¡Deja de defenderlo! Me pregunto qué es lo que pretende hacer con todo eso. ¿Va a convertirse de repente en el padre del año ahora que tú no estás? No parece probable.

—Bueno, sí, pero ahora la tiene *a ella* —dijo Karolina, agitando el ejemplar de *People.*

—Claro, y todo el mundo sabe que los chicos de doce años aceptan sin problemas a las madrastras nuevas. —Emily dio otra calada, a la que siguió un sorbo de vino—. Va a querer sus propios hijos, no quedarse con el tuyo.

Karolina abrió los ojos como platos.

—¿Me equivoco?

—No, claro que no. Es joven.

Karolina rellenó el vaso.

—¿A menos que el problema sea de él? —sugirió Emily. En cuanto salieron las palabras de su boca, se arrepintió de haberlas dicho, porque no había nada que le apeteciera menos que enzarzarse en una larga conversación sobre la infertilidad de Karolina. Sabía que su amiga lo había intentado todo, desde la acupuntura a los cristales clomifenos, además de múltiples rondas de inseminación artificial, y nada había funcionado.

—Ojalá —dijo Karolina con una amargura transparente—. Le han hecho las pruebas dos veces. Soy yo.

—¿Y cuál es tu problema?

Karolina la fulminó con la mirada.

—¿Cómo? No quería decir nada malo. No estoy… muy informada sobre estos temas.

Karolina suspiró.

—Lo llaman «infertilidad inexplicable». Le han hecho miles de pruebas a mis óvulos y están bien, solo tengo un poco baja la progesterona, pero no era nada imposible de manejar, y tampoco tengo endometriosis, ovario poliquístico ni…

Emily alzó la mano. Estaba intentando no parecer asqueada, pero no estaba segura de tener éxito.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Solo no he logrado quedarme embarazada. No he tenido abortos espontáneos. Nada. Nunca he dado positivo en un test de embarazo. Incluso con la fecundación *in vitro*, nunca hemos tenido un embrión viable, así que tampoco pudimos recurrir a la gestación subrogada.

—Lo siento mucho —dijo Emily. Le resultaba difícil imaginar que alguien se esforzara tanto en quedarse embarazada cuando ella misma se había dejado la piel en hacer justo lo contrario.

—Ahora ya no importa porque tengo a Harry. O lo tenía.

—¡Y volverás a tenerlo! —Emily le tocó el brazo a Karolina con suavidad—. Confía en mí, Lina. Todo esto es pura fachada para Graham. Solo han pasado un par de meses. Necesitamos dejar que todo esto avance.

Emily agarró el ejemplar del *Post* y fue a la página seis antes de pasárselo a Karolina.

—¡Mira!

—No me lo creo —dijo Karolina—. Han hecho justo lo que dijiste.

—Es la prensa. No tienen tanto misterio. Te han arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol. Eres una persona importante por mérito propio, casada con un senador de los Estados Unidos. Por supuesto, todo el mundo quiere verte arrepentida. Primer paso, rehabilitación encubierta. ¡Hecho! El segundo paso es un cambio radical de imagen, y el tercero, una aparición muy mediática en la que anuncias a todo el pueblo estadounidense lo arrepentida que estás y pides perdón.

—¿Cómo de mediática? —Karolina parecía alarmada.

—Como *Ellen*. *The View*. *Good Morning America*. Algo potente.

—Santo cielo.

—¡Has participado seis veces en el desfile de Victoria's Secret!

—Siete.

—¡Casi desnuda! Ante los ojos de todos los pervertidos, adolescentes y maridos aburridos del mundo occidental. ¡No me creo que *Good Morning America* te ponga nerviosa!

—No, lo que me inquieta es salir en la televisión nacional y mentir sobre mi alcoholismo inexistente.

Emily se encogió de hombros.

—¡Estados Unidos quiere perdonarte! Perdonamos a Hugh Grant lo de las prostitutas. A Ben Affleck por revolcarse con la niñera. Incluso a Brad por ponerle los cuernos a Jen. Sin duda, también podemos darte una segunda oportunidad a ti.

El rostro de Karolina enrojeció hasta adquirir un tono alarmante.

—Madre mía, lo odio tanto…

—Emily se ocupará del factor público —dijo Miriam—, pero yo no pienso permitir que un crimen falso manche tu expediente.

Emily asintió.

—¿Ves? Y en cuanto hagas el cambio de *look* y des una entrevista que muestre a todo el mundo lo sana y simpática que eres, te afiliaremos a una causa. La opción más obvia es Madres Contra la Conducción Influenciada por el Alcohol, aunque podríamos probar

con Conducción Distraída o algo similar. Haremos que estés en la junta de alguna asociación prestigiosa cuya base esté en Nueva York y, por supuesto, celebrarás un evento en el Club de Navegación de Greenwich. Sería un detalle muy elegante que felicitaras públicamente a Graham y Regan por su compromiso. Eso vendría de perlas. ¿Y después? No habrá problemas. Mientras tanto, contrataremos a un consultor de redes sociales decente, y le vamos a enseñar a todo el mundo quién eres en realidad.

—¿Y quién soy en realidad?

—¿Te acuerdas de lo que te comenté sobre engordar un poco y cambiar tu imagen? Creo que deberías cortarte el pelo a los hombros.

Karolina se estremeció.

—Para.

—¡Lo digo en serio? ¿Quieres que tu cabello mande el mensaje de que eres una seductora borracha o una mamá de confianza? Porque ahora mismo está gritando lo primero. —Emily se sintió mal por la mera sugerencia de que Karolina debería cortarse aquella larga y preciosa melena, pero en fin, tiempos drásticos…

—Eso es una locura.

Emily asintió y le puso la mano a Karolina en la muñeca, que cada vez era más pequeña. El estrés le estaba pasando factura.

—Oye. Puedo cambiar tu imagen y va a funcionar. Pero si de verdad vas en serio con la custodia o… —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Si quieres limpiar tu nombre, necesito que me cuentes los trapos sucios que te estás guardando. A juzgar por ese mohín en los labios, es un bombazo.

—No es nada.

—¡A él no le tembló el pulso al arruinarte la vida!

—No es… No es tan simple, Emily. Tengo que pensar en Harry.

—Yo lo entiendo —dijo Miriam.

—Estoy segura de que Graham no está teniendo en cuenta el bienestar de Harry en todo este asunto, así que no sé por qué tú sí.

—Claro, no podrías comprenderlo —le susurró Karolina con la voz temblorosa—. No eres madre, Emily. Sé que piensas que es una minucia burguesa o lo que sea, pero ¿no entiendes que no puedo

vengarme de Graham si eso implica herir a mi hijo?

Emily pensó al respecto durante un instante.

—Así que hay algo.

—Emily, déjala en paz —dijo Miriam.

Karolina se levantó.

—Hemos terminado. Elegid las habitaciones de invitados que prefiráis. Todas están limpias.

—¡No hemos terminado! —gritó Emily, pero Karolina ya había salido.

Exhaló un suspiro bien alto.

—Eres demasiado dura con ella —le dijo Miriam, mientras recogía el abrigo y el bolso—. Imagina por lo que está pasando.

Emily se masajeó las sienes.

—Me voy. Te llamo mañana —dijo Miriam.

Cuando Emily oyó cerrarse la puerta principal, encendió otro cigarrillo. Los niños no hacían más que complicar las cosas. La noche que había conocido a Miles, se habían metido en la cama borrachos después de un evento solidario. Él se había despertado angustiado a las seis de la mañana, pensando que la había dejado embarazada.

—¿Que tienes qué? —le había preguntado, con la cabeza apoyada en el brazo.

—Un DIU.

—¿Es como la píldora?

—No, no es como la píldora. ¿En serio? ¿Nunca has oído hablar del DIU? Los hombres lo tenéis muy fácil.

—Bueno, ¿es tan seguro como la píldora? —Parecía muy preocupado—. Porque desde luego no quiero un niño. No me malinterpretes. Claro que voy a querer niños más adelante. Pero ahora mismo, no.

»Un compañero de la universidad tuvo un rollo de una noche con una azafata de United en una escala en Chicago. Tenía veintidós años. Ni siquiera sabía el nombre de la chica. Ella lo buscó en el manifiesto del vuelo ocho semanas más tarde y lo llamó de repente. No esperaba nada, pero se habría sentido mal de no informarle de que iba a tener un hijo.

Emily alzó las cejas.

—¿Me estás comparando con una azafata?

—¡Ahora tiene un hijo de catorce años! Es una locura.

—No te preocupes. No voy a quedarme embarazada próximamente. Ni en toda mi vida.

—¿No quieres hijos?

—Claro que no. ¿Y tú?

Miles entrecerró los ojos, y dio la casualidad de que pareció adorable al hacerlo.

—Pues sí.

—Mmm, quizá —había dicho Emily, pero solo para que él no creyera que era una zorra despiadada sin instinto maternal cuando acababan de conocerse. ¡Y no lo era! ¿Una zorra despiadada? De vez en cuando. Pensaba que los bebés eran bonitos, ¿y quién no? A veces le gustaba sostener los de otras personas, si olían bien. ¿Y la ropa? Era para morirse. La maravillosa camiseta sin mangas de piel de Chloé que acababa de ver en Bergdorf y un par de *leggings* de Ralph Lauren para montar. Todo era increíblemente adorable en tamaño mini. Pero ¿acaso iba a tirar su vida y su carrera a la basura por una criatura llorona, meona y babosa que sin duda crecería para odiarla tanto como ella odiaba a su propia madre? Mierda, no. ¿Por qué a todo el mundo le costaba tanto entenderlo?

Apagó lo que le quedaba del cigarrillo y le escribió a Miles.

¿Estás despierto?

Su marido le respondió de inmediato.

Aquí son las 11 a. m. Sí, estoy despierto.

Nunca me acuerdo.

Doce horas de diferencia. No es duro.

Lo sé, lo sé. Estoy trabajándolo.

¿Estás en casa de Miriam?

Ahora estoy en la de Karolina. Uno de los niños se ha puesto malo, así que me he fugado. Pero no importa, aquí se está mejor. 0 perros, 0 niños, más alcohol. ¿Cómo te va?

Hablando de niños…

Hubo una pausa seguida de tres puntitos que indicaban que Miles estaba escribiendo. *Ahí viene,* pensó Emily.

Me acaba de llegar un correo de Betsy. ¡Va a dar a luz en octubre! ¡Mellizos!

Guau. Me alegro por ellos.

En cuanto lo pidas, seremos los siguientes.

Emily se hizo una selfi con el paquete cigarrillos Parliament y se la envió.

Contempló la pantalla durante unos minutos: sin respuesta. Tiró el móvil a un lado del sofá. Después se lo pensó mejor y volvió a agarrarlo, se subió la camiseta y se fotografió los pechos desnudos. Se recortó la cara por si Miles estaba en una reunión o algo y la envió.

Tres puntos. Emoji de pulgar hacia arriba.

¿Solo eso? ¿Un puto *emoji*? ¿En eso se había convertido su matrimonio cuando intentaba pedir perdón con una sesión de *sexting?*

Emily entró en el álbum de fotos del móvil y volvió a seleccionar la imagen. Esta vez usó una aplicación de edición para quitar algo de piel fofa junto a la axila y acentuar un poco el escote. Volvió a recortar para centrar más el pecho izquierdo, el más grande, y puso la foto en blanco y negro para ocultar pelitos salvajes y pecas. Después, pasó el dedo por los contactos hasta encontrar el número que le había dado Alistair la noche de la fiesta sexual marroquí, o como denominaran a ese esperpento, y pulsó el botón de «enviar». *Al menos él sí sabrá qué hacer con la foto de una mujer guapa desnuda*, pensó mientras se recostaba en el sofá a la espera de su respuesta.



20
Hazlo parar

Miriam

Había un Le Pain Quotidien en Greenwich, por supuesto; de hecho, había dos, pero por algún motivo le sentaba mejor dar sorbos a un *latte* de leche entera sobre el incómodo taburete de un local abarrotado en West Village. Miriam contempló a la gente apelotonada en los asientos y sonrió. Algunos llevaban carritos, sí, pero muchos otros tenían portátiles, bolsas de repartidores y cascos de bicis. Había hombres. Y gente que hablaba lenguas extranjeras. Todos los tonos de cabello y piel imaginables. La estancia parecía canturrear mientras los clientes se reunían, trabajaban, hacían lluvia de ideas, discutían. La energía era palpable de una forma que no existía en la calle principal de su ciudad, donde las mesas más grandes nunca estaban ocupadas y las únicas clientas que se quedaban allí vestían ropa de deporte y hacían tiempo hasta la hora de recoger a los niños del cole.

Había ido en tren a su examen de la vista anual y llevaba la bolsa de tela llena de facturas y extractos de las cuentas de Karolina, con la idea de aprovechar el viaje a Manhattan para trabajar en una cafetería de por allí. Y sí, también hacer algunas compras, lo que la había llevado a West Village, donde tenía la esperanza de convencer

a Paul de comer una hamburguesa rápida en Corner Bistro antes de volver a Connecticut.

—¿Miriam? ¿Eres tú? —preguntó una voz familiar tras ella.

—¡Stephanie! ¡Hola! Dios mío, ¡cuánto tiempo! —Miriam se levantó de un salto del taburete y casi lo vuelca, antes de abrazar a su antigua compañera. Ambas habían empezado su carrera como adjuntas después de la facultad de Derecho, hasta que Stephanie comenzó a trabajar para la MTV de forma presencial un par de años más tarde.

—Tienes muy buen… aspecto —dijo Stephanie.

—Mentirosa. —Miriam se echó a reír—. Peso como diez kilos más. Ven, siéntate.

Stephanie estaba muy guapa y profesional con un traje a medida de Theory que realzaba su suave piel bronceada, una blusa de seda, tacones altos y unas ondas tan elásticas que habrían sido la envidia de Kate Middleton. Se deslizó entre Miriam y un hípster con cara de perro que llevaba un casco del tamaño de un cuenco de cereales. Se giró hacia Miriam.

—Solo tengo un minuto antes de volver a la oficina para una llamada grupal, pero ¡me alegra tanto verte!

—¡Y yo a ti! —dijo Miriam—. ¿Sigues en MTV?

—Sí, aquí seguimos. Me he escapado para arreglarme el pelo porque tengo un evento en Gagosian esta noche y no me va a dar tiempo después del trabajo. Ya sabes cómo va esto. —Stephanie arrugó la nariz—. Oye, ¿y qué estás haciendo por aquí?

Tuvo la delicadeza de no hacer comentarios sobre la vestimenta de Miriam: vaqueros rotos, para los que de repente se sentía muy mayor, en conjunto con un jersey y unas botas de la temporada pasada. Planas, por supuesto, para caminar por la ciudad.

—¿Yo? Estoy haciendo un poco de papeleo mientras espero a Paul. Tenía una reunión en la ciudad, así que me va a llevar a Connecticut. Esta tarde tenemos una reunión de padres y profesores.

¿Por qué estaba parloteando tanto? ¿No podía haberse quedado con lo del «papeleo»?

—¿Connecticut? ¿Qué dices?

Miriam se rio, incómoda.

—Oh, ¿no lo sabías? Dejamos la ciudad en otoño. Para que los niños tuvieran un jardín, ya sabes.

—¡No tenía ni idea! Guau. Es increíble. Desde que tuvimos a Dashiell, he querido dejar la ciudad, pero me da miedo lo pesado que sería venir todos los días al trabajo. Apenas lo veo ahora mismo, y eso que vivo en el Upper West Side. ¿Cómo lo estás llevando?

Miriam sintió cómo le sobrevenía un acaloramiento en el pecho.

—En fin… Ahora, eh, no estoy trabajando.

Stephanie se llevó la mano a la boca.

—¡Lo siento mucho! Había oído algunos rumores sobre Skadden, pero nunca pensé que fueran a afectarte. Como eras socia y todo eso…

—No me han echado.

Stephanie puso los ojos como platos.

—¿Lo has dejado tú?

—Sí —dijo Miriam con más convicción de la que sentía—. Paul vendió su compañía, y pensé que sería bueno para la familia si…

—Claro —dijo Stephanie—. Tiene mucho sentido. Estoy segura de que volverás al trabajo cuando estés preparada.

—Sí, estoy segura —dijo Miriam, y aunque en la voz de Stephanie no había ni un rastro de condescendencia o envidia, Miriam se dio cuenta de la hipervigilancia con la que había analizado las palabras de su amiga. Había dejado su puesto para quedarse en casa y estar más tiempo con sus hijos. No tenías planes de volver a trabajar, incluso si había días en los que lo añorara tanto como a un miembro amputado.

—Bueno, ¿te acuerdas de lo que pasa cuando te escabulles un momento y todo parece explosionar? —Stephanie alzó el móvil para enseñarle veinte correos nuevos.

Se despidieron, y Miriam tuvo que contenerse para no reposar la cabeza en la mesa. Toda aquella interacción había sido… agotadora. Volvió a centrarse en la pila de papeles. Al ofrecerse a ayudar a Karolina a arreglar todos los documentos legales y financieros del divorcio, se había sentido horrorizada al descubrir que había un montón de facturas no pagadas entre ellos. Karolina le había dado la contraseña de su cuenta *online* para pagar las facturas, y Miriam no

podía creerse todo lo que encontró: facturas de televisión por cable, electricidad, seguro, tarjetas de crédito, reparaciones del hogar, médicos que nadie había saldado, habían expirado o se habían pagado dos veces. Había una de Verizon que se había pagado por triplicado.

Cuando Miriam le preguntó a Karolina al respecto, se encogió de hombros.

—A veces pago yo. A veces paga él. A veces, ambos. Otras, ninguno de los dos. Al final, todo se soluciona.

—¿Por qué no tenéis un contable para que gestione todo esto?

—¿Para qué? Graham se encarga de la declaración de impuestos. Pero ambos pagamos nuestras propias facturas.

—Está claro que no. Muchas de estas facturas han pasado directamente a cobro. ¿Sabes lo malo que es eso para tu crédito?

—¿Y para qué me hace falta el crédito?

Ahí estaba el motivo. Eran demasiado ricos para preocuparse del tema. Demasiado ricos para necesitar una hipoteca o preocuparse de pagar lo mismo tres veces. Repasaría las finanzas de su amiga para organizarlas, pagaría las facturas sin resolver y, lo más importante, se haría una idea de lo que Karolina y Graham tenían de forma conjunta e individual. Se aseguraría de que Graham no tuviera nada guardado en una cuenta en un paraíso fiscal en las Caimanes o en Génova. O de que no tuviera otra propiedad que se le hubiera olvidado mencionar, diablos. Solo Dios sabía hasta dónde sería capaz de llegar ese hombre.

De momento, Miriam había repasado casi todas las facturas de la casa de Bethesda del año anterior, y solo tenía que mirar un pequeño sobre de papel manila. Estaba etiquetado como «Facturas de la familia Hartwell» con una fuente de letra grande, y la dirección del emisario pertenecía al consultorio de un médico de familia en Bethesda. Karolina había explicado que el doctor Goldwyn era un querido amigo de la familia que actuaba como supervisor médico tanto de ella como de Graham, y que la última vez que se había pasado a saludar, la recepcionista le había dado una pila de facturas no pagadas. Miriam comenzó a ordenarlas y pagarlas. La exploración dermatológica de Karolina; el dermatólogo cosmético para sus

tratamientos de bótox y láser; el pediatra de Harry; una cifra exorbitante de la Clínica Mayo para algo denominado «examen físico» de Graham, donde, al parecer, le habían hecho pruebas en todas las células, órganos y membranas del cuerpo; un ortopedista para el brazo roto de Harry; un centro de rehabilitación privado donde Graham se trataba una antigua lesión de la rodilla dos veces a la semana; recibos de la prueba anual de papanicolaou de Karolina. Todo estaba hecho un desastre, pero aun así no era difícil averiguar de dónde salía cada factura. Hasta que Miriam encontró una de la clínica de un cirujano de Manhattan, y necesitó llamar para pedir detalles. Además de tener mal escrito el nombre de Graham, la factura no especificaba el tratamiento, y Miriam no entendía el motivo, puesto que parecía que Graham no tenía condiciones médicas diagnosticadas. ¿Por qué se había reunido con un cirujano en Manhattan? Se le detuvo el corazón un instante: ¿iba a ser aquel el momento en el que descubriera por accidente los planes de Graham de hacerse un *lifting?* Aquello le daría algo de interés al día.

Llamó a la clínica y pidió hablar con Contabilidad. Si tenía que contar una mentirijilla sobre disponer de autorización como abogada para conseguir la información, lo haría sin vacilar. Al fin y al cabo, Karolina le había dado permiso para investigar. Sin embargo, la joven que le respondió parecía aburrida, explotada y sin más interés que colgar lo antes posible.

—Hola, soy la abogada que representa a la familia Hartwell. Karolina Hartwell me ha pedido que ingrese todas las facturas pendientes, y tengo una en la que se lee «No especificado» con el código 394. ¿Podría decirme a qué se refiere?

—Claro, un momento. —La chica de Contabilidad la puso en espera. Volvió unos dos minutos más tarde—. ¿Es la factura 635380101?

Miriam examinó la factura.

—Sí.

Se escuchó el sonido del tecleo a través del móvil.

—Es viejísima. De hace unos cinco años. Y aquí me aparece como pagada al momento del tratamiento. En efectivo, ahora que lo veo, así que no sé ni por qué existe una factura.

Interesante.

—Es de la Cruz Azul. Y ahora que lo menciona, no es una factura, sino un extracto. No me había dado cuenta de que era tan antiguo. Disculpe.

—No pasa nada —dijo la chica, aunque no sonó convincente.

—Solo una cosa más: ¿cuál fue la intervención en cuestión? Tengo que asegurarme de estar apuntándolo todo bien —dijo Miriam, encadenando una serie de palabras sin sentido con lo que esperaba que fuera una voz autoritaria.

—El código que aparece es para una reparación laparoscópica de hernia inguinal.

—Oh, vale —dijo Miriam, incapaz de esconder la decepción en la voz—. Gracias por su ayuda.

Estaba a punto de colgar cuando la chica dijo:

—Espere. Oh, no importa, no es nada.

—¿Qué has visto?

—Aquí dice que también se hizo una vasectomía, pero no incluyeron el código por separado, así que no aparece en el extracto. No es nada extraño. Últimamente, mucha gente se hace vasectomías junto a cirugías laparoscópicas. No es para llevarse las manos a la cabeza.

Miriam casi tira al suelo el móvil, pero inhaló hondo y se obligó a conservar la calma mientras la chica seguía hablando. Agradeció el golpe de suerte de que aquella chica nunca hubiera oído hablar de las leyes de confidencialidad médicas.

—¿Estás segura?

—Sí, lo dice aquí mismo. Diecinueve de octubre, 2013. Realizada por el doctor Hershberg en Mount Sinai a las ocho y media de la mañana.

—Lo entiendo. Muchas gracias. Ha sido de gran ayuda. —Miriam colgó rápidamente antes de decir algo sospechoso.

Era incomprensible. Si hubiera estado sentado frente a ella, lo habría asesinado.

Violó todos los huesos éticos y profesionales de su cuerpo y llamó a Emily en lugar de a Karolina tras pensárselo un poco.

—¿Por qué me *llamas*? ¿Qué es tan importante como para no

hablarlo por chat?

—Graham se ha hecho una vasectomía.

—¡Qué dices!

—¡Una vasectomía! ¡Le han dado el tijeretazo! De forma permanente.

—¿Cómo te has enterado?

—Acabo de hablar con la oficina del médico. Lo hizo *hace cinco años*. ¡Mientras Karolina intentaba quedarse embarazada! ¡Se estaba haciendo la fecundación *in vitro*!

—Mierda, es un desgraciado.

Miriam golpeó la mesa con tanta fuerza que se le volcó el café. La gente la miró, pero no le importó.

—Karolina no lo sabe todavía. Eres la primera a la que llamo.

—Ni lo sueñes, Miriam. No lo haré. Has perdido la cabeza si piensas que voy a encargarme de contárselo.

—¡Querías los trapos sucios!

—Eres su abogada. Y una amiga de la infancia. ¡Yo soy la puta consultante de imagen! ¿Crees que debería ser yo la que le hablara del tijeretazo sorpresa de su marido?

—Emily, solo digo que *las dos* la estamos ayudando a recuperarse, así que deberíamos contárselo juntas.

Emily rio. Sin alegría alguna.

—Gracias, pero no. ¿Acaso te dije yo que me tropecé con el marido de Ashley subido encima de una adolescente? Tengo una estricta política de cero dramas. Ni se te ocurra.

—Espera… ¿cómo?

—¿Ashley? ¿Tu amiga?

—Sí, lo sé. Pero… ¿has visto a su marido tonteando con una adolescente?

—No.

—Estoy confusa.

—No estaban tonteando, sino teniendo sexo. Perdona que sea tan directa, pero no hay otra manera de describirlo.

Miriam apoyó la cabeza en la palma. De pronto le dolía mucho un lado de la cabeza.

—¿Estás segura? ¿Dónde? ¿Por qué no me lo dijiste?

—En esa fiesta tan rarita a lo *Eyes Wide Shut* a la que me arrastró. Y no te lo he contado porque no quiero involucrarme en lo que sea que esté pasando. Pero era él.

—Dios mío. ¿Y qué hago? —gimió Miriam.

—¡Nada! ¡No hagas nada! No tiene nada que ver contigo. Si se divorcian, te odiará porque se convencerá de que es culpa tuya por lo que sea, por irracional que suene. Y si siguen juntos, te odiará porque sabes algo humillante sobre ella. Créeme. Lo único que puedes hacer es fingir que no sabes nada en absoluto.

—Ya le preocupa que la esté engañando. Ha encontrado su dirección de correo electrónico en la página de los usuarios filtrados de Ashley Madison.

—Qué sorpresa.

—¡Emily!

—No hagas nada. Sin embargo, a Karolina sí se lo vas a tener que contar. Siempre me ha dado la impresión de que no odia a Graham tanto como debería, teniendo en cuenta todo lo que le ha hecho. Esto será de ayuda. Además, eres su abogada.

A Miriam se le cayó el estómago a los pies. Sonó el timbre de una llamada en espera.

—¿Em? —preguntó—. Es Paul. Tengo que irme.

—De acuerdo. Cuéntame cómo va todo.

Miriam cambió de llamada.

—¿Paul? Hola, ¿dónde estás?

—Fuera. Estoy en doble fila, ¿puedes salir?

—Necesito un segundo para guardar las cosas.

—Si no estoy aquí, he ido a dar una vuelta a la manzana y volveré enseguida. —Y le colgó.

Su marido había llegado casi media hora antes y Miriam todavía tenía cosas que hacer, pero guardó el portátil y los documentos y tiró el café. Paul no estaba allí cuando salió a la acera, pero volvió un minuto después. En el Maserati rojo. Con el techo abierto a pesar del frío que hacía y la música a todo volumen. Al menos una decena de personas a ambos lados de la calle Bleecker se giraron a mirar.

—¿No puedes apagarlo? —preguntó Miriam, intentando no sonar tan molesta como se sentía.

—Sería un crimen apagar un sistema de sonido como este —dijo Paul, sin percatarse de su irritación.

—Todo el mundo *nos está mirando.* —Sabía que estaban en Nueva York y que a nadie le importaba lo que condujeran su marido o ella, pero odiaba llamar tanto la atención.

—¿Y qué más da? Súbete antes de que nos pongan una multa.

Miriam arrojó la bolsa del portátil al asiento trasero, donde no cabía mucho más, y se subió al de delante. El cuero era frío pero blando, y la música le latía en el pecho.

Paul se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Hola.

—Hola. ¿Sigues queriendo ir al Corner Bistro? Me muero por una hamburguesa decente.

—No puedo —le respondió—. Tengo una llamada antes de la reunión del colegio.

Empezó a moverse entre los coches y los taxis de una forma agresiva, de un lado a otro del carril sin poner el intermitente ni preocuparse por el derecho de paso.

—Paul…

—¿Qué pasa? Estoy conduciendo como un neoyorquino.

No dijeron nada más hasta que estuvieron en la autopista West Side, tras pasar los Embarcaderos de Chelsie y el descampado gigante donde la ciudad almacenaba todos los coches que se había llevado la grúa. Finalmente, se detuvieron en un semáforo en rojo junto al museo Intrepid.

—¿Podemos subir el techo? Me estoy muriendo de frío —dijo Miriam.

Paul no parecía contento.

—Claro.

Pulso un botón y el descapotable empezó a hacer lo suyo de inmediato.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Paul la miró un instante. ¿Parecía nervioso? ¿Dubitativo? ¿O se lo estaba imaginando todo Miriam?

—¿Qué sabes sobre Eric?

Entornó los ojos de forma casi imperceptible, pero mantuvo los

ojos fijos en la carretera.

—¿A qué te refieres en concreto?

—Paul.

—¿Qué? Era una pregunta muy vaga. En realidad, no lo conozco tan bien. Se ha esforzado en ser amistoso. Me ha llamado para que me una a las noches de póker y ese tipo de cosas. Ya lo sabes.

—Sí, pero te ha dicho algo sobre… ¿Ashley y él?

Paul sonrió.

—Ya te lo he dicho otras veces, cariño. Los hombres no hablan de esas cosas. No nos sentamos a discutir sentimientos. O nuestros matrimonios.

—¿Así que no sabes… nada?

Paul centró la vista en la carretera, pero Miriam habría jurado que había parpadeado durante un instante.

—¿A qué te refieres? ¿A si es feliz o no con ella? No.

—¿O si la está engañando?

Paul agitó la cabeza.

—Solo es un vecino de la ciudad. Ni siquiera lo llamaría «amigo». No te digo que la esté engañando o no, pero a mí no me ha dicho nada. ¿Por qué?

—Por nada.

—Sea lo que fuere, no te involucres. Esas cosas nunca terminan bien.

—Eso es justo lo que me ha dicho Emily.

—Entonces, es más lista de lo que parece.

Miriam valoró la política de no inmiscuirse de Emily. Si Paul la estuviera engañando, le gustaría saberlo, ¿verdad? Aunque se le ocurrían unos cuantos escenarios en los que preferiría seguir en la inopia. ¿Cómo iba a decidir si Ashley quería o no saberlo? Suspiró, sin que Paul diera muestras de percatarse, y el resto del camino transcurrió en silencio.



Más tarde, aquella noche, mientras Miriam acostaba a Benjamin, su hijo le pidió que se metiera con él en la cama para abrazarlo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se lo había permitido? ¿Seis meses? ¿Más? Acomodó la cara en el cuello de su hijo y aspiró su aroma. Algunos días como ama de casa quería golpearse la cabeza contra la pared a causa de la monotonía, pero no podía negar lo mucho que la reconfortaban momentos como aquel. Momentos que no solían darse cuando trabajaba ochenta horas a la semana.

Al cerrar la puerta, Paul la esperaba en el pasillo.

—¿Ya están acostados los mellizos? —preguntó.

Su marido asintió.

—Voy a pasar un par de horas en el ordenador. Tengo que ponerme al día con cosas del trabajo.

Miriam guardó silencio un segundo.

—¿Y qué pasa con la cena? He traído suficiente sushi de Yama a casa para alimentar a diez personas.

—La verdad es que no tengo hambre.

¿Hora de rastrear tu cuenta de Ashley Madison?, pensó. Se obligó a actuar con normalidad, así que se puso de puntillas y le rodeó el cuello, con la esperanza de una reconciliación rápida, pero él se escabulló y murmuró algo sobre una llamada.

—Incluso nuestro hijo me deja besarlo —murmuró, pero su marido fingió no escucharla y fue al piso de abajo. Miriam se quedó allí, sin saber qué hacer, cuando le sonó el móvil.

—¿Miriam? —Emily parecía falta de aliento, en pánico—. Tienes que venir lo más rápido que puedas. Estoy en casa de Karolina. ¡Ahora!

La llamada se desconectó. Miriam intentó llamar tanto a Emily como a Karolina de inmediato, pero le saltó el contestador.

Dios mío. ¿Se habría tomado Karolina un bote de pastillas o algo así? ¿Debería llamar a la policía? No, Emily era capaz de llamar al 911. Sin duda, aquel era el tipo de emergencia en el que hacía falta una amiga. Le envió un mensaje apresurado a Paul, sacó del frigorífico la bolsa de Yama y se metió en el coche.

Apenas recordaba el trayecto en coche a casa de Karolina. Se abrió paso a través de la puerta principal y la vio en el vestíbulo, con apariencia sorprendida.

—Ay, cariño. Lo siento tantísimo… —dijo Miriam, abrazándola. Karolina se quedó allí, con una rigidez casi irreal.

—¿Por qué has venido? —preguntó Karolina.

—Oh, Emily me ha llamado y me ha dicho que necesitabais… que os gustaría… tener compañía. —Sostuvo la bolsa en alto—. Os he traído sushi de Nueva York.

Karolina arrugó su perfecta naricita.

—Mmm, vale. La limpiadora suplente se ha apiadado de mí y ha preparado salmón. ¿Sabes que la pareja de encargados de mantenimiento que vivía aquí se ha mudado con su hija? No me apetecía su compañía, pero ahora que se han ido, quiero que vuelvan.

Miriam miró a su amiga. Tenía unas leves manchas oscuras bajo los ojos, pero aparte de eso parecía tan preciosa y elegante como siempre, con un pantalón de correr ajustado, una camiseta corta que dejaba al aire el ombligo y se le deslizaba por el hombro y un moño adorablemente despeinado.

—Bueno, parece que estás bien… —murmuró Miriam.

—Gracias, supongo —dijo Karolina.

Emily apareció en el umbral tras Karolina y se llevó un dedo a los labios.

Karolina movió la cabeza de una amiga a otra.

—¿Qué está pasando?

Emily no dijo nada. Karolina se giró hacia Miriam.

—¿Por qué has venido? ¿Qué es tan espantoso para que estéis actuando de esa forma?

Miriam sintió un peso en el estómago. Habría podido *matar* a Emily.

—¡Menuda zorra! —dijo, señalándola.

Esta se encogió de hombros.

—Debería escuchar algo así de los labios de una de sus amigas más antiguas, no de una tipa que acaba de conocer.

—Dios mío, me estáis asustando. ¿Está bien Harry?

—No, no, no es sobre Harry. Pero ¿por qué no hablamos esto como la gente razonable, con una copita de vino y sushi? —propuso Miriam con la voz tranquilizadora con la que hablaba a los niños

pequeños.

Pero Karolina no se movió.

—Nadie se mueve de aquí hasta que no me entere de esa cosa tan horrible que ha hecho que vengáis las dos a contármelo.

—Graham se hizo una vasectomía hace cinco años —soltó Miriam. Pareció salir de su boca en contra de su voluntad.

Se hizo un largo silencio.

—Eso no es verdad —dijo Karolina, que parecía menos enfadada que confundida.

—Sí que lo es —dijo Emily.

Miriam vio cómo los ojos de Karolina se anegaban mientras la miraba directamente.

—Es verdad —le dijo con gentileza—. Lo siento mucho. He llamado a la clínica del médico para intentar conciliar una factura vieja. Me dijeron la fecha exacta, la hora y el cirujano que hizo la operación.

—Eso es imposible —dijo Karolina—. Le han hecho pruebas dos o tres veces. Y siempre le han dicho que su esperma estaba bien y que el problema debía ser…

Hubo una breve pausa mientras parecía procesar todo aquello y entonces, sin ningún aviso, Karolina vomitó en el suelo. Emily debió de vérselo venir, porque saltó hacia atrás como una gimnasta, pero Miriam no tuvo sus reflejos y se le mancharon las zapatillas. Se las quitó junto a los calcetines, por si acaso, antes de tomar la mano de Karolina y llevarla al salón.

—Venga, siéntate. Voy a limpiar esto y a traerte agua.

—Te ayudo —dijo Emily, que se apresuró a ir a la despensa a por agua embotellada y dejó que Miriam limpiara el vómito.

Cuando volvieron, Karolina se había dejado caer sobre un extremo del sofá y tenía un aspecto un poco verdoso. Aceptó el agua, pero no hizo esfuerzos por abrirla.

—He intentado clomifeno y hierbas, me he tomado la temperatura basal, he recurrido a la acupuntura y me he hecho pruebas de secreciones vaginales… ¡Dios santo! Siete inseminaciones intrauterinas, dos extracciones de óvulos y tres rondas de inseminación artificial. He pasado cuatro años de mi vida en clínicas médicas, en las que me han toqueteado, pinchado e inyectado. Me

ha metido la mano tanta gente que ya ni me daba cuenta. Todos esos debían de saber que el esperma de Graham era inútil, y mintieron para salvarle el culo. Acudía a una adivina que me cobraba doscientos dólares la hora. Un psiquiatra. Y todo este tiempo, ¿Graham *sabía* que nada de eso iba a funcionar?

Nadie se movió.

Miriam le dio a Karolina una palmadita en el hombro.

—Vamos a hablarlo.

—¿Hablar? —dijo Karolina, mirando a Miriam directamente a los ojos—. No, ya no quiero hablar. Voy a ir a la habitación a prepararme para la cárcel, porque voy a ir a buscar un cuchillo para cortarle los huevos a ese cabrón.



21
Mascando alprazolam como si fuera chicle

Karolina

Karolina se incorporó de un salto en la cama. El reloj rezaba las 2:22 a. m. *¡Pide un deseo!* El pensamiento apareció en su cabeza de forma automática. *Deseo que Graham muera*. De pronto no le parecía tan difícil entender el motivo por el que la gente corriente, que cumplía con la ley, asesinaba a otros a sangre fría. Graham y ella se habían peleado muchas veces, y Karolina había experimentado todos los niveles de furia hacia él, pero esto era diferente. Esto era *odio*.

¿No debería un par de pastillas de alprazolam durar más de dos horas? Debería haberse sumido en una feliz inconsciencia al menos hasta las cinco. Pero era como si las pastillas hubieran intensificado lo que sentía en lugar de dejarla fuera de combate: el corazón le latía de forma arrítmica, y tenía todo el cuerpo cubierto de una ligera capaz de sudor. ¿Cómo diablos iba a dormir cuando aquel monstruo le había arruinado la vida?

Lo que pasó a continuación no fue el resultado de una decisión consciente o incluso racional; Karolina apenas recordaba haberse

duchado, ni haberse puesto los vaqueros y un jersey, y desde luego no estaba segura de estar despierta mientras vagabundeaba por la cocina en busca de tentempiés para el viaje y botellas de agua que metió en una bolsa. Por eso, probablemente, casi le dio un infarto cuando las luces se encendieron a su alrededor.

—¿Qué coño haces? —preguntó Emily, entrecerrando los ojos. Llevaba una camiseta corta, un tanga de Hanky Panky y una mascarilla de seda en la frente.

Karolina se dio la vuelta.

—Déjame en paz.

—Sin problemas —dijo Emily.

—No es asunto tuyo.

Karolina sacó una Coca-Cola *light* del frigorífico.

—Si te dejo irte a sabiendas de que vas a matarlo, también me arruinaré la vida. No estoy segura de cómo sucederá, pero sin duda me arrestarán por ser cómplice o algo así. Así que ¿podrías hacerme el favor de dejar el numerito de psicótica y atenuarlo hasta el nivel de locura habitual?

Karolina se detuvo y miró a Emily.

—¿De verdad duermes con un *tanga*?

Emily miró hacia abajo.

—¿Y qué voy a ponerme si no?

—Seguro que Regan también duerme en tanga. No, no, qué estoy diciendo. Probablemente duerme con uno de esos camisones de *La casa de la pradera* que te hacen parecer una adolescente virgen. Una colegiala inocente, excepto por el hecho de que se acuesta con el sociópata de mi marido.

El simple hecho de pronunciar la palabra «marido» hizo que se le acelerara el corazón.

—Ahora en serio, ¿por qué estás preparando una bolsa a las tres de la mañana?

—No es asunto tuyo.

Karolina intentó pasar de largo junto a Emily de camino al umbral, pero su amiga estiró el brazo para impedirlo.

—Ya me lo has dicho antes. No puedes ir a asesinar a Graham. Da mala imagen. ¡En la nueva encuesta de Quinnipiac le has ganado en

popularidad a Bella Hadid! Recuerda: los sentimientos no entienden de hechos. A la gente le importa la manera en la que los haces *sentir*. Matar a Graham no es un bonito final para esta historia; al menos no para el público general.

La risa de Karolina sonó casi maníaca.

—No voy a matarlo. Solo necesito… hablar con él.

—Vaya, vaya. Hablar. Estoy segura. ¿Y has pensado en cómo va a reaccionar Harry cuando te cueles en la casa en mitad de la noche y te lances como una fiera contra su padre?

Karolina se detuvo. No había pensado en Harry. Emily la llevó del brazo a la mesa de la cocina y le sirvió una copa de vino blanco frío.

—¿No deberías prepararme una infusión de camomila o algo así?

—Oh, claro. El té lo soluciona todo. —Emily se sentó junto a ella con su propia copa de vino—. El único motivo por el que no te he servido vodka es porque te he visto mascando alprazolam como si fuera chicle hace un par de horas. Y no queremos que te dé una sobredosis, igual que no queremos que asesines a Graham.

De algún modo, Karolina se las apañó para reírse. Emily podía hacer reír a cualquiera.

—Tenías la intención de subirte al coche, conducir a Bethesda y aparecer en tu antigua casa como una chiflada, ¿con qué propósito? ¿Dispararle? ¿Rebanarle el pescuezo? —dijo Emily, dándole un sorbo al vino.

—Espero que me conozcas lo suficiente para saber que, si quisiera matar a Graham, al menos contrataría a alguien.

—Bueno, eso es un alivio.

Emily sonrió.

Ambas dieron otro sorbo. Karolina sintió cómo se le ralentizaba el pulso.

—Es hora de que me cuentes esos trapos sucios que no querías divulgar antes —dijo Emily.

—Es demasiado horrible para resultar delicioso. Es muy, muy triste.

—Me lo apunto. Cuéntamelo de todas formas. Puedo trabajar con los asuntos horribles.

—Tienes que jurarme que no…

—¡Basta ya! —dijo Emily—. La próxima vez que tengas el impulso

de protegerlo, quiero que recuerdes con todo lujo de detalles cómo te has estado inyectando hormonas y recibiendo anestesia general para extraerte óvulos que iban a fertilizar con agua azucarada.

Karolina se clavó las uñas en las palmas.

—Eso es —dijo Emily—. Ahora, suéltalo.

—Graham estuvo involucrado en un accidente de coche en el instituto —dijo en voz baja—. Solo sé lo que él me ha contado, puesto que no hay nada escrito en ninguna parte, pero tenía diecisiete años y acababa de sacarse el carnet. Estaba volviendo a casa de un entrenamiento de fútbol y una niña de cuatro años saltó de unos arbustos. No tuvo tiempo de pisar el freno. Fue instantáneo.

—¡No!

—Los padres eran amigos de la familia y estaban en el porche de los Hartwell tomando cócteles cuando la niña saltó sobre el coche.

—Dios mío.

Karolina asintió.

—Solo sé que los padres de la niña decidieron no presentar cargos. Todo fue un terrible accidente.

—¿Que no presentaron cargos? *¿Por la muerte de su hija?* No soy abogada, pero no creo ni que exista esa opción. Eso es más que sospechoso. Apesta. Sin duda, llegaron a un acuerdo.

Karolina bebió un poco de agua.

—Lo cierto es que no lo sé. No me ha dado muchos detalles. Al parecer, los padres se marcaron el típico numerito de blancos de clase alta con mucha compostura y le dijeron que se animara un poco y siguiera con su vida. Que era inocente. Que había sido una tragedia, pero que no era culpa suya.

—Eso tiene que joderte la cabeza —murmuró Emily.

Karolina asintió.

—Necesitaba terapia. ¿Y qué recibió? Que lo llevaran al entrenamiento de fútbol al día siguiente y que su padre le echara un sermón sobre la importancia de no perder la concentración.

—Parece una gente adorable —dijo Emily—. Ahora estoy segura de que silenciaron a esa familia a golpe de talonario.

—Graham dice que su madre visita la tumba de la niña en el aniversario del accidente todos los años. No ha faltado ni uno.

Algunas veces se encuentra con la madre de la chiquilla y no hablan siquiera, solo lloran juntas. Es tan terrible…

Emily se había quedado en silencio, pero Karolina se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—No vas a utilizar esto en nuestro plan de venganza —dijo Karolina—. No es más que una terrible tragedia.

—La familia Hartwell (realeza estadounidense, si es que tal cosa existe) probablemente sea cómplice de un encubrimiento de tamaño colosal. ¿A quién han sobornado? ¿Cuáles fueron las circunstancias del accidente? ¿No crees que al público le *interesaría*? —Emily dio otro sorbo de vino, pareció considerar algo y luego vació la copa—. ¿Cuál es tu objetivo, Karolina? Es Harry. Es la custodia. Limpiar tu nombre. Pero no vas a conseguirlo si no tenemos algo a lo que echar mano. Graham y su gente tienen demasiados contactos. Y… tengo que decirte otra cosa.

—Ay, Dios. ¿Qué pasa ahora?

Emily rellenó ambas copas.

—Me dijiste que Graham se niega a entrenar en el gimnasio del Senado, ¿verdad?

Karolina entrecerró los ojos. No recordaba haber mencionado eso.

—Sí. Dice que es demasiado exclusivista. Que todo el mundo habla del trabajo. No es relajante.

—Así que va al Equinox junto a Dupont, ¿verdad?

Karolina asintió.

—Me alegra informarte que Graham ha hecho una amiguita nueva en el gimnasio.

—¿Y eso quiere decir?

—Eso quiere decir que últimamente Graham está fascinado con una morena muy guapa y muy en forma llamada Ana. La semana pasada empezó a coordinar sus visitas al gimnasio con las de ella. Ayer le preguntó si quería que tomaran un zumo después del entrenamiento.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Karolina.

—Porque Ana trabaja para mí.

Karolina abrió los ojos como platos.

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

—La he contratado para seducir a tu marido.

La carcajada de Karolina sonó más bien como un ladrillo.

—Espero que no le estés pagando demasiado, porque es el trabajo más fácil del mundo.

—En realidad, le estás pagando tú, y sus tarifas son elevadas. Pero creo que es justo, puesto que va a conseguir fotos, *sexting*, lo que haga falta.

—¿Has contratado a una prostituta para seducir a Graham?

Emily pareció horrorizada.

—En primer lugar, no he contratado a nadie. Has sido tú. Pero no he contratado a una *prostituta*. Es una antigua agente de policía que ahora trabaja por su cuenta. Hace mucho trabajo corporativo y asuntos políticos. Y tiene una reputación excelente.

Karolina apoyó la cabeza en ambas manos.

—Esto no está sucediendo. Es como un episodio malo de *Housewives*.

—Todos son malos. Pero disiento, ¡es una idea brillante! Sabes mejor que nadie que Graham se baja los pantalones con mucha facilidad; ni siquiera la hija de un presidente y su billete a la nominación demócrata van a detenerlo. Va a autosabotearse de una forma u otra, nosotras solo lo estamos acelerando.

—¿Eso es legal?

—¡Karolina, ubícate! Desde luego, tiene libre albedrío para no acostarse con ella. Pero ¿crees que hay alguna posibilidad de que no lo intente?

—Cero. —Karolina suspiró. ¿Cómo habían llegado a ese punto? Era asqueroso a muchos niveles, pero una pequeña parte de ella se sentía aliviada de que fuera a conseguir su merecido. Un escándalo sexual como el de Anthony Weiner. Humillación pública. Que lo expusieran como lo que era en realidad. Pero ¿qué pasaba con Harry?

—Hoy van a tomar el zumo. Le doy una semana. Las únicas incógnitas son el momento y el lugar.

—Irán a casa de ella —dijo Karolina. Sonaba exhausta—. No es idiota del todo.

—Pienso igual —dijo Emily—. Y por eso una amiga mía ya ha

estado allí para instalar más cámaras que las que unos padres primerizos ponen a la niñera. ¿Cómo crees que pescaron a Jude Law? ¿O a Ben Affleck? ¿De verdad crees que esas supuestas niñeras eran civiles? Ni lo sueñes. Tenían gente como nosotras respaldándolas.

De pronto, Karolina sintió con cada fibra de su ser que eran las tres de la mañana.

Estiró el brazo para recoger la copa de Emily y llevarla al fregadero, pero su amiga se la arrebató y terminó la botella.

—Intenta dormir —dijo Emily—. El vino, el alprazolam, el plan. Deberías estar tranquila por unas horitas.

Karolina contempló a Emily dar otro largo trago. Durante todo el tiempo que habían estado juntas, Emily nunca se había abierto ni contado nada sobre sí misma. Era obvio que su negocio estaba en decadencia. Su marido estaba en Hong Kong. Parecía exhausta y probablemente deprimida.

Karolina estuvo a punto de preguntar, pero se lo pensó mejor.

—¿Qué ibas a decir? —quiso saber Emily.

—No era nada.

—Por favor, no te lo calles.

—No, no era nada importante. Es solo que… ¿Eres feliz?

—¿Cómo? ¿No crees que estoy disfrutando de beber vino blanco refrigerado a las tres de la mañana en Greenwich, Connecticut? Olivia Belle se está apoderando de mi industria, y yo ni siquiera estoy haciendo amigas en los *barrios residenciales*. —Emily se quedó mirando a Karolina—. No te ofendas.

—Escucha, Emily. Te recuerdo de la época de *Runway*. Eras increíble. Había que tener cuidado contigo.

La expresión de Emily se suavizó. Karolina vio el asomo de una sonrisa.

—Mantenías firme a todo el mundo. Las modelos solían hablar de ti, ¿sabes? Nos asustabas.

—Es cierto —coincidió Emily—. Dirigía la vida de esa mujer. Nueva York, París, Milán. Estábamos en todas partes.

—Bueno, ¡nada ha cambiado! Sigues siendo la misma persona. Igual de zorra, imparable e intimidante que la asistente sénior que

recuerdo de *Runway.*

Una expresión extraña cruzó el rostro de Emily.

—Miranda quiere contratarme de nuevo.

—¿De verdad? —preguntó Karolina—. ¿Y qué vas a hacer?

—Dirigir eventos especiales. Lo que básicamente significa dirigir la gala del Met.

Karolina silbó y suprimió el recuerdo de su primera gala con Graham. Había ido vestida de Versace. Su marido había parecido muy apuesto en su traje de Tom Ford. La noche había sido mágica, ¿verdad? ¿O eran ahora sospechosos todos los buenos recuerdos?

—Es un buen plan.

—Sí. Si me lo hubiera ofrecido hace cinco años, habría aceptado de inmediato. Ahora ni me lo imagino. Las horas. El drama continuo de lunes a domingo que es *Runway*. Sí, me traería de vuelta a Nueva York, pero quizá Los Ángeles me haya ablandado. No sé si la mudanza merecería la pena si significa volver a trabajar en ese lugar.

Karolina fue al armario y sacó una caja de té de camomila.

—¿Has pensado que puede que solo estés madurando? ¿Que tus prioridades están cambiando? Lo que en realidad es bueno. —Llenó una taza con agua hirviendo de la tetera instantánea y la puso frente a Emily.

—Te muestras de una positividad inquietante para una persona a punto de cometer homicidio —dijo Emily.

Karolina se echó a reír.

—Debería empezar una cuenta de positividad en Instagram. Publicar cosas como «Elige la felicidad» y «Sé el motivo de que alguien sonría hoy». *Hashtag* «bendecida». *Hashtag* «humilde». Podría ser la próxima Glennon Doyle Melton. ¡Una mujer del pueblo! Todo el mundo me querría de nuevo. ¿No le vendría bien a nuestro plan?

Emily asintió.

—Me gusta. De verdad. Me pondré a trabajar en ello a primera hora de la mañana.

—¿Antes o después de comunicarte con la profesional que has contratado para tender una trampa a mi marido?

—Después. Además, eres tú la que la has contratado. No yo. ¡Y

deja de decir que es tu marido!

Karolina rio y sintió que algo se había liberado en su interior.

—Ahora sí que me voy a la cama.

—Y yo voy a tirar este té que has tenido la amabilidad de prepararme para tomarme un Valium. De todos modos, gracias.

De vuelta en su habitación, Karolina saltó sobre la cama. Las sábanas estaban frías y suaves contra la piel. Abrió el Kindle y leyó unas páginas antes de que le empezaran a pesar los párpados. Justo cuando se estaba quedando dormida, un pensamiento le vino de forma tan repentina que se quedó boquiabierta. Lo que se le había pasado por alto en todo el drama del día anterior era que su cuerpo no tenía ningún problema. Quizá, solo quizá, al final sí iba a poder tener un bebé.



22
No eres la única que sabe usar Google

Emily

El instructor frente a ella era espectacular: musculoso, con una media melena que no dejaba de apartarse de su cuadrada mandíbula y una capa de sudor cubriéndole cada centímetro de piel desnuda. Cada treinta segundos más o menos levantaba la cabeza y miraba a Emily directamente para dirigirle una sonrisa, aquella que le confirmaba que era la única mujer que le interesaba en la habitación. Lo que, por supuesto, era cierto, porque estaba pedaleando en la bici Pelotón de Karolina y aquel sexi instructor estaba en la pantalla, y el contacto visual con Emily era compartido con 1.294 ciclistas en sus respectivas casas. No importaba. Podía seguir sudando junto a él y su lista de reproducción de *country* alternativo toda la noche. No tenía ni idea de qué la había inspirado para ponerse en pie en aquella hermosa y vacía casa para subirse a la bici a las diez de la noche, pero se estaba dejando llevar. Era mucho mejor que SoulCycle: nada de gente, nada de socializar, y podía pedalear en sujetador deportivo y *shorts* de licra rotos. Además, nadie iba a reñirla por sus planes de disfrutar de un vodka

con soda durante el enfriamiento y el calentamiento.

Le sonó el móvil. No habría respondido a nadie aparte de a la poli, que fue la persona cuya identificación apareció en la pantalla.

—¿Belinda? —respondió, mientras pulsaba «altavoz» en el móvil y, a la vez, bajaba el volumen de la pantalla de la bicicleta—. ¿Qué tal? ¿Tienes novedades?

—Ah, Emily Charlton. Única en su especie. Me alegra que hayas respondido. —La voz que provenía del móvil pertenecía a un hombre mayor y refinado. De una confianza suprema en sí mismo.

—¿Quién es? —preguntó Emily, intentando esconder la sorpresa. Las piernas comenzaron a ir más despacio.

—Me sorprende que no lo sepas. Quizá deberías mirar una de tus cámaras ocultas.

—Cámaras… —Emily casi deja caer el móvil. Dejó de pedalear y se levantó de la bici.

—Te ahorraré el suspenso, que seguro que estás en ascuas. Tu amiga Belinda, si es que de verdad se llama así, no tiene nada que ofrecerte.

—¿Es usted Graham Hartwell?

—Senador Hartwell. Muestra el respeto debido.

Su voz era tan autoritaria que Emily estuvo a punto de disculparse. Entonces recordó con quién estaba hablando y se echó a reír.

—Lo que tú digas, *Graham*. Te mostraré respeto cuando hagas algo para ganártelo.

Hubo un segundo de silencio antes de que el hombre respondiera:

—No sé quién te crees que eres con ese plan tan absurdo, pero me ha costado tres segundos descubrirlo. La próxima vez que envíes a una antigua agente de la policía de Nueva York a espiarme, pienso denunciarte. ¿Nos entendemos?

El senador colgó. Emily dio las gracias por que no hubiera nadie allí para ver cómo le temblaban las manos.

Maldita sea. Eso no ha ido nada bien. Y si Emily era sincera, tendría que haber previsto esa posibilidad. Graham no era una estrella del pop adolescente con cerebro de mosquito. Lo había subestimado muchísimo.

Se dirigió a la cocina y tomó una lata de soda de cereza que

encontró en el frigo de Karolina. Tras un par de sorbos, la sirvió en un vaso, echó un par de cubitos y suficiente vodka como para desbordar el recipiente. Tiempos difíciles requerían medidas extremas. Dio un trago largo y profundo y, al percatarse de que sabía a medicina para la tos, arrojó el resto por el fregadero. En el reloj del microondas se leían las 10:28. ¿Dónde podía conseguir una bebida decente a esa hora en esa maldita ciudad? ¿Habría bares de verdad? Le escribió un mensaje a Karolina, que iba a pasar la noche con Harry en Bethesda, y la respuesta llegó de inmediato.

Ni idea. ¿Por qué? Tengo suficiente alcohol en esa casa para dejar en coma a un equipo de fútbol.

«Por favor, nunca vueltas a dejar algo así por escrito», le respondió Emily.

Perdona, se me olvida que supuestamente estoy recuperándome de mi alcoholismo…

A continuación, Emily escribió a Miriam. Su respuesta también fue instantánea.

No puedo quedar contigo para beber un martes por la noche. ¿Quién te crees que soy?

No te estaba invitando necesariamente. Solo quería saber a dónde podía ir.

Ah, vale. En ese caso, prueba el italiano junto a la estación. Solo he ido para cenar, pero me han dicho que abre hasta la medianoche.

Gracias. Dime si cambias de opinión.

Nop.

Sus hábitos de hacía décadas obligaron a Emily a ducharse, ponerse unos vaqueros decentes, una camiseta bonita de seda, una rebeca y una pizca de brillo de labios. Su única concesión fue el pelo: si lo rociaba con suficiente champú seco para reducir el océano de grasa y se lo recogía en una cola, con suerte nadie se daría

cuenta de la urgencia con la que necesitaba un lavado. Esperó fuera a la conductora de Uber, una mujer mayor demasiado charlatana a la que Emily tuvo que pedirle que dejara de hablar y, en unos quince minutos, se halló felizmente sentada en un taburete alto con un *martini* cuya excelencia se vio obligada a admitir.

—¿Le apetece algo más? —preguntó el camarero. Tenía treinta y tantos y era bastante guapo—. ¿Quizás un entrante antes de que cierre la cocina?

Emily le ofreció una auténtica sonrisa.

—Gracias, con esto es suficiente. Te pediré otro pronto.

—Lo espero con ganas —le respondió y se dirigió al otro extremo para servir a otro cliente. ¿Estaba tonteando con ella? ¿Seguía siendo una persona con la que merecía la pena tontear? Alistair parecía pensarlo, pero después se desvaneció de la faz de la Tierra. *¡No le des más vueltas!*, se obligó a pensar, pero no surtió mucho efecto. Uf, se murió de vergüenza al pensar en la foto de su teta retocada con Photoshop, que le había enviado después de que ni siquiera su marido se molestara en reaccionar. Y nada. ¡Nada! Era humillante. Había comprobado cien veces que se la hubiera enviado a la persona correcta, pero el historial del chat no mentía. Y, por si no fuera suficiente, el tipo tenía encendida la función de *leídos*. No se había desvanecido en el aire; había llegado a su destino, la habían abierto, evaluado y después… Nada. Ni siquiera un puto emoji con el pulgar hacia arriba.

—Ahora vuelvo —le dijo Emily al camarero con un guiño, y puso una servilleta sobre el *martini*, aunque apenas quedaba una gota. Se dirigía al fondo del restaurante en busca del servicio de señoras cuando se percató de que había una pareja en una cabina con grandes paredes de madera. Ambos tenían frente a ellos un plato de pasta con aspecto divino y una copa de vino tinto del tamaño de un cuenco. Había una lamparita en el muro, que iluminaba la mesa, y el brillo alcanzó el rostro del hombre justo en el segundo en el que este alzaba la cabeza para mirar a Emily. Era Alistair. Madre mía. Qué puta casualidad.

—Emily —le murmuró con una sonrisa que no supo interpretar—. Menuda sorpresa verte por aquí.

—Podría decir lo mismo —dijo, mientras le echaba un vistazo a la mujer que lo acompañaba. Morena y atractiva. Iba bien vestida, con un traje a medida, probablemente de Theory, y, aunque le habría hecho falta ir a arreglarse las mechas, tenía una piel perfecta. ¿Por qué le sonaba tanto?

—¿No te he dicho que ceno aquí tres días a la semana? —dijo Alistair, enseñando los hoyuelos—. Hoy es un poco más tarde de lo habitual, pero los dos teníamos reuniones que se alargaron.

Durante un instante, Emily se había imaginado que trabajaban juntos, pero entonces encajó las piezas: aquella no era su compañera, sino su exmujer. Era cierto que Emily no se había esforzado mucho en investigarla en Google; solo lo suficiente para saber que no seguía siendo una amenaza y, aun así, allí estaba, acurrucada en una cabina con su supuesto exmarido, compartiendo una cena tardía.

—Soy Emily Charlton —dijo con una amplia sonrisa falsa—. Debes de ser la ex de Alistair. ¡No te preocupes, solo dice cosas buenas de ti!

La mujer puso cara de haber visto una rata muerta.

—¿Disculpa?

—Oh, no es como si nos hubiéramos puesto a hablar de ti, pero me ha enseñado fotos de las niñas y me ha dicho que eres una mamá genial.

—Emily. —La voz de Alistair sonó seria, como si estuviera anunciando un fallecimiento—. Esta es Louisa. No es mi ex. Y esto es una *cita.*

Emily se llevó las manos a la boca.

—Pero son… ay… Dios mío, no mienten los que dicen que los hombres tienen un tipo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Louisa. Había recuperado la compostura; parecía como si presintiera que iba a haber pelea, y no estaba dispuesta a retroceder.

—Soy Emily Charlton —repitió.

—Sí, Emily es la mujer de un amigo —explicó Alistair, con ganas de ayudar—. Miles es un buen tipo. Hace tiempo que no lo veo. Dile que me escriba, ¿vale?

Emily se quedó boquiabierta. Menudo *cabrón*. ¿Quién se creía que era? Y ahora que lo pensaba, ¿cómo se había enterado?

Alistair se giró hacia Louisa y le dio un golpecito a su copa con la de él. Mientras Emily continuaba el camino al baño, lo oyó decir:

—Está un poquito loca, pero tiene buenas intenciones.

La risa de Louisa tintineó como un repiqueteo de campana.

Apenas había terminado de lavarse las manos cuando el móvil se le iluminó con un mensaje.

No eres la única que sabe usar Google.

Le siguió un emoji de pulgar para arriba. Emily intentó no gritar.

No tenía más opción que pasar junto a la feliz pareja para volver al bar y la irritó oírlos hablar sobre las relaciones de Trump con Rusia. ¿Louisa también estaba al corriente de los temas de actualidad? Qué suerte tenía Alistair.

—¿Quiere otro *martini*? —preguntó el camarero guapo.

Emily dejó la copa seca y la empujó hacia él.

—Sí, por favor. Y un Bourbon IV, si tienes.

—¿Está ocupado este asiento? —La voz a sus espaldas era un mero susurro; solo había podido escucharla porque estaba muy cerca de su oreja. Se dio la vuelta y casi se cae del taburete.

—¿Miles? ¿Qué estás haciendo aquí? —Se levantó de un salto y rodeó el cuello de su marido con los brazos.

—No podía permitir que mi chica bebiera sola —le dijo, ayudándola a sentarse de nuevo en el taburete antes de ocupar el contiguo. Dejó en el suelo su bolsa de viaje llena hasta los topes y colocó el maletín del portátil en la barra.

—Madre mía. ¡Esto es una locura! ¿Cuándo has llegado? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Su marido sonrió y Emily pensó: *Es increíblemente atractivo. ¿Por qué siempre me olvido de cuánto lo deseo en el momento en el que lo pierdo de vista?*

—Aterricé en el JFK hace una hora. Quería darte una sorpresa. Voy a quedarme dos noches. Me he presentado en casa de Miriam con un ramo enorme del aeropuerto, pero me ha dicho que ahora te

estás quedando con Karolina y que probablemente te encontraría aquí. Le he dejado las flores después de que uno de sus hijos bajara llorando las escaleras. Creo que los he despertado.

—¿Por qué has venido solo dos días? ¿Cómo te han hecho eso? No es tiempo suficiente para recuperarse del *jet lag*. —Emily le agarró las manos.

—Porque no he venido por trabajo. Echaba de menos a mi chica. Tengo una reunión el doce a la que no puedo faltar, así que va a tener que ser una visita rápida. —Se inclinó hacia ella para besarla, y Emily sintió cómo su cuerpo respondía de inmediato—. ¿Crees que a Karolina le importará que me quede contigo esta noche o deberíamos buscar una habitación de hotel para tener privacidad? —murmuró Miles.

—Karolina va a pasar la noche en Bethesda. Tenemos la casa para nosotros.

Esta vez, al besarla, su marido le deslizó la lengua por la boca y le mordió el labio inferior, como sabía que Emily adoraba.

—Esas son grandes noticias. —Luego se dirigió al camarero—. La cuenta, por favor.

Emily tomó la mano de Miles y lo siguió hasta la puerta. No pudo evitar echar un último vistazo al restaurante.

—¿Te has olvidado algo? —preguntó Miles, agarrándola con una mano mientras sostenía las bolsas con la otra.

—¿Qué dices? No, claro que no. Venga, vamos a casa y te enseño mi conjunto nuevo de encaje. Aunque tampoco tiene mucho encaje, y parece que tiene un agujero en la entrepierna…



23
El hogar de la vagina hecha a medida
Miriam

¿Qué les echan a estos pececitos para que sean tan adictivos?, se preguntó Miriam por millonésima vez mientras se metía un puñado en la boca. No eran como los chocolates rellenos de mantequilla de cacahuetes de Reese's. Mierda, no habrían podido competir ni siquiera con los Doritos de toda la vida. ¡Eran unas galletitas para niños pequeños! Pero le parecían increíblemente deliciosos.

Adiós a las calorías quemadas en la carrera/paseo de cinco kilómetros, pensó, mientras masticaba ruidosamente y disfrutaba de lo tranquila y vacía que estaba su cocina. *Clic, clic, clic*. Miriam escribía y hacía *clic*, escribía y hacía *clic*, sin permitirse más de unos segundos para examinar cada resultado antes de pasar al siguiente. Era una maestra de Google, una investigadora extraordinaria; su investigación versaba sobre las visitas de Graham al médico, y estaba teniendo unos excelentes resultados. Siguiente cuestión: el arresto. Necesitaba toda la información disponible antes de sugerir una reunión con Trip, el abogado de Graham, y había decidido comenzar con una exhaustiva historia sobre la conducción bajo los efectos del alcohol en Maryland; sobre todo, se centró en quienes hubieran logrado limpiar su nombre después de negarse a hacer un

test de alcoholemia. Después de esto, buscaría los nombres de todos los policías de servicio la noche del arresto de Karolina (no solo de los que la habían llevado a la comisaría) para comprobar si alguien recordaba algún detalle sospechoso. No iba a ser fácil, pero estaba segura de que descubriría *algo*.

Paul bajó las escaleras en vaqueros y con una camiseta ajustada, con pinta de estar recién salido de la ducha.

Miriam cerró los sórdidos titulares sobre Graham.

—¿Qué estás buscando?

—Acabo de leer un artículo sobre lo progresistas que son ciertas ciudades en Montana. Quizá deberíamos mudarnos allí —dijo, sin saber por qué no quería hablar con él sobre Graham y Karolina. No era una mentira. Acababa de leer el artículo. Pero ¿qué pensaba que estaba escondiendo?

Paul le quitó la tapa a un yogur, la lamió y la tiró a la basura.

—¿No estabas quejándote sin parar hasta hace poco de lo difícil que era conseguir una bebida en Utah?

Miriam asintió.

—Nuestros hijos tendrían una enorme ventaja geográfica para solicitar plaza en la universidad. Podrían elegir cualquiera dentro de la Liga Ivy.

—¡Benjamin solo tiene ocho años!

—Nunca es demasiado pronto para pensar en esas cosas. Mientras todos los locos de Greenwich se pasan los próximos diez años gastando miles de dólares en tutores, entrenadores y campamentos, nosotros podemos mudarnos a Montana. Y nuestros hijos tendrán las mismas posibilidades de conseguir plaza, quizás incluso más.

Paul terminó el yogur. ¿Cómo podía devorarlo en tan solo tres cucharadas?

—Hablas como una demente. Puede que tú fueras a Harvard, pero yo estudié en la Universidad Estatal de Arizona.

—¿Y? —preguntó Miriam.

—Y… a los dos nos ha ido bien.

—Ya veo.

—Ven —le dijo su marido, y la envolvió con los brazos—. ¿Por qué estamos peleándonos?

Miriam no dijo nada.

—Tenemos una casa maravillosa en una ciudad maravillosa. A los niños les va genial. Has hecho amigas. ¿Qué tiene de malo el lugar donde vivimos ahora?

—No tiene nada de malo. No es eso lo que estoy diciendo.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo?

—No lo sé… Siento que necesitamos un cambio.

Paul le dio un golpecito en la barbilla para que lo mirara.

—A lo mejor lo que necesitas es relajarte y disfrutar. Tres niños en tres años. Mi empresa ha despegado. Has dejado el trabajo. Nos hemos mudado de Nueva York. No estoy seguro de que la respuesta sean nuevos cambios.

—Tienes razón —dijo Miriam.

—Muy bien. —Paul le dio un beso en la mejilla. Siempre en la mejilla.

—¿A dónde vas? —le preguntó Miriam a su marido cuando descolgó el abrigo del perchero.

—Ah, he quedado con unos amigos en el gimnasio. Para una partida de *squash* antes del trabajo.

—¿A las diez de la mañana?

—Sí, a los más jóvenes les parece que es bueno para fomentar el espíritu de equipo.

—Bueno… ¿Y la bolsa del gimnasio? —preguntó Miriam con toda la inocencia que pudo reunir.

Paul pareció confuso un instante.

—¿La bolsa del gimnasio? Oh, ya está en el coche. Volveré a casa para cenar, ¿vale? Te quiero, cariño.

—Yo también…

Miriam permaneció a la escucha mientras se abría el garaje, el coche de Paul arrancaba y la puerta se cerraba. Miró a través de la puerta de la entrada mientras el Maserati se alejaba, antes de entrar en la web que revelaba toda la información de los usuarios de Ashley Madison que habían hackeado y buscó todas las cuentas de correo electrónico de Paul que conocía. Una vez más, no apareció nada. ¿Por qué seguía intentándolo? Le gustaba pensar que, si iba a engañarla, al menos sería lo suficientemente listo como para usar

una dirección de correo electrónico falsa. Nunca sabría la verdad, si él deseaba ocultársela. Había llegado la hora de aceptarlo. Pero ¿de verdad creía que Paul sería capaz de hacer algo así? Aunque ahora que lo pensaba, si le hubieran dicho hace un par de años que su marido iba a estar prácticamente retirado, viviendo a las afueras, jugando al squash y al póker, y conduciendo un Maserati, Miriam se habría muerto de la risa. Había algo contagioso en la vida en aquel lugar que no recordaba de Nueva York. Cuando todo el mundo con quien una hablaba a diario vestía bandas de purpurina y pantalones de yoga, se volvía normal.

Miriam miró el reloj. Era hora de vestirse, o iba a llegar tarde al desayuno. Cuando Ashley la había invitado a unirse a los desayunos y charlas semanales con un grupo de madres de la zona, se había negado educadamente al principio. ¿Desayunos y charlas? ¿Qué diablos era eso? Pero entonces intentó imaginar a qué otra cosa iba a dedicar las mañanas de los viernes en torno a las diez y media. O cualquier otro día, en realidad. Ashley le había asegurado unas cien veces que era divertido, relajado y supercasual, que todas iban en ropa de deporte, pero ahora Miriam ya no era tan ingenua. Aunque le llevó casi una hora, se duchó, se depiló las piernas, se secó el pelo con secador para después alisárselo, se maquilló con cuidado y se vistió con unos vaqueros rotos y un jersey con los hombros descubiertos de Rag & Bone. *¿Me estaré esforzando demasiado en aparentar que tengo veinticinco años en lugar de más de treinta?,* se preguntó mientras agarraba el bolso y se subía al Highlander. Probablemente. Pero era lo que hacía todo el mundo.

En el instante en el que entró en el salón de la anfitriona, Miriam se percató de que, una vez más, había malinterpretado del todo la situación. Había ocho mujeres vestidas exclusivamente con ropas de telas flexibles antisudor sentadas a la mesa, mientras mordisqueaban arándanos y bebían *bellinis*. Todas llevaban coletas, moños o bandas deportivas de purpurina; todas vestían *leggings* de Lululemon recortados y camisetas con sujetadores incorporados; lo único que variaba era el color de las zapatillas Nike. Nada de maquillaje. Aspecto sudoroso. Justo lo que Ashley le había prometido.

—Oh, ¿no te lo dijo Ashley? —le preguntó Evie, su anfitriona, mientras le tendía un *bellini*—. Los desayunos son a las diez y media para que todo el mundo pueda venir después de las clases de las nueve de Soul, CrossFit, SLT, Método Barra, gimnasio, entrenamiento en la playa o lo que sea.

—Sí, y además así tenemos tiempo de emborracharnos y recuperar la sobriedad antes de recoger a los niños a las tres —dijo otra mujer, que alzó la copa de champán.

—No podemos marcarnos un Karolina Hartwell —dijo Claire, poniendo los ojos en blanco—. Dios mío. ¿Que te arresten por conducir borracha con tres niños en el coche? Adiós a la vida.

—Tendrías que mudarte —dijo Evie, y le dio un sorbo al cóctel—. Poner la casa a la venta e irte de la ciudad, porque no hay marcha atrás.

—Karolina es amiga de Miriam —dijo Ashley.

La habitación se calló tan de repente que Miriam escuchó a alguien tragar. Eran un grupo de mujeres distinto al de la fiesta de juguetes sexuales a la que había acudido. Ashley le había dicho que eran una especie de grupo rival, por lo que había pocas caras comunes.

—Es una persona maravillosa y toda esta situación no es más que… un enorme malentendido.

Miriam ocupó el único asiento vacío, en la cabecera de la mesa, y se sirvió un cuenco de yogur y una minimagdalena de arándanos.

Las mujeres intercambiaron miradas y cambiaron de tema.

—Di, ¿has conseguido que Andrew acepte ir a Jamaica el año que viene por Navidad? —preguntó una mujer alta y delgada, vestida de licra negra de cabeza a los pies—. Tengo que pagar el adelanto esta semana.

Di, una rubia guapa que parecía tener treinta y pocos, ladeó la cabeza como si hubiera sucedido algo muy grave.

—¡No dejo de intentarlo! No logro contactar con él durante el día porque está en el trabajo, y cuando vuelve a casa por la noche no quiere hacer planes. ¡Es tan frustrante!

Todas asintieron.

—Estoy segura de que preferirá que alquilemos juntos una villa en lugar de volver a ir a casa de mis padres en Scottsdale. Cuenta con

nosotros.

Eso hizo que todo el mundo empezara a hablar de sus planes de Navidad, aunque todavía no había pasado el Día de los Caídos: Bahía Montego, Islas Turcas y Caicos, o Amanera, en República Dominicana. Luego hablaron de los planes para la semana del Día de los Presidentes (Galápagos, Alaska, fiordos en Finlandia, compras en París), lo que derivó en un ardiente debate sobre el mejor lugar para esquiar en el oeste en primavera: Deer Valley, Jackson Hole o Aspen.

Evie paseó junto a la mesa y rellenó las copas de champán.

—¿Alguien quiere un *bloody mary?* Puedo pedirle a Mina que haga un poco.

Unas cuantas mujeres, entre ellas Miriam, alzaron la mano. El champán le daba dolor de cabeza, y ¿qué otra cosa iba a beber a las once de la mañana? ¿Café? ¿Zumo? Ahora vivía en Greenwich. *Por favor*.

La mujer sentada a la izquierda de Miriam se dio la vuelta y se presentó como Josie.

—¿Cuántos años tienen tus hijos? —preguntó Josie.

—Oh, tengo un niño de ocho años y unos mellizos de cinco, niño y niña —dijo Miriam, que apenas se percató de que la otra había asumido que todas tenían hijos, algo que nunca se habría dado por sentado sobre nadie en Nueva York—. ¿Y los tuyos?

La mujer sonrió, y Miriam no supo discernir si era una expresión de amargura, cansancio o alegría.

—Cinco, ya que preguntas.

—Espera, ¿cinco hijos o cinco años?

Otra sonrisa indescifrable.

—El mayor tiene cuatro. Después tengo una hija de tres y otra de dos. Por supuesto, pensamos en tirar los dados una vez más a ver si conseguíamos otro niño (idea de mi marido) y tuvimos gemelos. Idénticos, dieciocho meses. Probablemente hemos terminado, creo.

—¿Cómo que «probablemente»? —Miriam odiaba parecer tan horrorizada, pero nunca había conocido en toda su vida a una persona con cinco hijos menores de cuatro años. ¿Cómo estaba viva aquella mujer?

—Bueno, una nunca lo puede saber con certeza, ¿no? Solo tengo

treinta y tres años.

—Sí, por supuesto. Tienes mucho tiempo. Un montón —se apresuró a decir Miriam, pero Josie ya se había alejado para rellenar la copa.

—No le hagas mucho caso —susurró Ashley, inclinándose hacia ella.

—Dios mío —dijo Miriam, agitando la cabeza—. ¿Cómo cría a todos esos niños?

—No tiene que…

—¿No tiene que trabajar?

—No tiene que criar a los niños —dijo Ashley—. Es una de esas personas que piensa que los hijos son símbolo de estatus. Mientras más tengas, más dinero tienes. Ha contratado a dos *au pairs,* a una niñera externa a tiempo completo que los lleva de un lado a otro y ayuda extra para los sábados y domingos. No se está dejando precisamente la piel.

—Aun así. ¿Cinco niños de menos de cuatro años? ¿Y tiene esa figura? Es una injusticia de proporciones épicas.

—Si te yo te organizara una cita con el doctor Lawson, tú también tendrías esa figura —le murmuró Ashley en voz baja—. Tiene oficinas en Nueva York y en Greenwich. Trabaja maravillosamente y es muy discreto. Incluso las salas de espera son totalmente privadas. Solo tienes que decirlo.

—Es imposible que la cirugía plástica le haya dado ese cuerpo. —Miriam contempló las largas piernas de Josie, sus caderas prácticamente inexistentes y las largas ondas playeras.

—Todo no. Las piernas provienen de sus buenos genes. Matarse de hambre y tres horas al día de cardio la han vuelto así de delgada. Sin embargo, ¿los abdominales prietos? ¿La nariz respingona? ¿Los pechos de animadora? —Ashley se colocó las manos bajo los pechos para subírselos al cuello—. Eso es todo obra del doctor Lawson. Por no mencionar el elegante bótox de la frente y los labios rellenos. Tammy, una enfermera de la clínica, se encargó de eso.

—Guau —dijo Miriam con una exhalación—. No me extraña que todo el mundo tenga mucho mejor aspecto que yo.

Siempre había pensado que resultaba muy obvio cuando alguien se

había hecho cirugía estética: la nariz de Jennifer Grey, los labios de Renée Zellweger, la cara demasiado estirada de Joan Rivers, las tetas de Heidi Pratt. Pero cada centímetro de Josie parecía natural y bien proporcionado.

Ashley miró al resto de las invitadas.

—Por lo que veo, todas las mujeres de la mesa se han *operado* algo, excepto una.

—¿Quién? ¿Evie? No parece ese tipo de persona.

—Tú.

—Oh, venga ya. No puedes hablar en serio —dijo Miriam.

—Hablo completamente en serio. Todas y cada una.

—¿Qué te has hecho tú?

Miriam era incapaz de imaginar ni un detalle sobre Ashley, tan alegre y rubia, que no fuera un regalo de la naturaleza. Excepto quizá por las mechas. Pero incluso eso parecía producto del sol y le quedaban naturales.

—¿Yo? —Ashley le dio un sorbo a la mimosa—. Por favor. ¿Qué es lo que no me he operado? Tenía cita para los ojos en unas ocho semanas, pero creo que en lugar de eso me voy a operar la vagina.

—¿La… vagina?

Ashley asintió.

—Llevo mucho tiempo pensándolo, desde que se la operó Claire. Te acuerdas de cuando te la presenté, ¿no? ¿En la fiesta de los juguetes sexuales?

Miriam entrecerró los ojos. Recordaba vagamente a la anfitriona diciendo que se había hecho algo en la vagina, pero nadie había dicho nada más.

—Las cosas con Eric siguen en el aire. Sabe que me he enterado de lo de Ashley Madison y está comiéndome la oreja. Va a pasar un tiempo antes de que decida qué hacer a continuación: si vamos a seguir juntos o si nos vamos a separar. Así que he pensado que, si me opero la vagina, me saldrá rentable de todos modos, ya sea para Eric, que tal vez se lo piense dos veces antes de tener una aventura con una mujer casada cuando su propia mujer parece una adolescente ahí abajo, o para el siguiente hombre. Si tengo que volver a salir con gente nueva… —Ante esto, se echó a temblar. Voy

a asegurarme de contar con un par de ases en la manga, ya lo creo que sí.

—Y… —Miriam tosió. ¿Qué entrañaba eso de operarse la vagina? ¿Qué parte exactamente? ¿Qué le hacían?—. No tengo muy claro a qué te refieres.

—¿Qué es lo que no tienes claro?

—Lo de hacerse una operación en la… Ya sabes. ¿Es por hacerse pis al estornudar? Mi ginecóloga dice que siempre sucede después de tener hijos.

Ashley sonrió y le dio una palmadita a Miriam en las manos, como si tuviera serios problemas de comprensión.

—Hay muchas maneras de hacerlo, según tus preferencias. Hay quien se arregla la zona exterior, solo por estética. Otras se reconstruyen el suelo pélvico. Y otras se lo aprietan todo para que el sexo sea mejor. Es perfectamente normal. Todo el mundo lo hace, en realidad.

Miriam rio. No pudo evitarlo.

—¿Qué pasa? ¿Piensas que es una broma? —Ashley se giró hacia el resto de la mesa—. ¿Amigas? Perdonad la interrupción, pero mi amiga Miriam necesita que le aclaren una cosa. ¿Os importa participar en una encuesta informal?

Siete cabezas se giraron hacia ellas, y Miriam se sintió enrojecer.

—Olvídalo, te creo —le susurró a Ashley.

—Bueno, que todo esto quede entre nosotras. Somos amigas, ¿verdad? —Unas cuantas mujeres parecían nerviosas—. ¿Cuántas os habéis hecho cirugía estética?

Tras una breve reticencia, tres alzaron las manos.

—Venga ya, chicas —dijo Ashley con una sonrisa alentadora.

Las cuatro restantes levantaron la mano.

—¿Y cuántas volveríais a hacerlo?

Las siete levantaron la mano, y Ashley también.

—Bien, ¿cuántas os habéis operado las partes íntimas? Solo lo pregunto porque tengo agendada una operación con el doctor Lawson en unas semanas, en cuanto empiece el campamento. Y estoy un poco nerviosa —dijo Ashley, dejando en el aire la última parte.

—Oh, no te pongas nerviosa —dijo una pelirroja pálida con una camiseta de deporte llena de tiras—. Vas a adorar cómo te queda el bañador. Y *Eric* adorará la sensación.

—Pienso igual —dijo la rubia con dientes de un blanco cegador junto a ella—. Es casi un incordio lo mucho que Roger desea mi vagina ahora que me la he rehecho a medida.

Había mucho que desentrañar en esas palabras; tanto que sonaba un completo y absoluto misterio, y Miriam no sabía cómo comenzar.

—Tengo que decir una cosa: recomendaría a la doctora Fine-Steinberg en lugar de al doctor Lawson. No sé cómo son vuestros maridos, pero el mío se sintió mucho más cómodo con que fuera una mujer en vez de un hombre la que le toqueteara las partes íntimas —dijo una mujer de una belleza despampanante, bronceada y con el rostro en forma de corazón.

—Coincido al cien por cien —dijo la mujer junto a ella.

Todo el mundo miró a Ashley, que se giró hacia Miriam.

—¿Lo ves? Es algo bastante rutinario.

—Espera. Sigo sin entenderlo. ¿Qué ha querido decir con lo de que vas a adorar cómo te queda el traje de baño? ¿No sirve la parte de abajo del bikini para cubrir esa zona?

—Se refiere a que te cortan una parte, te cosen y ya no tienes que avergonzarte de que te cuelguen los labios menores como la carne en una charcutería —dijo Evie, y la mesa entera rompió en una carcajada de apreciación y comprensión.

—No creo que mis… No creo que eso, eh, me cuelgue más de lo que debería. —Miriam era incapaz de pronunciar las palabras «labios menores» delante de esas personas.

La guapa pelirroja tomó la palabra.

—Mira, obviamente no estoy familiarizada con tus labios menores, pero si estás en la mitad de la treintena y has tenido dos o tres hijos, lo más probable es que las cosas no estén como deberían.

—Sí, y te desafío a encontrar algo menos atractivo que un bulto en las bragas —añadió Josie.

—¿Un bulto? —Fue lo único que pudo decir Miriam.

—Te pasa cuando llevas algo muy ajustado y…

—No, sé lo que es —dijo Miriam—, pero no me había dado cuenta

de que había que prestarle atención.

—Pues sí —dijo Ashley—. Los hombres lo odian.

—No era consciente. —Miriam apuró lo que le quedaba del *bellini* —. ¿Así que este tipo de cirugía… lo corrige? —preguntó, aclarándose la garganta.

—Eso y mucho más —dijo Ashley, con un asentimiento cargado de autoridad.

—Me habéis dicho que los hombres se sienten más cómodos con una doctora. ¿Qué pintan ellos en todo esto?

Se hizo el silencio durante un segundo, antes de que la guapa rubia le preguntara con una voz dulce en la que se apreciaba una pizca de acento sureño:

—¿De dónde eres, Miriam?

—¿De dónde soy? De todas partes, en realidad. Mis padres eran diplomáticos, así que nos mudábamos mucho. Pero, eh, mi familia y yo vinimos aquí el otoño pasado desde Nueva York.

—¿Y ninguna de tus amigas de Nueva York se ha hecho una vaginoplastia? —preguntó la rubia.

—Unas pocas se hicieron episiotomías y se dieron varios puntos después del parto, pero no estoy segura de qué es una vaginoplastia…

Las mujeres intercambiaron miradas, como si estuvieran debatiendo en silencio quién iba a encargarse de dar la explicación. Al final, Evie dijo:

—Ya que van a dormirte y dejarte el exterior niquelado, tiene sentido que también eliminen la flacidez del interior.

—Claro. —Miriam asintió como si lo entendiera.

—Así que tu marido tiene que excitarse, y el doctor mide la longitud y la anchura para después operar tu vagina a la medida exacta de él. Para que no sea demasiado flácida ni demasiado estrecha. Perfecta.

—Esperad, ¿es eso legal?

Las mujeres rieron.

—Levantad la mano, chicas, por favor —pidió Ashley.

Cuatro mujeres levantaron la mano. Y Ashley tenía planes de hacerlo, lo que significaba que constituían la mitad exacta de la sala.

Ashley miró a Miriam.

—¿Lo ves? Es imposible que solo lo hagan las mujeres de Greenwich. Todo el mundo lo hace. Nosotras solo somos sinceras.

La pelirroja pálida rio.

—En eso no estoy de acuerdo —le dijo a Ashley—. No creo que estemos siendo sinceras, al menos cuando no estamos en esta habitación. Hay más mujeres en la ciudad con «diastasas» —dijo, y puso las comillas en el aire— de lo que justifica la medicina.

—¿Diastasas? —susurró Miriam a Ashley.

—Cuando los músculos se separan del estómago por el embarazo. Ocurre de verdad, y es un problema serio para algunas personas, pero todo el mundo que conozco dice que le ha pasado para justificar una lipo.

—Y las hernias —añadió Evie—. ¿No os habéis dado cuenta de la cantidad de mujeres entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco que necesitan una reparación de hernia? Si no es un eufemismo para una lipo, no sé lo que es.

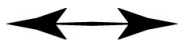
Todo el mundo se rio.

—Yo le he contado eso a la gente —dijo la rubia.

—Y yo —añadió Josie.

—Mi favorita es cuando dices que te vas a hacer un *lifting* porque se ha quedado la zona un poco flácida después de tener al bebé. Mmm, lo siento, si el doctor te está metiendo silicona en los pechos, ya no es un *lifting*.

Más risas. De pronto, la conversación se centró en el campamento de verano, y Miriam no podía esperar a compartir sus descubrimientos con alguien. ¿Paul? ¿Emily? ¿Karolina? Todos tenían que oírlo: era una completa locura.



—¿Eres ortodoxa o algo? —le preguntó Emily cuando la llamó mientras conducía a casa—. Está muy de moda ahora mismo. No es para tanto. Notición: las chicas se besan entre ellas, y a lo mejor ni siquiera son lesbianas. Abróchate el cinturón: la gente se conoce en Tinder para el sexo casual. Totalmente casual. ¡Nadie llama al día

siguiente! ¿Te lo imaginas?

—Emily, ¡no soy tan puritana!

—Quien se pica, penes come…

—¿En serio?

—Lo siento. Pero ahora en serio, Miriam, nada de lo que me has contado es sorprendente en lo más mínimo.

—¿Operarse la vagina a medida para sus maridos?

—Las vaginas a medida son los nuevos bolsos de Birkin.

—Qué bonito, Emily. ¿Vas por ahí preocupada de que se te vea un bultito cuando te pones bikini?

—Claro que no. Mi vagina es impoluta. Pura como la nieve matutina.

Miriam giró un poco para no darse un golpe con otro coche que venía hacia ella en aquella estrecha carretera de dos carriles.

—Puedo decirte de memoria veinte tipos que sé sin asomo de duda que mancillaron esa nieve tuya —le dijo.

—¡Por lo menos no me he sacado tres bebés de casi cuatro kilos de ahí abajo!

—Me preocupo de cada puto detalle de mi cuerpo, excepto de cómo se me ve la vagina en el bikini.

Hubo un instante de silencio en la llamada, y Miriam se preguntó si se habría cortado. Pero entonces oyó a Emily decir superdespacio y con evidente deleite:

—Bueno, a lo mejor deberías preocuparte.

—Ja, ja. Oye, ¿podemos hablar de Karolina un momento? Me ha contado lo de la trampa de la expoli. Emily, vas a hacer que te pongan una denuncia o que te arresten. Por favor, detente. Necesitamos una ventaja, pero que juguetees con la ley no va a ayudar a nadie.

—Hablas como una abogada.

—¡Hablo como alguien con medio cerebro! De verdad, Em. Estamos cerca. Estoy segura de que voy a encontrar algo pronto, y recuperaremos a Harry.

—Muy bien. Sigue trabajando como una hacendosa castora legal, Miriam, y yo seguiré a lo mío. Porque voy a decirlo desde ya: no voy a parar hasta que Graham esté *acabado*.



24
La marea está cambiando y las lágrimas son fabulosas

Karolina

—Te quiero, mamá. ¿Te veré el día de las visitas? —preguntó Harry, frunciendo la frente como siempre hacía cuando no estaba seguro de algo.

—Claro, cariño. Pásatelo bien. Nos vemos en unas semanas. —Karolina se acercó la cámara a los labios para darle un beso. Vio que Harry se había puesto rojo, pero también sonreía.

—¿Mamá? Seguro que vas a venir, ¿verdad? ¿Aunque esté también papá?

—Sí, cariño. No me lo perdería por nada del mundo. Te has acordado de guardar una caja de antihistamínicos, ¿verdad? ¿En un sobre dirigido a la enfermera? ¿Las tabletas disolubles?

—Sí. Lo tengo. He comprobado la lista entera que me enviaste. Lo tengo todo.

—Qué orgullosa estoy de ti. Hacer las maletas para todo el verano no es fácil —le dijo, y se le quebró un poco la voz—. Te prometo que el verano que viene estaré allí para ayudar.

Se despidieron y, cuando se desconectó la llamada, Karolina soltó

una exhalación. Añoraba a Harry con desesperación, pero por algún motivo se le antojaba más fácil ahora que sabía que también iba a estar lejos de las garras de Graham. Además, para los planes que Emily tenía en mente para la reaparición en sociedad de Karolina, resultaba perfecto que su hijo estuviera de campamento.

La maquilladora, una mujer sorprendentemente poco atractiva y obesa, con problemas de piel y un maquillaje pobre, suspiró en voz alta:

—Por favor, quédese quieta. Solo un poco más.

Karolina contempló cómo la mujer le aplicaba puntitos de corrector del tamaño de canicas bajo los ojos y los extendía con una mezcla similar a la masilla. Intentó no estresarse a causa de aquella melena demasiado corta.

—¿No es un poco… demasiado denso? Quiero decir, ya sé que tengo pinta de estar cansada, pero eso parece… no sé… excesivo.

La mujer no dijo nada.

Emily se deslizó en la habitación, y con ella llegó el olor a humo y tabaco.

—Tenéis buen aspecto, chicas —dijo sin mirar.

—¿De verdad? Porque *nunca* me han maquillado de esta manera —siseó Karolina.

—Esa es la cuestión —dijo Emily, mientras colgaba media docena de conjuntos en un exhibidor con ruedas. Sostuvo uno a uno todos los trajes con falda. Todos eran de un color sólido similar a una joya, con una falda hasta la rodilla y ninguna forma.

—Parece algo que mi abuela polaca se pondría para ir a la misa del gallo —se quejó Karolina.

—Sí, no habrá ni una mujer en esta habitación que sienta que la estés amenazando. Y eso es lo que importa.

—¿Amenazar? ¡Quizá las asuste! —dijo Karolina, que estaba mirando el colorete brillante con el que la maquilladora estaba trazando círculos en sus mejillas.

—Eso también nos vale.

—En serio, Emily, esto va demasiado lejos. Me he cortado la melena, como me pediste. Llevo maquillaje de vieja. ¿No puedo ponerme algo decente, por lo menos? ¿Un vestidito sencillo?

Emily suspiró.

—Admitiré un Lilly Pulitzer. Pero me temo que otra cosa sería imposible.

—¡No puedo vestir de Lilly Pulitzer! —dijo Karolina, pensando en una foto reciente de Regan y Graham en el club de golf, en la que ella iba vestida de esa firma de la cabeza a los pies.

—Tú decides.

Emily se encogió de hombros.

—Quédese quieta —pidió la maquilladora, obviamente irritada.

Karolina alzó las cejas mirando a Emily, que se limitó a reír.

—En serio, Emily. ¿Estás segura de todo esto? Parece un poco extremo. Y me pone nerviosa que Graham haya averiguado todo lo que pasó con la expolicía. No sé si…

—¡Escucha! —Emily alzó la mano—. ¡Los sentimientos ganan a los hechos! A nadie le importa lo que sucedió en realidad. A nadie le importa si eres inocente o culpable. A nadie le importan las cuestiones legales. Lo único que importa es cómo haces que se sientan. Cómo reaccionan sus vísceras al verte, escucharte o encontrarse contigo. Para bien o para mal, lo demás es ruido. Y mientras antes lo aceptes, mejor nos irá.

Karolina asintió. Emily hablaba con tanta confianza. Se recordó que era su mejor (y quizás única) opción.

—Vale, vamos a repasar —dijo Emily—. Donna te presentará justo antes de que se sirva el almuerzo…

—Yo sonrío de forma accesible, pero no sexi. Hablo sobre el hecho de que ser una madre estupenda es mi trabajo más importante y que voy a centrarme justo en eso ahora mismo, y que mi deseo es empoderar a otras madres menos privilegiadas para que persigan el mismo sueño. ¿Qué tal suena?

Emily estaba tecleando algo en el móvil.

—¿Cómo? Ah, bien. Está muy bien. —Levantó la vista—. Recuerda: a esas mujeres les resulta fácil empatizar con el exceso de bebida. Estamos en el condado de Fairfield, Connecticut, que debe tener más alcohólicos funcionales por metro cuadrado que ningún otro lugar del mundo, a excepción de Moscú. Que no te dé vergüenza admitirlo. Pero, hagas lo que hagas, ¡nada de mencionar a Graham!

No solo estamos intentando que dejen de asociarte a él, sino que es un movimiento arriesgado con esta audiencia. Muchas mujeres que fingen ser liberales votan a los republicanos en secreto, pero una no puede contar con ello, puesto que hay varias que tienen corazón de justicieras, aunque vaya en contra de sus propios intereses financieros. Pero sus maridos las asesinarían si lo supieran. En fin, todo el mundo miente. Es imposible discernir la verdad. Así que lo mejor será no tratar el tema, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Creo que, por todo lo demás, estás lista. He llamado a los medios locales: este evento va a recaudar una locura de dinero y no tienen nada mejor que hacer. También he logrado llegar a un acuerdo con varios canales de Nueva York y dos nacionales que no perderían su tiempo con esto si no fuera porque he filtrado que sería tu primera aparición pública desde el arresto. Así que es una buena oportunidad para practicar. ¿Entendido?

—Sí —dijo Karolina, aunque se le encogió el estómago de los nervios. ¿Por qué podía desfilar semidesnuda por la pasarela frente a famosos, pero sentía una intensa ansiedad ante la posibilidad de plantarse ante unos cientos de amas de casa?

—Bien. Y recuerda: Miriam está trabajando en desmentir lo sucedido con el alcoholímetro. Pero hasta que logre solucionarlo, tienes que mostrarte simpática con la audiencia. No lo admitas, pero tampoco te muestres conflictiva ni acuses a nadie hasta tener pruebas. Bueno, terminad con esto y ponte la ropa. Voy a revisar unas cositas y vuelvo en un minuto.

Karolina se puso el traje de falda azul eléctrico, el menos horrible que le ofrecían, y siguió a Emily por el pasillo hasta el salón de banquetes del Club de Golf y Yates de Greenwich. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto.

—¡Querida! —La mujer rubia a cargo del evento llamó a Karolina al verla—. ¡Tienes un aspecto… distinto! Tengo que decir que me encanta lo que te has hecho en el pelo.

—¿De verdad? —preguntó Karolina, tocándolo avergonzada.

—Lo adoro.

Karolina le lanzó una mirada a Emily, que le devolvió una sonrisa

con aire conspirador. *Claro que lo adora*, decía la sonrisa de Emily.

—Muchas gracias por haberme invitado —dijo Karolina con toda la elegancia que pudo reunir—. He ayudado a recaudar dinero para los niños menos privilegiados de Bethesda, y tu invitación a contribuir aquí significa mucho para mí.

—Oh, por favor. Somos nosotras las que tenemos que darte las gracias —dijo la rubia, haciendo un gesto hacia la multitud, que parecía estar observándolas desde las mesitas—. Tu aparición ha hecho que se llenase el evento.

Karolina soportó unos cuantos comentarios pasivo-agresivos más antes de que la mujer finalmente la guiara al escenario, donde había un podio.

—Señoras, ¿pueden prestarme su atención, por favor? —dándole un golpecito al micrófono—. ¿Me oís?

Hubo murmullos y asentimientos.

—Fabuloso. Gracias por hacer hueco en vuestras ocupadas vidas para acudir hoy a este almuerzo tan importante. Sin vuestro continuo apoyo, no podríamos patrocinar con tanta generosidad nuestro programa infantil. Gracias a vosotras, los increíbles niños de las familias menos privilegiadas de nuestra comunidad y los vecindarios cercanos tienen acceso a cuidado de calidad tras la escuela, campamentos de verano y comidas nutritivas los fines de semana y en el verano, esos momentos en los que no pueden acceder a los almuerzos gratuitos del colegio.

La estancia aplaudió con educación.

—Estoy encantada de presentaros a nuestra invitada de honor. La señora Karolina Hartwell ha sido una modelo de éxito, como todas sabéis, y ahora trabaja sin descanso para ayudar a los niños desfavorecidos. También es madrastra de un niño de doce años y esposa —anunció, aunque aquí hizo una pausa y miró a Karolina con aire incierto, que esta fingió no entender— de nuestro adorado senador júnior del estado de Nueva York, Graham Hartwell. Por favor, dadle la bienvenida.

Karolina tomó aire ante la mención de Graham. Emily no iba a estar contenta. El aplauso no fue precisamente ensordecedor, pero Karolina estaba demasiado nerviosa como para que le importase.

Se aclaró la garganta y se inclinó hacia el micrófono. Su acento se volvía más pronunciado y le temblaba la voz al hablar en público. Probablemente, todas las mujeres que la observaban se estarían imaginando a Karolina, en estupor alcohólico, llevando a sus hijos a casa en coche.

—Buenos días a todas —dijo, temblorosa, y de inmediato se dio cuenta de que ya había pasado el mediodía—. Es un honor que me hayáis invitado a este evento. Esta organización es maravillosa y trabaja muy duro para ayudar a los niños. Como estoy segura de que muchas sabéis, yo, eh… —A Karolina se le quebró la voz, y se permitió ruborizarse a causa de la vergüenza—. He tenido problemas últimamente. Pero os prometo que estoy haciendo todo lo posible por arreglar las cosas.

Karolina se percató de cómo las expresiones de aquellas mujeres pasaban de la sospecha a la empatía de inmediato. Odiaba la idea de darle alas a una mentira, pero confiaba en la estrategia de Emily y tenía la esperanza de que Miriam encontraría algo para limpiar su nombre. No supo por qué le sucedió, si fue por el alivio de darse cuenta de que todas aquellas personas no la odiaban o por la vergüenza que le dio tener que admitir algo tan humillante delante de ellas, o tal vez por los nervios, pero la prontitud de las lágrimas la sorprendió tanto que apenas fue capaz de seguir hablando. Empezó a sollozar mientras los lagrimones se le resbalaban por la cara, directos al micrófono. Al intentar enjugárselos, las manos se le llenaron de rímel negro.

—Lo siento mucho —logró decir ahogadamente, antes de que la señora rubia corriera al escenario como una defensora llena de floripondios.

—Señora Hartwell, muchas gracias por la sinceridad —dijo la mujer frente al micrófono. Después se giró hacia Karolina y le susurró al oído—: ¿Por qué no vas al servicio de señoras unos minutos y me dejas a cargo de esto? Iré a ver cómo te encuentras enseguida.

Karolina asintió y trató de mantener alta la cabeza mientras bajaba del podio, pero se tropezó con el tacón en el último escalón y se propulsó hacia delante. Recuperó el equilibrio antes de caerse, pero toda la habitación pudo ver cómo se le rompía la falda de matrona

por la raja de la parte trasera.

—Lo siento mucho —repitió en voz más alta, puesto que esta vez no tenía un micrófono, y huyó por las puertas traseras. Sentía cómo la golpeaban las miradas de doscientas mujeres, igual que un láser. Por suerte, el baño se encontraba justo a la salida del salón de banquetes, y estaba vacío cuando entró. Tenía ganas de vomitar. ¿Había hecho tanto el ridículo alguna vez? En un día que se suponía que iba a servir de práctica antes de enfrentarse de verdad a los medios, la había fastidiado más allá de lo que era posible.

Karolina se obligó a contemplar su reflejo en el espejo mientras se enjuagaba la cara con agua fría. Decir que parecía salida de una película de miedo era quedarse corta. Tenía los ojos inyectados en sangre. El rímel negro le recorría ambas mejillas. Se le había pegado el nuevo peinado a la cara a causa de las lágrimas y el sudor. Los ridículos redondeles de colorete se habían corrido hasta convertirse en los tristes raudales de un payaso.

Cuando Emily entró corriendo, Karolina se preparó para lo peor.

—Solo he… —Y antes de ser capaz de pronunciar otra palabra, volvió a deshacerse en lágrimas.

—Menuda zorra —dijo Emily con una lenta sonrisa.

Karolina alzó la cabeza.

—¿Cómo?

—¡Ha sido una puta genialidad, Lina! ¡Fabuloso!

Emily estaba bailoteando frente a los lavabos.

—Ha sido una jugada maestra, ¡no sé ni qué decir! —dijo—. Una lágrima o dos habrían estado bien, pero ¿unos auténticos sollozos histéricos? Ha sido una obra maestra. Te hago una reverencia.

E hizo justo eso.

—No lo he hecho a propósito —intentó decir Karolina, pero fue más bien un susurro—. Solo he… perdido el control.

—Sí, ¡eso mismo diría yo! De la mejor manera posible y en el mejor momento posible. Eres una diosa. —Emily pareció percatarse de que Karolina estaba intentando lavarse y se apresuró a su lado—. No, no. No lo arregles todo. Tienes el aspecto de un bicho que el gato metió en la casa, y eso es justo lo que queremos.

—No puedes pensar que voy a volver a salir —dijo Karolina,

apartándose de Emily como si fuera un mapache con la rabia.

—Claro que sí. Vamos, yo voy contigo —dijo Emily, y agarró con fuerza el antebrazo de Karolina, mientras la dirigía hacia la puerta.

—¡Ni lo sueñes! ¡He quedado como una idiota! ¿Y no me has dicho que también han venido los medios de Nueva York y los nacionales? —Karolina se cubrió la cara con la mano libre mientras salían al pasillo—. Me quiero morir.

—Por favor, deja de ser tan dramática. Literalmente no podría haber escrito un guion mejor. Debería darme vergüenza que no se me ocurriera lo de las lágrimas. Ahora tienes que volver allí, tomar asiento, mordisquear el almuerzo y contestar a sus preguntas cuando se te acerquen para demostrar su simpatía. No iba a atacar con eso por ahora, pero a raíz de cómo se está desarrollando el día, sería un momento excelente para dejar caer que Graham no te deja ver a Harry. Y lo mucho que eso te está haciendo sufrir.

Karolina tuvo que correr en tacones para seguir el ritmo de Emily.

—Pero eso no es verdad —dijo—. No me ha prohibido ver a Harry. He ido a sus competiciones de natación y hemos cenado solos. Va a quedarse conmigo el fin de semana después del campamento.

—Meros detalles —dijo Emily, agitando la mano—. Tengo una sola palabra, Karolina. *Vasectomía*. Déjame hacer mi trabajo.

Como Emily había predicho, prácticamente la rodearon al volver a su mesa. Las mujeres formaron un enjambre en torno a ella y compitieron por abrirse hueco.

—Pobrecita. Mi madre bebía demasiado. Y ahora mi marido. Lo comprendo perfectamente.

—Ay, Dios. Yo también me estoy divorciando ahora mismo. Es odioso, ¿verdad?

—Me arrestaron por conducción bajo la influencia del alcohol en la universidad. Gracias a Dios no tenía hijos todavía, pero me moriría si mis amigas madres se enteraran.

Karolina asintió e intentó disfrutar de las muestras de empatía. Al fin y al cabo, se las merecía.

Una mujer demacrada con una expresión traumatizada agarró a Karolina del brazo y le susurró:

—Pase lo que pase, mantente firme con el acuerdo de custodia.

Todos saben que al final es lo único que nos importa.

Emily intervino antes de que Karolina pudiera responder.

—Es un consejo muy bueno —dijo sin venir a cuento—. Espero que no os importe si me llevo a Karolina. Su exmarido está intentando impedirle ver a su hijo y tenemos que asegurarnos de que se guarde la energía para esa importante batalla.

—¡No me lo creo! ¿Qué es ese hombre? ¿Una especie de monstruo?

—El senador Hartwell debería avergonzarse de sí mismo, usar a un niño como un mero peón…

—Vamos, demuestra a ese hombre quién tiene el poder.

Una vez más las lágrimas anegaron los ojos de Karolina. Aquellas mujeres la comprendían, les importaba. No soportaban la idea de que un padre se interpusiera entre una madre y un hijo. Estaban de su parte y, por primera vez en mucho tiempo, Karolina se sintió agradecida.

—Muchas gracias por vuestro apoyo —logró decir, y cada palabra fue cierta.

—Otra genialidad —siseó Emily al oído de Karolina mientras la conducía fuera de la estancia hacia el aparcamiento.

—Lo he dicho en serio. —No se molestó en ocultar lo molesta que se sentía—. Han sido muy amables.

—Claro que lo has dicho en serio —murmuró Emily, encaminándose al deportivo Mercedes de Karolina—. Merecía muchísimo la pena meterse a este grupo en específico en el bolsillo. Ahora eres parte de la comunidad. Y confía en mí, se movilizarán con más rapidez y eficiencia que un equipo SEAL de la Marina para defender a uno de los suyos. Todas son ricas, tienen contactos y difundirán lo que han escuchado a todos sus ricos amigos con contactos: tú eres la víctima y Graham es el… ¿Cómo lo ha llamado esa mujer? *Monstruo*. Tengo que decir que ha sido todo un éxito.

Karolina se subió al coche, deseando creer a Emily. Quería abrazar a Harry, ver una película con él, hacerle el desayuno y oírle hablar de cómo había sido su día…

—Prepárate para que empiecen las llamadas. Todo el mundo va a tener preguntas para ti. Limítate a hacer lo mismo que hoy: sé

empática, humana y admite tus defectos. No hay necesidad de atacar a Graham si sigues jugando bien tus cartas; deja que la gente lea entrelíneas y lo hagan ellos mismos. La marea está cambiando, Lina, y ya era hora. Ha llegado el momento de que la gente vea a tu ex tal y como es.

Karolina arrancó el coche. El móvil le sonó, y un número desconocido con el prefijo 917 apareció en la pantalla.

—Contesta —la urgió Emily—. Contesta todas las llamadas.

Se le había iluminado el rostro de la emoción.

Karolina cambió la función a Bluetooth y aceptó la llamada. Mientras daba la vuelta, comenzó a hablar. Reporteros de lo que le parecieron todas las ciudades de Estados Unidos llamaron e hicieron las mismas preguntas. ¿Era verdad que había ido a rehabilitación? ¿Estaba arrepentida y contrita? ¿Estaba trabajando con Madres Contra la Conducción Influenciada por el Alcohol? ¿Le estaba impidiendo el senador Hartwell ver a su hijo? ¿Creía en las segundas oportunidades? ¿Qué planes tenía para el futuro? ¿Había estado en contacto con las madres de los otros chicos que estuvieron en su Suburban esa noche? Karolina habló durante todo el trayecto a casa y también desde el sofá las cuatro horas siguientes, sorbiendo taza tras taza de Earl Grey, mientras intentaba hablar con toda la sinceridad posible (al menos todo lo que era posible mientras mentía sin parar). Cada vez que dudaba, pensaba en la vasectomía. Aun así, estaba sorprendida; no, completamente estupefacta de ver cómo el tono de los reporteros había cambiado de hostil y acusador a comprensivo. Aquellas lágrimas tan reales de terror y tristeza frente a todas aquellas hermosas y privilegiadas mujeres habían sido una absolución pública. Karolina la Modelo Borracha se había convertido en Karolina el Ser Humano que Sufría.

Mientras la cuestión de Harry siguiera en el aire y no supiera con qué iba a apuñalarla Graham por la espalda, no podría relajarse del todo, pero ya no sentía que todo el mundo la odiaba.

Estaba haciendo las cosas lo mejor que podía. No era perfecto ni lo solucionaba todo, pero de momento era suficiente.



25
La cocaína del parvulario

Emily

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que Miles había hecho algo tan espontáneo como volar desde Hong Kong sin previo aviso para sorprenderla?, se preguntó Emily mientras intentaba no tocar la mascarilla de barro que se había aplicado con tesón por la cara, el cuello y el escote. No sabía si era por la manera tan absoluta en la que la había sorprendido, o la familiaridad, o qué, pero las últimas cuarenta y ocho horas habían sido increíbles. No solo por el sexo, sino por todo lo demás: habían estado despiertos hasta la madrugada mientras hablaban sobre la frustración de Miles con los viajes que exigía su trabajo, los sentimientos de fracaso de Emily, el hecho de que ambos sentían que se habían distanciado por motivos ajenos a la geografía. Sin duda, Miles había dormido como un idiota quince horas seguidas, pero Emily supuso que podía perdonarlo, puesto que había volado más horas para verla de las que iban a pasar juntos.

—¿Te has dado cuenta de que llevas varios días sin dejar de sonreír? —le preguntó Karolina al entrar en el salón y dejar caer el bolso sobre el sofá. Karolina había aceptado el consejo de Emily y había cambiado su bolso Kelly de 8.000 dólares de Hermès por una

bolsa de tela de Michael Kors mucho más accesible. La supermodelo había logrado bajar de categoría hasta parecerse más o menos a una persona normal: hermosa, pero más cálida y relajada.

—Creo que eso es una exageración, pero ha sido una buena visita.

—Os va a venir bien, me alegro mucho. Lo necesitabas.

—¿A qué viene eso?

—La gente estaba empezando a hablar.

Emily abrió los ojos como platos.

—Tiene que ser una puta broma. ¿Hay gente en esta patética ciudad hablando *de mí* y de *mi* vida personal?

Karolina se echó a reír.

—Claro que sí. Acabo de estar con un grupo. Son mis nuevas mejores amigas, y les alegra mucho que te hayas reunido con tu marido.

—¿Vas a una noche de madres y te has convertido en la reina de Greenwich?

—¿No era eso lo que querías? —Karolina aleteó sus pestañas de L'Oréal.

Emily resopló.

—Sí, supongo que sí. —Hubo una pausa—. ¿Me vas a obligar a pedírtelo?

—Sí.

—Pues quédate con tus estúpidos cotilleos pueblerinos.

—Oh, venga ya, Em. ¿Alistair y tú?

—¿Alistair? —Emily sintió cómo la máscara, ya seca, se le agrietaba en la frente—. ¿Qué mierda saben sobre Alistair?

—Todas piensan que es increíblemente guapo y que has estado en su punto de mira. Tengo que decir que me duele un poco que no me hayas dicho nada.

Emily soltó una risita amarga.

—Le envié una selfi medio desnuda y no se molestó en responder.

Karolina la contempló estupefacta con sus enormes ojos azules.

—¿Qué pasa? —preguntó Emily.

—Así que tenían razón.

—¿En qué?

—Decían que había algo entre vosotros. Alguien os había visto

juntos en una fiesta.

Era obvio que Karolina se estaba esforzando en que no se le notara en la voz que la estaba juzgando, pero estaba fracasando por completo.

—Esas mujeres son actrices de relleno en nuestro plan maestro para recuperar tu antigua vida, tu hijo, el lugar que te pertenece. Olvida el resto. Solo es ruido.

Karolina pareció meditar al respecto.

—Me voy a poner algo más cómodo. ¿Quieres ver algo? ¿*El cuento de la criada*?

Emily se encogió de hombros. Estaba atrapada al menos durante treinta minutos más, hasta que pudiera quitarse la mascarilla.

—Claro.

Karolina subió las escaleras y Emily consideró ponerse algo elástico. Ni una sola vez en su vida se había sentido con nada de sobrepeso. Su truco era seguir los clásicos: cigarrillos, Coca-Cola *light* y vodka con gaseosa y lima, y siempre que mantuviera la boquita cerrada, ni siquiera necesitaba hacer demasiado ejercicio. Pero ¿y ahora? Estaba en Greenwich. Las afueras amenazaban con añadir un par de kilos a sus caderas como si fuera una especie de ama de casa común. Era inaceptable.

Un tono de llamada que no pertenecía a su móvil sonó desde el fondo del sofá y Emily lo desenterró. El móvil de Karolina mostraba una foto de Graham en la que salía muy apuesto y sonriente. Por supuesto, Emily sabía que debería ignorarlo, pero eso no sonaba divertido.

—¿Hola? ¿Graham? —preguntó Emily con toda la dulzura que pudo. No tenía idea de qué iba a decirle.

—Karolina, escúchame y pon toda tu atención —dijo Graham, con una voz profunda y seria—. No aceptaré que hables mal de mí a la prensa. ¡No lo toleraré! ¿Tu insinuación en ese evento de caridad de que te estoy impidiendo ver a Harry? ¡Cómo te atreves! ¿Tan desesperada estás por atención y compasión? En fin, hagámoslo oficial. No quería tener que hacer esto (por ti, por mí y por Harry) pero no me has dejado más opciones. Te retiro el permiso para acudir el mes que viene al día de visitas. Y si le hablas de ello a la

prensa, haré que sea una medida permanente.

—Graham, soy… —intentó decir Emily, pero el senador ya había colgado. Se quedó allí, perpleja, hasta que la furia regresó a ella. Dejó el móvil de Karolina y agarró el suyo. Le envió dos mensajes a Graham. El primero decía simplemente: «Vasectomía». Dejó pasar un minuto entero para que entendiera las implicaciones, y a continuación escribió: «Karolina esperará visitar a Harry según lo planeado. Eso es todo».

Emily oyó las pisadas de Karolina y dejó ambos móviles en el sofá. Como era predecible, incluso con el pelo corto, Karolina lucía espectacular en un pijama de pantalones vaporosos y una camisola a juego.

—¿Eso es de Ven a Buscar mis Pezones, la nueva colección de Victoria's Secret? —preguntó Emily, poniendo los ojos en blanco.

Karolina entrecerró los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no te preocupes. Mira, ponte lo que quieras. He cambiado de idea. En realidad, estoy muy cansada. Me voy a la cama.

—De acuerdo —dijo Karolina, que parecía un poco herida.

—Voy a Nueva York mañana temprano para un desayuno de trabajo.

Emily se dio cuenta de que Karolina estaba esperando que le dijera con quién iba a reunirse, pero quería escapar lo más rápido posible.

—Buenas noches —le dijo Karolina mientras subía las escaleras.

La habitación de invitados en la que Emily había levantado el campamento era un relajante oasis de color ciruela, gris y azul marino. Sábanas de Matouk, toallas de Frette, la alfombra de seda y lana más suave que hubieran rozado sus pies. Cada detalle era cómodo y perfecto, hasta la televisión escondida en el espejo del baño. Emily nunca había sido el tipo de persona que se apoltronara en el baño, pero se sentía inquieta, hinchada, aburrida y estresada al mismo tiempo. ¿Qué podría venirle mejor que sentirse ingrávida mientras veía *This is Us* desde la comodidad de un montón de burbujas de Molton Brown? Pero incluso con Milo Ventimiglia en la televisión para distraerla, Emily era incapaz de concentrarse. Si al día siguiente todo iba según lo planeado, estaría haciendo un trato con

el diablo. Marcó el número de Miriam.

—¿Em? Hola. Espera un segundo. ¡Benjamin Kagan! ¡Quítale a tu hermana ese cinturón del cuello ahora mismo! ¿Me oyes? ¡Ahora mismo! ¡Dirígete al piso de arriba y vete a la cama ahora!

Emily oyó una riña y después un llanto.

—Por mucho que me guste el sonido de los gritos de las madres y los niños maleducados, ¿podrías llamarme luego? —preguntó Emily. En la televisión silenciada en el espejo del baño, la joven Mandy Moore cantaba en su banda. A través del móvil, oyó un portazo.

—Hola, lo siento, ya estoy aquí —dijo Miriam sin aliento—. Por favor, recuérdame por qué pensé que dejar el trabajo era buena idea.

—¿Porque tus bebés crecían muy rápido y sentías que cada segundo se te escapaba entre los dedos como la arena de un reloj? ¿U otra metáfora mala parecida? Creo que eso fue lo que me dijiste cuando te hice esa pregunta hace unas dos semanas.

Miriam suspiró.

—Algunos días es un infierno. No me estás llamando para cancelar tu día con Maisie mañana, ¿verdad? Porque se pondría tristísima. Quería dormir ya con el vestido puesto.

—¡Claro que no lo voy a cancelar! Nos vemos en la estación de tren a las ocho, ¿verdad?

Emily necesitaba llevar a Maisie con ella; nada inquietaría tanto a Miranda como traer una niña a su oficina. Tenía la esperanza de que volviera a Miranda más susceptible a la manipulación.

—¿Has decidido ya qué vais a hacer?

—Vamos a ir a todos los sitios de moda: Alice's Tea Cup, Serendipity, Dylan's. Comprar. Dar un paseo. Puede que nos hagamos la manicura. Ya sabes, cosas típicas de chicas.

—Vale —dijo Miriam—. Por favor, nada de la tienda de muñecas American Girl, ¿vale?

—¿Por qué no? ¿Demasiado comercial? ¿Antifeminista? ¿Fabricadas con ftalatos? ¿Qué quejas tienes de las muñecas?

—Solo tiene cinco años, y no quiero que se enganche demasiado pronto.

—Sí, la cocaína del parvulario. He oído hablar de eso. Nada de

drogas, sexo ni American Girl. Lo entiendo. Oye, ¿podemos cambiar de tema, por favor?

—Solo tengo un segundo. Paul va a…

—Vale, de acuerdo. —Emily bajó la voz hasta casi susurrar por si Karolina la estaba escuchando—. Acabo de contestar el móvil de Karolina, y era Graham. Solo que él se ha pensado que era Karolina y ha…

—¿Acabas de contestar el móvil de Karolina? ¿Me lo dices en serio?

—¡Eso no es lo importante! Ha pensado que era Karolina y estaba hecho una fiera porque hubiera hablado mal de él en el evento de caridad. Le dijo que no podía ir a visitar a Harry en el campamento el mes que viene y que, si no se portaba bien, va a impedirle contactar con el niño por completo.

—Dios mío, tiene una enfermedad mental. No puede existir otra explicación.

—A lo mejor, solo es un cabrón —sugirió Emily.

—No es solo eso. Trip está evitando concertar citas de mediación. Dice que Graham está demasiado ocupado. Por suerte, lo ha puesto por escrito, y podré presentárselo al juez cuando al fin lo llevemos a juicio. ¿Y ahora está amenazándola con impedirle ver a su propio hijo? Es un monstruo.

—Parece ser la palabra del día. Y quizá le haya escrito desde mi móvil —añadió Emily.

—¿Qué quieres decir?

—Le he escrito a Graham una sola palabra: «Vasectomía». Y creo que ha entendido lo que le estaba diciendo.

—¿De verdad crees que es buena idea amenazar a un senador de los Estados Unidos? ¿Qué crees que va a hacer? ¿Dejar el cargo? ¿Retirarse? ¿Rogarte que le guardes el secreto? Vamos, Emily, no te ofendas, pero esto no es una revista de moda. Tus acciones pueden tener consecuencias legales. ¿Has pensado al respecto?

Emily lo pensó y la invadió una breve oleada de pánico.

—Claro que sí.

—¿Sabe Karolina que Graham la ha llamado?

—No.

—¿Y la policía que contrataste para tenderle una trampa,

encontrarlo con las manos en la masa o como quieras llamarlo? ¿La hiciste firmar un acuerdo de confidencialidad? ¿Y si ahora cambia de bando y cuenta que la has contratado?

Emily se clavó las uñas en las palmas. No era la primera vez que Miriam se mostraba condescendiente, incluso aunque no quisiera serlo. Pero ¿acusar a Emily de no tomarse en serio los problemas de Karolina? ¿Cuando prácticamente se había mudado de Los Ángeles a aquel barrio periférico para ayudarla? Era demasiado.

—Voy a colgar. Si hay algo más que necesite valorar desde el punto de vista legal, no dudes en comunicármelo.

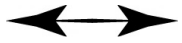
Sorprendiéndose a sí misma, Emily terminó la llamada.

Esperó, furiosa, con las manos un poco temblorosas. Arreglaría todo aquel embrollo. Eso era a lo que se dedicaba. La persona que era.

Pasaron dos minutos, pero entonces un mensaje apareció en la pantalla: «Lo siento. Una noche dura. Arreglaremos todo esto. Estoy contigo. Te quiero».

Y después, de inmediato: «Por favor, dime que vas a salir con Maisie mañana a pesar de todo».

Emily sonrió. Escribió su respuesta: «Nunca castigaría a la hija por los crímenes de la madre. Te veo mañana temprano, aunque la madre es una zorra de cuidado. Besitos».



—Te acordarás de ponerle el cinturón si os montáis en un taxi, ¿verdad? Porque debería ir en una sillita, pero sé que no vas a querer cargar con una todo el día.

—Tienes toda la razón —dijo Emily, envolviendo el *latte* bajo en calorías gigantesco con las dos manos, a pesar del calor del principio de verano. Había despertado con pocas ganas de aquel día, pero entonces recordó lo mucho que la adoraba Maisie y lo emocionada que estaba—. No voy a llevar una sillita. Y no soy tan imbécil como para no acordarme de abrocharle el cinturón a una niña de cinco años.

Ante estas palabras, Maisie movió la cabeza de un lado a otro y

miró a Emily.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Incluso las niñas de cinco años saben que eso es una palabrota —dijo Miriam, dedicándole a Emily una de sus miradas características.

Se oyó un silbido a lo lejos.

—¡Divertíos, chicas! Mami estará todo el día en casa llamando al Departamento de Policía de Bethesda —se despidió Miriam con la mano.

—Vamos, cariño —dijo Emily, y agarró la mano de Maisie—. Dile a tu mami que la quieres mucho y que las dos nos vamos a esforzar para sobrevivir las próximas seis horas sin sus constantes e incesantes intromisiones.

—¡Te quiero, mami! Las dos nos vamos a esforzar para…

Emily le puso las manos a Maisie sobre la boca.

—La traeré de una sola pieza, te lo prometo. Y sin más de una muñeca de American Girl, ¿vale?

—¿American Girl? —preguntó Maisie, que sonaba casi frenética—. ¿Vamos a ir a la tienda de American Girl? ¿Voy a tener una muñeca? ¿Mi propia muñeca de American Girl? Oh, tía Emily, ¡me muero de ganas!

Emily casi sentía miedo de mirar a Miriam después de aquellas palabras, pero un rápido vistazo le confirmó que su amiga se había rendido del todo: Miriam estaba allí, agitando la cabeza, con aspecto derrotado. Después les lanzó un beso a ambas y volvió al coche.

Maisie estuvo hablando durante todo el trayecto a la ciudad y le contó a Emily sobre las niñas de su grupo de acampada: quién tenía más pulseras de amistad, cuál era una abusona, cuál imitaba con más gracia a los monitores. Después discutió los motivos por los que adoraba *Wild Kratts* y qué profe quería para el primer curso, además de lo que planeaba pedir al Hada de los Dientes cuando se le cayera el siguiente (por cierto, cuatro se le estaban moviendo, ¡cuatro!). ¿Quién habría imaginado que la niña hablara de esa manera? Cuando estaba en casa, Emily apenas la había oído más que pelear con sus hermanos y pedir comida. ¿Sabía Miriam la joya que tenía en las manos? ¿Lo adorable que era su hijita? Cuando Maisie estiró

el brazo para agarrarse a la mano de Emily en la escalera mecánica de la Estación Central, la mujer sintió una breve oleada de emoción. Apretó la mano de la niña y le dio un beso en la nuca.

—¿A dónde vamos primero, tía Emily? —preguntó Maisie emocionada.

—¿A dónde si no? ¡American Girl!

—Pero mami dice que no puedo entrar hasta que tenga siete años. Dice que la ropa es más cara que la suya y que tengo que esperar a una ocasión especial.

—Bueno, vamos a pasar nuestro día de chicas en la ciudad. Eso es especial, ¿verdad? Y claro que la ropa de la muñeca cuesta más que la de tu mami. ¿Has visto cómo va vestida? —Caminaron veloces hacia la Quinta Avenida—. La vida es corta, cariño. Vamos a divertirnos.

Noventa minutos más tarde, las dos se lo habían pasado en grande. Les había costado 522 dólares, para ser exactos. No solo habían comprado una muñeca Gabriela, sino que Emily había aconsejado a Emily en la selección de vestuario: un elegante vestido cruzado para el trabajo, un mono negro para los cócteles, un vestido de baile rosa vaporoso para las entregas de premios, dos conjuntos diferentes de tenis para visitar el club, un par de vaqueros estrechos a la altura del tobillo y una blusa para ir de *brunch* el fin de semana. Maisie no dejaba de sugerir algún tipo de ropa de deporte (*leggings, shorts*, pantalones de yoga), pero Emily la disuadió con paciencia y persistencia. No era culpa de Maisie. Cuando en casa no veías más que prendas horribles con cinturas elásticas, ¿cómo ibas a conocer las alternativas? Terminaron la visita con un debate sobre si elegir un caballo y un establo para que Gabriela practicara equitación o una piscina con un bar incluido para invitar a sus amigas en verano; como fueron incapaces de decidir, compraron ambos.

—¿Van a enviar todo a casa? ¿Me lo prometes? ¿Todo? —preguntó Maisie ansiosa, mientras seguía a Emily al exterior, aferrándose a la muñeca.

—Te lo prometo, cariño. He pagado un extra para que lo envíen en el día, y me han dicho que saldría hoy. Toma —le dijo, tendiéndole a Maisie una botella de plástico y un vaso de hielo del bazar de la

esquina, por el que habían pasado tras dejar la tienda.

—Mami no me deja beber refresco —dijo Maisie, contemplando la botella.

—No te preocupes, guapa. Es *light*. Este es buena para la salud.

Bebieron en un silencio feliz durante un par de minutos, mientras Emily miraba cómo Maisie contemplaba a todo el mundo. Le sobrevino una oleada de amor protector por la niña, y la sorprendió. Le daba vergüenza admitirlo, pero no recordaba la última vez que se lo había pasado tan bien en un día de chicas en la ciudad. Se lo dijo a Maisie, y su carita se iluminó.

—Ni yo tampoco —dijo la niña, abrazando la muñeca nueva y apretando la mano de Emily.

—Ay, mierda —dijo Emily, mirando la hora.

La boca de Maisie formó un círculo perfecto.

—No te preocupes. Solo es un poco tarde. ¿Y sabes quién no soporta los retrasos? Miranda Priestly.

—¿Quién es Miranda Priestly? —preguntó Maisie.

—Es la mujer a la que voy a venderle el alma —explicó Emily.

—¿Y qué significa «vender el alma»?

Emily agarró a Maisie y a la la muñeca.

—Vamos, cariño, tenemos que darnos prisa.

Cuando al fin llegaron a Elias-Clark, Emily atravesó con familiaridad las puertas de cristal sin molestarse en hablar con la sorprendida secretaria del vestíbulo y fue directa a la *suite* de Miranda, donde la recibió la mirada mortal de su asistente júnior.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó una bonita gacela en una falda de lápiz, una blusa blanca de seda y unas sandalias abiertas de tacones altos; estaba claro que no estaba allí para ayudar, aunque Emily tenía junto a ella a una exhausta Maisie a la que le colgaba de las manos la muñeca de American Girl.

—Tengo una reunión con Miranda —dijo en su voz más irritada, y le complació ver que le arrancaba una reacción a la chica—. Emily Charlton.

—¡Oh, Emily! ¡Por supuesto! —dijo la chica, que casi derribó las cosas del mostrador al levantarse—. He oído un montón de cosas acerca de ti. Eres algo así como una leyenda aquí.

—¿Me estás tratando de vieja?

La chica pareció entrar en pánico.

—¿Cómo? No, claro que no. En absoluto. Lo que quería decir…

Emily forzó una sonrisa. Oh, recordaba esa época.

—Oye, ¿dónde puedo aparcar esto unos minutillos?

—Esto… ¿A qué te refieres?

—¿Esto? Es una niña. ¿No has visto una antes?

La asistente enrojeció.

—Sí, por supuesto. No sabía que tenías una hija. Es muy linda.

Dos teléfonos comenzaron a sonar a la vez. La asistente júnior contestó uno de forma instintiva y dijo:

—Oficina de Miranda Priestly. No, me temo que no está disponible ahora mismo. Sí, puede indicarme el número y ella lo llamará cuando pueda. —La chica asintió como si estuviera anotando algo—. Mmm. Mmm. Gracias. Adiós. —Se giró hacia Emily—. Ni en sueños. —Después atendió la segunda llamada y repitió el guion.

—¡Juliana! —Emily sintió cómo se le erizaba el vello del brazo—. ¿Está Emily ahí fuera? Estoy lista para recibirla.

Emily estaba intentando sentar a Maisie en la silla de Juliana cuando Miranda abrió las puertas de par en par. Su moteado vestido rosa era de Alexander McQueen, y los tacones de aguja eran, como siempre, de Manolo. Un ligero jersey de cachemira, probablemente de Prada, le colgaba de los hombros, como defensa contra el aire acondicionado corporativo, y tenía el pelo impecable, como siempre.

—¿Me habéis oído? ¿Hola? —Primero miró a Emily y la saludó con un movimiento de cabeza casi imperceptible, antes de girarse hacia Juliana—. Dije que *ya* estaba lista para recibirla.

—Sí, Miranda —dijo la asistenta, mientras se le dibujaban unas poco naturales motitas rojas en el cuello y la cara.

Miranda se dio la vuelta y entró a zancadas en su despacho.

—Gracias, Juliana. Dale a Maisie el móvil si se muestra inquieta —susurró Emily.

—Me llamo Elle —le susurró la chica de vuelta—. Juliana es la asistente sénior.

Le resultó reconfortante de una forma retorcida que nada hubiera cambiado.

—¡Emily! ¡Trae a la niña! Juliana tiene muchas tareas ahora mismo. No hay necesidad de darle responsabilidades de niñera.

—Desde luego —dijo Emily, que intentó agarrar la mano de Maisie. Sin embargo, la pequeña entró como un rayo en el despacho de Miranda, donde de inmediato se hizo con un pisapapeles de cristal del escritorio.

Emily sintió un pinchazo de sudor. ¿Cómo se le había ocurrido llevar a una cría de cinco años al despacho de Miranda Priestly?

Miranda las observó impasible.

—La niña tiene un gusto excelente —murmuró—. ¿Cómo te llamas?

Maisie alzó la vista hacia ella, una de las pocas personas en el planeta que no parecía temer mirar a Miranda a los ojos.

—Maisie Kagan.

—Bien, Maisie Kagan, ¿te gustaría jugar con mi ordenador mientras Emily y yo hablamos?

Maisie abrió los ojos como platos y asintió.

—Ven.

Mientras Emily intentaba esconder su estupor, Miranda se levantó de la silla metálica de escritorio y ayudó a Maisie a subirse. Pulsó unas cuantas teclas e hizo un gesto hacia la pantalla.

—Diviértete.

Miranda se giró hacia Emily y le indicó que se sentaran en el sofá junto a las ventanas.

Emily intentó colocarse en el sofá de Miranda, pero no podía negar que nada parecía en su lugar. Ahora que había vuelto a *Runway*, se sentía como una vaca. El vestido de Helmut Lang se le había subido un poco en exceso por la pierna, que parecía demasiado carnosa y, por culpa del almuerzo, el cinturón se le antojaba como una camisa de fuerza. Emily se sentó lo más recta que pudo y se propuso comenzar una limpieza con zumos en cuanto volviera a esa pequeña ciudad de las afueras que tan gorda volvía a la gente.

Miranda miró a Emily a los ojos y dijo:

—No hago más que despedir a esas niñas idiotas, y no tengo más tiempo para esas tonterías. Ha llegado la hora de que vuelvas a *Runway*, Emily. La gala del Met del mes pasado fue un espectáculo

terrorífico.

—¡Pero a todo el mundo le encantó! El tema de las mujeres fuertes en honor del movimiento Me Too fue una idea ganadora. Incluso tus detractores admitieron que fue una genialidad. *E!* lo llamó «la noche más estrellada de mayo», si recuerdo bien.

Miranda pareció considerar sus palabras.

—Una genialidad, sí. Pero estresante. Desorganizado. Y ya sabes lo mucho que me gusta eso. Tú deberías haber estado a cargo. Ya es junio. Para esta fecha, siempre hemos elegido ya la temática del baile y estamos bien avanzados en la planificación de las grandes fiestas de *Runway* en las semanas de la moda de Nueva York y París. ¿Y qué es lo que tengo? Nada de nada.

—Me siento halagada, Miranda, pero…

—Suficiente —dijo Miranda con una exasperación apenas contenida —. Quiero contratarte, pagarte generosamente y explotarte a mi gusto.

—Y me siento tentada. —Emily asintió—. Pero tengo un compromiso ahora mismo con otra clienta.

—¿Karolina Zuraw?

Emily asintió. Se percató de que estaba hablando con una de las pocas personas que pensaban en Karolina como una persona independiente, no como la señora de Graham Hartwell.

—¿Y cómo te va? —La sonrisa de Miranda era casi imperceptible mientras se le iba la mano al pañuelo de Hermès anudado en torno al cuello.

Emily se aclaró la garganta. Ahí estaba: su oportunidad.

—Ya conoces a Karolina. Es demasiado dulce para lo que le conviene. Y la prensa no ha ayudado. Pero creo que hemos dado vuelta…

Miranda se quitó las gafas para leer de Prada y se dio un pinchazo en la punta de la nariz.

—Emily, ahórrate toda esa mierda. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo.

Emily casi se cae de la silla de la sorpresa. Miranda nunca decía palabrotas. Nunca. Lo consideraba vulgar y poco apropiado para una dama. Algo reservado a la gente estúpida.

—De acuerdo, tienes razón —dijo Emily lentamente—. Graham la ha convertido en una víctima y la ha humillado frente al mundo entero, además de robarle la vida que conocía. Y quiero devolvérsela. Quiero destruirlo. Es un monstruo.

—Yo te ayudaré. Y después tú me ayudarás a mí. —Miranda la cortó de inmediato.

Bingo. Emily entrecerró los ojos.

—Necesita la custodia de su hijo y que Estados Unidos se olvide del arresto.

—¿Qué tienes? —preguntó Miranda.

Emily se enderezó un poco más.

—Un par de cosas. Pero Karolina no está dispuesta a hacerlas públicas.

Miranda chistó con desagrado.

—Qué poca imaginación. —Cerró el periódico y centró toda su atención en Emily—. Mándame un correo. Con una lista, por favor.

—¿Miranda?

—Yo me ocuparé de esto.

—Lo aprecio de veras, pero no es tan simple. Verás, yo…

Miranda alzó la mano.

—Eso es todo.

—Miranda, me has pedido que viniera para discutir cómo podría ayudarte…

—Está decidido —dijo, levantándose—. Ven, querida. Emily te está esperando.

—Maisie, despídete de la señora Priestly —susurró Emily en un aparte, pero Miranda las ignoró y agarró el teléfono.

Emily cerró las puertas dobles tras salir con Maisie.

—Muchas gracias por portarte tan bien —le dijo a Maisie una vez que estuvieron a salvo en el ascensor—. Has sido una buena chica. Cariño, ¿podrías hacerme el favor de no contarle a tu madre que hemos venido aquí? ¿Puede ser nuestro secretito?

Maisie se colocó el dedo índice en el labio inferior, justo igual que hacía Miriam.

—Gracias, cariño. Es muy importante para mí.

—¿Emily? —La voz de Maisie era infantil, pero no la pose con la

mano en la cadera y la otra abierta frente a ella como una palmada.

—¿Sí, cariño?

Maisie la miró directamente a los ojos.

—*Eso es todo*.



26
La manta de los mil dólares

Miriam

Cuando Miriam abrió los ojos, se percató de dos cosas de inmediato: la primera era que su marido estaba encima de ella, desnudo. La segunda, que el dormitorio seguía completamente a oscuras, así que debía de ser aún noche cerrada. ¿Era un sueño? ¿O estaba su marido dormido? No, parecía bastante despierto cuando la besó en el cuello e intentó quitarle la parte superior del pijama con la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, desorientada. Era obvio, por supuesto, pero ¡tan extraño! ¿Un sexo tan sensual y espontáneo en mitad de la noche?

—¿Qué piensas que estoy haciendo? —murmuró Paul, que iba abriéndose camino hacia el estómago de Miriam.

—Eh, no estoy segura de que vayas a querer hacer eso —le dijo, alzando la cabeza de su marido con ambas manos.

Él la apartó.

—Sé lo que quiero.

Así que Miriam se lo permitió. Le permitió que hiciera todo lo que quisiera, puesto que la oscuridad de la habitación y el drama de la hora tardía la hacían sentirse más libre. Después, cuando se tumbaron en un abrazo sudoroso, ambos jadeantes, Miriam no pudo

evitar sonreír.

—Eso ha estado muy bien —le dijo.

Paul rio.

—¿Muy bien? Tenía la esperanza de que dijeras que ha sido arrebatador o que te ha cambiado la vida.

Miriam rodó hacia él para besarlo.

—Con «muy bien», he querido decir que le has dado la vuelta a mi mundo.

—Mejor.

—¿Paul? —Miriam se daba cuenta de que su marido se estaba durmiendo, pero llevaba meses sin sentirse tan cerca de él.

—¿Mmm?

—¿A qué ha venido eso?

—¿A qué te refieres?

—Al sexo. A hacer el amor.

—¿Qué quieres decir? —Había cerrado los ojos y se le estaba ralentizando la respiración.

—Pues ¿por qué ahora? Después de… tanto tiempo. No quiero arruinarlo. Es solo que… No lo sé. Me ha dado la impresión de que ha salido de la nada, las cosas han sido… distintas entre nosotros últimamente. No, no debería haber dicho «distintas», más bien estuvieron distantes. Como si no hubiéramos estado siempre en la misma página. Piensa en el trabajo, por ejemplo… —La interrumpió un ronquido tan fuerte que pensó que Paul lo estaba fingiendo para pedirle en broma que se callara, pero permaneció a la escucha otro minuto y su marido no dejó de roncar.

Una hora más tarde, Miriam seguía despierta. No le había funcionado ninguno de los métodos habituales: leer una versión gratuita de *Moby Dick* en el Kindle, mirar únicamente páginas deportivas, ni siquiera escuchar la NPR en el móvil, así que salió de la cama y fue a la cocina a por algo de comer. No supo cómo terminó en el despacho de Paul, pero fue una fuerza magnética que la empujó desde su asiento junto a la despensa, donde había comido dos puñados de patatas fritas, directa a la esbelta silla giratoria de su marido.

Miriam esperaba que hubiera cambiado la contraseña del

ordenador, así que le sorprendió cuando la que tenían conjuntamente funcionó a la primera. Cotilleó un poco, examinó su bandeja de entrada y de salida y la papelera en busca de cualquier cosa inusual, pero nada le llamó la atención. Se pasó al iPhoto. Nada. Había una carpeta con el ominoso nombre de «Privado» en Dropbox, pero dentro solo había copias de los pasaportes, tarjetas de seguridad, tarjetas de crédito y carnets de conducir de la familia. Cuando llevaba unos veinte minutos investigando, Miriam fue sintiéndose cada vez más culpable por invadir la privacidad de Paul de esa manera, pero el alivio palpable que sentía hizo que mereciera la pena. Se sobresaltó un poco cuando el ordenador emitió un ruido y llegó un correo nuevo. Era de American Express e incluía el extracto de la tarjeta de crédito de junio, junto a una confirmación de que quería exclusivamente comunicaciones digitales.

¿*Exclusivamente digital?*, se preguntó mientras hacía clic. Tanto Paul como ella eran analógicos hasta lo extraordinario. Repasaban sus extractos con subrayadores de colores coordinados cada mes para detectar cualquier cargo fraudulento antes de pagarlo y registrarlos en sistemas de la nube y en discos duros. No se le ocurría el motivo por el que Paul quisiera pasarse a lo digital si iba a acabar imprimiendo los extractos de todos modos. Ambos tenían una tarjeta de crédito personal y una cuenta corriente, puesto que coincidían en la importancia de gozar de libertad financiera y privacidad. Además, ¿cómo iban a comprarse un regalo o una sorpresa si todo era compartido? Pero la mayoría de los gastos se cargaban en su tarjeta compartida y se pagaban con su cuenta conjunta. Consciente de que estaba violando todos sus acuerdos, Miriam abrió el extracto de Paul.

La primera docena de cargos era típica. Dos restaurantes a los que habían ido juntos. Otro por la actividad de recolección de fresas de ese fin de semana, puesto que habían llevado a los niños a una granja cercana. Sunoco, Foot Locker, Jamba Juice, un restaurante de pescado de la zona. Un cargo por haber cambiado las cuerdas de la raqueta. Treinta dólares en Barnes & Noble, donde lo había mandado a recoger un regalo de última hora para un cumpleaños infantil. El cargo mensual recurrente de su elegante gimnasio nuevo.

El cargo de mayor cantidad, casi 3.000 dólares, pertenecía a Delta, y Miriam recordó que era para los billetes de avión a Florida que habían comprado para la próxima Navidad. Lo que le llamó la atención fue el número trece, un cargo de Lofted, una tienda de diseño pequeña y exorbitantemente cara de la calle principal que a Miriam la intimidaba demasiado para entrar. Había curioseado las maravillosas alfombras y las dramáticas lámparas desde la calle, pero cada vez que su mirada se cruzaba con la del arrogante dueño y este no sonreía, Miriam se escabullía. El cargo era de 11.000 dólares, y la única descripción de la compra era: «Manta decorativa». ¿Por qué diablos había comprado Paul mantas decorativas de 11.000 dólares en Lofted? Por lo que ella sabía, su marido ni siquiera era consciente de la existencia de la tienda. ¿Había sido una compra impulsiva? ¿Algo que había adquirido solo porque podía pagarlo, igual que el Maserati? Antes no lo habría pensado, pero al parecer la respuesta era que sí. ¿Un gimnasio de lujo? Otra respuesta afirmativa. Pero, aun así, parecía imposible que se hubiera gastado tanto en una *manta,* cuando Paul no estaba remotamente interesado en el diseño del hogar ni tampoco pasaba demasiado frío. Lo que significaba que probablemente fuera un regalo.

¿Para quién?

Su cumpleaños no estaba cerca. Paul no solía comprar las cosas por adelantado, y ella tampoco había pedido una manta de precio criminal. Ni tampoco ninguna otra cosa en realidad. Su marido no le había comprado a su madre un regalo de cumpleaños desde que se casaron, momento en el que toda la responsabilidad de adquirir regalos y enviar notas de agradecimiento había recaído de inmediato sobre Miriam. Si le hubieran puesto una pistola en la cabeza, no se le habría ocurrido una persona en todo el planeta a la que Paul hubiera comprado esa manta. Excepto por la opción más obvia. Habría tenido que ser una absoluta idiota para no verlo. Para no aceptarlo.

Volvió a mirar el extracto. Había un puñado de cargos ordinarios, un par de ellos cuestionables (un considerable cargo de Benjamin Moore por tapaporos y pintura; uno aún más grande para una

compañía de enmarcar cuadros *online*), pero fue el último cargo el que la dejó sin aliento. Justo al final del todo, el último cargo del mes, el 30 de junio a la inmobiliaria Costal Realty. De nuevo, no aparecían más que un par de palabras amenazantes en la descripción: «Alquiler de julio», 3.300 dólares. La dirección que aparecía pertenecía a una empresa de gerencia de Greenwich.

Un *collage* de imágenes pasó como un relámpago por su mente: un nidito de amor, pintado cuidosamente con ámbar quemado y trufa ahumada de Benjamin Moore, adornado con diversos almohadones y mantas y cojines de suelo para asegurar que todas las superficies fueran lo suficientemente suaves para el constante e incesante sexo que se producía en su interior. Aunque no acostumbraba vomitar, y nunca solía sucederle, ni siquiera durante los embarazos ni tras comer comida callejera cuestionable en el extranjero, sin previo aviso Miriam se inclinó y vomitó directa en la impecable papelera de nogal de Paul. Debió de desmayarse en la silla, porque cuando volvió a abrir los ojos, Paul la contemplaba con una expresión preocupada, sin dejar de pasar la mirada entre el ordenador, la papelera llena de vómito y Miriam.

—Miriam, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás durmiendo aquí? ¿Estás enferma?

Tenía un sabor tan repugnante en la boca y tal sequedad en la garganta que no pudo sino fulminarlo con la mirada.

Paul la ayudó a sentarse en su sillón de cuero como si fuera una paciente anciana. La sensación de aquella mano cálida y capaz envolviéndole el brazo superior hizo que se le revolviera de nuevo el estómago.

—Ven, descansa —le dijo—. Voy a darles a los niños unos cereales y a llevarlos al autobús. Volveré en unos minutos.

Miriam se colocó el brazo sobre los ojos para bloquear la luz, como si estuviera padeciendo una resaca común, en lugar de percatarse de que la vida tal y como la conocía había acabado. Incluso aquello se le antojó extraño, ese nivel de drama. Miriam no era dramática. Era capaz, alguien en quien se podía confiar. Les daba a los niños comidas bien equilibradas de fruta, yogur y huevos ricos en proteínas cada mañana, aunque ella comiera donas. Siempre se

armaba de valor cuando estaba cansada o molesta, firmemente convencida de que sus hijos no necesitaban ni merecían soportar sus cargas adultas, y seguía una rutina bien ensayada que les daba a su familia y a ella la predictibilidad y la estabilidad que todos requerían en aquel frenético y demente mundo actual. Pero ¿desmayarse estrepitosamente en el sofá de su marido tras un polvo estupendo con él solo para descubrir que la había engañado, tal y como sospechaba? Y no era solo el engaño, sino que se estaba preparando para *dejarla* y había alquilado y decorado su propio apartamento. No. No era un escenario al que estuviera acostumbrada. Y mientras más tiempo estuviera allí, oyendo los familiares sonidos de la casa mientras Paul hacía lo que podía para que los tres niños se vistieran, además de preparar los almuerzos, darles el desayuno y llevarlos al colegio, más se enfadaba. Era *él* quien le había hecho aquello.

Treinta minutos más tarde, cuando al fin llegó de la parada de autobús, Miriam le escupió:

—¿Cómo te *atreves*?

Las náuseas habían desaparecido. La sensación de debilidad y mareo que le había impedido ponerse en pie o hablar se habían desvanecido. Y en su lugar había una furia fría y dura.

—¿Cómo te atreves a hacernos esto a todos? Porque ¿sabes qué, Paul? Esa es la auténtica tragedia. No soy la única que tiene que lidiar con las consecuencias de tu aventura. Porque te aseguro que lo voy a *superar*. No *seré* una víctima. Pero ¿nuestros hijos? Es una historia completamente diferente.

Paul la contempló, boquiabierto. ¿Qué ocurría? ¿Le sorprendía ver aquel fuego en su interior? ¿Había empezado a pensar en ella como una mami de las afueras que no hacía más que organizar almuerzos, igual que todas las demás? ¿No se acordaba de que Miriam había ganado más dinero que Paul y también había obtenido mejores calificaciones en la universidad y un trabajo mejor hasta que él tuvo suerte y dio un pelotazo?

—Deja de mirarme de esa forma y dime algo —exigió, con un tono venenoso—. En realidad, ahora que lo pienso mejor, no digas nada. ¿Sabes lo que *no* vamos a hacer ahora mismo? *No* vamos a sentarnos aquí ni voy a rogarte durante las próximas dos horas que

me cuentes todos los detalles. Ni quién es, ni cómo la conociste, ni qué le gusta en la cama ni si es más guapa que yo. Ni vas a implorarme que te perdone. Somos mejores que eso, Paul. Al menos, yo lo soy. Vamos a ahorrarnos más sinsabores y saltarnos esa parte. Prepara una bolsa y vete de casa y, una vez que ambos hayamos tenido tiempo para pensar, podemos tener una conversación como gente racional.

—¿Has terminado? —preguntó Paul, con la voz temblorosa.

—Sí. —Aunque deseaba desesperadamente que él se fuera para que no la viera llorar, también albergaba la secreta esperanza de que hiciera justamente lo que le había ordenado ahorrarse: en concreto, tirarse a sus pies y rogarle que lo perdonara. Que anunciara que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar su matrimonio y recomponer la familia. Miriam estaba ofreciendo una actuación digna de un Óscar, pero debajo de aquella apariencia valiente, estaba aterrorizada.

—No me creo lo que estoy oyendo —dijo, pasándose la mano por el pelo.

—Oh, *no* te creo.

—Me ha llevado un minuto averiguar lo que está pasando —dijo Paul con firmeza— o, en realidad, lo que *tú crees* que está pasando. Pero ya lo entiendo. —Señaló la pantalla del ordenador, donde seguía apareciendo el extracto de su tarjeta—. Has visto cargos que no reconoces. Un alquiler que no puedes explicar. Y es curioso, lo entiendo.

—¿Curioso? No es la palabra que yo hubiera elegido.

Paul la fulminó con tal desdén que Miriam se quedó sin aliento.

—Sube al coche. Ahora mismo. —Paul avanzó al sillón de un par de zancadas y le agarró la muñeca. Tiró de ella para incorporarla con tanta rudeza que Miriam soltó un gritito—. Lo digo en serio, persona lunática. El coche. Ahora mismo.

Miriam miró su pijama manchado de vómito.

—Ni siquiera llevo ropa interior —protestó, señalándose.

—Tienes dos minutos. Ponte cualquier cosa, no importa. Nos vemos en el garaje.

La mente se le quedó sorprendentemente en blanco mientras

agarraba un par de vaqueros cortos rotos del suelo y una camiseta limpia. Parecía que un huracán había pasado por la cocina. Paul estaba en la entrada adyacente, sosteniendo la puerta del garaje, como si la desafiara a mencionar el desastre.

Aunque no lo habría creído posible tras lo que había sucedido, viajaron en un silencio absoluto durante diez minutos, hasta que Paul frenó en un *parking*. Lo rodeaba un edificio de dos plantas con forma de herradura, con un exterior bañado de gris y unas puertas enmarcadas de madera blanca, con un techo de tejas. Parecía más propio de Nantucket que de las afueras de Nueva York. Miriam había pasado junto a él en el coche cientos de veces, y no se había percatado de que fuera tan encantador.

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntó, mirando a su alrededor. En la primera planta había un estudio de yoga, una firma de diseño paisajístico y un mercado orgánico que anunciaba que había un bar de zumos en la parte trasera.

Paul abrió una puerta que daba a un espacio de *coworking*, y Miriam lo siguió por una escalera hacia un área alegremente iluminada. En las tres puertas que había allí, vio carteles que anunciaban que sus ocupantes eran dos psicólogos infantiles y un logopeda. Tras esa zona y por el pasillo había más puertas, todas adornadas con el nombre de una persona, y al final del todo había una puerta sin nombre. Paul tecleó un código de cuatro dígitos en un panel para abrirla: su PIN bancario compartido, se percató. En su interior había un despacho de planta abierta, pequeño pero sorprendentemente espectacular, con suelos de roble lavado y un mobiliario cálido y moderno: escritorio, silla giratoria de cuero, estanterías llenas de fotos familiares y las novelas de tapa dura favoritas de Miriam, además de baratijas que había coleccionado en sus viajes durante todos esos años. Lo mejor de todo era que tenía una luz increíble, proveniente de dos enormes claraboyas y los ventanales de la pared trasera, que daban a un pequeño afluente del río Byram. Había un balcón Julieta que daba a un rincón idílico del río rodeado de hierba y, más abajo, a una mesa de pícnic, donde una veinteañera leía con una taza de café en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Miriam, aunque ahora que observaba

el contenido de los estantes resultaba bastante obvio.

Paul se la quedó mirando.

—¿Por qué motivo? No tengo tanto trabajo como para justificar un despacho. Sobre todo, uno tan bonito —dijo Miriam, admirando cómo aquel espacio parecía tanto moderno como despejado y, aun así, era cálido y acogedor. No habría podido montarlo ella misma de haberlo intentado.

—Eres una madre increíble, no me malinterpretes, y los niños son muy afortunados de tenerte en casa con ellos, pero ambos sabemos que no eres feliz con esa situación.

—Eso no es cierto. Es solo que…

Paul estiró el brazo para rozarle los labios.

—Solo quería que supieras que te he escuchado. Muchas cosas han cambiado desde que hemos dejado Nueva York. Todo es muy raro por aquí. Bueno, lo sé, pero raro. No quieres volver a trabajar ochenta horas a la semana, más trayectos, en un exigente bufete de Nueva York, pero también me doy cuenta de que pasarte el día en el gimnasio y las reuniones del cole no te está aportando gran cosa. Siempre eres más feliz cuando tienes muchas cosas que hacer, y he pensado que tener un lugar solo para ti donde puedas escapar del resto de nosotros te permitiría aceptar más trabajo de abogada en la ciudad. Solo si es lo que quieres, claro. No hay presión. Siempre te has negado cuando he sugerido que tuvieras tu propia oficina y yo me he apoderado del despacho de casa. Así que lamento mucho haber sido tan misterioso y actuar a tus espaldas y, si no te gusta, lo lamento mucho más, pero ha sido Ashley la que ha elegido al decorador, y además quería que tuvieras algo así. Porque te amo. Y estoy aquí para lo que necesites.

—¿Así que no me estás engañando? —Miriam no supo cuándo había empezado a llorar, pero las lágrimas le recorrían las mejillas.

—No te estoy engañando. —Paul abrió los brazos, en los que Miriam se derrumbó feliz.

—¿No has encontrado a una mujer con una vagina mejor?

Paul le empujó los hombros con suavidad para mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Pensé que ese era el motivo de que ya no te interesara el sexo.

Al menos uno de los motivos. De verdad, deberías oír hablar a esas mujeres del tema.

—Madre mía, Miriam. ¿Eso era lo que pensabas? ¿Que nos acostamos con menos frecuencia porque hay algo *malo* en tu cuerpo?

Solo logró asentir.

—Ven aquí, cariño. Lo siento mucho. No sé qué es lo que está pasando, pero creo que es normal cuando la gente lleva casada tanto tiempo. Estas cosas tienen sus altos y sus bajos, ¿sabes? No es que me guste, pero creo que podemos trabajar en ello. Ajustarnos a las afueras no ha sido fácil para ninguno de los dos.

Miriam se acercó a Paul para besarlo en los labios. Y después le agarró la mano y dio una vuelta por su precioso despacho nuevo, pintado en relajantes tonos con nombres como «ámbar quemado» y «trufa ahumada», hasta que vio otra cosa. Ahí, sobre un fabuloso canapé tapizado en un terciopelo color planta del huevo, había una manta decorativa. Era gris con un estampado *ikat* blanquecino, de una cachemira tan agradable y suave que le dio la impresión de que podría envolverse en ella y dormir con comodidad en el suelo de madera. La etiqueta rezaba: «Cachemira y seda, tejida a mano artesanalmente en Nepal, importada exclusivamente para Lofted». Miriam podría haberlo adivinado antes de leerla.

—Lo siento. —Fue todo lo que pudo decir ahogadamente antes de que los sollozos les hicieran compañía a las lágrimas.

—Te quiero, Miriam. Adoro a nuestra familia. Amo nuestra vida juntos —dijo Paul, envolviendo todo su cuerpo en un abrazo que la hizo sentirse como que todo estaba bien en el mundo.

—Yo también te quiero.



27
La Dalái Lama del Chantaje

Karolina

Karolina dio un sorbo al *sake* de *nigori* y miró el móvil. Llegar tarde no era propio de Trip, sobre todo cuando había sido él quien le había rogado que se reunieran. Sabía que Miriam había intentado organizar una reunión y que se había negado a verla. Para bien o para mal, la curiosidad de Karolina sobre qué tenía que decirle su antiguo «amigo» la había llevado a acceder a reunirse con él. Sin su abogada. Quizá Miriam la matara. Emily lo haría sin dudar. El camarero se acercó a rellenar el pequeño cuenco de *sake*, y Karolina se apresuró a apurarlo también. Cuando al fin apareció Trip, lucía una expresión inescrutable.

—Gracias por reunirte conmigo. Lamento llegar tarde —le dijo mientras se sentaba a su lado. La mesita estaba preparada para que dos personas se sentaran una junto a la otra, pero Trip se limitó a arrastrar el tatami frente a él. Se había inclinado para darle un beso en la mejilla, pero Karolina lo esquivó.

—No te he esperado para pedir la bebida. ¿Estás ofendido? ¿O te lo imaginabas? —preguntó ella.

—Oh, por favor. Sé que no tienes un problema con la bebida.

—¿No fuiste tú el primero en decirme que me habían detenido por

conducción ebria? He tenido que fingir estar en rehabilitación, por Dios. Mis «amigas» de Bethesda no me hablan desde la noche en la que supuestamente sucedió todo. Desde la noche en la que tu mejor amigo usó sus contactos políticos y civiles para incriminarme por un delito que no he cometido para que pudiera tener imagen de víctima en lugar de la de un tipo asqueroso que le ha puesto los cuernos a su mujer.

Trip puso cara de asco, y Karolina sintió deseos de golpearlo.

—Así que esta es la reunión en la que me dices que todo ha sido un gran malentendido, ¿eh? ¿Que Graham está muy arrepentido y que ahora podemos comportarnos como personas *civilizadas*? Porque en ese caso puedes darte la vuelta y volver por donde has venido. No me interesa.

El camarero volvió, y Trip sonó desesperado mientras pedía un vodka en las rocas con aceitunas extra.

—Ha pasado algo. Tenemos que discutirlo.

—Continúa —dijo Karolina.

Trip se aclaró la garganta. Estaba nervioso de verdad. *Cómo se atreve*, pensó Karolina. Y después aparecieron las palabras que Emily le había martilleado en la cabeza durante meses. *Sin piedad.*

El camarero vino y pidieron la comida. Después se hizo un momento de silencio incómodo. Sin duda, tenían mucho que decirse, pero se mostraron reticentes a comenzar.

Trip colocó la mano sobre la de Karolina. Y, por algún motivo, ella no la retiró.

—Antes de nada, te debo una disculpa.

—¿Por qué motivo? Quiero saberlo.

—Permanecí junto a Graham mientras él te hacía todas esas cosas horribles. Y no sé por qué. Supongo que por un sentimiento de lealtad mal entendido. Siempre ha estado a mi lado desde que nos conocimos en la universidad. Cuando mis padres murieron con seis meses de diferencia. Cuando los gemelos nacieron prematuramente y tuvimos que pasar semanas en la sala de terapia intensiva neonatal. Cuando Ellen me dejó. Siempre ha estado ahí, y supongo que pensé que estaba en deuda con él.

El camarero apareció con dos pequeños cuencos de sopa y dos

ensaladas con jengibre, y tuvieron que reorganizar la mesa para colocarlo todo.

—Tengo una pregunta para ti —dijo Karolina, sintiendo un bulto familiar en la garganta—. Y necesito que seas sincero.

—Lo juro.

Trip la miró.

—¿Sabías lo de la vasectomía?

Trip arrugó la nariz.

—¿Cómo? ¿Quién se ha hecho una vasectomía?

Karolina examinó su rostro: decía la verdad.

—Graham se hizo una vasectomía hace cinco años y nunca me lo dijo.

—Mierda, Lina. Eso no puede ser verdad.

—Yo tampoco me lo creía, pero es cierto.

Trip se llevó los dedos a la frente.

—Dios mío. No sé ni qué decir. Te lo juro, no tenía ni idea.

—Ya sabemos por qué me resultaba tan difícil quedar embarazada, ¿eh? —Su risa carecía de alegría.

Trip no había vivido el día a día de Karolina mientras intentaba desesperadamente tener un bebé, pero sabía lo esencial. La había ayudado a organizar una consulta con una especialista en fertilidad que había venido de Suiza y tenía el porcentaje de éxitos más alto del mundo.

Trip permaneció en silencio.

—¿Te ha contado lo del… incidente en el instituto?

Karolina asintió y sorbió un poco de sopa de miso de la enorme cuchara de madera.

—Sí, me lo contó cuando nos casamos. No sabía que tú también lo sabías.

Trip exhaló.

—No creo que tuviera intenciones de contármelo. Éramos estudiantes de último curso de Harvard y se emborrachó una noche. Más de lo habitual. Creo que era el aniversario de la muerte de la niña, y se puso tan mal que se derrumbó al llegar a casa desde el bar. Entre sollozos. Fue una de las cosas más tristes que he visto en mi vida. Pero, a la mañana siguiente, o bien no lo recordaba o fingió

no hacerlo, y nunca volvimos a hablar del tema. Creo que se cerró emocionalmente. Tal vez para siempre.

—Guau. ¿Te contó lo ocurrido? —Bajó la voz—. ¿Fue su culpa? ¿Iba demasiado rápido? ¿Había bebido? No se lo pregunté, y él no lo dijo.

—No lo sé. Solo me dijo que la niña corrió hacia el coche y que la atropelló antes de verla. Nunca se lo he contado a nadie.

—Yo tampoco. —Karolina se detuvo y recordó que hacía poco se lo había contado a Emily—. Bueno, solo a una persona, y juró guardar el secreto.

—Nada podría destruir su carrera política con más rapidez. Tendría una posibilidad de superarlo si lo hubiera admitido desde el principio y cumplido con su penitencia. Es decir, si hubiera actuado de acuerdo a lo que siente. Pero ahora es demasiado tarde. Se ha convertido en un secreto horrible que podría arruinarle la vida.

—Pienso lo mismo. Y por muy tentador que sea contárselo al público, no lo haré nunca. No quiero que Harry tenga que hacer frente a algo así. ¿Y arrastrar a los padres de la niña a revivirlo todo? Es demasiado cruel. —Hizo una pausa—. Sin embargo, lo de la vasectomía resulta tentador.

Terminaron la sopa en silencio. No fue hasta que Karolina probó la ensalada que Trip la miró.

—¿Lina?

Algo en el tono de aquel hombre la hizo bajar los palillos.

—Graham me ha pedido que te dijera que, tras pensarlo cuidadosamente, piensa que lo mejor para Harry sería ir a un internado. Como hicieron él y sus hermanos.

Karolina se puso en pie, furiosa.

—¡Menuda bestia! ¿Cómo puede pensar en mandar a nuestro hijo a…?

—Lina, espera. —Su voz era metálica—. Ha hecho gestiones para que Harry comience el curso en Choate en otoño.

Karolina se percató de que se había quedado ojiplática. ¿Choate? Estaba ahí mismo, en Connecticut. ¿Con qué tipo de infierno estaba pensando en torturarla?

—Vale…

—Y piensa que lo mejor sería que te quedaras en la casa de Greenwich para que Harry pudiera visitarte los fines de semana y en vacaciones, y que también podrías acercarte durante la semana a verlo. Llevarlo a él y a sus amigos a cenar, ese tipo de cosas.

—¿Por qué decidiría de forma voluntaria enviar a Harry a un colegio tan cerca de mí?

—No estoy tan seguro de que haya sido de forma voluntaria —dijo Trip en voz baja.

Karolina se inclinó.

—¿Qué es lo que sabes?

—Solo lo que te he contado. Así que te sugiero que disfrutes de la victoria. Porque no cabe duda de que lo es.

No era la primera vez que Karolina lloraba frente a Trip, pero por algún motivo las lágrimas la avergonzaron más que en el pasado.

—¿Crees que va en serio?

Intentó limpiarse el rímel bajo los ojos, pero se imaginó que probablemente lo estaría extendiendo.

Trip asintió.

—Ya ha completado el papeleo para el cambio de colegio. Sidwell lo va a obligar a pagar por el curso entero porque es demasiado tarde para retirar a un alumno. Aun así, lo va a hacer.

—No… no puedo ni hablar —dijo Karolina, apartando la ensalada.

—Me ha pedido que te lo dijera yo mismo. Dice que le has colgado cuando te llamó.

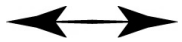
Karolina apenas era capaz de describir la ráfaga de felicidad que la recorría. Todavía sentía rabia; había perdido cinco años, o probablemente más, por culpa de sus mentiras. Pero saber que seguiría siendo la madre de Harry, que seguiría siendo parte de su vida, que lo vería de forma regular… sus otras preocupaciones se desvanecieron.

Esta vez fue Karolina la que agarró la mano de Trip.

—Tengo que volver a casa. ¿Podemos terminar en otro momento?

Trip tendría que esperar. *Todo* tendría que esperar. Ahora mismo, lo único que importaba era volver a casa para hablar con Emily. Nunca en toda su vida recordaba haberse sentido tan agradecida como en ese momento: mientras corría al coche, prácticamente sentía a su

hijo en los brazos. Condujo lo más rápido que pudo.



Su llamada a Miriam fue directa al contestador, pero para entonces casi estaba aparcando en Honeysuckle Lane.

—¡Emily! ¡Emily! ¡Em! ¡Em! ¡I! ¡Ly! —gritó Karolina mientras corría por la cocina tan rápido como le permitían las sandalias de plataforma—. ¡Emily!

Karolina miró a su alrededor. Había una botella de Whispering Angel medio bebida en la mesita de café, acompañada de un paquete de Marlboro Light. Aquel tedioso *reality show* de Bravo sobre yates estaba en la televisión. Todas las luces estaban encendidas. Y las sandalias *nudes* de Chloé que Emily llevaba puestas desde el Día de los Caídos estaban en la alfombra. Sin duda, estaba en casa. ¿Por qué no respondía?

—¡Emily! ¿Estás ahí? Tienes que oír esto —la llamó Karolina, ascendiendo las escaleras enmoquetadas a todo correr. Miró las dos habitaciones de invitados entre las que se había estado moviendo Emily, según su estado de ánimo y otros factores que Karolina no entendía—. ¿Dónde demonios estás?

—¡Estoy en el baño! —le gritó Emily, con la voz amortiguada.

—¡Tengo que contarte algo absolutamente increíble! —le respondió Karolina.

Estaba en las nubes, volando de pura felicidad. Quería gritarles las novedades a todas las personas del mundo; bailar salsa con extraños; permanecer despierta tres noches enteras por lo menos.

—¿Me concedes un minutito? —Emily sonaba tan irritada como Karolina estaba emocionada.

—Claro. ¿Estás bien? —Karolina esperó justo frente a la puerta del baño.

—¿En serio? —dijo Emily—. ¿No puedes darme ni cinco segundos de privacidad?

Karolina sonrió. A nadie. Por ningún motivo en particular.

—Claro. Empiezo a contar de inmediato.

En menos de un minuto, Karolina oyó el grifo abrirse y luego

cerrarse. La puerta se abrió para dar paso a Emily, que parecía haber sufrido un tornado en un crucero al aire libre.

—¿Qué coño es tan importante como para que montes guardia en el baño? —preguntó Emily, pasando junto a Karolina, que se apresuró a seguirle el ritmo.

—Emily, no tengo ni idea de lo que has dicho o hecho, pero sea lo que fuere, ¡muchas gracias! Graham va a enviar a Harry a un internado… ¡en Connecticut!

Emily se detuvo y se dio la vuelta, con una expresión neutral.

—¿Y?

—Pues me quedaré en Greenwich y Harry vendrá *aquí* los fines de semana. Además, podré visitarlo en el colegio. ¡Básicamente voy a tener custodia primaria!

Emily suspiró con fuerza.

—¿Qué pasa? —preguntó Karolina.

—Por eso me gusta gestionar las cosas yo misma. Cuando ofrece su ayuda, es imposible controlarla.

Karolina no dejó de seguir a Emily, que se derrumbó de nuevo en el sofá del salón y buscó el mando a distancia.

—Espera, apaga la tele. ¿De qué estás hablando?

—Te ha ayudado a recuperar a Harry. Se ha ofrecido a ayudarme cuando la necesitaba. No es perfecto, pero al menos ya lo tenemos.

—*¿Quién?* —Karolina tuvo que resistirse para no retorcerle a Emily el pescuezo—. Emily. Dime lo que ha sucedido. Ahora mismo.

Emily se llevó las palmas a la frente como si le doliera la cabeza.

—Miranda me está insistiendo para que vuelva con ella para supervisar los eventos. Me resulta halagador, no me malinterpretes, pero parece que no…

—¿Emily? ¿Puedes hablarme de mi hijo?

Emily hizo un gesto con la mano para pedirle paciencia.

—Le dije que no podía trabajar para ella en este momento porque estaba muy ocupada contigo. Me preguntó qué era lo que pasaba; es decir, por qué no había solucionado ya el asunto. Le dije que no era tan fácil cargar contra un senador en activo de los Estados Unidos. Entonces se rio en mi cara, como sabía que iba a hacer. Después me dijo que se encargaría ella misma y que le llevaría

aproximadamente sesenta segundos. Le dije que no se contuviera.

—¿Que no se contuviera? ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Preguntó qué era lo que tú querías. Le contesté que a Harry. Inquirió si tenía algún trapo sucio que pudiera usar contra Graham, así que le mandé una lista por correo electrónico. Después, ella se encargó del resto.

—¿Que se encargó del resto?

—No dejas de repetir lo que digo.

—¿Le has hablado de la niña que atropelló en el instituto, aunque te hice jurar que guardarías el secreto? —La cálida sensación de completa felicidad que había invadido a Karolina se estaba convirtiendo rápidamente en indignación.

—Sí.

—¿Y lo de la vasectomía?

—Oh, ya había confrontado a Graham sobre ese tema. Así que, quizá, lo que lo convenció de hacer eso fue ese puñetazo doble.

—¡Emily! Eso era *privado*. Entre nosotros.

—Por Harry. Ya lo sé. No soy idiota. Miranda no se lo ha contado a la prensa. Lo ha usado con Graham. Lo llamó sin previo aviso, estoy segura, y le recordó que había servido unos pocos meses como secretaria del presidente Whitney. Ese es el padre de Regan, el presidente Whitney. ¿Te acuerdas de él? ¿Y lo unidos que están Miranda y el expresidente? E imagino que le diría de inmediato que el presidente Whitney se sentiría *muy* decepcionado de escuchar algunas de las cosas en las que había estado involucrado el futuro prometido de su hija. Imagino que le dio mucho en lo que pensar.

—Madre mía. —Fue todo lo que logró decir Karolina.

—Nada de medios, pronunciamientos públicos ni escrutinios de mal gusto. Solo una clásica extorsión por parte de una mujer que opera en los más altos niveles. Es como la Dalái Lama del Chantaje. La Gran Dama de la Intimidación. La Sacerdotisa de…

—Lo capto. —Karolina buscó una botella de *rosé*, llenó la copa de Emily hasta el borde y se bebió el resto ella misma.

—Disfruta. De todas formas, estoy en la mierda —dijo Emily—. Aun así, creo que los fines de semana no son suficientes, ¿y tú?

Karolina se quedó mirando a Emily.

—Lo he visto exactamente cinco veces desde Año Nuevo.

—Karolina. —Emily habló como si solo pronunciar su nombre le resultara agotador—. ¿Cuándo vas a dejar de mirar el mundo como un lugar al que le debieras algo y empezar a reclamar lo que te debe a ti? ¿Has hecho algo mal en todo este asunto? ¿Le has hecho daño a alguien? ¿Estás intentando joder a alguien? No. Solo quieres vivir una vida normal y ver a tu hijo. A mí no me parece particularmente emocionante, pero cada cual tiene lo suyo.

—¿Qué estás diciendo?

—Solo porque Miranda Priestly esté conforme con los fines de semana y Graham haya accedido, no significa que tú tengas que hacerlo. Agarra el maldito móvil y dile que no hay trato a menos que Harry vaya a Choate durante el día y viva contigo. U otra escuela. Estamos en la putísima Greenwich, por Dios, debe de haber una docena de colegios en la zona dispuestos a cobrarte 5.000 dólares al año por educar a un niño de séptimo curso. ¡Ve a por ello!

Era como si alguien hubiera levantado una manta pesada de su pecho. Karolina solo podía contemplar a Emily, maravillada de aquella mujer que sabía de forma instintiva cómo lograr lo que quería. Emily tenía razón: si Graham estaba tan desesperado por preservar su relación con Regan como para permitir que Harry acudiera a un internado en Connecticut, debería intentar presionarlo un poco más para tener a su hijo a tiempo completo. Sacó el teléfono de inmediato y empezó a teclear, pero lo borró todo enseguida tras decidir que una formulación corta y fuerte sería mejor. Añadió a Trip y a Miriam a los receptores del mensaje.

Ha habido un malentendido. Quiero que Harry viva conmigo en Greenwich a tiempo completo. Puedes elegir el colegio. Puedes decirle a todo el mundo que duerme en un internado. Pero no será verdad: pasará la noche en casa conmigo, todas las noches, de aquí hasta que se gradúe. Irá a visitarte en Bethesda las veces que quieras, según decidáis vosotros, pero el resto del tiempo vivirá conmigo. Y quiero hacerlo por la vía legal y tenerlo por escrito.

Tuvo que contenerse físicamente para no incluir nuevas justificaciones detrás de cada frase. Envió el mensaje y se quedó sin respiración.

A los treinta segundos aparecieron tres puntitos que empezaron a parpadear durante casi dos minutos. Después, desaparecieron. Aparecieron y desaparecieron de nuevo, y Karolina pensó que iba a tener un infarto. ¿Iba Graham a echarse atrás? ¿Habría decidido que prefería tener a Harry en Bethesda que casarse con Regan? ¿Se daría cuenta del engaño y la mandaría al infierno? Karolina dio literalmente vueltas de un lado a otro, aferrando el móvil, con las manos tan sudorosas que se le cayó dos veces.

Cuando llegó la respuesta, ni siquiera se percató de que había estado aguantando la respiración. Había exhalado, preparándose para la inevitable oleada de decepción que estaba a punto de golpearla, pero cuando logró enfocar la vista a pesar de las lágrimas se fijó en las dos únicas letras que había escrito. «OK». En mayúscula. Nada de reservas, amenazas, negociaciones o discusiones. Una mera conformidad. Su hijo volvía a ser suyo.



28
Apenas un Ambien

Emily

Emily contempló a Karolina salir dando saltitos del salón y subir a su habitación, presumiblemente para llamar a Miriam, a su tía o cualquiera que estuviera interesado en las buenas noticias sobre Harry. Emily se sentía feliz por ella, por supuesto, pero también le daba la impresión de que había fracasado. *Probablemente porque es verdad*, pensó, mientras cambiaba de un canal a otro sin prestar atención. Emily había puesto todo el plan en marcha. Había orquestado la genialidad del cambio de imagen de Karolina para ser más maternal y el nuevo mensaje; había hecho que se rehabilitara en Utah (además de conseguirle un polvo) y la había presentado a las damas de sociedad de Greenwich que, sin duda, se harían cargo del resto. Lo que no había logrado (por incapacidad, aparentemente) era devolverle a Karolina lo que más deseaba. A la hora de la verdad, había sido Miranda quien había intervenido y conseguido resultados. Quizás, al final Emily lograra impulsar su negocio (le sorprendería que el equipo de Kim Kelly no se pusiera en contacto con ella la próxima semana), pero la victoria no era suya. Y había algo de lo que estaba absolutamente segura: Miranda no había actuado por bondad, por cariño hacia Emily o por preocupación por

el bienestar de un niño al que nunca había visto. ¿Cuánto le llevaría a Miranda venir a cobrar la deuda? Literalmente había hecho un pacto con el diablo.

Como no tenía energía para estirar el brazo y recoger la copa de la mesa, Emily se llevó a los labios la botella nueva que Karolina acababa de abrir y dio un largo trago. No la ayudó a deshacerse de las náuseas que llevaba sintiendo toda la noche ni tampoco le provocó nada parecido a una borrachera decente. Irritada, cansada y ya con resaca, se levantó del sofá para ir a la cama. Había echado un chorro de pasta de dientes en el cepillo y empezaba a refregarse la dentadura con una agresividad exagerada que sin duda le estaba dañando las encías cuando algo le llamó la atención. El palo. Estaba sobre el lavabo, esperando que alguien lo mirara. Emily escupió y le dedicó una mirada de reojo. En él se marcaban sin lugar a dudas un par de líneas de color rojo brillante. Exasperada, lo arrojó a la basura y procedió a pasarse el hilo dental, hacer pis y lavarse la cara sin dedicarle ni un pensamiento. ¿Para qué servían esas putas pruebas de embarazo si siempre fallaban?

Se había quedado dormida viendo *Narcos* en Netflix (el iPad le había golpeado la cara y no se había despertado) cuando sintió cómo alguien la estaba zarandeando para despertarla.

—Emily. ¡Emily! Despierta. —Karolina sonaba frenética.

—Uhm, ¿qué pasa? —Por algún motivo, le parecía que llevaba inconsciente tres segundos y también tres días.

—¡Levanta! Ahora mismo. ¡Abre los ojos!

Emily obedeció y el puro pánico de Karolina hizo que se le pasara la somnolencia.

—¿Qué ocurre? ¿Es Miranda? ¿Estás enferma? ¿Qué sucede? —preguntó, sacándose los auriculares de las orejas mientras el iPad se caía al suelo.

—¿Por qué no me has contado que estabas *embarazada*? —preguntó Karolina, con la cara tan cerca de la suya que Emily pudo oler su aliento mentolado.

Ante estas palabras, Emily solo pudo echarse a reír.

—¡Porque no lo estoy! ¿De verdad era necesario despertarme?

—Emily. ¡He visto la prueba de embarazo positiva en el baño! —

Ahora Karolina estaba histérica, fuera de control. ¿Por qué gritaba de esa manera? Habría vuelto loca a cualquiera.

—Cálmate, por favor, ¿de acuerdo? —dijo Emily, subiéndose el edredón—. No estoy *embarazada*.

—¿Ah, no? ¿Y de quién son las pruebas del baño?

Emily se quedó mirando a Karolina.

—Tienes tu propio baño. Joder, tienes siete a tu disposición.

Parecía que a Karolina se le fueran a salir los ojos de las órbitas.

—¡Me había quedado sin papel higiénico! Fui al baño más cercano a por un rollo. Y, mira qué casualidad, parecía que había explotado ahí dentro todo un pasillo de pruebas de embarazo de Duane Reade. ¡Y todas con un bendito positivo! Está claro que no estabas intentando esconder nada, así que no me vengas con esa mierda de la privacidad. Ay, Dios, Emily, estoy superfeliz por ti.

Las últimas palabras fueron un gritito, y Emily se dio cuenta de que Karolina estaba a punto de ponerse a llorar.

—Antes de que empecemos con las lágrimas, escúchame, por favor. No estoy embarazada. ¡Tengo un DIU! Bueno, lo tenía. Hasta hace poco. Y nunca he vuelto a tener una regla normal por todas las hormonas. No recordaba la última vez que me había venido, así que meé en el palito. Sabe Dios que los acumulas como si fueran pañuelos. No era nada serio, porque es imposible que esté embarazada, así que seguro que es un falso positivo.

—¿Un falso positivo?

Emily asintió.

Karolina saltó a la cama, agitando los brazos sin parar. Tal vez fuera la única vez que Emily había visto a aquella bellísima mujer parecer ridícula.

—¡Emily! ¡No existen los falsos positivos!

La manera en la que Karolina dijo esto, con tanta certeza, hizo que Emily se parara a pensar. ¿Podría estar en lo cierto? No, eso era imposible.

—Claro que existen.

—Dios mío, ¡no puedo más! —Karolina se había quedado sin aliento—. Emily. Cuando estás embarazada, la orina contiene una hormona que resulta detectable. Eso es lo que activa la segunda

rayita de la prueba. Los falsos negativos son muy posibles porque la prueba no detecta la hormona, pero no sucede lo mismo con los falsos *positivos*. La prueba no puede detectar algo que no está ahí.

Emily se sintió como si alguien le hubiera pegado un puñetazo.

—¿Estás segura?

—He pasado la mayor parte de los últimos cinco años intentando quedarme embarazada. ¿No crees que sé perfectamente cómo funciona una prueba de embarazo de farmacia?

Emily alzó la vista hacia Karolina con reticencia.

—Estás embarazada. Eso es indiscutible.

—Pero…

—Te acompañaré mañana al médico para que puedas tener una confirmación oficial, pero nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

Otra vez aquella sensación de que le estaban golpeando las entrañas. Emily tomó aire.

—Eso no puede ser verdad.

—¿Por qué no? Lo cierto es que no hay mucho misterio en el asunto.

—¡Sí, pero es que tenía un DIU!

Karolina parecía incrédula.

—¿*Tenías* un DIU? Es decir que lo has tenido en el pasado, pero ahora mismo, no.

—¡Durante diez años! —replicó Emily—. He tenido dos, en realidad. Y tenía pensado ponerme otro cuando me quitaron el último, pero estaba agotado el que quería y, cuando me llamaron de la clínica para decirme que volvía a estar disponible, tuve intención de concertar una cita…

—Pero no lo hiciste.

—¡Estaba ocupada! Ayudándote, para empezar. Además, Miles siempre hace la marcha atrás. Casi siempre. Y probablemente me quedan como tres óvulos, si acaso.

Karolina se llevó la mano a la frente y durante un instante pareció contrita. Se sentó junto a Emily en la cama.

—Ya sé, me da esa impresión, que esto no era lo que querías. Pero… no tiene por qué ser algo malo.

—Por favor. Déjalo. Me gustaría volver a la cama. —Emily se examinó las manos como si fueran fascinantes pergaminos.

—Y yo buscaré una cita para primera hora de la mañana.

—Es una pérdida de tiempo para todo el mundo.

—Insisto.

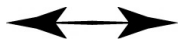
Karolina se detuvo antes de marcharse. Pero cuando Emily echó un vistazo un momento después, su amiga se había ido y había cerrado la puerta tras ella.

Emily exhaló. Si era sincera consigo misma, llevaba un tiempo sospechándolo. La pregunta era: ¿desde hacía cuánto? ¿Cuándo aquella sensación extraña en el estómago se había convertido en unas náuseas que no le daban cuartel? ¿Cuándo había empezado a hacer que se le revolviera el estómago el humo de los cigarrillos, que antes le había parecido delicioso? ¿Cuándo le habían empezado a doler las tetas de forma tan extraña? ¿Cuál fue el momento exacto en el que le comenzaron a apretar tanto los pantalones que había optado por vestir de Lululemon como una vulgar mamá robot de las afueras? ¿Cuándo le había empezado a asquear un simple rollo de atún picante? Llevaba semanas negándoselo a sí misma. Quizás incluso más tiempo. Diablos, era difícil decirlo. Pero aquella noche, al buscar más jabón de manos bajo el lavabo, había encontrado un millón de pruebas de embarazo y pensó que podría probar una. Solo para confirmar que se tratara de un síndrome premenstrual malo o un virus o algo. Una intoxicación. Mononucleosis, como mucho. Pero la prueba había dado positiva, y también la siguiente. Y las seis de después. A lo mejor, si todas las pruebas pertenecían al mismo lote, podían estar en mal estado.

Buscó el frasco de pastillas para dormir que guardaba en la mesita de noche para ese tipo de emergencia y vertió unas cuantas en la palma de su mano. Tenía Ambien de 5 miligramos, Belsomras de 5 miligramos y Lunestas de 2,5 miligramos. Había docenas de pastillas de Ativan, cortesía de su amiga psiquiatra de Los Ángeles, y como la mitad de alprazolam, que le había dado una amable ancianita que se había sentado a su lado en su último vuelo. Incluso unos poquitos Valium, que seguía considerando el estándar de excelencia, aunque hubieran pasado de moda sin remedio. Cuando la vida se volvía

particularmente estresante como para resolverlo todo con un cóctel, aquel frasco de pastillitas mágicas era su única salvación. Ansiosa, las ordenó, cortó y debatió los pros y contras de cada una: un subidón divertido, pero resaca a la mañana siguiente, o un tedioso viaje inmediato a la cama, pero nada de boca seca por la mañana. Se decidió por el Ambien, un viejo amigo de confianza, pero, mientras abría una botella de agua, una imagen horripilante se dibujó en sus pensamientos: una adorable carita de bebé y un torso sin brazos ni piernas, sollozando sin parar con una expresión que decía: «Esto es culpa tuya». Emily intentó deshacerse de ella y convencerse de que era ridículo, que las adictas a la heroína daban a luz a bebés con brazos y piernas todos los días y que apenas un Ambien no iba a marcar una diferencia, pero, por mucho que lo intentó, la imagen no se desvaneció.

—Mierda —dijo, para después guardar con cuidado el puñado de pastillas en el frasco y asegurar la tapa a prueba de niños, antes de lanzarlo contra la pared. Apagó las luces y se puso la almohada sobre la cara. Iba a ser una noche muy larga.



La doctora Werner presionó, no muy cuidadosamente, desde el interior de Emily con una mano y miró hacia arriba, como si estuviera muy concentrada, cual intrépida exploradora abriéndose camino por una cueva oscura como un pozo.

—Puedo intentar hacer estimaciones. Diría que prácticamente dieciséis semanas, más o menos. Pero luego haremos un ultrasonido, y eso nos dará una idea mejor.

La médica sacó la mano del interior de Emily, se quitó los guantes e hizo algunas anotaciones en una tabla.

Miriam soltó un chillido.

—¿Dieciséis semanas? Dios mío, eso es como muy real. ¡Cuatro meses de embarazo! ¡Ya es casi la mitad!

—¿Puedes parar, por favor? —le replicó Emily. Su corazón parecía haber dado un vuelco y estaba intentando distinguir si se trataba de una cuestión de nervios, emoción o náuseas matutinas.

—Lo siento. Lo siento. Es que estoy tan *emocionada por ti*.

Emily la fulminó con la mirada.

—Estás aquí ahora mismo porque Karolina era incapaz de mantener la compostura en la clínica de la ginecóloga. Lo que me vendría bien ahora mismo es un poco de apoyo *tranquilo*.

—Entendido.

—Mejor un apoyo *silencioso*.

Miriam asintió.

La doctora Werner fingía no estar escuchando, pero Emily se dio cuenta de que intentaba suprimir una sonrisa.

—Vale, Emily, esto será solo un minuto —dijo la médica, que recubrió una vara blanca con un condón y le puso una sustancia pálida en la punta. Atenuó las luces, empujó la pantalla sobre un soporte móvil hacia la mesa de evaluación de Emily e insertó la varita.

Emily aguantó la respiración. No dolía. Apenas sentía nada, en realidad. Pero aquello era lo que volvería real aquel asunto. Hasta aquel momento, había explicación para todo. La docena de pruebas de embarazo caseras. El examen de orina en la clínica esa mañana. El examen pélvico. Todo era vulnerable a error, o al menos interpretable. Pero ver un pequeño embrión en una pantalla donde antes no había uno, oír el latido del embrión… Bueno, eso sería más difícil de negar.

—Emily, me gustaría que echaras un vistazo. —La doctora Werner señaló un borrón en la pantalla. Se balanceaba como una medusa que flotaba en aguas bravas.

El sonido de una estampida de caballos llenó la estancia.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily, alarmada.

—Perdón, estaba puesto muy alto. —La doctora Werner dio la vuelta al interruptor y la estampida de caballos empezó a sonar mucho más como un rápido latido—. Estás mirando un embarazo sano, Emily. —Movió un poco la varita y usó el teclado para marcar y medir la imagen de la pantalla—. Me he quedado cerca. Tienes medidas de quince semanas y dos días. ¿Te gustaría saber el género?

—¡No! —gritó Miriam antes de ponerse la mano sobre la boca—.

Lo siento. Es que me parecen geniales las sorpresas. No quedan muchas grandes sorpresas en la vida, y me encanta no saber nada de…

—¿Doctora Werner? —la llamó Emily con una voz lo suficientemente alta como para ahogar la de Miriam—. Puesto que es mi cuerpo, mi bebé y mi decisión, me gustaría saber el género.

La médica movió la varita a la izquierda, lo suficiente para darle un pequeño sobresalto a Emily, antes de volver a señalar:

—¿Ves? Mira justo ahí. Una niña. Vas a tener una niña.

—Dios mío. ¿Una niña? ¿De verdad? —Emily habló atropelladamente antes de poder evitarlo. Ya se había sentido mareada al pronunciar las palabras «mi bebé», pero aquello era ya demasiado. ¿Había una niña de verdad en su interior? ¿Una que tenía un corazón que latía y un cuerpecito que crecía y que se convertiría en un verdadero ser humano si ella se lo permitía?

—No lo puedo decir con una certeza absoluta hasta que tengamos los resultados del análisis de sangre, pero sí, diría que es sin duda una niña.

—Ay, madre. Dios mío. Ay, madre. —Emily no dejaba de repetir las palabras una y otra vez, sin querer decir nada más o, quizá, no se sentía capaz. Cuando al fin recordó que Miriam también estaba allí, giró la cabeza para encontrar a su amiga sollozando sobre su hombro. Emily no debería haberse sorprendido de que Miriam estuviera llorando.

—Lo siento —sollozó Miriam, enjugándose la cara—. Lo siento mucho. Este es tu momento. Se supone que debo mantener la calma, lo sé. Pero es que me siento tan feliz por ti. ¡Una niña! ¿Qué hay mejor que eso?

La médica cerró el archivo de Emily y abrió la puerta.

—Enhorabuena. Vístete y nos veremos en un momento en mi despacho para discutirlo todo, ¿vale?

—Vale —dijo Emily, pero sonó como un gritito.

En cuanto la puerta se cerró, Miriam casi se lanza sobre la mesa. Sacó el móvil y empezó a teclear a una velocidad furibunda.

—¿Qué mierda estás haciendo? No se lo estarás diciendo a nadie, ¿verdad? —preguntó Emily. Todavía no se lo había contado ni

siquiera a Miles.

—Claro que no. Espera un momento. Mira, aquí lo tengo. La calculadora de la fecha esperada del parto. Si estamos a veintiocho de agosto, y de verdad estás embarazada de quince semanas y dos días, eso significa que tu bebé nacerá… ¡el veinte de febrero!

—¿Febrero? ¿En pleno invierno? ¿El mes más oscuro del año? ¡Es deprimente hasta en Los Ángeles! No quiero que su cumpleaños sea en febrero.

Ante eso, Miriam se carcajeó.

—Estás loquísima. Pero aun así, sigo feliz por ti.

Emily dio un salto, ya que de pronto se sentía llena de energía, y se subió la ropa interior y los vaqueros.

Miriam la contempló.

—Prepárate para tirar todos los tangas. Y los sujetadores sexis. Y casi toda la lencería. Piensa en ropa de algodón, que se estire. Cinturillas elásticas. Comer todo el helado que te apetezca sin pizca de culpa. Dios mío, ahora mismo te tengo mucha envidia.

Emily fingió tener arcadas.

—Las probabilidades de que eso pase son exactamente cero. —Solo llevaba quince semanas y ya le había costado trabajo meterse en los vaqueros esa mañana, cuando lo único que quería era ponerse sus *leggings* de Lululemon más indulgentes.

—Tengo que llamar a Miles. Dios mío, va a morirse de felicidad con estas noticias.

—¿Incluso más que tú?

—¡No estoy feliz! —protestó Emily de inmediato. Intentó desesperadamente poner su cara de arpía, que normalmente le salía de forma natural, pero no se le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Lo ves? ¡Lo sabía! ¡Sabía que estarías encantada cuando tuvieras la confirmación oficial! Karolina dijo que estabas hecha un desastre y que te ibas a tirar de la azotea de ser verdad, pero yo *sabía* que no era el caso.

Emily miró el reloj.

—¿Qué vas a hacer la próxima hora? —le preguntó a Miriam.

—¿Yo? Nada. Bueno, en realidad iba a ir a mi despacho nuevo…

—Mmm. Interesante. Pero hoy es mi día. Después de que la

médica nos dé la lista de los aciertos y errores, ¿me acompañas a un sitio?

—Claro. Donde quieras. ¿Carvel? ¿Dairy Queen? ¿McDonald's? ¡Que empiece la fiesta!

Emily miró a Miriam, asqueada. Alzó la mano.

—Detente.

—¿Qué puede hacer una para divertirse estando embarazada además de comer? Nada de alcohol, tabaco o drogas. Nada de ejercicio fuerte, aunque nunca me ha importado esa restricción. Ni tampoco locuras sexuales. De nuevo, tampoco es un problema para mí. Pero no quedan muchas cosas —dijo Miriam.

—Todavía puedo ir de compras —dijo Emily, echándose sobre el hombro el bolso Goyard—. Vamos a ir a Bergdorf. Voy a comprar un chaleco de piel de Chloé en miniatura que va a ser increíblemente caro y poco práctico hasta el extremo. En tamaño infantil. ¿Te vienes?

Miriam resplandeció de felicidad.

—Claro que sí.



29
Dispuesta a hacer lo que haga falta

Miriam

Miriam contempló el río desde el escritorio de su nuevo despacho y sonrió para sí. Era mitad de noviembre, y aunque las hojas al fin habían caído y se formaba escarcha por la noche, aquel día era gloriosamente soleado y cálido. Estaba a punto de almorzar con Ashley en el sitio de ensaladas de abajo cuando le sonó el teléfono del despacho.

—Miriam Kagan —dijo, satisfecha con su tono profesional. Solo habían pasado unos meses desde que se había instalado en el despacho nuevo y empezado a aceptar trabajo legal, y le sorprendía lo mucho que lo estaba disfrutando.

—Mmm. Hola. ¿Podría hablar con… —Hubo una pausa; aquella voz masculina sonaba como si estuviera leyendo algo—. ¿Miriam Kagan?

Pronunció «Kagan» como «Kagán».

—Soy yo. ¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Hola. Soy el agente Lewis de la DPB. El Departamento de Policía de Bethesda, para que quede claro.

—Agente Lewis, muchas gracias por devolverme la llamada —dijo Miriam, aunque no tenía muchas esperanzas en que esa llamada fuera a ser diferente de las docenas que ya había hecho y recibido.

Gracias a la Ley de Libertad de Información y a unos cuantos amigos abogados bien situados (y también, lo admitiría, a sus bien afinadas habilidades de investigación en Facebook), Miriam había logrado reunir una lista casi completa de los agentes que habían estado de servicio la noche del arresto de Karolina. Había dejado docenas de mensajes en aquellos dos meses. Había hablado con casi todos por teléfono, cuando estos habían decidido devolverle la llamada, y ninguno había podido decir algo que arrojara luz sobre el asunto. Sí, se acordaban de que Karolina había pasado la noche en la celda. ¿Y cómo no iban a acordarse? Uno no veía a un antiguo ángel de Victoria's Secret (o, según tu área de interés, a la mujer de un senador) en la cárcel. Y sí, en aquel momento supieron que la habían retenido por conducir ebria. Unos pocos recordaban haber visto a Harry y a sus amigos y, más tarde, a Elaine, cuando había venido a recogerlos, pero otros no. No importaba. Ni un solo agente había dicho algo distinto a lo que se había compartido en los periódicos: que habían detenido a una Karolina borracha y un tanto histérica que se había negado a usar un alcoholímetro o hacerse un análisis de sangre. Todos asumían que se le había administrado uno tras obtener la orden del juzgado, pues ese era el procedimiento estándar, pero ninguno de ellos podría haberlo jurado.

—De nada. Y ya sé que he dicho que llamaba de la DPB, pero me jubilé el mes pasado. En realidad, ha sido para unirme al negocio de mi padre, puesto que ha estado enfermo. Pero por cuestiones legales, o lo que sea, debería saber que ya no formo parte del cuerpo.

—De acuerdo —dijo Miriam—. No pasa nada.

El agente Lewis se aclaró la garganta.

—Sí, gracias. En fin, me sentía fatal por no haberle contado esto a nadie antes, pero habría sido… complicado. Considerando a mis superiores y todo lo demás.

Miriam tomó aire con fuerza, y esperó que el expolicía no pudiera oír sus expectativas.

—Entiendo —contestó, alargando la palabra para que sonara más tranquilizadora.

—¿Esta conversación es confidencial?

—Por supuesto.

—Bien, he leído en las noticias que la señora Hartwell se negó a someterse a pruebas de sobriedad en varias ocasiones. Y no es eso lo que recuerdo de esa noche. Más bien todo lo contrario, de hecho.

—¿Está seguro?

—Sí, señora. Pidió en repetidas ocasiones que se le aplicara un alcoholímetro. Llegó a implorarlo.

—¿De verdad? —preguntó Miriam, aunque aquello era justo lo que siempre había dicho Karolina.

—Sí, señora. Múltiples veces.

—¿Y está usted seguro?

—Sí, señora. Yo era el agente a cargo que completó su ingreso. Los agentes de patrulla se fueron cuando acabó su turno, y fui responsable de terminar el papeleo.

—Ya veo —murmuró Miriam—. ¿Y recuerda con claridad que *imploró* que le dieran un alcoholímetro?

—Sí, señora.

—¿Y puedo preguntar por qué no le administraron uno? ¿No forma parte del protocolo cuando hay sospechas de conducción ebria?

—Normalmente, sí. Pero, en este caso, el jefe Cunningham dijo que se iba a obviar el test de sobriedad porque la señora Hartwell era VIP.

—¿Y qué quería decir eso?

—El senador Hartwell no hubiera estado muy contento si arrestaban a su mujer por conducir borracha. No estaba cómodo ante la idea de quebrar el protocolo, pero entendía que era una situación delicada.

—Sí, lo comprendo —dijo Miriam, intentando sonar empática.

—Debería haber llamado antes…

Miriam asintió, aunque el hombre no podía verla.

—Por supuesto, señor Lewis. Creo que cualquier persona entendería sus reticencias. Pero ¿hará usted lo correcto y se alzará contra la injusticia? Ya no forma parte del cuerpo, así que no asumirá consecuencias personales. Y la señora Hartwell, que es una persona estupenda y ha sufrido muchísimo, quedaría en deuda con usted para siempre.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Usaría usted mi nombre?

—Sí —dijo Miriam sin asomo de dudas—. Es la única manera.

Otro momento de silencio, durante el cual Miriam contuvo la respiración, y entonces oyó:

—Vale, lo haré.

Acordaron una hora y un lugar de reunión para el viernes siguiente, y Miriam levantó el puño al colgar. Agarró el bolso y el abrigo y bajó las escaleras, sin molestarse en cerrar el despacho. Sus compañeros de espacio y ella eran como una familia disfuncional. Se quejaban del tiempo mientras bebían café por las mañanas y, de vez en cuando, tomaban algo después del trabajo. Se recogían mutuamente los paquetes, saludaban a los clientes de cada uno y compartían novedades y consejos para perder peso. La psicoterapeuta llamada Dara, a quien Miriam adoraba, la había arrastrado hacía poco a unas clases loquísimas que mezclaban pilates y boxeo tres veces a la semana, y Miriam ya había bajado dos tallas.

Corrió hacia el sitio de ensaladas, sin aliento, y Ashley levantó la vista del móvil con una expresión extraña.

—Lo siento, he llegado tarde. He…

—¿Miriam? —la interrumpió Ashley, inclinándose sobre la mesa lo suficiente para que la otra se detuviera a mitad de la frase—. Tengo algo que decirte.

—¿Eric y tú habéis vuelto? —preguntó Miriam, casi segura de que era la única opción posible, con el momento en el que sucedería como único interrogante.

Ashley torció el gesto en una expresión del más puro asco.

—¿Eric? ¡Diablos, no! —dijo con la potencia suficiente como para que la gente al otro lado del mostrador se girara a mirar—. Por lo que a mí respecta, puede revolcarse con todas y cada una de las chicas de Ashley Madison.

—De acuerdo. —Miriam rio—. Me lo apunto.

—He conocido a alguien. Bueno, en realidad, más que conocer, debería decir que me he enamorado. Es un padre de la ciudad. —Ashley bajó la voz, aunque eran las únicas clientas del bar—. No

creo que haya coincidido nunca con él. Supongo que Greenwich es más grande de lo que pensamos. Y nuestros hijos no tienen la misma edad.

—Suena genial —dijo Miriam de forma genuina. Un padre divorciado de la zona parecía uno de los mejores resultados para toda aquella terrible ordalía.

—Y no te he contado la mejor parte. —Ashley se inclinó y susurró —. Es británico.

—¡Qué bien!

—Es guapísimo. Y tan, tan sexi.

—Es estupendo —dijo Miriam—. Me alegro por ti.

Ashley asintió.

—Gracias. Sé que es un poco raro, porque Emily y tú sois amigas y todo eso, pero creo que podemos ser todas adultas, ¿verdad?

—¿Emily? ¿Mi Emily?

Ashley se quedó mirando a Miriam.

—¿No te lo ha contado?

—¿Qué me tiene que contar?

—Normalmente no me gusta cotillear, y Alistair me ha asegurado que no hay nada entre ellos, pero vi que Emily le mandó una selfi desnuda.

—Espera, ¿Emily Charlton? ¿Un tipo llamado Alistair? Eso es ridículo. Nunca haría eso —dijo Miriam con más confianza de la que sentía.

Ashley sacó el móvil del bolso, fue pasando las fotos y alzó la pantalla para que Miriam la viera.

Miriam entrecerró los ojos.

—Solo son unos pechos desnudos. Podrían ser de cualquiera.

—Por favor, Miriam. Tengo su número en el móvil. No pasa nada, siempre que no se piense que le he robado a su hombre o algo. Lo que haya pasado entre ellos no es de mi incumbencia, y ya sabes lo mucho que la admiro, pero no quiero que piense que sigue habiendo algo ahí. Porque no es el caso.

Había algo en la manera en la que Ashley la miraba que hizo que Miriam tuviera ganas de reír. Suprimió el impulso y dijo:

—¿Te gustaría que le dijera eso a Emily?

Ashley pareció meditar al respecto.

—Si *quieres*. Siempre que no pienses que vaya a ofenderse.

Miriam sonrió.

—Una nunca sabe con Emily, pero me esforzaré.

Le vibró el móvil y lo miró. Era un mensaje de Paul.

¿Has comido ya?

Ahora mismo con Ashley. Tiene un novio nuevo.

Genial, porque Eric tiene tres novias.

¡Paul!

Perdón. He hecho una reserva para la cita de esta noche.

¿A dónde vamos?

Miriam estaba tan concentrada en el intercambio de mensajes que no se percató de que Ashley se había levantado.

—Lo siento, tengo que irme —dijo Ashley—. Me acaban de avisar que hay un hueco para mí en la peluquería. Quiero arreglarme el pelo antes de la cita. Gracias por escucharme, Miriam. Eres la mejor.

—Cuando quieras. Me alegro mucho por ti, Ash. Te lo mereces. —Miriam contempló cómo Ashley avanzaba a su Range Rover gris pizarra dando saltitos. *Bien por ella*, pensó.

Esta vez le sonó el móvil.

—Hola, cariño —respondió—. Estaba a punto de escribirte.

—¿Tienes tiempo para un rapidito? —preguntó Paul, con su voz grave y sexi.

—¡No! —rio Miriam, aunque le encantaba que le hubiera preguntado. Ambos estaban intentando esforzarse más en el tema de la espontaneidad—. Ashley acaba de irse y voy a subir.

Le estaba contando las novedades sobre el caso de Karolina cuando oyó un fuerte golpe tras su hombro y se sobresaltó. Paul estaba detrás de ella, con una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, y se levantó para besarlo.

Su marido no dijo nada. Arrojó a la basura la taza de café vacía de Miriam, recogió el bolso del respaldo de la silla y la tomó de la

mano.

—¿A dónde vamos? —preguntó Miriam, que prácticamente se estaba riendo como una niña pequeña—. Ni siquiera he pedido todavía.

—Shhh. ¿No puedes guardar silencio un minuto, mujer? Vamos a echar un vistazo a esa extravagantemente cara manta decorativa del despacho. Comprobemos si cumple con la calidad que promete.



30
La chica tiene ovarios

Karolina

En el exterior había unos muros de piedra un poco destartalados, una bonita terraza adoquinada con una chimenea y una hiedra trepadora sobre la fachada de ladrillo. En el interior había un enorme fregadero, tres chimeneas (una de ellas en el dormitorio de matrimonio) y un travesaño exquisitamente expuesto en todas las habitaciones comunes. Había una piscina pequeña pero adorable de agua marina y, lo mejor de todo, un sótano de lujo preparado como recreativo que se completaba con una pista de deporte interior y una sala de teatro donde Harry adoraba llevar a sus nuevos amigos del colegio.

Karolina se estiró en su sillón nuevecito, una monstruosidad enorme y tapizada de Restoration Hardware que le concedía una felicidad casi exorbitante. Cada detalle, desde el suave terciopelo hasta su capacidad de reclinarse, la hacía sonreír. Era tres veces más grande de lo que necesitaba, pero no importaba: le resultaba perfecto. Se sentía así respecto a toda la casa nueva, en realidad. No tenía casi muebles; cuando había puesto a la venta la casa vieja, había querido vender todo lo que había elegido Graham. Pero incluso vacío, su nuevo hogar despedía una calidez y una sensación de

bienvenida superiores a lo que esperaba. Tras aceptar una oferta por la casa vieja, se había lanzado sobre un anuncio reciente tras verlo en internet. Se situaba en lo que se denominaba la zona campestre de Greenwich, que parecía más rural y privada y mantenía una adorable sensación de campiña francesa.

Karolina oía los golpes de la pelota de baloncesto mientras Harry y otros dos niños lanzaban canastas en el sótano, y sonrió. Será difícil mejorar el sábado, pensó, abriendo el *New York Times* por décima vez esa mañana. El capítulo final de la Operación Karolina había llegado a un bello y atrevido final ese día con la publicación de quince simples palabras en primera plana, justo debajo del pliegue: «Sale a la luz nueva información sobre el caso de la esposa del senador Hartwell». La historia detallaba cómo el agente Lewis, que había dejado el Departamento de Policía de Bethesda, había confirmado el testimonio de Karolina Hartwell de que no solo «había solicitado, sino que había implorado» a la policía que le suministrara un alcoholímetro. Seguía habiendo preguntas sin respuesta sobre el motivo por el que no había realizado la prueba, según el protocolo, y tanto el Departamento de Asuntos Internos como la oficina del fiscal del distrito lo estaban investigando. El agente Lewis había dicho a continuación que Karolina «parecía consternada, lo que es lógico después de que te arresten frente a tu hijo, pero no daba la impresión de estar ebria ni alterada de ninguna forma. Yo pensé, y probablemente otros también, aunque no lo discutimos, que era muy inusual mantenerla toda la noche en el calabozo sin pruebas que corroboraran lo ocurrido».

Karolina agarró el móvil para enviarle otro «gracias» a Miriam, pero sonó antes de que pudiera teclear y en la pantalla apareció un número desconocido con el prefijo 202. Se imaginó que sería alguien de los medios y aquel era un día en el que estaría *encantada* de hacer declaraciones, así que respondió la llamada.

—Karolina Zuraw —dijo rebosante de confianza, feliz de haber recuperado su apellido de soltera.

—¿Karolina? Soy Regan. Regan Whitney. —La voz al otro lado era más aguda de lo que Karolina habría esperado. Y sonaba ansiosa.

—Hola, Regan —dijo Karolina con aire magnánimo, orgullosa de la

manera en la que había logrado disfrazar su conmoción.

—Graham me ha pedido que te llamase para discutir la Navidad. Piensa que sería buena idea que nos conozcamos para establecer una relación de colaboración y poder tomar las mejores decisiones para Harry.

—Mi abogada, Miriam Kagan, ya se ha puesto en contacto con vosotros con un calendario de visitas, y Trip ha accedido. Me sorprende que Graham no te haya puesto al corriente —dijo Karolina, intentando reprimir una sonrisa. Se quedó esperando que aparecieran las predecibles punzadas de celos o al menos de incomodidad, pero nunca llegaron. En su lugar, había una calma confiada y una seguridad recién encontrada de que podría gestionar cualquier proyectil que le arrojaran Graham y Regan.

—Sí, bueno, teníamos la esperanza de que Harry pudiera venir con nosotros a la tradicional cena de Nochebuena de Elaine. Y, por supuesto, si no te importa, que se quedara también la mañana de Navidad para abrir los regalos. ¿Te parecería bien que el chófer lo llevara de vuelta a Greenwich para que esté contigo en la cena?

—Creo que encaja perfectamente con el calendario, Regan. ¿Por qué no le pides a Graham que te mande una copia? —dijo Karolina.

Hubo otro momento de silencio.

—Supongo que ha habido un malentendido —dijo Regan—, pero gracias.

El alivio de la chica era palpable a través del móvil.

—De nada.

—Bueno, no te mantendré ocupada más tiempo —dijo Regan.

—Hay algo más que deberías saber —dijo Karolina. Tenía las palabras en la punta de la lengua. Sabía que no debería involucrarse, que todo el mundo pensaría que lo había hecho por venganza, pero no fue capaz de contenerse. Había estado en el lugar de Regan. Si hubiera habido alguien, cualquier persona, que le hubiera podido ahorrar todos esos años de desolación, habría querido saberlo—. ¿Regan?

—¿Sí?

—Sé que te va a resultar duro oír esto, pero Graham se hizo una vasectomía hace cinco años. Nunca me lo contó. Dejó que pensara

que no quedaba embarazada porque tenía problemas de fertilidad. Dejó que me *operara* a sabiendas de que nunca iba a funcionar. No es de mi incumbencia, desde luego, pero si quieres tener tus propios hijos algún día, a lo mejor deberías reflexionar sobre lo que te he contado.

El silencio fue sorprendentemente absoluto. Ningún frufrú, pitido o respiración.

—¿Regan? ¿Me has escuchado? —preguntó Karolina.

—Te he oído —dijo Regan en voz baja—. Por favor, discúlpame, voy a colgar.

Y luego, un clic.

—¡Mamá! ¡Oye, mamá! —la llamó Harry mientras entraba corriendo en el salón, casi hiperventilando a causa de la emoción.

—Hola, cariño —dijo Karolina. Se le seguía sobresaltando el corazón cada vez que lo veía. Dobló el periódico y lo guardó bajo el almohadón del sillón.

—Mamá, ¿nos llevarías a Andy, a Ethan y a mí al cine de Prospect? Unos chicos del colegio nos han avisado de que van a ver *The Rocky Horror Picture Show*.

—¿No es una película de miedo? ¿Y qué pasa con el almuerzo?

—¡Mamá! —dijo Harry, exasperado—. Tengo *trece* años. Por favor.

Andy y Ethan aparecieron tras él y asintieron violentamente.

—¿Les parece bien a vuestras madres? —preguntó Karolina, intentando no sonreír ante el hecho de que Harry hubiera cumplido trece años hacía dos días.

Volvieron a asentir.

Suspiró. Adiós al día tranquilo en casa, pero sería una buena excusa para hacer un par de recados mientras los chicos veían la película.

—¿Cuándo salimos? —preguntó.

Para cuando Karolina volvió a casa por la tarde, ya casi había oscurecido. Había dejado a Harry en casa de Ethan para cenar y se había quedado a tomar un café con la madre del chico, una mujer sorprendentemente normal que se movía de un lado a otro de la cocina mientras removía ollas de pasta e intentaba convencer a Karolina de que se quedara a cenar. Sin embargo, fue un alivio

volver a casa y relajarse, mientras sacaba de la bolsa con parsimonia todo lo que había comprado: cojines decorativos de piel falsa, sábanas para las camas y dos conjuntos nuevos de toallas para invitados. Había comprado un precioso Buda de porcelana para la repisa de la chimenea de su dormitorio y un cuenco de mimbre con una textura adorable para llenarlo de fruta en la isla de la cocina. *Esta debe ser la sensación de anidar*, pensó. Quizás algún día le gustaría tener ayuda, como Emily no dejaba de sugerir. Pero de momento le parecía que lo correcto era encargarse ella misma. Karolina estaba tan entretenida quitando etiquetas, examinando las compras y colocando cada objeto, que ni siquiera se percató de la media docena de llamadas perdidas en su móvil silenciado. Cuando sonó el porterillo, asumió que era Harry, que lo habrían traído a casa.

—Hola —dijo al abrir la puerta principal. Pero se trataba de Emily, que estaba en el porche con un aspecto semihistérico y, en fin, gigantesco. Trabajar para Miranda en temporada baja en otoño le había dado algo más de tiempo «libre», pero la fecha estimada para el nacimiento del bebé se acercaba.

—¡Em! ¿Estás bien? ¿Está bien el bebé? Vamos, entra.

—No estoy tan gorda como para que me tengas que ayudar a caminar —siseó Emily, abriéndose paso tras Karolina y rechazando la mano que le había tendido para ayudarla. Emily miró a su alrededor —. ¿Está el niño?

—No, está en…

—¿Por qué no has respondido el móvil? Dios mío, este sitio parece medieval. ¿Cómo se supone que tengo que contactar contigo? ¿Por paloma mensajera? No, en vez de eso, he tenido que arrastrar mi gigantesco culazo al coche y conducir hasta aquí *en persona* desde Nueva York.

—¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a Harry? —preguntó Karolina, y empezó a entrar en pánico.

—No sé una mierda sobre Harry. Lo que sí sé es que todo el mundo está hablando sobre tu exmarido.

Karolina miró a Emily con fijeza. Había oído que a veces a las mujeres embarazadas se les iba la cabeza. Se volvían olvidadizas,

ausentes. Sería amable.

—Sí, así es. El artículo de esta mañana en el *Times* era genial, ¿verdad? —le dijo para demostrar que estaba al corriente; lo había leído cientos de veces.

—Eso ya es agua pasada, idiota. Mira, enciende la tele —dijo Emily, dándole a Karolina el mando con brusquedad antes de desplomarse sobre el sillón tapizado—. Dios santo, qué grande es esto.

—¿Qué canal? —preguntó Karolina, pero no tuvo que esperar respuesta. Estaba en todos los canales.

—Si acabáis de encender el televisor, tenemos noticias de última hora. Múltiples fuentes han confirmado que el senador Graham Hartwell, senador júnior del estado de Nueva York, fue responsable de la muerte de una niña de cuatro años hace casi tres décadas. Se dice que la causa de la muerte fue un atropello, aunque las fuentes afirman que el senador Hartwell, un estudiante de instituto en aquella época, no había bebido. El motivo por el que esta historia nunca ha salido a la luz forma parte de la investigación exclusiva de CNN. Ahora vamos a contactar con Poppy Harlow, que se encuentra en Bethesda con las últimas novedades. ¿Poppy?

—Dios mío. Esto no está sucediendo —dijo Karolina, acercándose a la televisión—. Dios mío. ¡Esa es mi casa, Emily! ¡Juraste no decir nada!

—Oye, espera un segundo. Primero de todo, yo no juré nada. Siempre he defendido que lo mejor sería filtrar este sórdido secretito y nunca me he disculpado por ello. Pero me dejaste bien claro que no querías que se supiera por el bien de Harry, así que, a pesar de mis opiniones, he respetado tus preferencias.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que no has sido tú?

—Correcto. Por mucho que me duela admitirlo, no he sido yo.

—No puedo ni… —La voz de Karolina se fue desvaneciendo al darse cuenta de lo ocurrido. Por supuesto. Si la familia de la niña no había dicho ni pío en treinta años, y tampoco Elaine, Trip o Karolina, solo había otra opción posible.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó Emily, que parecía interesada de pronto.

—Tal vez deberíamos hacernos amigas de ella —dijo Karolina, cuya

sonrisa empezó a ensancharse.

—¿De quién? No tengo ni idea de lo que dices.

—Esta mañana le hablé de la vasectomía de Graham. No me preguntó y no tenía intención de decírselo, pero más o menos surgió de forma natural. Y ahora pasa esto. No puede ser una coincidencia.

—¡Regan! —Emily rio—. No creo que sea casualidad. Guau. Estoy impresionada. Esa chica tiene ovarios.

—¿Verdad? Mira esto —dijo Karolina, señalando la multitud de reporteros—. Debe de haber cien por lo menos. Más incluso que el día que me arrestaron. Menos mal que Harry no está ahí ahora mismo.

—Supongo que podemos decir sin lugar a dudas que la boda de cuento de hadas de Graham y Regan probablemente se ha pausado. Para siempre. Por no decir sus aspiraciones presidenciales. —Emily presionó los cinco dedos y se besó las puntas—. *Bye, bye*.

Como si esas palabras fueran una señal, la puerta de la antigua casa de Karolina en Bethesda se abrió y los reporteros guardaron silencio. Salieron Trip y Graham en trajes azul marino casi idénticos y corbatas azules y blancas. ¿Se habrían coordinado? Karolina no podía apartar los ojos de la pantalla. ¿Qué podría decir Trip ahora para defender a Graham? ¿Fingiría haber ignorado lo ocurrido? ¿Afirmaría que había sido todo un enorme malentendido?

Trip y Graham se aproximaron al podio, y este último se sacó una tarjetita con una nota del bolsillo. Empezó a leer.

—Damas y caballeros. Les pido que nos concedan a mi familia y a mí algo de privacidad en estos tiempos difíciles. Intentaremos contestar a sus preguntas en el debido momento. Gracias por su comprensión.

Gritos literales comenzaron a oírse de inmediato.

—Senador, ¿es verdad que usted es responsable del asesinato *de una niña llamada Molly Wells?*

—¿Puede confirmar que su familia pagó a los Wells a cambio de su cooperación?

—¿Estaba al tanto de su crimen la Universidad de Harvard cuando lo aceptó? ¿Lo sabía alguien en el Senado?

—¿Le ha ofrecido su apoyo su futuro suegro, el presidente

Whitney?

—¿Espera que el Senado comience el procedimiento para destituirlo de su cargo a la luz de esta nueva información?

—¿Qué le gustaría decirles ahora mismo a sus constituyentes y al pueblo estadounidense?

Y así sucesivamente, mientras que Graham parecía cada vez más incómodo. Trip intervino y dijo:

—No haremos más comentarios.

Y sacó a Graham de allí.

El timbre de Karolina sonó. Intercambió una mirada con Emily, convencida de que era la prensa en busca de un comentario, pero los móviles de ambas vibraron con un mensaje a la vez.

«Abridme, soy yo», había escrito Miriam.

Karolina abrió la puerta principal y se sintió aliviada al comprobar que allí solo estaba Miriam; no había ninguna cámara.

—Entra —le dijo para indicarle a su amiga que pasara—. ¿Por qué estás tan arreglada?

—¿Se ha arreglado? —gritó Emily desde el salón—. ¿No podéis venir aquí a hablar? Soy una ballena varada. No me obliguéis a levantarme.

Karolina miró a Miriam y ambas sonrieron.

—Con lo de «ballena varada» quiere decir que ha ganado quince kilos —dijo Miriam, siguiendo a Karolina.

—¡Lo he oído! —chilló Emily—. Y no he engordado ni siquiera un número que se acerque a *quince* kilos. ¡Vete a la mierda!

Miriam saludó a Emily con un gesto alegre.

—No puedo quedarme —anunció, señalando la televisión—, pero tenía que estar presente en este momento. Creo que podemos decir que se ha acabado toda esta pesadilla.

Miriam tenía razón: se había acabado. Habían puesto punto y final. Habría demasiadas preguntas en boca de demasiados reporteros y demasiadas cámaras apuntarían en su dirección, pero esta vez no la preocuparían. Harry estaba de nuevo a salvo bajo su techo. El *New York Times* había anunciado que no era culpable de conducción ebria. Y ahora, aunque quizá no fuera lo que Karolina hubiera hecho, Graham había quedado desacreditado. Su carrera había sido

aniquilada. Había cierta satisfacción ahí, y felicidad, pero lo que más sentía era una profunda y tranquilizadora sensación de alivio.

—No habría podido lograrlo sin vosotras —dijo Karolina, que miró primero a Emily y luego a Miriam, preguntándose qué había hecho para merecerse dos amigas tan auténticas y leales—. Os lo digo de verdad, chicas. Sois las mejores.

—Estoy tan feliz de que todo haya salido bien… —dijo Miriam, envolviendo a Karolina en un gran abrazo—. Te quiero, guapa.

—Blablablá —dijo Emily, agitando las manos—. Suficientes cursilerías de mierda. Nos amas. Somos las mejores. Lo sabemos. Vamos, Miriam, ¿puedes contarnos algo más interesante? Por ejemplo, ¿quién mierda ha elegido ese conjunto? Porque, y créeme que tengo mis reticencias para decir esto, casi pareces a la moda. ¿Vaqueros altos que no has comprado en J. Crew? ¿Unos tacones de más de cinco centímetros? ¿Llevas *base* de maquillaje? Te aplaudo.

Miriam le enseñó el dedo a Emily y todas rieron.

Karolina corrió a la cocina y volvió con una botella de vino tinto.

—Esta es la botella que Elaine nos regaló a Graham y a mí el día de nuestra boda. Nos dijo que era para que la bebiéramos en nuestro décimo aniversario, lo que por supuesto no hicimos. Graham dijo que tenía que trabajar esa noche, pero probablemente iba a ver a Regan. En fin, ¿a quién le importa eso ahora? Lo único que sé es que Google me ha dicho que la botella cuesta 3.000 dólares. ¿Alguien quiere?

Karolina sirvió el vino en vasos de plástico, puesto que todavía no había sacado las copas. Se sintió culpable dándole alcohol a una embarazada, pero Emily le arrebató la copa y dijo:

—Ya hemos terminado con el tercer trimestre. Dale duro.

Y juntas alzaron los vasos de plástico al techo, se carcajearon como brujas y brindaron las unas por las otras.

Más tarde, aquella misma noche, cuando sus amigas se marcharon y ya había comprobado que Harry hubiera apagado las luces a una hora razonable, Karolina se metió en la cama. No le parecía real: aquella casa preciosa, que transmitía tan buenas sensaciones; que su hijo volviera a estar con ella; una noche de vino y risas improvisada con unas amigas cercanas; y se preguntó si sería la

primera vez en toda su vida que se sentía feliz de verdad. Había tenido sus momentos. Nunca olvidaría los domingos que pasaba con su madre, caminando por el parque, ayudándola a cocinar o bañándose juntas, pero siempre estaban teñidos por la tristeza inminente de la partida. Conseguir su primera portada de revista, que la seleccionaran para el desfile de Victoria's Secret, que la nombraran el rostro de L'Oréal; todos esos éxitos profesionales la habían llenado de orgullo, pero también le habían dejado una sensación de vacío. Incluso en los primeros tiempos con Graham, cuando hacían el amor con frecuencia y viajaban a menudo, estaban imbuidos de preguntas y dudas: ¿de verdad lo había amado Karolina? ¿Y él la había querido a ella? ¿Acaso sabía alguno de los dos lo que era el amor? ¿O había sido tan joven e ingenua y estaba tan desesperada por complacer a su madre y a su marido que se había convencido a sí misma de que era amor cuando en realidad se trataba de otra cosa?

Cuando le sonó el móvil, Karolina se sobresaltó. La lamparita junto a la cama estaba encendida, y el reloj de la mesilla la informó de que eran las 23:48. Una rápida mirada al identificador le anunció que se trataba de Graham.

—¿Hola? —le dijo—. ¿Graham?

—Al fin —le respondió, jadeante—. Perdóname por despertarte. Quería esperar a la mañana, pero no he sido capaz. No puedo dormir, no puedo comer, no puedo hacer más que pensar en ti.

Karolina tomó aire y aguantó la respiración. ¿Por qué le sentó tan bien escuchar eso a pesar de lo mucho que lo odiaba?

—Graham…

—Por favor, escúchame. He metido la pata, Lina. Sé que lo he hecho. Todo lo sucedido con Regan ha sido un terrible error. Nunca la he amado, no como te amo a ti. Lo que tú y yo tenemos es diferente, Lina. Sé que tú también lo sientes. Hemos construido juntos una familia, un hogar. *Una vida*. Y soy el primero en admitir que la he puesto en peligro a causa de mis ambiciones. Sabes que no ha sido porque la quisiera a ella, ¿verdad? He priorizado mis aspiraciones profesionales y, de camino, he puesto en peligro nuestra relación. Ahora me doy cuenta, y no puedo pedirte perdón

las suficientes veces. Pero voy a buscar ayuda. He estado en contacto con una psicóloga de fama mundial que está especializada en hombres poderosos e infidelidad, y estoy seguro de que va a arreglar el problema. Voy a pedir un permiso de ausencia en el Senado. Quiero ser un hombre mejor. Un padre mejor para Harry. Y, con suerte, un marido mejor para ti.

—¿Quieres ser un marido mejor para mí? —Le salió como un gritito. Numerosos pensamientos le recorrieron la cabeza: el hecho de que su exmarido hubiera planeado que la arrestaran por conducir ebria, la noche en la cárcel y, sobre todo, los días, meses y años completamente desperdiciados intentando quedarse embarazada, pero esas fueron las únicas palabras que Karolina logró pronunciar.

—Sí, es lo que te mereces, igual que Harry. Voy a trabajar duro para demostrároslo a ambos, porque sois lo que más me importa en el mundo.

Se le encogió la garganta. ¿Cuántas veces se había imaginado ese momento? ¿Fantaseado sobre el instante en el que él regresaría arrastrándose y diría las palabras correctas para que volvieran a poner su vida en orden? Que reconocería sus fallos, admitiría la culpa y anunciaría que estaba dispuesto a cambiar. ¡Y que le rogaría que lo perdonara! Y ahí estaba, casi de la forma exacta en que se lo había imaginado docenas ¿o cientos? de veces en los últimos meses, y solo quería llorar. Derramaría lágrimas por los bebés que tan desesperadamente había deseado, por el miedo que sentía de perder a Harry y por la antigua Karolina, la que era ingenua e inocente, que no había sido capaz de predecir que Graham sería capaz de hacer cosas tan espantosas. Pero ahí estaba, y no había ninguna satisfacción, ni sensación de victoria, nada excepto una fuerte certeza de que ese capítulo de su vida estaba cerrado para siempre.

—Graham, quiero que me escuches con atención —dijo Karolina, sin intentar esconder las lágrimas—. Tú y yo no existimos el uno para el otro más allá de como padres, y eso nunca va a cambiar. No volveremos a hablar de otra cosa que no sea el bienestar de Harry. Aparte de ser el padre de nuestro hijo, estás muerto para mí. Ahora y siempre.

Finalizó la llamada y se desplomó sobre las almohadas. Las lágrimas fueron catárticas, casi purificadoras, y Karolina permitió que salieran todas sus emociones, como siempre la había animado su madre.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —La voz de Harry, que aquellos días solía alternar entre los agudos gritos de un niño pequeño y un barítono más maduro, la sorprendió. Estaba en el umbral.

—Oh, cariño, ven aquí. Estoy bien —dijo, y le hizo señas para que se acercara. Karolina sintió una oleada de amor mientras su hermoso y larguirucho hijo, que ya era casi tan alto como ella, se subía a la cama. Vestía unos pantalones de pijama a cuadros y una antigua camiseta de campamento. Tenía la mejilla izquierda enrojecida y cálida a causa del sueño, igual que le pasaba desde que era pequeño.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

Karolina estiró los brazos hacia él y, cuando el niño acurrucó su cálido cuerpecillo junto al suyo, la mujer lo envolvió con los brazos, creyendo que no existía una felicidad más grande.

—Lloro porque soy feliz, cariño. —Enterró la cara en el pelo de su hijo e inhaló aquel aroma familiar y delicioso—. Ahora mismo, todo es tal y como debería.



31
Adiós, pasto de trigo. Hola, sarcasmo

Emily

—Todavía no me creo que esto esté sucediendo —dijo Miriam mientras ayudaba a colocar una hilera de biberones rellenos de gominolas rosadas—. ¿Cómo es que Emily ha accedido a esto?

Karolina rio. Acababa de terminar de anudar los lazos rosas a las bolsas de regalo para los invitados y estaba a punto de empezar a rellenar las copas de champán con burbujeante *rosé*.

—No es culpa nuestra. Todo lo que hemos sugerido era muy a la moda y antibebé, y *esto* es lo que ha elegido.

—Os estoy escuchando, ¿sabéis? —les dijo Emily desde el sofá, dirigiendo el montaje del *baby shower* como una belicosa controladora aérea mientras una chica de Drybar le arreglaba el pelo —. Me muero de hambre. ¿Me podéis traer algo de comer?

Miriam se materializó frente a ella. Tenía un vestido floral ajustado a la cintura y las botas por encima de la rodilla le alargaban las piernas y le daban un aspecto glamuroso.

—Pareces delgada con eso —le dijo Emily con aire acusador.

—Es bonito, ¿verdad? —Miriam dio una vuelta y terminó con una pequeña reverencia—. He vuelto al peso que tenía antes de los niños. ¿Quién sabe? Quizás el verano que viene me ponga bikini.

—No, por favor —dijo Emily, que parecía asqueada—. Has tenido tres hijos. Nadie tiene la necesidad de ver tu estómago al aire nunca. Ni tampoco el mío. —Se señaló la enorme barriga, que no se parecía en nada a la adorable pelota de baloncesto bajo la camiseta que había imaginado. En lugar de eso, parecía que se había tragado una cabra entera. Quizás incluso un búfalo. El culo le había crecido hasta adoptar la forma de un balón de playa medio pinchado, los pechos le sobresalían de la monstruosidad de talla F doble para dar el pecho en la que los había embutido y también se le habían inflamado los tobillos mucho más de lo habitual. Incluso la cara se le había hinchado hasta adoptar el doble de su tamaño, y los cuellos (en plural) se bamboleaban cada vez que se atrevía a mover la barbilla hacia abajo. Llevaba seis semanas sin verse los pies. Karlie Kloss le había preguntado la semana pasada si iba a tener *gemelos*. No había un punto claro de delineación entre los pechos y la barriga o entre la teta derecha y la izquierda. Estaba, sin lugar a dudas, *enorme*. ¿Y lo peor de todo aquel desgraciado asunto? No tenía problemas con ello.

—¿Qué quieres, guapa? —le preguntó Miriam—. El *catering* ha traído una ensalada de rúcula y berro con muy buena pinta. Vamos a ver, también los he visto preparar una enorme bandeja de fruta. Hay salmón a la plancha con espinacas, un plato de quinoa con frambuesa y queso feta, y…

—¡Quiero una hamburguesa! —ladró Emily, irritada más allá de lo imaginable al verse incapaz de levantarse y buscarla ella misma. La médica le había dado un permiso especial para salir de la cama exclusivamente para el *baby shower*, pero tenía que permanecer sentada todo el tiempo. ¡Esa señora era demasiado alarmista! Al parecer, tenía las cervicales demasiado abiertas, y el bebé estaba a punto de caerse. Emily no estaba completamente segura de los detalles, aunque Miles había tomado notas, hecho preguntas y vigilado todos los movimientos de su mujer como si estuviera a punto de dar a luz a la próxima reina de Inglaterra.

—Decidimos no incluir minihamburguesas en el menú, ¿te acuerdas, guapa? —dijo Miriam con aire tranquilizador—. Demasiadas vegetarianas. Oh, tenemos minibrochetas de tomate

aderezadas con…

—¡Quiero-una-hamburguesa! —gruñó Emily—. No una minihamburguesa. No un trozo de salmón. Una hamburguesa jugosa de verdad. Con queso. Y patatas. Y la quiero *ahora mismo*.

—Lo entiendo —dijo Miriam, y Emily se percató de que apenas era capaz de reprimir la sonrisa—. Pediré que te traigan una. Debería llegar enseguida.

—Esa es mi chica —dijo Miles, que salió de su dormitorio nuevo en vaqueros y con una sudadera de cachemira. Después, se paró junto a Emily y le frotó la barriga—. Y esa es mi otra chica.

—Tus chicas se están muriendo de hambre —dijo Emily, ofreciéndole la cara para que se la besara—. Y la comida de nenazas del *baby shower* no va a ser suficiente.

—Tengo que ir a por los globos enseguida, así que dile a Miriam que traeré la hamburguesa a la vuelta, ¿vale?

Volvió a besarla, agarró el abrigo y salió del apartamento. Ahora que el bebé estaba en camino, no había nada que Miles no se ofreciera a buscar o montar. Estaba tan emocionado y atento que a Emily le preocupaba que fuera a tener que quedarse embarazada otra vez solo para mantener su atención. Se relajó de nuevo en el sofá y observó cómo la gente preparaba la fiesta a su alrededor. Eran veloces como gacelas. Apenas recordaba una época en la que no le supusiera un esfuerzo ir del dormitorio al baño.

Emily se había mostrado escéptica de que pudieran mudarse al apartamento nuevo para el primero de diciembre y tener el *baby shower* preparado para el día de Año Nuevo, pero incluso ella tenía que admitir que aquel lugar tenía muy buena pinta. Cuando la empresa había informado a Miles de que habían aceptado su traslado de Los Ángeles a Nueva York, Emily por poco no había gritado de felicidad. ¡Hasta nunca, Los Ángeles! Adiós a los pastos de trigo y a los paseos matutinos por las montañas, a los terribles atascos de la autopista, a la cultura surfista y, sobre todo, a la gente que no entendía el sarcasmo o no le gustaba. Hola suciedad, rosquillas, taxis, autodesprecio y *mal humor*. Le encantaba estar de vuelta en casa.

Quería mudarse otra vez a West Village, a un bajo de piedra rojiza

con patio, igual que el que tenían antes, pero Miriam y Karolina se habían puesto histéricas cuando Emily lo había propuesto. Se quejaron sobre las escaleras, los carritos y la seguridad, y afirmaron que mudarse a un apartamento sin un portero que recibiera los envíos de pañales y llamara a los taxis equivalía a abuso infantil. Así que, en contra de su opinión, Miles y ella habían alquilado un condominio de tres habitaciones en un edificio nuevecito de gran altura en West Chelsea; la High Line se veía a través de la tercera planta de la construcción y continuaba por el otro lado. El vestíbulo se parecía al de un hotel Mandarin Oriental, el gimnasio habría podido confundirse con una instalación de arte y la piscina del techo alternaba entre interior y exterior solo con presionar un botón. Incluso había un cuarto de juegos comunitario diseñado por especialistas en desarrollo infantil, donde a todas horas había estudiantes de Columbia trabajando. No era lo que Emily hubiera elegido, pero tenía que admitir que estaba bastante bien.

—Sigo pensando que os tendríais que haber mudado a Connecticut —dijo Karolina, entrando en la habitación—. Ahora que vas a ser mami y todo eso.

Emily la fulminó con la mirada.

—Ni siquiera voy a dignificar eso con una respuesta. —Se giró para sonreír a la mujer que había terminado de peinarla y estaba recogiendo el secador y los cepillos.

—Tengo que admitir que ahora me gusta bastante vivir en las afueras —dijo Karolina—. Tiene mala reputación y hay algunos lunáticos, por supuesto, pero poniéndolo todo en la balanza…

Emily alzó la mano.

—Dejadlo. Por favor. Si vuelvo a oíros decir a Miriam o a ti algo más sobre lo bonitas, agradables y civilizadas que son las afueras, voy a vomitar. Escucha lo que te digo: nunca voy a vivir en las afueras.

Karolina sonrió y colocó la última rosa en el jarrón de cristal sobre la mesa de bufé drapeada de rosa.

—Claro, y eres la primera en decir algo así.

A Emily le sonó el móvil y el identificador le anunció que se trataba de Helene, la mánager de Rizzo Benz.

—Hola, Helene —dijo Emily, derrochando amabilidad—. Cuánto tiempo sin hablar. ¿Cuánto ha pasado? ¿Un año entero desde la bromita nazi de Rizzo?

—Hola, Emily. Perdona por llamarte otra vez en Año Nuevo. Te prometo que no va a ser una costumbre pero, en fin, tengo noticias. Rizzo quiere contratarte de inmediato. Esta vez no hay ningún problema en específico, pero quiere estar en tu lista por si acaso.

—Parece que alguien no está contento con el… problemilla de Olivia Belle.

—Desde luego. Rizzo la despidió de inmediato al oír las noticias, y tu nombre ha sido el primero que nos ha venido a la mente.

—Bueno, es todo un halago —dijo Emily con dulzura—. Estaré más que encantada de trabajar con Rizzo. Solo necesito que me llame él mismo (mañana, por favor, hoy no) y que se disculpe por haber sido un imbécil. También quiero que me prometa que a partir de ahora hará todo lo que le diga, sin pensárselo. ¿Le podrías decir eso de mi parte?

—Eh, claro, se lo puedo decir, pero no estoy segura…

—Bueno, esas son mis condiciones. Feliz Año Nuevo, Helene. Gracias por llamar.

Emily colgó y sonrió. Sabría algo de Rizzo a primera hora de la mañana. En las cuarenta y ocho horas desde que habían hackeado las cuentas de Olivia Belle (lo que había tenido como resultado que internet se llenara de fotos, correos, mensajes, direcciones e incluso información médica sobre cirugías plásticas de famosos), Emily había recibido llamadas de todos los clientes que la habían abandonado por Olivia. Y ella los había guiado a todos y cada uno de ellos de vuelta al redil, tras extraerles largas disculpas y promesas de lealtad en el futuro. No es que Emily fuera a perdonarlos y a olvidar. Ni en broma. Pero era una puta delicia tener una plantilla llena de nuevo, y así le sería más fácil dejar a Miranda y a *Runway* de forma permanente tras el permiso de maternidad. Ayudar a Miranda a preparar la gala del Met y la Semana de la Moda los dos últimos meses no había sido tan infernal como Emily había pensado (tal y como le habían prometido, las ventajas eran numerosas y el sueldo, impresionante), pero no era una opción de carrera a largo plazo.

Miranda había acusado a Emily de quedarse embarazada para huir de *Runway,* y ella no lo había negado. Era la manera menos conflictiva de dejar aquel trabajo temporal y seguir manteniendo una buena relación con Miranda. Debía de haber funcionado, porque Miranda había aceptado la poco sincera invitación de Emily al *baby shower*, y ahora no podía evitar pensar que le apetecía tanto tener allí a Miranda como engordar otros diez kilos.

Le sonó el móvil antes de que pudiera seguir pensando. Era el portero, que anunciaba la llegada de las primeras invitadas.

—Han llegado las invitadas —gritó Emily desde el sofá—. ¿Puede alguien abrir la puerta?

Le escribió a Miles: «¿Dónde estás? necesito la hamburguesa!».

Una a una, las mujeres fueron entrando en el moderno salón de diseño italiano. Todas muy chic y arregladas. Tan estilosas. Tan *delgadas*. Y todas mintieron sin pudor y le dijeron a Emily que estaba preciosa, que la piel le brillaba y que no parecía que hubiera ganado ni medio kilo. Emily se obligó a sonreír mientras contemplaba sus *leggins* de premamá negros con la cinturilla que se estiraba por la barriga hasta la tira del sujetador, sobre la que llevaba una amplia túnica negra de poliéster y algodón sin forma alguna. Ojalá alguna de ellas se hubiera dado cuenta de que no le importaba una mierda su aspecto. ¡Había un ser humano de verdad, vivito y coleando, creciendo en su interior! ¡Una hija, para colmo! ¿Qué importaba que hubiera engordado? Aquel era el motivo de que Dios hubiera inventado los entrenadores personales y los nutricionistas privados, ¿verdad? Con matarse un poco de hambre y mucho ejercicio recuperaría su cuerpo enseguida. Y todo lo que no volviera a su sitio sería remediado por el doctor Feingberg en la privacidad de su clínica de Park Avenue. ¿Por qué se *estresaban* tanto las mujeres con todo eso?

Cuando habían llegado casi todas las invitadas, Miriam distribuyó unas fotocopias a color con fotos de dos docenas de bebés. El objetivo era ver quién podía escribir los nombres de sus famosos padres debajo de cada foto en menos tiempo. Las jugadoras recibían un punto extra si se sabían el nombre del bebé.

—¿De verdad queréis jugar a Bebé Famoso conmigo? —preguntó

Emily, y todas rieron. Puso el boli en el papel cuando Miriam dio la señal y completó la fotocopia entera en un minuto y treinta segundos.

—¡Hecho! —dijo Emily, alzando el papel. Miró por toda la estancia: nadie más había rellenado ni siquiera la mitad—. De acuerdo, voy a volver para ganarme los puntos extras —murmuró mientras garabateaba «Luna», «Boomer» y «Rumi» como si firmara su propio nombre. Treinta segundos después, volvió a hablar—. ¡Hecho! ¿Qué he ganado?

Por el rabillo del ojo, Emily vio cómo se abría la puerta del apartamento y Miles entraba con una bolsa de la hamburguesería Shake Shack. ¡Oh, cómo la amaba! ¿Hacer esa cola tremenda al otro lado de la ciudad en enero? No recordaba haberse sentido tan afortunada jamás. Pero aquella sensación de agradecimiento tuvo un final abrupto al percatarse de la otra persona que había entrado tras su marido y miraba el apartamento con un asco tan evidente que Emily sintió que la invadía una oleada de humillación. *¿Qué le parecerá tan repugnante a Miranda?*, se preguntó Emily. Sería el sofá. Sabía que debería haber optado por lino gris y no por aquel terciopelo tan hortera en el que había insistido el decorador. ¿O sería la alfombra en la entrada, con su estampado abstracto y colores en contraste, lo que Miranda odiaba? O tal vez se tratara de todas aquellas mujeres, que taconeaban de un lado a otro con mimosas en las manos, riéndose un poquito demasiado alto con aquel insípido juego de *baby shower*. *No*, pensó Emily. Aquel nivel de repulsión que exhibía Miranda estaba destinado a una única cuestión: el embarazo de Emily. Una cosa era procrear; Miranda parecía entender que era necesario, aunque de mal gusto. Pero ¿qué era eso de permitirse doblar la talla en el proceso de la previamente mencionada procreación? Eso era simplemente obsceno. Emily colocó ambas manos en el sofá y se impulsó para incorporarse. Era importante saludar a Miranda en condiciones. Además, *necesitaba* esa hamburguesa.

—Miranda, qué bien que hayas podido venir —dijo Emily, con la esperanza de que la mentira no sonara tan transparente como a ella se le antojaba. Por otro lado, aunque no era muy divertido que

Miranda se presentara en una reunión de amigos en su propia casa, sin duda decía algo sobre Emily, ¿verdad? Algo bueno.

—Emily. —Miranda asintió—. Veo que estás ya a punto de dar a luz.

—En realidad, me faltan seis semanas para…

Miranda hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Hazme el favor de llamar a tu amiga Karolina, querida.

—¿Karolina Zuraw? —¿Para qué querría Miranda a Karolina? No iba a mencionar todo el lío de Graham otra vez, ¿verdad? ¿Ponerse una medallita? Porque Emily ya había dejado atrás ese embrollo, y no quería que ese tipo de cosas desviaran el foco de atención de su día.

—¿Acaso conoces a otra?

—Voy a por ella. ¿Quieres algo de beber? ¿Perrier? ¿Una mimosa? —Emily sintió la familiar oleada de vergüenza eterna que la embargaba en presencia de Miranda.

—Me voy a ir ya —dijo Miranda, aunque todavía no se había quitado el largo abrigo de piel de zorro.

—Claro, vuelvo enseguida.

Emily se dirigió al salón lo más rápido que pudo. Tenía la sensación de que le estaban presionando contra la pelvis una mancuerna de cinco kilos, pero Karolina no estaba ahí. Tampoco en el tocador ni en la cocina. Hasta que no se le ocurrió echar un vistazo en el cuarto del bebé, que habían decorado en tonos suaves de crema y *beige*, no encontró a Karolina. Esta acariciaba una manta de cachemira para la cuna mientras observaba con tanta fijeza la mecedora estilo modernista de mitad de siglo que Emily sabía que su amiga estaba fantaseando con la sensación de alimentar al bebé ahí sentada.

—Si me estás imaginando dando el pecho, ya puedes pensar en otra cosa —dijo Emily, aunque sabía que Karolina pensaba en ella misma dando el pecho, y le importaba un comino cómo Emily tuviera intenciones de alimentar a su hija.

—El cuarto del bebé es muy bonito —susurró Karolina.

—Pronto vas a tener uno igualito —dijo Emily, agarrando a Karolina del brazo—. Lo sé.

Karolina negó con la cabeza.

—Ojalá tengas razón. Nunca he dejado de desearlo, ni un solo

instante.

—Siempre tengo razón. Ven conmigo un momentito. Miranda Priestly está preguntando por ti.

—¿Que Miranda ha preguntado por mí?

—No sé por qué, si es lo que me estás preguntando. Pero date prisa, Miranda no espera a nadie.

Probablemente no habrían transcurrido más de noventa segundos desde que Emily había dejado a Miranda en el vestíbulo (solo unos tres minutos en total desde que había atravesado la puerta tras Miles), pero la mujer fulminó a Emily con una de sus clásicas miradas de «¿cómo te atreves a hacerme esperar?».

—Karolina —la saludó Miranda, sin ocultar la rápida inspección visual a la figura y el conjunto de Karolina. Después, como si la aliviara no descubrir a una nueva embarazada, habló—: Puedes sustituir a Emily durante su baja de maternidad.

—¿Cómo? —preguntó Emily.

—¿Perdón? —inquirió Karolina al mismo tiempo.

—No es un concepto difícil, chicas —dijo Miranda—. Emily, no puedo tenerte en la oficina con ese… aspecto. Karolina puede sustituirte en tu ausencia. La gala del Met es en cinco meses, ¿crees que va a planificarse sola?

—Claro —dijo Emily, porque no se le ocurrió otra cosa que decir. Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que a Karolina le horrorizaría la sugerencia. Al fin y al cabo, no le hacía falta trabajar. ¿Y por qué iba a querer trabajar precisamente para Miranda? Pero su expresión de puro entusiasmo era innegable.

—Me encantaría —dijo Karolina. Ambas mujeres se estrecharon las elegantes manos.

—Excelente —dijo Miranda con cuidado—. Entonces, serás el reemplazo ideal.

—¿Perdón? Miranda, eso no es lo que…

Esta vez Miranda alzó la mano izquierda.

—Por favor, deja de hablar. No tienes planes de volver. No me insultes negando lo evidente.

Emily cerró la boca y asintió.

Miranda se apretó aún más el abrigo de piel de zorro y se giró

hacia la puerta.

—Le pediré a Juliana que te envíe lo que quieras como regalo para el bebé, así que sé específica con ella. Karolina, preséntate en mi oficina el lunes por la mañana a las nueve, lista para empezar a trabajar, ¿de acuerdo?

—Sí.

Karolina resplandecía. Se le habían enrojecido las mejillas de la emoción y parecía al menos diez años más joven.

Y con esas palabras, menos de cinco minutos después de su llegada, Miranda desapareció.

—¿Dónde está? —preguntó Miriam mientras se unía a Emily y a Karolina en la entrada—. Me muero de ganas de conocerla.

—¡He conseguido un trabajo! —chilló Karolina—. Trabajando en *Runway*. En el departamento editorial.

—No nos emocionemos demasiado —dijo Emily—. No es como si fueras a escribir los artículos de primera plana. La gala del Met es importante, no te confundas, pero no puedo permitir que pienses…

—Ay, cállate, Emily —dijeron Miriam y Karolina a la vez antes de disolverse en un ataque de risa.

Miles asomó la cabeza.

—¿Podéis echarme una mano, por favor? Hay una habitación entera llena de mujeres taconeando por cada centímetro del apartamento y todas tienen pinta de morirse de hambre.

—Enseguida salimos, cariño —dijo Emily—. Miriam deslumbrará a todas con su cintura de talla 36 y el hecho de que está acostándose otra vez con su marido, y nuestra amiga Karolina puede hablarnos de cómo disfrutar de la vida en las afueras. Si alguien me necesita, estaré en mi lugar habitual del sofá, intentando no romperlo.

Miriam rio con fuerza y Karolina se giró hacia Emily.

—¿Quieres que te traiga algo de comer antes de que volvamos dentro? ¿Otra hamburguesa?

Emily valoró la oferta antes de tomar las manos de Karolina y de Miriam para guiarlas por el pasillo de vuelta a la fiesta.

—Sí, por favor —dijo, dándoles un apretón a ambas—. Pensaba que nunca me lo ibais a preguntar.

AGRADECIMIENTOS

Me siento muy afortunada de haber pasado la última década bajo el cuidado del mejor profesional de este mundillo: Sloan Harris. No hay palabras para expresar lo agradecida que me siento de que siempre hayas sido mi defensor, mi consejero, mi amigo. Y, de vez en cuando, mi loquero. No habría podido lograrlo sin ti. Gracias también a Jenny Harries, mi lectora y animadora al otro lado del telón. Os adoro a ambos. A todo el personal de ICM, que trabaja sin descanso para apoyar a los autores y artistas a diario, pero sobre todo a Alexa Brahme, Diana Glazer, Josie Freedman, Patrick Herold, Jenn Joel, Heather Karpas, Kristyn Keene y Maarten Kooij.

Me siento muy agradecida de tener a un equipo de edición cubriéndome las espaldas. En Simon & Shuster en Estados Unidos: Kelley Buck, Elizabeth Breeden, Cary Goldstein, Jon Karp, Zack Knoll, Carolyn Reidy, Sarah Reidy, Katie Rizzo, Richard Rohrer, Jackie Seow y Beth Thomas, gracias a cada uno de vosotros por obrar la magia que ha llevado este libro a buen puerto. Pero gracias, sobre todo, a Marysue Rucci, editora excepcional, que tiene la maestría para sugerir una edición de estilo, un cambio gigantesco en la trama y todo lo que hay entre medias (a menudo en la misma página). En HarperCollins en Reino Unido, el libro quizá lleve un título diferente, pero también tiene un equipo de expertos que lo han pastoreado a las estanterías con destreza y amor. Antes de nada, un gracias enorme a la editora Lynne Drew, que mejora todas y cada una de las palabras de mi manuscrito. Mis visitas a Londres de gira son siempre lo mejor de publicar, gracias a que puedo veros y ponerme al día con todos vosotros: Charlotte Brabbin, Isabel Coburn, Elizabeth Dawson, Anna Derkacz, Kate Elton, Jaime Frost, Damon Greeney, Hannah O'Brien, Emma Pickard, Charlie Redmayne y Claire Ward. En Curtis Brown, envío abrazos y gracias a Sophie Baker y Felicity Blunt por toda su labor.

Oddette Staple, Ludmilla Suvarova, Kyle White, gracias por

ayudarme a mantenerme cuerda y, de camino, hacerme sonreír.

A todas las mujeres fuertes y poderosas, además de increíblemente inteligentes, ya estén lejos o cerca, en la vida real o en Facebook, que me ofrecen su apoyo constante («¡Va a ser tu mejor libro hasta la fecha!»), paciencia inquebrantable (incluso cuando me desvanezco en un manuscrito durante semanas o meses sin fin) y la combinación perfecta de cócteles, sarcasmo y risas (siempre que estén los tres, la mezcla es perfecta): Heather Bauer, Jamie Bernard, Alisyn Camerota, Helen Coster, Lisa Cummings, Anne Epstein, Jenn Falik, Vicky Feltman, Jane Green, Anne Greenberg, Julie Hootkin, Audrey Kent, Micky Lawler, Mandy Lewitton, Leigh Marchant, Pilar Queen, Arian Rothman, Jena Wider y Lauren Taylor Wolfe.

Y, sobre todo, muchas gracias a mi familia, ya que sin ellos nada de esto sería posible. A mi madre, Cheryl, y mi padre, Steve, que habéis sido mis mayores fans desde el primer día y me habéis enseñado con el ejemplo lo que es el amor por la lectura y la escritura; y a Bernie y Judy, mi padrastro y madrastra, que tanto me han apoyado. Y a Jackie y Mel, mis suegros, que son más bien como unos segundos padres; me inspiráis cada día con vuestro compromiso con la familia y vuestro amor por la aventura. Dana, haces que casi todo el mundo se vuelva irrelevante con tu sentido del humor, lealtad y nuestra habilidad de hermanas de ser capaz de completar las frases de la otra. Seth, Dave, Allison: no hay otras tres personas en el planeta con quienes preferiría criar a nuestras familias y compartir la vida.

A mis dulces y deslumbrantes R y S, lo sois todo para mí. Veros crecer cada día, de todas las formas posibles, es la mayor alegría de mi vida.

Y, por último, a Mike. Sabes mejor que nadie que no soy el tipo de persona que escribe una carta de amor para que la lea todo el mundo, pero esta vez no he podido resistirme. Gracias. Por tu amor constante, apoyo paciente y por tus brutales habilidades de edición (¿estás seguro de que no puedo meter un «solo» más de nada?); por ser el tipo de padre que cualquier niño o niña debería tener la suerte de disfrutar; por ser un marido más cariñoso que el tipo

perfecto que siempre he tenido en la cabeza. Prefiero estar a tu lado antes que en ningún otro lugar.
